



John Banville

La señora Osmond

Traducción de Miguel Temprano García



Lectulandia

Huyendo de Roma y de un matrimonio demoledor, Isabel Osmond viaja a Londres, donde se repone de la reciente revelación de la traición de su marido durante largos años. ¿Qué hacer ahora, qué camino debería seguir, y cuál es la salida del complejo laberinto emocional en el que lleva tanto tiempo atrapada? Bajo el estímulo del dolor y la certeza de haber sido seriamente agraviada, está determinada a reemprender la búsqueda de libertad e independencia que animó su juventud. Pero debe regresar a Italia y enfrentarse a Gilbert Osmond y deshacerse de su poderoso yugo. ¿Logrará burlar su influencia y afianzar su venganza?

Lectulandia

John Banville

La señora Osmond

ePub r1.0

Titivillus 24-11-2018

Título original: *Mrs. Osmond*
John Banville, 2018
Traducción: Miguel Temprano García

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

En lo más profundo de su alma —más profunda que cualquier anhelo de renuncia— latía la sensación de que la vida sería su ocupación durante mucho tiempo.

HENRY JAMES, *Retrato de una dama*

Primera parte

I

Había sido un día de inquietudes y sobresaltos, de humo, vapor y polvo. Aún sentía, la señora Osmond, el espantoso impulso y el ritmo de las ruedas del tren golpeando una y otra vez en su interior. Era como si todavía estuviese sentada junto a la ventanilla del vagón, tal y como había pasado unas horas que se le hicieron increíblemente largas, con la mirada perdida en la plácida campiña inglesa que se alejaba de ella sin cesar con todo el esplendor de los claros tonos verdes de la tarde de principios de verano. Sus pensamientos se habían acelerado al compás de la velocidad del tren, pero, a diferencia de este, sin ningún propósito. De hecho, jamás había notado de forma tan aguda aquella precipitación mental, inconsciente e irrefrenable como desde que salió de Gardencourt. La bestia enorme, humeante y ruidosa que había hecho con brusca impaciencia una pausa en la pequeña y humilde estación del pueblo y había permitido que ocupara su sitio en uno de los últimos compartimentos —sus dedos aún conservaban la sensación de la felpa caliente y el cuero grasiento— aguardaba ahora jadeante después de tan titánico esfuerzo bajo el alto dosel de cristal ennegrecido por el hollín de la ajetreada estación terminal y vomitaba sobre el andén su dotación de viajeros aturcidos y desaliñados y su batiburrillo de equipajes. En fin, se dijo, al menos había llegado a alguna parte.

Staines, su doncella, apenas se había apeado del tren cuando se enzarzó en una discusión con un rubicundo mozo de cuerda. De no haber sido mujer podría haberse dicho que Staines era un tipo con un corazón de roble. Era alta y enjuta, una persona que era todo aristas, de muñecas largas y pies grandes, y una mandíbula que recordaba la hoja de un hacha primitiva. En los años que había pasado al servicio de la señora Osmond, o, en vista de lo unidas que estaban, sería mejor decir en los años que llevaban juntas, la devoción de Staines por su señora no había disminuido un ápice. En el largo período de exilio en el sur había puesto a prueba su paciencia hasta el punto de tolerar los mercados italianos, la cocina italiana y, lo que requería una templanza aún más beatífica, las tuberías italianas. De hecho, tal era su constancia que a veces la señora Osmond —Isabel— anhelaba con tristeza pasar medio día lejos de la incesante y pétrea solicitud de su doncella. En los viajes que habían hecho juntas recientemente, la principal prueba y demostración de la lealtad de Staines había sido un estado permanente de enfado no solo por el descarado de los mozos de cuadra, los conductores de coches, los limpiabotas y demás, sino también por lo que consideraba la obcecada credulidad, el deplorable candor y el incurable buen corazón de su señora. Ahora, mientras la doncella, con el sombrero agitándose mucho por la intensidad de su indignación, regañaba al mozo de cuerda por algún defecto indeterminado —como londinense, estaba ejerciendo su derecho a discutir con los

suyos en su ciudad—, Isabel se apartó con la perpleja delicadeza de modales perfeccionada a lo largo de años de tantas confrontaciones similares entre la obstinación de Staines y la contumacia del mundo.

Estaba deseando llegar al hotel y a sus espacios frescos y en sombra que respiraban tranquilidad, donde podría sentarse totalmente inmóvil un buen rato y dejar que su agitada imaginación se calmara por sí sola. Si pudiese dejar de pensar, descansaría, pero ¿cómo llevar a cabo tan maravilloso ardid? La muerte pocos días antes de su primo Ralph Touchett en casa de su madre en Gardencourt —le parecía extraordinario pensar que había habido un momento exacto, medible, señalado por un movimiento del reloj, en el que para él había empezado la eternidad— la había dejado con una tarea difícil de solucionar, como un ejercicio de álgebra o de geometría. La ecuación que se le pedía resolver no era ni más ni menos que encontrar la forma apropiada de llorar el fallecimiento del joven. Lo cierto era que ya no podía decirse de su primo que fuese joven, pero así era como ella pensaba en él, y como sin duda pensaría siempre. Tal vez fuese esa la parte principal de la dificultad: que parecía escandaloso verter lágrimas por una persona cuya vida había estado tan marcada por la lenta devastación de la enfermedad que lo consumía que apenas podía decirse que hubiese tenido vida. Nada más pensarlo, se lo reprochó a sí misma. ¿Quién era ella para juzgar la calidad de una vida, por breve o trabajosa que hubiese sido? Detrás de aquel reproche, no obstante, se ocultaba una formulación más oscura e irrefrenable, que era que la vida más intensa que había vivido Ralph la había vivido a través de ella, de un modo vicario y apasionado, observando con sonriente asombro desde su butaca de primera fila sus vuelos vertiginosos, sus giros con las lentejuelas, de aquí para allá en la luz polvorienta de arriba, ay, muy arriba, bajo la enorme e imponente carpa. Haber vivido a través de otra persona, aunque fuese alguien a quien decía adorar, esa había sido la altura del triunfo de Ralph, y la profundidad de su fracaso. Cuánto deseaba ahora haber sido capaz de la grandeza que él había ansiado ver en ella, esos brincos aiosos, esas piruetas cada vez más elegantes suspendida en el aire, esos leves aterrizajes sobre un solo dedo, esas amplias reverencias con los brazos extendidos como el cuello de un cisne. Si lo había elevado, también lo había hundido. Lo que él no podría haber esperado, lo que no habría creído posible en alguien tan equilibrado como ella, era la gigantesca y catastrófica caída desde las etéreas alturas que había precipitado su boda con la persona totalmente equivocada.

Ahora oyó a su espalda unos pasos de una firmeza inconfundible, y un instante después Staines asomó por detrás de su hombro con el ralo plumaje erizado y enhiesto, así que se preparó para la inevitable reprimenda.

—¡Vaya, está usted aquí, señora! —exclamó la doncella, que tenía una voz tan fuerte y enérgica como el resto de su ser—. La he buscado por todas partes entre esta multitud que no hace más que dar empujones.

—Me he limitado a seguir andando —se quejó Isabel con tibieza y una sonrisa propiciatoria. Staines, no obstante, no estaba dispuesta a dejarse aplacar, y su señora

aguardó, casi con interés, con tal de saber cómo habría ella de verse involucrada en esa discusión en el andén si no había reparado más que en una mirada turbia y airada del mozo de cuerda y en una palabrota dicha a su espalda en voz baja.

—¡Vaya sujeto tan descarado! —dijo la doncella, hinchando las mejillas como hacía cuando estaba enfadada—. Pero le aseguro que le he soltado cuatro frescas — hizo una pausa, para enganchar la flecha a la cuerda del arco, y cuando continuó lo hizo en un tono que traslucía más pesar que reproche—. Claro que, de haber sabido que estaba usted de luto, no me cabe la menor duda de que habría mostrado una actitud muy distinta.

Isabel contuvo la sonrisa. La velada pero mordaz referencia de su doncella venía a cuento de la disputa que ella y su señora habían tenido, antes de partir de Gardencourt, a propósito del brazalete de luto, una disputa en la que, extrañamente, se había visto obligada a ceder la más decidida de las dos combatientes. En efecto, la doncella le había ofrecido, con un gesto solemne a juego, un brazalete de crepé negro totalmente aceptable y habría sido difícil decir cuál de las dos se había sorprendido más cuando Isabel se negó, con educada firmeza, a que se lo enganchara en la manga del abrigo de viaje. Al cabo de un segundo de estupefacción, la doncella empezó a protestar, pero de nada sirvieron sus quejas; fue una de esas ocasiones, raras pero memorables, en las que la señora echaba mano a la espada y la doncella retrocedía con prudencia. La señora Osmond se negaba a ponerse el brazalete negro y no había más que hablar. Por supuesto, Staines había refunfuñado, y había aguardado el momento oportuno, hasta ahora, que la hoja centelleante de su señora estaba de nuevo segura en su vaina, para arriesgarse a devolver la estocada.

—Sí, estoy segura —añadió con una especie de reproche en el tono de voz—. Seguro que incluso un rufián como él habría demostrado un poco de respeto por quien ha sufrido una pérdida, si hubiese tenido forma de saberlo.

Isabel no respondió; había descubierto, con los años, que un silencio distante y discreto era a menudo la respuesta más eficaz a las provocadoras insinuaciones de su doncella. Lo cierto es que ella misma no sabía muy bien por qué se había negado, hasta el borde mismo de la vehemencia, a ponerse aquello en la manga. Tal vez le pareciese exagerado hacer tanta publicidad de su dolor y que habría sido una violación del decoro e incluso de la modestia más elementales. Por otro lado, estaba segura de que a Ralph le habría encantado verla envuelta de pies a cabeza en bombasí negro, con velo oscuro, faja y demás, pero solo para burlarse y reírse de ella a su manera irónica y cariñosa. Así que ahora pensó que, después de todo, tal vez debería haber transigido con la inofensiva convención del brazalete, aunque solo hubiese sido para proporcionar al espíritu de Ralph un momento de diversión allí donde se hallaba ahora, en ese reino de las sombras donde sin duda agradecería la oportunidad de esbozar la más lánguida de las sonrisas. Le había dado tanto, y había pedido tan poco a cambio...

Al salir por fin de los cenicientos confines de la estación, se sintió como si se hubiese sumergido en algún medio cristalino, limpio y vaporoso que fuese al mismo tiempo más y menos que el aire. Había vivido tanto tiempo sometida a los rigores meridionales que Londres le parecía casi inmaterial, sin contornos definidos. Incluso a la luz del sol, como en ese momento, la ciudad tenía un lustre perlado, y sus sombras eran de un profundo tono malváceo. También la muchedumbre, que iba tejiendo de aquí para allá su tapiz infinitamente cambiante, le pareció imbuida de una soñolienta vaguedad, como si la gente, a pesar de la determinación de sus pasos y por más que mirase solo hacia delante, no estuviese del todo segura de adónde se dirigía, ni tampoco recordara de dónde había salido, aunque ni una cosa ni la otra le importase lo más mínimo. Enseguida se sintió más sosegada y tranquila; hasta su llegada no había reparado en lo mucho que echaba de menos los extrañamente acogedores alojamientos de esta gran metrópolis del norte. No conocía Londres, al menos no en profundidad, había pasado temporadas, de visita, pero la mayor parte del tiempo no la había visto con sus propios ojos sino con los de los demás: los de su marido, los de Ralph Touchett y su madre, los de su amiga Henrietta Stackpole; también los de los pintores, y los poetas y los novelistas, ¡había tantos!, los Dickens y los Thackeray, los Byron y los Browning, y todos los bardos que le habían cantado en la lejana ciudad de Albany donde había pasado los años de su juventud, de este mágico y lejano país de Cucaña.

Antes de ver al hombre, oyó su llanto. Era un ruido extraño e inhumano y al principio buscó algún animal herido, una gaviota volandera, tal vez, caída del borde de algún elevado parapeto que chillaba llamando a su madre. Pero no: era un hombre. Era ancho y corpulento, aunque no parecía muy fuerte, tenía la cabeza grande y cuadrada, el pelo muy pelirrojo y las patillas rizadas y pelirrojas. Se había instalado en la esquina de la ancha avenida que salía del recinto de la estación. No creía haber visto u oído llorar así a ningún hombre adulto, de forma tan copiosa, con esa impotencia, sin poder parar. Sus ojos de color azul claro estaban enrojecidos y el labio inferior —hinchado y reluciente— le temblaba como a un bebé. Llevaba una camisa sin cuello, unos pantalones de piel de topo que brillaban de la suciedad, y una chaqueta de sarga con manchas herrumbrosas que le quedaba pequeña, le apretaba en las axilas y dejaba las muñecas blancas y frágiles expuestas e indefensas. No se movía de su sitio, pero giraba el cuerpo ora en una dirección ora en la otra, atrapado, se diría, en un trance de indecisión compulsiva. A su lado, sobre la acera, había un fardo informe envuelto en un trapo anudado. Al principio le había parecido que llevaba zapatos, aunque ahora que lo miraba con más atención, Isabel vio que llevaba los pies descalzos pero cubiertos de una mugre negra como el alquitrán. El brillo cobrizo de sus patillas, entre las que corrían oscuros los centelleantes regueros de lágrimas, y la palidez pulposa de la piel cubierta de pecas aumentaban en cierto modo, para ella, el pesar y la indignidad de aquel espectáculo: era como si le

hubiesen despellejado un integumento protector y su pelo encendido se ruborizase al verse expuesto de un modo tan desnudo y vergonzoso.

—¡Oh, mira a ese pobre desdichado! —suspiró, poniendo una mano en el brazo de su doncella para que se detuviera—. Tenemos que hacer algo para ayudarle.

Staines, no obstante, no se dejó impresionar, y apenas miró de reajo hacia donde se encontraba el hombre sollozando y balanceándose estremecido.

—No se puede ayudar a quien no sabe ayudarse a sí mismo —dijo con desdén y continuó decidida su camino, por más que su señora intentó sujetarla.

Tras un instante de duda, a Isabel no le quedó más remedio que seguirla, aunque con el corazón compungido. Era raro... Staines, que probablemente procediera de los mismos abismos de la sociedad que el hombre que lloraba, era quien más tendría que haberse sentido impulsada a socorrerle, pero en vez de eso le había dado la espalda, con los labios apretados en una línea blanca. Y, aun así, era comprensible: el instinto de su doncella era el de una persona que no se había infectado aún y rechazaba a una víctima sentenciada por la peste. Sin embargo, Isabel, cuyas reservas de lingotes en el banco garantizaban su inmunidad, tenía claro que su obligación era precisamente ayudar a las personas como él, a los desdichados y caídos de la tierra. Pero las normas eran las normas: funcionaban en las dos direcciones: hacia abajo igual que hacia arriba, y supo que era imposible desobedecer a su doncella y acercarse al hombre que lloraba aunque solo fuese para dejarle avergonzada una moneda en la mano.

En el coche de caballos, cuya elección fue un derecho que Staines se arrogó de forma natural, Isabel se sentó muy erguida al lado de la ventanilla abierta para disfrutar del escaso frescor que podía ofrecerle el aire de la ciudad. Después del momento de leve júbilo que sintió al salir de la estación había vuelto a sumirse en su anterior estado de aturdimiento. El ritmo constante del tren se vio reemplazado por el rechinar del acero de las ruedas en la calzada. Contempló el panorama de la ciudad que pasaba por la ventanilla como una serie de objetos expuestos detrás de un cristal. Se sentía mareada y embotada, como alguien a quien, después de una larga enfermedad, sacan a dar un paseo supuestamente vigorizante. Habían atravesado el parque y salido al cacofónico ajeteo de Knightsbridge. Miró a Staines, sentada enfrente, muy tiesa, con la mandíbula apretada y la escéptica mirada fija en la sucesión de escaparates adornados.

—¿Te alegras de volver a estar en terreno conocido? —preguntó—. Quiero decir, ¿te alegras de volver a estar en casa, aunque sea por poco tiempo?

La doncella se volvió hacia ella con una mirada fría e inflexible.

—¿Se refiere a Londres? —dijo. Hizo un gesto desdeñoso y encogió los hombros huesudos—. Este —añadió dirigiendo la punta de la nariz afilada hacia el elegante desfile de parasoles y chisteras de la acera abarrotada—, este no es mi Londres, señora.

Isabel respondió a aquel desaire con una sonrisa de ensayada vaguedad y una vez más volvió a refugiarse en sí misma, como entre los pliegues de una capa amplia que la cubriese por entero. Nunca conseguía enfadarse con Staines, o no mucho; sabía que el aparente desdén malhumorado y constante de la joven no era sino la máscara tras la que se ocultaba su incapacidad para demostrar su fascinada apreciación de la tolerancia y la lealtad de Isabel. Pues la doncella quería a su señora de un modo incoherente e inexpresable, y habría estado dispuesta, como podría haberlo formulado ella misma, a andar descalza sobre carbones encendidos si de ese modo podía arrancar una chispa del calor que tanto necesitaba Isabel. Después de reconocer ese hecho por milésima vez, Isabel se encontró con que sus pensamientos volvían a la cuestión, con la que en cierto modo estaban relacionados, del hombre que lloraba. Era verdad que nunca había presenciado en público semejante impotencia, semejante desventura y semejante pesar infantil por parte de un adulto, pero, después de los golpes que había recibido en los últimos tiempos, se extrañó de que no fuese algo cotidiano y corriente que pudiera verse en cualquier momento y en cualquier esquina: ¿por qué no éramos dados a estallidos periódicos de llanto público? Estaba convencida de que, en el conjunto de las cosas, el dolor del mundo inclinaría el fiel de la balanza de tal modo que el platillo de ese lado chocaría con un estruendo metálico contra el mostrador. Es más, se sintió tentada de pedirle al cochero que parase, apearse de un salto, volver junto a aquel desdichado y clamar su propia aflicción a los cuatro vientos; aunque por supuesto no lo hizo.

¿Cómo habría llegado el hombre a una situación tan lamentable? Por la intensidad de su llanto debía de haber reparado hacía poco en lo desesperado de sus circunstancias, aunque era evidente que llevaba bastante tiempo pasando apuros. Tal vez le hubiese acontecido una nueva desgracia. A Isabel le había dado la impresión de que no lloraba por algo en particular sino en general, como si ese día hubiese comprendido por fin lo triste y atormentada que era su vida, si es que se la podía llamar así, y la idea lo hubiese abrumado. ¿Debería haberse enfrentado a Staines y ofrecerle, a falta de otra cosa, al menos una o dos palabras de consuelo? Sospechaba que no debía de haber consuelo para un pesar como el suyo, pero su sospecha, por fuerte que fuese, no la exoneraba. ¿No era su deber, desde su posición ventajosa, tender una mano a los indefensos y heridos, a los que podrían haberse alzado en el cielo, pero habían caído y yacían ahora con el ala rota, estremecidos a sus pies en la acera? Su espíritu, lo mejor que había en ella, gimió de compasión por aquel hombre, aunque en otra región fría y calculadora de su conciencia ya se estaban erigiendo las defensas necesarias. Al fin y al cabo ¿qué podría haber hecho por el pobre desdichado? ¿Qué consuelo habrían sido para él unas palabras tuyas? Dinero, sí, podría haberle dado dinero, y una cantidad muy cuantiosa, por cierto; pero ni siquiera eso lo habría salvado, porque ya no tenía salvación. No: era como querer ayudar a las almas perdidas en el Hades. Pero aun así...

II

En el hotel de Dover Street declinó ocupar las habitaciones que les habían preparado y pidió solo una para ella y una cama para su doncella. Eso causó un consternado ajeteo, y tuvo que intervenir el director en persona para resolver el asunto. Era un hombre grueso y melifluo con los bigotes encerados, levita y una ostentosa corbata de color gris oscuro prendida con un alfiler de diamantes. Aseguró a la «apreciada señora» que había reservado varias habitaciones: la orden había llegado por telegrama esa misma mañana desde Gardencourt. Isabel detectó la intervención de la madre de Ralph —la señora Touchett, por muy práctica que fuese, era incapaz de concebir que nadie se hospedara en un hotel si no era en varias habitaciones—, pero aun así insistió en su preferencia. A continuación se produjo una aparatosa consulta del registro acompañada de una serie de ceños fruncidos, suspiros y un rápido retorcimiento del bigote, y por fin la condujeron a una agradable habitación en el primer piso, donde imperaba la cretona florida y triunfal y había dos ventanas altas con visillos que daban a la estrecha y concurrida calle de abajo. Isabel, a pesar del aire todavía un poco ofendido del director, dijo que la habitación estaba muy bien, se dirigió a una de las ventanas, le dio la espalda y saboreó la evocadora fragancia de la muselina polvorienta hasta que el hombre se avino a retirarse entre educadas disculpas. Entretanto, Staines se encargó de supervisar el traslado del equipaje —el único resultado tangible de su enfrentamiento con el mozo de cuerda de la estación que notó Isabel fue un cierre roto en un maletín de cuero y una abolladura bastante grande en una sombrerera— y la colocación de las «cosas» de su señora.

Fuera en la calle la tarde se demoraba y aún brillaba el sol: el viaje en apariencia interminable desde Gardencourt, primero en calesín a lo largo del Támesis, con el equipaje amontonado en una carreta detrás de ellas, y luego en el veloz tren desde Pangbourne, apenas había durado dos horas en total. Isabel separó las cortinas ligeramente susurrantes, se adelantó hacia la ventana y apoyó la frente en el cristal para empaparse un momento de su fría y cortante suavidad. Staines terminó de desempaquetar y colocar las cosas, y se retiró a su propio cuarto, el silencio cayó sobre la habitación como un manto de rocío. Isabel cerró los ojos y se sumergió en la oscuridad detrás de los párpados como en la musgosa frialdad de un estanque en el bosque. Pero no pudo quedarse mucho tiempo, pues en esa oscuridad encontraría por fuerza a la sigilosa e implacable criatura de ojos amarillos de su conciencia. Era raro: era a ella a quien habían ofendido, y de forma muy grave, su marido y una mujer a quien había considerado, si no su aliada, tampoco su enemiga, y sin embargo era ella quien se sentía avergonzada. ¿O era su fracaso por no estar a la altura de las esperanzas y expectativas de su primo Ralph —unas esperanzas razonables y unas

expectativas legítimas— el rastro que seguía ese animal del bosque? No lo sabía, no podía pensar; había muchas cosas que se entremezclaban e iban más allá de su capacidad para separarlas y evaluarlas una por una según sus propios méritos, sus propios deméritos. Sentía en su interior el apocamiento del pecador, pero no podía identificar el pecado.

Pero, aunque no pudiera señalar un pecado en particular, tenía muchas posibilidades a su disposición. Estaban el orgullo, sí, desde luego el orgullo, y la vanidad y el ensimismamiento complaciente, aunque Dios sabía la brusquedad con que la habían apartado del espejo Gilbert Osmond y Serena Merle, su marido y su... pero Isabel no pudo encontrar una palabra con la que definir apropiadamente a la inefable madame Merle. Era muy consciente del peligro de sucumbir al amor secreto por uno mismo con el que el pecador se regodea en su penitencia, por leve que sea. *Adorada* fue la última palabra que el agonizante Ralph Touchett había pronunciado en su presencia, y ahora reparó en que ella había dado por sentado que siempre la adoraría alguien, sin tener que adorar a nadie a cambio: eso era complacencia, eso era vanidad, eso era orgullo, afectos todos que habían servido para apuntalar su idea de sí misma como figura singular y una fuerza en el mundo, o al menos en su versión en miniatura del mundo. Y así la habían dejado vivir, feliz, en la casa de su propio yo, que, como ahora comprendía, no era mucho más grande que una casa de muñecas.

¿Feliz? La palabra la alcanzó y la devolvió bruscamente a la realidad que la rodeaba, la realidad de la luz del sol, de la calle, de los transeúntes, de la extraña y ajetreada transacción que suponía estar viva. Había vivido largos años con su marido —no habían sido muchos, pero sí largos— acurrucada en los abarrotados confines del hogar en miniatura que había creado con tanta habilidad. ¿Había sido feliz? Al principio, tal vez; pero esa primera parte complacida pronto había dado paso a una segunda parte lamentable, una situación que había acabado con una brusquedad tan violenta que sus nervios aún vibraban del golpe, como la horquilla de un diapasón. Ahora se volvía a plantear la pregunta que llevaba haciéndose desde que partió de Italia para estar ante el lecho de muerte de su primo, la pregunta de cuántas verdades acerca de la naturaleza y las circunstancias reales de su matrimonio había conocido sin llegar a decirse que lo sabía. Si había cometido una gran injusticia consigo misma y con los demás, tal vez fuese precisamente esa: que había forzado su propia ignorancia. Pero cómo, gritó para sus adentros, cómo podía haberlo evitado, con su marido y madame Merle incitándola a seguir en ese estado de ceguera, sosteniendo el velo tenso delante de sus ojos, el velo de seda maravillosamente perfumado. Y el hecho era, claro, que su marido no había vivido con ella en esa casa diminuta, sino fuera todo el tiempo, de pie a su antojo, con las manos en los bolsillos y agachándose solo de vez en cuando para asomarse y verla sentada con los brazos alrededor de las rodillas y la cabeza tan inclinada que apenas se le veía la punta de los pies.

Suspiró, allí en la ventana. Estaba cansada. Levantó los brazos y se apretó los dedos contra la frente. «Jaqueca» parecía ser para ella en esos tiempos el nombre de

un estado permanente. Se dio la vuelta, regresó a la habitación y se quedó indecisa al pie de la cama enorme y un poco amenazadora. ¿Podría dormir en semejante extensión de plumas y muelles, de cutí y lana, de lino y satén? ¿Debía llamar a Staines para que le trajera un calmante? Tenía que haber cerca alguna botica abierta. No, no debía depender de paliativos artificiales, debía seguir adelante merced al ejercicio de su voluntad. Si no podía obligarse a dormir al menos podía forzarse a descansar. Sin embargo, la idea de tumbarse allí una hora tras otra, con la mirada perdida en una insondable oscuridad, la llenó de pronto de una especie de angustia. Apoyó la mano en el poste, se agarró con fuerza y se obligó a serenarse. Esta noche sería solo una noche más; pasaría, y vendría otro día. Fue hasta el armario, lo abrió, evitó de forma instintiva su propia mirada en el espejo encastrado en el panel interior de la puerta, y escogió un vestido de noche al azar. Menos de cinco minutos después se hallaba en el piso de abajo, preguntando dónde estaba el comedor. Sí, quería una mesa; no, no iba a acompañarla nadie.

Era pronto, y al principio pensó que el pequeño y oscuro salón estaba vacío. Qué expectantes parecían las sillas y las mesas engalanadas de plata, cristal y manteles, cuidadosamente colocadas por filas, como otros tantos bailarines dispuestos a zambullirse en un vals y esperando tensos el primer acorde de la orquesta. El *maître* apareció —otra levita, otra corbata gris hinchada como el pecho de una paloma—, la llevó murmurando a un sitio en el rincón y la instaló con mucha profesionalidad, aunque, a pesar de los modales blandos y obsequiosos del hombre, ella tuvo la sensación momentánea de que la había metido en la silla como un corcho en el cuello de la botella. Los restaurantes siempre le recordaban un poco al aula de un colegio, aunque excepcionalmente democrática y bien surtida, donde la hubieran enviado a recibir clase de una de las más elegantes y venerables disciplinas sociales. Le dieron la carta y mientras la hojeaba, como se hace cuando se realiza esta pequeña ceremonia, vio que en una mesa en el rincón del extremo había un caballero de aspecto más bien corpulento, con barba y cierta calvicie, que leía el periódico con la ayuda de unos quevedos. Rondaba, juzgó ella, la mediana edad, aunque seguía exhibiendo un vigor juvenil a pesar de la marcada redondez que tensaba los botones de la parte baja del chaleco. Este chaleco era el único aspecto levemente notable de sí mismo que ofrecía a los ojos del mundo, pues aunque la chaqueta y la pajarita eran negras y discretas, y el cuello almidonado era un pilar de prístina blancura, su alegre chaquetilla —que es como la llamarían en casa— tenía bandas verticales alternas de color azul cielo y satén amarillo. Semejante estallido de color le hizo pensar en quién podía ser: ¿alguien del mundo del teatro, tal vez, un representante de actores o incluso un dramaturgo? Vio, por la destreza con que plegó el periódico para apoyarlo con más comodidad en la jarra del agua, que estaba acostumbrado a comer solo. El hombre reparó en que lo estaba observando, alzó la cabeza y la miró con brusca franqueza por encima de la montura de acero de los quevedos prendidos en el puente de la nariz. Ella esbozó una leve sonrisa, que él no le devolvió, no por frialdad u

hostilidad, al parecer, sino como si pensara que cualquier gesto de educada reciprocidad por su parte sería superfluo. Continuó mirándola unos instantes, con mucha calma y sin descaro, solo viéndola tal como era. ¿La conocía, se habían visto alguna vez, en alguna parte? Le pareció familiar en cierto sentido, pero había llegado a una etapa de su vida en la que cualquiera que se apartara de la multitud el tiempo suficiente para observarlo un momento se lo parecía. No obstante, tuvo la impresión, atrapada en la mirada fija de esos órganos tan portentosamente abiertos, de un gris brillante y un tanto saltones, de que la estaba observando y valorando... no, volviendo a valorar; se sintió como un retrato con el que él, el retratista, se hubiese topado de pronto, colgado en la pared de una galería en la que había entrado por casualidad, y delante del cual se había parado para ver cómo había envejecido su obra con los años y cómo había afectado el tiempo a la calidad del pigmento.

«En casa», eso era lo primero que se le había ocurrido, que en casa al chaleco del hombre lo habrían llamado una chaquetilla. Se arrellanó en su asiento, sorprendida de sí misma. Estaba convencida de que hacía mucho que había dejado de pensar en ese Behemoth varado al otro lado del Atlántico como en algo parecido a una casa. Pero ¿no es allí, a casa, donde corre el niño herido, en busca de seguridad y consuelo? ¿Y qué era ella, una vez más, sino una niña, y una niña herida, por mucho que su lado más adulto y más cuerdo se quejase indignado? Herida, sí, herida y —no tenía más remedio que confesarlo— sin casa.

El camarero llegó, y ella le pidió lo que quería; y, antes de que el joven se diera la vuelta con la carta en la mano enfundada en un guante blanco, ya lo había olvidado. Estaba pensando en el día siguiente, y ahora reparó en que había olvidado enviar un telegrama. Llamó al que pensó que era el mismo camarero, aunque resultó ser otro —había tantos y eran tan parecidos— y le pidió que le llevara a la mesa un formulario telegráfico y un lápiz. Su primera visita del día siguiente sería al banco, y a la hora de comer esperaba ver a su amiga —o más bien debería decir a su conocida, pues su relación no iba más allá— la señorita Florence Janeway, en su casa de Fulham. La visita al banco sería de lo más tedioso, con los revoloteos y cumplidos de costumbre, pero lo de la señorita Janeway era muy distinto, aunque fuese la propia Isabel quien había propuesto la visita que el telegrama que estaba a punto de escribir se encargaría de confirmar. Tenía la sensación de que necesitaba hablar con alguien, algo que nunca había necesitado antes, si por hablar entendía exponer hechos y sentimientos para contar con el beneficio de un par de ojos adicional, otro instrumento de medida para ubicar y juzgar. ¿Era eso lo que imaginaba, lo que esperaba de ella, de la señorita Janeway? Había otras personas en esta ciudad a quienes podía recurrir, una de ellas era su amiga —y era una amiga sincera, se mirara como se mirase— Henrietta Stackpole, con quien se iba a alojar la noche siguiente, en su casa de Wimpole Street, antes de partir de regreso a Roma. La señorita Stackpole, no obstante, la buena, decente y siempre sensata Henrietta, estaba enfadada con Isabel por demasiadas cosas como para que a Isabel se le ocurriera utilizarla de caja de resonancia. No, tendría que

dejar «reposar» a Henrietta al menos un día más. Lo que necesitaba Isabel era el punto de vista alejado, e incluso remoto, de la señorita Janeway, que confiaba en que no la acusaría ni absolvería. Y, no obstante, pese a todo, la pregunta seguía siendo por qué necesitaba que alguien la acusara o declarase inocente. Si necesitaba un confesor, las naves de muchas iglesias londinenses estaban repletas de confesonarios.

Sabía muy bien, claro, que con quien quería hablar era consigo misma, pero su voz se había vuelto tan débil y su oído tan duro que, si hacía falta, tendría que hacerlo a través de otro, incluso aunque ese otro fuese poco más que un desconocido. Era un riesgo, un riesgo peligroso, pero tenía que correrlo.

Los dos camareros indistinguibles se presentaron a la vez ante su mesa, uno con el formulario del telegrama y el otro con el pescado. Escribió un mensaje a la señorita Janeway y luego concentró su atención en el plato. La porción que había en él era grisácea, y estaba untada con una salsa beis sobre la que había empezado a formarse ya una costra firme, pero temblorosa. Los ermitaños del desierto no debían de ser mucho más *gourmets* que Isabel Osmond, pero aun así a ella no dejaba de sorprenderle la inventiva de los cocineros ingleses para transformar una comida de lo más presentable en una porquería que cualquier colegial francés o italiano solo se rebajaría a probar por una apuesta. Tanteó con cuidado el pescado con el tenedor, apartó un poco de carne sin contaminar con la salsa y lo masticó con la triste resignación de un rumiante. Miró hacia la mesa que tenía enfrente, tal vez con la intención de intercambiar una mirada comprensiva con su otro compañero de fatigas, y comprobó sorprendida que el caballero corpulento había dejado la mesa. No entendió cómo se las había arreglado para marcharse sin que ella se diese cuenta. No parecía haber tomado nada, y la única prueba de que había estado allí era el periódico plegado que él había dejado y que seguía ahí, apoyado con pericia en la jarra. Sintió una oscura decepción al verse abandonada con tanta rudeza a la soledad del comedor sombrío. Pero ¿qué se esperaba ella, qué creía haberse perdido? No podría haber respondido a las amistosas insinuaciones de un desconocido, por muy considerado o educado que fuese, sola en la mesa del comedor de un hotel. No obstante, la forma en que la había mirado, con esos ojos tranquilos, sinceros e inflexibles, parecía haberle ofrecido... ¿qué? Comprensión no, desde luego, y en cualquier caso la habría rechazado; ¿algún tipo de sustento entonces? La palabra acudió a su imaginación, pero no estaba muy segura de qué significaba en el contexto de ellos dos aislados el uno del otro y lo más alejados posible del contacto directo o de la comunicación que permitían las dimensiones del salón. Pero, sin duda, misteriosamente, lo echaba de menos ahora que se había ido. Lo sintió como si fuese una enferma andando con dificultad por un terreno difícil que hubiera reparado de pronto en que una mano que llevaba ayudándola desde hacía tanto tiempo que había dejado de notar su apoyo se hubiese apartado de pronto y la hubiese dejado seguir sola. Era absurdo, absurdo, se dijo. ¡Urdir semejante fantasía acerca de una persona a quien no había visto antes y a quien muy probablemente no volvería a ver jamás!

El camarero llegó y se llevó su plato.

III

El gran edificio de piedra gris parecía contemplar la calle iluminada por el sol con las aletas de la nariz dilatadas por una reprensión y un desdén doloridos. No obstante, las grandes puertas le franquearon el paso de muy buena gana. Dentro reinaba un silencio catedralicio y pálidos jóvenes vestidos de negro y con el cuello de la camisa almidonado atendían el mostrador con una devoción y un celo sacerdotales. Después de dar su nombre la condujeron a una sala de espera forrada de paneles de roble, donde un momento después apareció una persona altiva de aspecto gélido y la nariz muy larga, blanquecina y afilada que dijo llamarse señor Goresby. Aunque su cargo, que ella apenas oyó, era el de subdirector de no sé qué, estaba claro por la comedida majestuosidad de sus modales que era consciente de ser depositario de una gran autoridad. Estrechó muy serio la mano enguantada de Isabel e hizo una rígida reverencia. Ofreció sus condolencias por el triste fallecimiento del «joven señor Touchett», luego carraspeó y comentó lo benigno que estaba siendo el tiempo. Detrás de la fría suavidad de su aspecto ella detectó un brillo leve pero animado: «Así que esta —lo imaginó diciéndose— es la famosa joven heredera de la que tanto hemos oído hablar y exclamar».

Se sentaron a una mesita circular y les sirvieron el té. Nadie le ofreció ese refrigerio, de lo contrario lo habría rechazado, pues no quería pasar más tiempo del necesario en aquel opresivo panteón. Sabía que no era más que un banco, tan impersonal y ajeno como podía serlo cualquier otra institución, pero le recordaba ciertas cosas en las que prefería no pensar, como el peso de su fortuna, que por una intrincada red de relaciones hacía que la carga de su pena por la muerte de su primo Ralph resultase aún más difícil de soportar. El señor Goresby removi6 el contenido de su taza y preguntó educadamente por sus planes inmediatos: ¿pensaba volver a Roma, donde según tenía entendido estaba su principal residencia, o debía atender algún otro asunto en Londres? Ella respondió que partiría para Roma la tarde siguiente, y luego se sorprendió al oírse añadir que tal vez se detuviera un día o dos en París. Frunció el ceño y apartó la mirada; no sabía de dónde había salido la idea de ir a París —se le había ocurrido en ese mismo instante— y le extrañó. ¿Qué había en París que pudiera retenerla? ¿Sería solo una estratagema para retrasar la vuelta a Roma y todo lo que la esperaba allí? En ese caso, no faltarían ciudades por el camino que estarían encantadas de ofrecer hospitalidad a una joven adinerada, a una «viuda», reparó con sorpresa, de hecho con sobresalto, en que era la palabra que se le había ocurrido al principio; un tributo inconsciente a su difunto primo, pensó, pero también tal vez, de manera alarmante, el indicio de una idea más tenebrosa, un deseo más tenebroso, ante cuya posibilidad misma notó que empezaba a ruborizarse por la culpa.

Ahora dejó la taza y, con una firmeza que comprendió que rayaba en la grosería, desvió la conversación al asunto que la había llevado allí. Quería, anunció, retirar una suma de dinero en metálico. El señor Goresby enarcó las cejas con calma y dijo que, por supuesto, estaría encantado de facilitarle la transacción y se encargaría de supervisarla en persona. No obstante, cuando Isabel le dijo la suma que quería retirar, él se estremeció de forma que la taza y el platillo que sostenía entrechocaron breve, pero claramente.

—Mi querida señora Osmond —suspiró—, es una cantidad muy grande, para retirarla en metálico.

Eso la hizo vacilar, y sentir un destello de desconfianza que la llevó a estremecerse a su vez. La verdad era que no quería sacar el dinero para nada en particular y había fijado la suma por capricho. De hecho, solo entonces, al notar la sorpresa del empleado del banco, se preguntó por qué querría llevar encima, ella misma, una cantidad tan considerable de dinero, ¿qué pensaba hacer con él? No lo sabía. ¿Habría nacido aquel impulso, que no se había cuestionado hasta entonces, del ansia primitiva de seguridad y tranquilidad que dan el acopio y la acumulación? Se sorprendió de sí misma, pero esa sensación de apocamiento la empujó a adoptar una actitud más decidida, e incluso descarada, así que miró al señor Goresby a los ojos, repitió su petición y reafirmó la sorprendente suma. Él tragó con dificultad —Isabel vio cómo le temblaba la nuez— y con la sombra de una sonrisa intranquila se excusó, se puso en pie y fue hacia la puerta, donde se detuvo un segundo y se volvió para mirarla, todavía con la sonrisa incómoda y espectral, luego salió sin hacer ruido.

Esta vez la dejaron sola unos minutos en el silencio subrepticio de la sala donde apenas se oía el tictac del reloj. Se sentó muy recta en la silla, con las manos sobre el cierre del ridículo de seda negra que tenía sobre las rodillas e intentó no pensar en nada. Se sentía muy liviana, casi incorpórea, como si estuviese levitando unos centímetros por encima de la silla. Pensó en sus días escolares, cuando esperaba en una sala fría para enfrentarse a la cólera de la autoridad por alguna falta cometida sin darse cuenta y para la que no había explicación. ¿Por qué había sido tan alocada de venir aquí... qué compulsión infantil había pensado calmar? Bueno, ahora estaba pagando su precipitación.

Y todavía tendría que seguir pagándola un tiempo. Enseguida volvió el señor Goresby, acompañado de otro empleado con chaqué y botines, llamado Grimes. Si el señor Goresby era alto y delgado, el señor Grimes era bajo y rollizo, aunque estaba claro que este último ocupaba un escalón más alto en la jerarquía fiscal que su enjuto colega. Se acercó a Isabel con pasos elásticos, casi podría decirse saltarines, frotándose las manos como si estuviera lavándose las y una amplia aunque nerviosa sonrisa arrugando las mejillas regordetas con patillas. Dijo que el señor Goresby le había informado de su deseo de retirar ciertos fondos en metálico; repitió la suma que ella había especificado y frunció los labios. Era una cantidad de billetes muy grande y, si le permitía decirlo, peligrosa para que una señora la llevase encima por las

ajetreadas calles de la ciudad. Echó una mirada dubitativa al monedero de seda sobre el que apoyaba las manos. ¿Tenía a alguien esperando fuera, a ser posible en un coche particular, un pariente, tal vez, un pariente masculino, o incluso un criado, alguien de fiar y en cuya protección, en cuya fuerza y protección —en suma, en cuyos músculos, aunque no utilizó esa palabra tan brusca— pudiera depositar su confianza? ¿No? Ah. El señor Grimes intercambió una mirada con el señor Goresby. Los dos dieron muestras no solo de preocupación sino de embarazosa incomodidad. Isabel se puso en pie. ¿Cuánto tiempo tendría que soportar esta absurda tortura, una tortura tanto más intensa en cuanto que había sido ella misma quien se había metido en aquel aprieto penoso pero levemente cómico?

—Por favor, caballeros, no tienen de qué preocuparse —dijo, esbozando, con una capacidad histriónica insospechada en ella, una brillante sonrisa. Luego continuó con su interpretación e, improvisando a la desesperada, declaró que su marido la esperaba en el bufete de su abogado a tres minutos a pie del banco. El caso era, aumentó un poco más la sonrisa mendaz y teatral, que habían encontrado una casa, una casita preciosa en Dover Street, sí, en Dover Street, que se había puesto inesperadamente a la venta y tenían que aprovechar la oportunidad ahora que se había presentado—. El propietario va a partir al extranjero, y tenemos hasta el mediodía de hoy para acordar la compra y pagar una señal. Ya ven ustedes por qué he venido.

Miró las caras preocupadas que tenía delante; habría sido imposible decir cuál de las dos demostraba una duda más profunda. En todo caso ahí estaba, una cliente sonriente, y muy buena además, con todo el derecho del mundo a retirar una parte de sus cuantiosos fondos cuando quisiera y en la forma que deseara especificar. Así que, después de un intercambio de susurros entre los dos empleados, el señor Goresby se fue y dejó que el señor Grimes acompañara a Isabel fuera de la sala de espera, a través de la nave del edificio, por una ancha escalera de mármol que parecía una cascada congelada, hasta el inesperado cuchitril donde tenía su despacho, que olía a vela de sebo y humo rancio de tabaco. Allí los dos esperaron los diez minutos más largos que Isabel creía haber tenido que soportar en toda su vida, hasta que por fin reapareció el señor Goresby, sujetando con ambas manos, como si fuese el mismísimo Grial, un maletín de cuero que contenía una gran cantidad de billetes de curso legal. Sacó un documento, lo puso sobre la mesa del señor Grimes y le dieron una pluma a Isabel para que inscribiese su firma. En el silencio que se hizo mientras firmaba, ella pudo oír, por encima del rasgueo de la pluma, la respiración ronca del señor Grimes y las inspiraciones más leves y en cierto modo más angustiadas del señor Goresby. Se produjo entonces otro momento incómodo, cuando ella preguntó por el origen del maletín que contenía los billetes, y le informaron que era propiedad del señor Goresby. ¡Oh!, pero entonces, exclamó ella, ¿cómo podría compensarle por el sacrificio? ¿Le permitiría pagarle el valor del maletín para que pudiera reemplazarlo por otro nuevo? Eso hizo que carraspearan y bajaran la mirada e Isabel notó cómo se ruborizaba al comprender avergonzada que había cometido una torpeza.

El señor Goresby respondió que tal vez tuviese ocasión de devolvérselo en el futuro, pero que entretanto debía aceptarlo como una prueba de la preocupación del banco por su seguridad y su paz de espíritu —y le mostró cómo podía asegurarse la solapa del maletín— y también como un gesto de aprecio y buena voluntad por su parte, un gesto que incluía asimismo a su superior el señor Grimes, como añadió generosa y sin duda prudentemente. Luego los dos le hicieron una reverencia, sonriendo como si estuviesen doloridos, y la acompañaron fuera del despacho, por la escalera y por el resonante vestíbulo de mármol hasta la enorme puerta delantera. Con el maletín debajo del brazo se sintió como una sobrina antes mimada a quien echaban a la calle dos tíos a quienes había decepcionado y que ahora la desaprobaban. Una vez liberada fuera, se detuvo en el escalón de arriba e inhaló profundamente el suave aire matutino. Menos mal, pensó de pronto, que Staines no la había acompañado... algo era algo.

IV

Sea como fuere, al andar bajo la aún vacilante luz del sol de ese día de principios de verano, su agitación empezó a disminuir y descubrió que era capaz de pensar en la última hora con solo un leve escalofrío de vergüenza. ¿Y por qué iba a avergonzarse por haberse permitido una aventura tan inofensiva? Aunque hubiese mentido sobre la compra de una casa imaginaria en Dover Street, había sido una mentira de conveniencia y no había hecho daño a nadie; aunque hubiera sido frívola, su frivolidad no había estado exenta de osadía; y, aunque hubiese sido irresponsable, su irresponsabilidad había supuesto en cierto sentido una afirmación de su libertad. Y para Isabel la libertad era y había sido siempre una cualidad significativa, tal vez la más significativa de todas, pues ¿cómo iba a ser tolerable la vida si estabas atrapada y rodeada de trabas por todas partes? En las implicaciones de esa pregunta estaba la razón, o al menos parte de la razón, de su presencia allí esa soñolienta mañana londinense, con un maletín lleno de billetes de curso legal debajo del brazo. Las condiciones en las que había vivido estos últimos años, es decir, los años de su matrimonio —¡muy pocos, por sorprendente y extraordinario que pareciese!— habían hecho imperativo que algo suyo, algo exclusivamente suyo, se afirmara y que ejerciese su libertad, por muy estrecha que esta pudiera ser. No era tan vulgar como para pensar que el dinero constituía el templo de la libertad, aunque tal vez fuese uno de sus pilares, pero las restricciones en cuyo seno había tenido que debatirse, como un cordero atrapado en un arbusto de espinos, eran tales que hasta el escarceo que se había permitido en el banco podía parecer una danza desenfadada de extática liberación primaveral.

El aire estaba tan en calma que oyó a lo lejos las campanadas del Big Ben: ya era mediodía, y había quedado en ir a comer a casa de la señorita Janeway en poco menos de una hora. Su intención había sido volver a Dover Street y pedir que le guardaran el maletín en la caja fuerte del hotel, pero ya no tenía tiempo. Encontró una parada de coches y después de anunciar su destino, en el corazón del laberinto de callejuelas de Fulham que iban a parar al río, subió al asiento del cabriolé y se acomodó con el maletín bien sujeto a su lado. Su valentía menguaba por momentos; ya no se veía como un alegre corsario recorriendo la mar oceánica con la bolsa del botín y comprendía lo alocada e irreflexiva que había sido al pensar que podría encomendarse a sí misma y su tesoro a los bajíos y arrecifes de las avenidas de la ciudad. Imaginó a un bandido callejero con un parche en el ojo asaltándola con un cuchillo centellante entre los dientes, arrancándole el maletín de las manos y perdiéndose entre la multitud con la misma rapidez con la que había llegado. ¿Acaso no se tendría merecido que la asaltasen y robasen unos piratas?

No obstante, ahí tenía la vista despejada y tranquila del Mall con el palacio al fondo, presidiendo noblemente la escena, y luego Constitution Hill flanqueada a ambos lados por una buena cantidad de árboles cubiertos con el tierno follaje de junio en una veintena o más de tonos de verdes vaporosos. Arrullada por la suavidad de la escena y el cantarín rechinar de las ruedas del cabriolé sobre la calle recta y lisa, Isabel notó cómo su corazón, que había estado debatiéndose en su interior como un gato en una bolsa, recuperaba su acostumbrado ritmo silencioso. Sus pensamientos revolotearon ociosos de aquí para allá y se posaron por fin en la señorita Janeway. Isabel había conocido a esta admirable mujer en una reunión celebrada en un salón un tanto sombrío en Wigmore Street, a la que había asistido, no de muy buena gana, en compañía de su amiga Henrietta Stackpole. Había olvidado cuál era el propósito o el motivo de la reunión —fue años atrás, cuando todavía no estaba casada— pero conservaba la impresión de un ardor contenido y el brillo apasionado en los ojos del público mayoritariamente femenino que pululaba emocionado a su alrededor. La señorita Stackpole, su querida Henrietta, era una periodista de estilo muy norteamericano en el sentido de que creía que las personas y los lugares de los que se proponía escribir debían convencerla de su interés antes de que se dignara meter siquiera la pluma en el tintero. Tenía una idea un poco exagerada de su estatus como comentarista de los usos y ardidés de los ingleses en general, aunque según las murmuraciones de algunos crueles súbditos del reino, no era más que la encargada de suministrar cotilleos de sociedad a los siempre ávidos oídos de las señoras acomodadas de Nueva York, Boston y San Francisco; y lo cierto era que a menudo enviaba material a revistas norteamericanas no muy elevadas desde el punto de vista intelectual, pues, como ella misma decía con un suspiro, tenía que comer.

Al terminar aquel encuentro las dos habían salido a la oscuridad y la llovizna de la noche de finales de otoño, y en la acera debajo de la marquesina de cristal se produjo tanto abrir y flexionar de paraguas negros que le pareció que una bandada de pájaros de alas oscuras como la noche estaba a punto de alzar el vuelo y alejarse aleteando sobre los tejados. En mitad de la cuchicheante multitud Henrietta había visto a la señorita Janeway. Las dos se saludaron con afecto comedido: Henrietta «no era muy besucona», como suele decirse, y, desde luego, tampoco lo era la señorita Janeway, luego llamó a Isabel y la presentó como «la señorita Isabel Archer, de Albany», casi, pensó compasiva, como si fuese un objeto premiado en una feria rural. La sonrisa de la señorita Janeway le pareció amistosa, pero la mano que le tendió a Isabel era fría por fuera y daba la impresión de ser frágil por dentro, como un haz de ramas envueltas en una hoja de parra. Era pulcra y enjuta, alta y esbelta, tanto como la propia Isabel, con el pelo prematuramente plateado, lo que, combinado con la suavidad rosada y empolvada de la piel, le daba un aspecto intemporal. Hablaba con voz firme y baja, y era, Isabel se dio cuenta enseguida, un poco dura de oído.

En esa primera visita a la ciudad —Isabel había viajado también desde Gardencourt, aunque en circunstancias mucho más felices— Isabel y la señorita

Stackpole se alojaron en un simpático hotelito en Cavendish Square, y como la lluvia había dado paso a la niebla, Henrietta insistió en que la señorita Janeway las acompañase hasta allí y compartieran un vaso de oporto caliente para disipar los vapores otoñales de la tarde antes de emprender su largo viaje a casa en Fulham. Así que fueron al Portland Palace, pues tal era el pomposo nombre del hotelito, y pasaron media hora en el abarrotado salón de abajo, donde les atendió un camarero anciano, reumático y tembloroso, que tropezó con la alfombra, se derramó oporto en la mano, movió la cabeza y suspiró lamentando su propia torpeza. La señorita Janeway —se rumoreaba que en su juventud la habían conocido por el apodo de «Florrie», pero a Isabel le resultó imposible creerlo— era, como se hizo evidente enseguida, una persona de panfletos, polémicas, desfiles y protestas: en una palabra, un miembro de esa especie, todavía rara en la época, conocida como la Nueva Mujer. De cualquier modo carecía del aire temible que se atribuye tan a menudo a este fenómeno novedoso y casi mítico, esta amazona de nuestros días; no era chillona, no era estridente, y en cuanto a su manera de discutir, nadie podría haber sido más comedido y plácido en la expresión de sus opiniones que esta intelectual mordaz, de mediana edad y pelo plateado. Hacía mucho que Isabel había olvidado de qué habían hablado esa noche mientras el fuego murmuraba y chisporroteaba en la chimenea y la niebla se apilaba contra las ventanas, como otras tantas gruesas capas de virutas de acero. La conversación, tratara de lo que tratase, fue breve, pues la señorita Janeway había apartado enseguida la copa, de la que no había bebido más que un sorbo, y se había levantado, diciendo que no quería perder el ómnibus, pues era el último de la noche. Al marcharse, en el vestíbulo del hotel, mientras se esforzaba en abrir un paraguas obstinado, se volvió hacia Isabel y le dijo algo que la joven —pues en aquellos días todavía podía considerársela una joven— recordaría tiempo después con una punzada que no había perdido su agudeza.

—Parece usted, señorita Archer —dijo—, una persona dotada de un gran potencial; tenga cuidado no vaya a desaprovechar sus recursos.

Henrietta había vuelto al salón a buscar un par de guantes que la señorita Janeway había olvidado y no había oído aquel consejo, si es que era eso lo que había sido. Y de hecho en su ausencia las dos amigas cruzaron una mirada que Isabel pensó que no habrían podido intercambiar de no haber estado a solas. Fue una mirada con más fuerza y penetración, por parte de la señorita Janeway, de lo que parecían justificar el tiempo que habían pasado juntas y lo que habían hablado, aunque Isabel se la había devuelto con idéntica fuerza y, eso creía, con la misma franqueza. Luego, cuando a la señorita Janeway se la tragó de pronto esa densa variedad de niebla conocida misteriosamente como «sopa de guisantes», y Henrietta se retiró a su habitación a dar los últimos retoques a un artículo sobre el deporte inglés de la caza con perros para el *Interviewer* neoyorquino, Isabel volvió al salón y pasó a solas más de media hora junto al fuego que iba agonizando soñoliento. Sus pensamientos se movieron, como suelen hacer los pensamientos, en círculos grandes e imprecisos, pero al menos una

vez en cada vuelta volvieron, igual que un planeta en su perihelio, a la cuestión de qué habría querido decir con exactitud la señorita Janeway con su extraña observación. Las palabras en sí mismas no podían estar más claras, pero la manera de formularla ¿estaba pensada para expresar consejo o admonición, desafío o condescendencia, ánimo o una duda muy profunda? Fuese lo que fuese, Isabel no había olvidado aquel momento en el vestíbulo mal iluminado del hotel, en el umbral de la noche y la niebla, con los ojos tranquilos y penetrantes de la mujer fijos en ella. Tenía la sospecha, la enorme sospecha, de que el modo en que había conducido su vida en los años pasados era una grave traición a las expectativas, por muy provisionales y prudentes que fuesen, implícitas en la advertencia de la señorita Janeway. Tenía la impresión de haberse despilfarrado hasta el extremo de una bancarrota emocional y espiritual, pero ¿era así? ¿No habría escatimado y acumulado unos recursos con los que debería haber colmado a los demás? Intentó recordar la lección bíblica sobre los talentos y su significado exacto, pero la confundió con la parábola del camello y el ojo de la aguja, y al final desistió. Al pasar por Hyde Park Corner el aire era tan dulce y los árboles estaban tan encantadores ahora que empezaban a echar la hoja, que la oscuridad de sus pensamientos no pudo sino iluminarse.

La casa de la señorita Janeway fue difícil de encontrar. Las estrechas calles entre Fulham Palace Road y la orilla del río, aunque agradablemente adornadas con bonitos miradores y espléndidas lilas en flor, parecían todas iguales, y era evidente que el cochero, a quien había escogido por su aspecto experimentado y de fiar —sus patillas eran muy impresionantes—, no conocía la zona. Tuvo que pararse varias veces a pedir ayuda a los vecinos del barrio que se dignaban dejarse preguntar, y cuyo auxilio en cualquier caso resultó ser de muy poca utilidad. Mientras avanzaban con torpeza, Isabel oía al hombre mascullando para sus adentros en el alto pescante detrás de ella, y se le ocurrió si no tendría una botella escondida allí a la que hubiera recurrido para consolarse y darse ánimo en los trabajos de aquella fatigosa odisea en la que estaban embarcados. Por fin vieron a un policía, con su casco y su cinturón en una esquina al lado de un buzón de color rojo y balanceándose pensativo sobre la planta de unos pies notablemente grandes, que, después de hacer una pausa para atusarse vigorosamente el bigote a ambos lados con el dedo pulgar, les indicó con ponderada seguridad cómo llegar a Cedar Street. Cuando se detuvieron por fin delante del número 7, Isabel comprendió que su larga estancia en el extranjero la había vuelto incapaz de aclararse con las incomprensibles complejidades de los chelines y los peniques, y que no podía estar segura de si la tarifa que le pedían era tan abultada como sospechaba. Pensó en retrasar el pago para preguntarle a la señorita Janeway, pero en vez de eso se rindió sin condiciones, hurgó en la cartera en busca de las monedas —¡Dios mío! ¿Era eso un florín o media corona?— y, apartando el rostro, le entregó lo que juzgó que sería más o menos la cantidad exigida de monedas de plata y cobre tintineantes. Deseó que Staines hubiese estado con ella —Staines habría sabido exactamente cómo lidiar con

un cochero borrachín—, pero la doncella le había pedido la mañana libre para ir a visitar a su hermana, su única pariente viva, en su casa de Hackney. La señora Gilhooley, así se llamaba la hermana, estaba casada con un irlandés, de profesión peón de albañil, aunque Isabel no estaba del todo segura de en qué consistía ese trabajo, o, de hecho, de qué era con exactitud un peón. En los años que Staines y su señora habían pasado en el extranjero había venido al mundo una numerosa progenie de pequeños Gilhooley, aunque Cissy —la señora G.— los quería a todos como si, decía su hermana, «cada uno de ellos fuese su único hijo». Isabel había insistido en regalar una moneda a cada crío como muestra de su cariñoso, aunque por fuerza lejano, afecto, pero cuando le ofreció el dinero, Staines, inevitablemente, expresó con una mueca su rechazo, ocultó las manos detrás de la espalda y dijo en voz alta, con la mirada fija en un lugar unos centímetros por encima de la coronilla de Isabel, que la señora no debía despilfarrar su dinero con «esos pillastres». Estas trifulcas, que eran frecuentes entre las dos, divertían tanto a Isabel como la irritaban. Hoy, no obstante, se había sorprendido cuando, apenas iniciada la discusión, la doncella abandonó de pronto su postura desafiante y, con un gemido de disculpa y aflicción, hizo ademán de abrazarla mientras decía, con la voz atragantada por la emoción: «¡Oh, pero señora!». Fue entonces cuando, al dar un paso atrás, Isabel reparó en las manchas de humedad que salpicaban sus mejillas, y comprendió que por algún motivo inconsciente e inexplicable se había echado a llorar.

V

La casa, que olía a lavanda seca y a pulimento de plata, era tan pulcra, sencilla y agradable como su ocupante. Por todas partes el color dominante era el gris — paredes de color gris cálido, tablones de color gris plateado, hasta el aire era gris y animado— y la señorita Janeway parecía una emanación del propio lugar. Isabel la notó muy poco cambiada desde su último encuentro, que también había sido el primero, en el hotel Portland Palace esa lejana noche de niebla después de la reunión en Wigmore Street, tan solo parecía, no más delgada, pero sí como si la hubiesen vaciado, y había un nudo de tensión entre las cejas que sugería que era, como la propia Isabel desde hacía poco tiempo, una habitante casi permanente del país de las migrañas. Llevaba un vestido de color marrón agrisado de corte recto, con una estrecha franja de encaje en el cuello y las muñecas, su única concesión al embellecimiento personal.

Recibió a Isabel con una callada bienvenida, adelantándose a la vez que daba la sensación de apartarse, con un fruncimiento en los labios que era casi una sonrisa sin llegar a serlo; la contención de su comportamiento era una invitación para ambas a reconocer que un despliegue de sentimientos más efusivo resultaba inaceptable en personas adultas como eran ellas, o como sin duda era la señorita Janeway, pues Isabel no estaba muy segura de que la mujer que tenía delante llegase a aceptar del todo que ella, o cualquier otro, para el caso, estuviese a su misma altura intelectual.

—Parece usted acalorada, amiga mía —dijo la señorita Janeway, con una casi imperceptible intensificación de aquel gesto que no llegaba a ser una sonrisa—. ¿Le apetece algo fresco? ¿Un vaso de limonada tal vez?

De hecho Isabel no había reparado en su acaloramiento, pero bajo la presión de la férrea solicitud de la señorita Janeway le pareció que debía de estar muy colorada y sudorosa. Respondió que un vaso de agua sería de agradecer, y llamaron a una criada. Era una joven guapa y menuda, cuyos ojos y cutis ofrecían un agradable contraste de rosa y azul —no pertenecía a la cofradía de las enérgicas Staines— y que recibió a la visitante con una franqueza y confianza acordes, concedió Isabel para sus adentros, con los principios igualitarios de la casa.

—Un poco de agua para la señora Osmond, por favor, Daisy —dijo la señorita Janeway—. Y dile a la cocinera que comeremos dentro de media hora, ¿quieres?

—Claro, señora —respondió Daisy, y se marchó después de arrojar otra mirada amable y sonriente en dirección a Isabel.

Las dos mujeres, con la señorita Janeway abriendo la marcha, pasaron a un agradable saloncito y se sentaron a una mesa cuadrada bien encerada y situada justo en el centro de la habitación. Se sentaron una enfrente de la otra, en sillas de respaldo

recto, como si hubiese ido allí por una entrevista de trabajo, pensó Isabel. Luego reparó en que la señorita Janeway inclinaba un poco la cabeza hacia la izquierda y recordó que era un poco sorda, y que esa debía de ser la razón por la que se había instalado donde pudiera ver bien el rostro de la visitante. Pero ¿tanto oído había perdido la pobre mujer que se había visto reducida a leer los labios? Al pensarlo Isabel notó una aguda punzada de compasión que a su vez le hizo sentirse secretamente avergonzada.

—¿Va ser breve su estancia en Londres? —quiso saber la señorita Janeway.

—Sí, mañana parto para Roma —respondió Isabel, esforzándose en no dar la impresión de estar gritando— o tal vez vaya antes a París. No lo he decidido.

—¡Dios mío, qué libertad! —exclamó en tono agradable la señorita Janeway, juntando las manos de dedos largos y pálidos como el marfil en un silencioso aplauso.

Ay, pensó Isabel, ¡si usted supiera!

Daisy volvió con una pequeña bandeja metálica donde llevaba, como si fuese un objeto sagrado, el vaso refrescante de Isabel. El sol en la ventana había dibujado una compleja figura, como una jaula rota de oro viejo, y la había arrojado al suelo, donde yacía interrumpida en parte por las patas de la mesa. La gruesa bolsa repleta de billetes estaba incómodamente encajada entre la cadera de Isabel y el respaldo de la silla. Nada más llegar, había advertido que la señorita Janeway echaba una mirada discreta y fugaz al abultado maletín. Ahora volvió a reparar en lo infantil que había sido pedir que se materializase ante ella esa gran cantidad de dinero; sí, infantil, porque era como la niña mimada en un espectáculo de magia cuyo adinerado padre ha sobornado al mago para que le dé la vuelta al sombrero y le muestre el mecanismo por el que asoma aturdido el pobre conejo. «¡Pero el dinero no es dinero, amiga mía!», le había dicho el anciano padre de Ralph Touchett, con una de sus risas amables y suaves, sentado en su silla en el césped de Gardencourt para aprovechar los últimos rayos de sol una tarde de verano que ahora le pareció increíblemente lejana en el tiempo. «Es decir —había continuado diciendo—, no es lo que la gente buena y sencilla del mundo imagina que es. Esa cosa, eso con lo que se alimentan y se visten ellos y sus hijos, y que ahorran siempre que pueden por si llegan las famosas y temidas vacas flacas... digo que eso, niña, no es dinero: es calderilla».

Pero entonces, ¿qué era el dinero? Le había insistido al sabio anciano, que en sus días de banquero había amasado una fortuna fabulosa mediante astutas manipulaciones de la misteriosa mercancía de la que estaban hablando, pero él se había limitado a reírse de nuevo, moviendo la cabeza ante su ingenuidad. Así que, como no le quedó otro remedio que averiguarlo por sí misma, imaginó que el dinero, el dinero de verdad y no «esa cosa», era como un río subterráneo, una fuerza oscura, invisible y veloz que arrastraba consigo guijarros, raíces de plantas y árboles arrancadas y que rellenaba desde abajo los manantiales secretos del poder. ¿Qué tenía ella que ver con esa oleada imparable y elemental? ¿Qué era ella, a pesar de los aires y gracias que le habían pedido adoptar con los años, más que parte de la «gente

sencilla» de la que el señor Touchett había hablado con tanta ligereza con su estilo amable y condescendiente? La bolsa que tenía a su espalda le pareció de pronto una horriblemente onerosa extrusión de sí misma, como la joroba de un tullido.

—Por lo que me ha contado nuestra querida amiga Henrietta Stackpole —dijo la señorita Janeway, volviendo ahora la cauta mirada hacia la mesa—, la bienvenida que le aguarda cuando vuelva a Roma tal vez no sea tan cálida como sería de esperar en esa soleada ciudad...

Isabel se quedó muy quieta, como un zorro, pensó, cuando oye aterrado la trompa del cazador muy cerca de su escondrijo. Pero ¿cuánto tiempo —se preguntó arrepentida y consciente de estar mezclando sus metáforas cinegéticas— pensaba que podría seguir ocultándose? Por lo visto la señorita Janeway era tan directa en su forma de hablar como en todo lo demás. ¿No era justo por eso por lo que Isabel había hecho aquel tortuoso recorrido hasta las afueras de la ciudad? Había ido a hablar y, lo que tenía más importancia, a que le hablaran. No obstante, ahora que había llegado el momento, el momento de lanzarse a esa «conversación», algo en su interior, una versión hosca, malhumorada, resentida y, una vez más, infantil de sí misma, se resistía. La señorita Janeway, que era evidente que percibía esas cosas, reparó enseguida en las obcecadas dudas de su visitante y sonrió, apoyó la palma de las manos en la mesa y sugirió sin más que, aunque aún faltaban diez minutos para que se cumpliera la media hora, podían correr el riesgo de incurrir en la ira de la señora Pullan —esta persona, supuso Isabel, debía de ser la cocinera— y aventurarse a pasar al comedor y exigir su comida.

El plato principal del previsiblemente modesto ágape consistió en brécol, judías y espinacas hervidas, adornadas con unas pocas almendras troceadas. Al menos las almendras, pensó Isabel, no habían sido sometidas a la prueba del caldero hirviente. Era consciente de que la señorita Janeway la observaba con discreción. ¿Sería la frugalidad del plato una prueba de su entereza espiritual? Ella no era tragona —sentía una decidida aversión por el aclamado rosbif de la vieja Inglaterra— pero la extensión de verduras humeantes que tenía delante, incluso con el aliciente de las bonitas partículas tostadas y cremosas de almendra, le pareció bastante desalentadora.

—No como carne —observó la señorita Janeway, en un tono que no tenía nada de disculpa, e incluso añadió, con lo que sonó como un leve reproche, que esperaba que su invitada «no la echase de menos». Isabel, con disculpable fraudulencia, se apresuró a expresar su total satisfacción con lo que le habían servido, y cogió sin inmutarse el cuchillo y el tenedor. Su anfitriona, no obstante, continuó—: Uno de mis principios morales —observó— es que ningún ser vivo con rasgos faciales debería convertirse en comida.

A Isabel no se le ocurrió ninguna respuesta, así que no dijo nada, en vez de eso se llevó a la boca unas flores de brécol no mucho más pequeñas, y más o menos de la misma textura, o eso le pareció, que un arbusto en miniatura.

Durante un breve intervalo, las dos mujeres comieron en silencio solo interrumpido por los incontenibles crujidos herbívoros. Daisy la doncella iba y venía, y atendía con hábil alegría las modestas necesidades de la mesa, rellenando la bandeja del pan, llenando la jarra del agua, sin dejar de sonreír con las mejillas sonrosadas y distribuyendo plácidas miradas. Parecía, pensó Isabel, una casa muy pacífica, imbuida de una calma que desmentía la frialdad leve pero innegable de su dueña. ¿Revelaba la gelidez de su comportamiento cierta desaprobación de su visitante, quizá? Era una posibilidad, e Isabel debía tenerla en cuenta, y, si decidía que era más que una posibilidad, modular su comportamiento en consonancia. Pero ¿en qué consistiría esa modulación, aparte de en terminarse las verduras, disculparse y marcharse lo más deprisa y con la mayor educación posibles? Mientras tanto la distrajo su incapacidad de dejar de enumerar para sus adentros las variedades de animales poseedoras de una especie de rostro cuya carne había consumido sin pararse a pensarlo a lo largo de los años.

Se le ocurrió, como sin duda debería habersele ocurrido antes, que tal vez su silencio en respuesta a la franca pregunta de la señorita Janeway sobre Roma le había parecido grosera, si no ofensiva. Cuando esa idea se coló en su interior como una plomada que alguien hubiera soltado de repente, dejó el cuchillo y el tenedor, se volvió hacia la mujer que tenía delante y habló con total espontaneidad.

—Sí —se oyó decir, o más bien soltar sin pararse a pensar—, en Roma me espera una fría bienvenida.

Las cejas de la señorita Janeway, hasta ese momento tan rectas como si estuviesen trazadas a lápiz, se alzaron formando dos arcos, y en el lugar donde los pómulos eran más prominentes aparecieron dos brillantes manchas redondas y sonrosadas.

—Querida —murmuró, sosteniendo en el aire sus propios cuchillo y tenedor—, ¡oh, querida!

Esa brusca muestra de compasión dejó a Isabel aún más desconcertada y confusa. No es que no la apreciara, sino que tuvo un efecto curioso en ella. El calor de la respuesta de la señorita Janeway, que fue como un repentino brillo de sol sobre la superficie agrietada de un estanque helado, envió a la joven años atrás a cierta época que ahora le parecía inmemorial, y a cierto momento en esa misma época, cuando en una húmeda tarde de primavera que no recordaba con especial tristeza se había sentado en un desvencijado sofá de pelo de caballo de un viejo y extraño cuartito en casa de su abuela en Albany, con un libro sobre el regazo, una obra formidable que recorría con intrincado detalle la inmensa historia de la filosofía alemana, tenazmente concentrada en el texto e intentando no prestar atención al clamor de los críos que jugaban en el patio de un pequeño colegio que había al otro lado de la calle. En los últimos tiempos ella misma se había convertido en huérfana, después de la muerte de su padre, y no estaba segura de cómo tomarse esta nueva situación en la que se había encontrado de pronto. Hasta entonces, en su vaga noción de esa palabra, había imaginado que un huérfano era un niño descalzo y abandonado sacado de una novela

sentimental, desde luego no lo que era ella, una persona sana y bien calzada de veinte años. Lloró a su padre, claro —su madre hacía mucho que había muerto—, pero no pudo negar que su fallecimiento la dejaba en una situación que era, al menos en uno de sus efectos, interesante: es decir, el efecto de haber sido liberada. Era sin duda una libertad circunscrita —su padre había dejado muy poco dinero, y la mayor parte fue, claro, para sus dos hermanas mayores y casadas— y los horizontes de su vida no parecían mucho más anchos que antes. De todos modos, notó una ligereza en su interior, incluso una liviandad, de la que estaba segura que debería, aunque no lo estuviera, sentirse avergonzada. Los muertos dejan sitio a los vivos, se dijo a modo de disculpa; es el orden natural de las cosas. Esa tarde lluviosa en Albany sintió, mientras hacía un diligente esfuerzo por seguir el curso constante del Espíritu de la Historia trazado por Herr Professor Hegel, que ella misma, en su nuevo estado de ligereza, se dirigía sin duda también a alguna parte, aunque tuviese el mismo control sobre su dirección que un globo aerostático que se hubiese liberado de sus amarres y se viese obligado a ir allí donde lo llevase el viento.

Fue en el oscuro cuartito de lectura, y en ese estado de ánimo elevado aunque impreciso, cuando se encontró con su tía Lydia, la madre de Ralph Touchett. Esta enérgica señora, de modales distantes pero conversación franca, vivía casi siempre en Italia, y se hallaba de visita en Estados Unidos para comprobar el estado de sus inversiones, que mantenía estrictamente al margen de la amplia esfera financiera de su marido —aunque no es que Daniel Touchett tuviese la menor necesidad de entrometerse en los formidables asuntos comerciales de su esposa—, y había viajado a Nueva York a hacer una visita a la familia de su difunta hermana, a sus dos hijas casadas, y a esta que de momento seguía felizmente soltera. Isabel y la señora Touchett pasaron más de una hora juntas mientras la lluvia golpeaba contra el tejado y los ruidosos alumnos de enfrente volvían a sus clases, y al despedirse acordaron que Isabel, que sin duda le había «caído en gracia» a la anciana e inexpresiva señora, acompañaría a su tía cuando volviese a Europa en verano. Para entonces habrían vendido la casa de Albany —el cuñado de Isabel iba a encargarse de ello con su fiabilidad y eficacia acostumbradas— y la joven tendría su modesta parte con la que mantener al menos una aparente independencia.

Ahora, sentada a la mesa de la señorita Janeway, y arrastrada a la esfera extrañamente incómoda del interés de esa señora, Isabel reconoció para sus adentros, no por primera vez pero con una inaudita punzada casi de rabia, que fue en esa hora lluviosa cuando empezó su caída. Caída, sí: la palabra no era demasiado grande para lo que abarcaba en su caso. Pero, si hubiese rechazado la amable invitación de la tía Lydia —que no había sido tanto una invitación como una orden— y se hubiese quedado en Albany, ¿qué habría sido de ella? ¿Cuánto tiempo habría tardado el globo que la transportaba por el aire en precipitarse al suelo? Le pareció volver a oír el griterío de los niños del colegio holandés al otro lado de la calle y se imaginó, mayor de lo que era ahora, de pie al lado de una pizarra, con una regla en la mano y el pelo

sucio de tiza repitiendo de memoria cosas que años de repetición habían despojado incluso del poco interés o propósito que algún día pudieron tener para ella. Sí, ese habría sido su destino: maestra en un colegio de provincias para niños díscolos, o institutriz, tal vez; tal vez incluso —¡cielos!— la acompañante pagada de una persona como en la que acabaría convirtiéndose, muy pronto, su tía Lydia.

Era un hecho que, para Isabel, Europa había sido inevitable; Europa había sido su destino, y aún seguía siéndolo. Pero aun así no debería haber dejado que su tía la empujara a ese continente fabuloso con tanta precipitación, igual que cuando la tripulación de un barco raptaba a un pobre muchacho empapado de ron a la puerta de una taberna y lo obligaba a llevar una vida cautiva sobre las olas del océano; no, no debería haberlo permitido. Su tía no era la culpable de que ella estuviese atada por lazos inquebrantables al mástil de Europa. La joven había vivido su vida en Albany con despreocupación, sin pararse a pensar, por así decirlo; impaciente de ser joven, de ser solo joven, había borrado el sitio donde debería haberse quedado, al menos por un tiempo, y con impaciente precipitación había recorrido leguas, por tierra y por mar, para llegar a un sitio que le había parecido la sede misma de la posibilidad pura, puro potencial. Si no había querido, al menos había accedido a todo con altivo entusiasmo, como si fuera eso lo que le correspondía. ¿Qué era lo que le había dicho una vez a alguien como definición de su ideal de felicidad? Algo sobre ir en un coche tirado por cuatro caballos en plena noche por caminos desconocidos. ¡Ay!, pensó, ¡cuánta inocencia, cuánta arrogancia! La criatura a quien imaginaba ahora en ese carruaje no era ella, sino una niña cautiva, perpleja, asustada y temerosa de lo que pudiera avvicinarse, mientras en el pescante, en la oscuridad de la noche, un demonio silencioso manejaba las riendas y hacía restallar el látigo sin clemencia.

Habían terminado el plato de intransigentes verduras —Isabel había recurrido al truco, que todos aprendimos de pequeños, de disponer la comida de un plato casi lleno para que parezca que está medio vacío— y la alegre doncella, después de limpiar la mesa, les llevó dos tacitas de porcelana con crema de limón y una lata abierta de galletitas duras y algo quemadas. Como en muchas otras ocasiones exclusivamente femeninas, Isabel descubrió que echaba de menos las prerrogativas masculinas de la botella y el cigarro, aunque solo fuese por el brillo de la copa de *brandy* y el olor húmedo y aromático del humo; un vaso de agua, por muy refrescante que fuese, no animaba a nadie a ponerse cómodo y escarbar en sus asuntos íntimos. En ese aspecto, no obstante, la señorita Janeway era más adusta que su invitada y debió de considerar que ya había pasado tiempo suficiente para que se disipase la incomodidad inicial porque apoyó con firmeza los codos en la mesa, entrelazó las manos finas, pálidas, aunque no exentas de arrugas y una vez más fue directa al grano.

—La buena de Henrietta insinuó —dijo— que sus circunstancias domésticas, quiero decir en Roma, eran un claro impedimento a que viniese usted al lecho de muerte de su primo.

Isabel se las arregló para encogerse de hombros y asentir al mismo tiempo con la cabeza.

—Por «circunstancias domésticas» —dijo cortante— se refiere, claro, a mi marido.

La señorita Janeway miró su cuenco de crema de limón igual que mira un adivino su bola de cristal en busca de consejo.

—Tengo entendido que el señor Osmond —dijo— no es, no era, un gran admirador del joven fallecido.

La respuesta de Isabel fue aún más cortante:

—No hay mucha gente a la que el señor Osmond admire, ni en mi círculo ni en el mundo en general. Nuestra amiga la señorita Stackpole, por ejemplo, le inspira un profundo desprecio; a Ralph Touchett no lo tenía en mucha más estima. Casi siempre que se refería a Ralph lo llamaba «ese larguirucho impertinente», mi primo era muy alto y muy austero. Padeció de tuberculosis toda su breve existencia, y eso fue lo que acabó matándolo. También he descubierto que era —prosiguió, maravillándose nuevamente— la persona que más me quería del mundo, y a quien yo a mi vez más quería.

En este punto, su anfitriona hizo una prudente pausa, y por un momento el silencio pareció oprimirlas a ambas, como si estuviesen atrapadas en el interior de una burbuja trémula que se fuese hinchando cada vez más. Isabel probó una cucharadita del postre y adoptó una expresión plácida e inexpresiva; era imperativo mantener la apariencia cotidiana de las cosas —las bondades de la mesa compartida, los modales educados, un tono tranquilo de conversación—, de lo contrario todo podría estallar en una cascada de arco iris en miniatura y gotas de jabón, pues la piel de la burbuja en la que se encontraban era finísima.

—Él la quería a usted —se aventuró a decir por fin la señorita Janeway, con una voz total y deliberadamente neutra y sin la menor traza de interrogación—, y usted le quería.

—Sí —respondió Isabel, con idéntica falta de énfasis—, pero no era un amor de los que pueden inquietar a un marido. O al menos no a un marido normal —añadió.

La señorita Janeway la estaba mirando por encima de las manos entrelazadas, con el lado de su cabeza donde estaba su oído bueno un poco adelantado.

—Entonces, ¿cree usted que el señor Osmond es un marido anormal? —preguntó, con lo que a Isabel le pareció que podría ser incluso un leve tono humorístico.

Isabel sabía que lo mejor sería contrarrestar la pregunta aplastándola cuanto antes, pero en vez de eso se detuvo a pensarlo. ¿Qué sería la normalidad en un marido? Ni siquiera estaba segura de que ser un marido fuese «normal» y, menos aún, una «esposa». Por lo que había aprendido del estado marital —y había aprendido mucho, y con un gran coste para la opinión que tenía sobre sí misma y sobre las disposiciones de la sociedad—, no era más que un retroceso a la época prehistórica, una codificación de rituales mucho más rudos e informales de incautación y dominación.

Tenía en la debida consideración el principio moral civilizador del compromiso matrimonial, pero no podía acallar la sensación de que era muy extraño que alguien te pidiese que te dedicaras en cuerpo y alma a otro ser humano toda una vida. Durante mucho tiempo había aceptado de buen grado lo que todas las leyes y todas las religiones le aseguraban que era el caso, que el matrimonio era el estado natural del hombre y la mujer para vivir y prosperar, pero luego, al principio de forma gradual y últimamente con una acelerada convicción, había llegado a ver lo que suponía en realidad, y había comprendido que era un enorme anacronismo, tan enorme como la vida misma; tan enorme como la muerte.

Dudó, con un estremecimiento de alarma, qué pensaría de esas herejías la enjuta señora que tenía sentada delante, si las oyese pronunciadas en voz alta, y al alzar con cautela la vista del postre comprendió por la mirada de la señorita Janeway que tenía cierta idea de los pensamientos que habían pasado por la atormentada conciencia de su invitada.

—Supongo que no ha venido usted aquí en busca de consejo —dijo en tono comedido—. A las solteras —prosiguió con una mirada inexpresiva que podría haber sido el sustituto de una sonrisa— no se las suele llamar para arbitrar en aprietos como en el que sospecho que se halla usted... —se produjo un momento de duda brevísimo— atrapada.

—Oh, claro —respondió enseguida Isabel, balbuceando un poco incómoda y confusa—. No se me pasaría por la cabeza... quiero decir que no se me ocurriría incomodarla con mis problemas. Solo... —su voz se perdió en un nervioso silencio. Se vio a sí misma, desde la distancia y al mismo tiempo con una extraña y aterradora claridad, no como la pasajera de un rápido carruaje, sino como un torpe animal aplastado bajo el hierro de las ruedas del vehículo, y sintió la misma distante compasión que habría sentido por cualquier víctima herida de ese modo. Dejó vagar la mirada por la salita luminosa e hizo un esfuerzo por retomar el hilo de sus pensamientos—. He de hacer una elección —dijo en voz baja, mirando todavía a un lado y dirigiendo más sus palabras hacia sí misma que hacia su hospitalaria anfitriona.

—¿Una elección? —repitió la señorita Janeway, y cuando Isabel, aparentemente ensimismada, no le respondió, prosiguió—: Según mi experiencia, las elecciones siempre son difíciles. Aunque estoy segura de que mi experiencia no llega ni mucho menos a las alternativas entre las que usted, amiga mía, se encuentra atrapada en este momento.

En cualquier caso, fue evidente que Isabel no le estaba escuchando con atención, pues ahora estalló de nuevo:

—¡No es solo una elección —dijo—, sino varias! La primera, que es clara y sencilla, es volver a Roma... Clara y sencilla, pero también trascendental, desde luego. Cuando haya tomado esa decisión, entonces, y solo entonces, conoceré la dificultad de las otras.

La señorita Janeway hizo una larga pausa y por fin preguntó, con todo el tacto y amabilidad de los que sin duda era capaz:

—¿Espera su marido que vuelva? Quiero decir, ¿la ha autorizado?

Isabel se estremeció, como para reprocharse su reciente falta de atención, luego tomó una bocanada de aire que le hizo alzar los hombros y levantar la barbilla.

—Ya no sé lo que espera mi marido —dijo, y luego añadió con una sonrisa acongojada—: Sospecho que ya no conozco a mi marido... si es que lo conocí alguna vez.

VI

La doncella reapareció —a esas alturas Isabel había llegado a pensar en ella como uno de esos personajes secundarios pero necesarios en una obra teatral de salón, que aparecen por los laterales para interrumpir la acción y que el público tenga ocasión de mover los pies, arrellanarse en el asiento y toser— llevando con reverencia, como si fuese un copón, una antigua tetera de plata, con abolladuras genuinas y que despedía un penetrante olor herboso que hizo que Isabel tuviera un sombrío presentimiento. Sacaron más galletas, menos quemadas, menos duras y ligerísimamente más dulces que sus predecesoras y un trozo de queso sobre una tabla de madera.

—La señora Pullan me pide que le diga —informó la joven a su señora— que se marcha, si a usted no le importa, pues el señor Pullan está hoy en casa con la pierna mala y necesita cuidados.

—Muy bien, Daisy —respondió la señorita Janeway—. Pero por favor asegúrate de que le quede claro que tiene que volver a tiempo de preparar la cena, va a venir la señorita Woolson y no le gusta cenar tarde.

—Sí, señora —dijo Daisy y se marchó, después de esbozar otra sonrisa cordial en dirección a Isabel.

La criada era tan amable y servicial, pensó melancólica Isabel, que sus apariciones en la salita, por fugaces que fuesen, parecían intensificar y suavizar al mismo tiempo la luz del sol que se colaba por la ventana. ¿Habría sido ella alguna vez así?, pensó la angustiada joven, ¿capaz de iluminar una sala solo con entrar en ella? Ralph Touchett habría respondido con una afirmación cantarina, y había otros, un par al menos, caballeros dignos de tener en cuenta, y tal vez incluso una señora o dos, que le habrían apoyado en su certeza, pero ella tenía sus dudas. Sospechaba que la luz que Ralph y los demás habían visto brillar en ella era solo el reflejo exterior de su amor propio. Ahora se daba cuenta de que siempre había tenido una opinión demasiado altiva y segura de sí misma —¡ay, con qué claridad se daba cuenta!— pero ¿era necesario que cayera de su rama, para estrellarse y quedarse aleteando en el polvo? Sin duda nadie esperaba de ella una humillación tan completa, ni siquiera su marido... ni siquiera la sutilísima Serena Merle. Resultaba posible, Isabel lo sabía, que ella misma fuese su crítico más severo, para quien la penitencia antes citada fuese lo que caricias para otros menos inclinados que ella a autoflagelarse.

—Me gustaría... —dijo, mirando hacia la ventana iluminada por el sol— me gustaría ser libre.

—¿Algo que la equilibre? —respondió la señorita Janeway, con una mirada sorprendida e insegura—. ¿Qué quiere que la equilibre?

Por un instante se miraron con impotencia, hasta que Isabel comprendió que la había oído mal.

—¡Ah, no! —exclamó, esforzándose una vez más en no dar la impresión de estar gritando—. He dicho «libre» no «equilibre» —apartó enseguida la mirada de las manchas de los pómulos de la señorita Janeway, que pasaron del rosa al rojo encendido—. Hace un rato se sorprendió usted de lo que juzgó la libertad casi indecente que tengo a mi disposición —dijo Isabel, consciente de estar «apresurándose» para tapar un momento embarazoso—. Me refiero a cuando le dije que a lo mejor me detenía en París, camino de Roma; pero esa no es la clase de libertad a la que me refiero.

—Se refiere entonces —dijo la señorita Janeway, toqueteando la base del platillo vacío del postre— a que querría ser usted libre de su marido.

Su tono parecía crítico y mojigato, pero Isabel supuso que lo había causado más el acceso de irritación y desasosiego en el que tienen que sumirse los duros de oído varias veces al día, cuando una respuesta equivocada causa otro revuelo de posible comedia pasado por alto.

—Creo —dijo Isabel, con una sonrisa que mostraba su tristeza— que de quien quiero ser libre es de mí misma.

Con esa sonrisa había pretendido aplacar y desarmar; no obstante, la señorita Janeway, todavía picada por lo que, al fin y al cabo, había sido una muestra trivial de una enfermedad, fue implacable.

—Pero sin duda su marido debe de ser —dijo— una parte de eso de lo que se esfuerza usted en liberarse.

El ambiente de la salita había cambiado de forma notable —lo que había ido mal había ido fatal— e incluso la luz parecía haber adquirido una especie de frialdad insidiosa. Isabel detectó también en su anfitriona un gélido brillo de una intensidad en la que no había reparado hasta entonces, si es que había estado allí, si es que estaba ahora y no eran imaginaciones suyas. Pero no eran imaginaciones suyas: al mirarla más de cerca, y palpar el aire, por así decirlo, con las antenas más delicadas que fue capaz de extender, comprendió que detrás de su máscara de comedida compasión la señorita Janeway estaba, sin ser demasiado puntillosos —sin ser nada puntillosos— sencilla, aunque levemente, complacida. Había observado a Isabel desde su llegada, la había observado y estudiado, y, a pesar de sus problemas de oído, también la había escuchado, sí, la había escuchado con la mayor de las atenciones. Y ahora Isabel se vio a sí misma igual que la estaba viendo ella, como una esposa, joven, consentida e insatisfecha, aburrída de la grandeza de su vida romana y deseosa de librarse de un marido aburrído y avejentado. En fin ¿qué otra cosa cabía esperar? Ella misma se había invitado, se había presentado como una mujerona, ruidosa y rubicunda, en casa de una mujer a quien apenas conocía, pensando que la entendería, compadecería y consentiría, mientras ella charlaba de libertad, elecciones y París. Y todo ese tiempo la señorita Janeway la había observado, tomando nota y registrándolo todo, hasta el

último y deprimente detalle, con la inteligente y fría pluma de acero de su intelecto. Había una palabra —Isabel intentó recordarla ahora— una palabra alemana que su marido utilizaba a menudo con un chasquido deleitable y rencoroso de los labios. ¿Qué palabra era? No; no la recordaba.

La señorita Janeway le había servido una taza de un té muy aromático, e Isabel fijó ahora la mirada sobre la superficie humeante de este inocente brebaje. No debería haber venido; no, no debería.

Llamaron con delicadeza a la puerta, y entró una joven. Llevaba un severo vestido oscuro tan desprovisto de frunces o volantes que casi parecía conventual. Llevaba el pelo trenzado y recogido en un moño apretado y sujeto a la nuca con una redecilla. Sus rasgos eran tan sencillos como su vestimenta. Sujetaba en la mano una gran lámina de cartón rígido, en uno de cuyos lados Isabel vislumbró algunas letras impresas en un violento tono rojo. La señorita Janeway llamó a la joven Mary Anne, se levantó y fue a recibirla, como si le pareciese superfluo presentársela a su invitada. Las dos se acercaron a la ventana y la señorita Janeway cogió la lámina de cartón, la sostuvo alargando los brazos y la contempló en silencio. Luego asintió y se la devolvió a la muchacha, que se retiró tan callada como había entrado; su breve presencia apenas había turbado un poco el aire.

—Tenemos aquí una pequeña imprenta —explicó la señorita Janeway, volviendo a la mesa y sentándose igual que antes—. Hice reformar uno de los dormitorios del fondo para que cupiera. Mañana vamos a manifestarnos delante del Parlamento. Mary, la señorita Evans, supervisa la impresión de las pancartas.

—¿A manifestarse? —preguntó vagamente Isabel.

La señorita Janeway le echó una mirada un poco irónica.

—Acaba de decir que quiere ser libre. Pero la libertad es ante todo una cuestión práctica.

—¡Ah, comprendo! —dijo Isabel, devolviéndole la mirada con un poco de ironía a su vez—. Son ustedes *suffragettes*.

—Nosotras —le corrigió con amabilidad la señorita Janeway— somos sufragistas. Los caballeros de la prensa han inventado la palabra *suffragette* para burlarse —hizo una pausa—. Supongo que las noticias de nuestro movimiento no habrán llegado hasta las puertas de la Ciudad Eterna.

Isabel negó con la cabeza.

—Aún no, por desgracia. Me temo que las mujeres de Italia saben muy bien cuál es su sitio. Desde luego los hombres lo saben, y las obligan a quedarse en él.

—Pero usted no es una «mujer de Italia», es norteamericana. Y tengo entendido que su marido también es originario del Nuevo Mundo.

—Sí, lo es. O lo era. Nació en Baltimore, pero ha vivido tanto tiempo en Europa, y ha aprendido tan bien sus costumbres, que se ha elevado a una posición desde la que se considera en su derecho de tratar a los nativos con condescendencia.

—¿Y una de las costumbres de la vieja Europa que ha aprendido tan bien es el sometimiento de la mujer? —observó en tono sombrío la señorita Janeway.

Intentó mitigar la aspereza de sus palabras con los labios apretados en una sonrisa, pero aun así a Isabel le sorprendió la vehemencia de la señora.

—No he venido a hablar mal de mi marido —dijo en voz baja, mirando el mantel. Fue consciente de la pregunta que quedó suspendida en el aire entre las dos: la pertinente cuestión de por qué había ido, pero se contentó con dejarla sin respuesta—. No quería que pensara que es una especie de monstruo al uso. De hecho no conozco a nadie menos brutal que él en lo tocante a cuestiones como el sometimiento, ni tan sensible a los matices de lo que significa ser libre.

—¿Y no serlo? —insistió la señorita Janeway, sin modificar la sonrisa educada y forzada; Isabel tuvo que reconocer que aquella mujer tenía sus propias normas de tolerancia y urbanidad, o al menos algo muy parecido.

La doncella volvió a entrar para preguntar si necesitaban alguna cosa más. La señorita Janeway respondió que no, y la joven sonriente volvió a marcharse. Su señora se volvió hacia Isabel.

—Discúlpeme, amiga mía —dijo—, soy muy poco atenta... ¿quiere usted alguna otra cosa? Me temo que nunca tomo café y —su sonrisa se suavizó— no sé si atreverme a pedirle a alguien que a estas alturas debe de tener ya un paladar totalmente italianizado que corra el riesgo de probar uno de nuestros nada dionisiacos licores de fruta.

Isabel comprendió que se estaba burlando, aunque sin mala intención, y en respuesta declaró con descaro que nada en el mundo le hacía tanta falta en ese momento, lo cual era cierto, en lo que a bebidas se refiere. Así que las dos dejaron la servilleta —eran de calicó y no de lino, en consonancia con la frugalidad y modestia generales de la casa— y se levantaron de la mesa. La señorita Janeway se sentó al extremo de un pequeño sofá tapizado de fustán verde oscuro con brillos en los reposabrazos e Isabel fue hacia la ventana. Allí de pie, mirando a través de los cristales brillantes por el sol los capullos de malva y las lilas en flor en el estrecho jardín de fuera, recordó de pronto la palabra que había buscado antes, la palabra alemana que tanto le gustaba a su marido. Era *Schadenfreude*, que significaba, como ella sabía muy bien, disfrutar con las desdichas ajenas. Siempre se podía confiar en los precisos y puntillosos teutones, pensó, a la hora de resumir un concepto tan amplio en una única palabra. Pero ¿qué había hecho que esa palabra elusiva se posara de pronto en su conciencia? Apenas se había planteado la pregunta cuando la respuesta le llegó volando con la violenta rapidez de un ave marina lanzándose en picado detrás de su presa. Era la posición de la señorita Janeway y ella misma en la sala, con ella de pie y su anfitriona sentada, lo que le había recordado una situación similar, pero no tan informal presenciada en otra parte, y en lo que le parecía ya otra vida. Un día en el Palazzo Roccanera, la majestuosa pero incurablemente opresiva casa de Roma que compartía con su marido y con la hija de este, había entrado en

uno de los salones, se había detenido nada más pasar el umbral y había visto, un segundo antes de que ellos reparasen en su presencia, a su marido y a la amiga de ambos —¡de ambos!— madame Merle, muy quietos, mirándose en silencio en lo que debió de ser una pausa en una larga conversación. No había nada indecoroso en que estuviesen charlando así —Gilbert Osmond de Baltimore conocía a Serena Merle de Brooklyn muchos años antes de que Isabel apareciera en la vida de los dos—; sin embargo, a Isabel le sorprendió no solo la forma concentrada y al mismo tiempo desenvuelta con que se miraban, sino el hecho de que madame Merle estuviese de pie, con la cabeza rubia erguida como de costumbre, mientras que Osmond estaba sentado en un enorme sillón, mirándola, con las piernas extendidas y las manos en los bolsillos del pantalón, un poco a la manera, recordó Isabel con cariño, en que solía sentarse, o más bien arrellanarse, Ralph Touchett, pero con una relajación indolente en la que el marido de Isabel jamás habría dejado que lo vieran. Al ver a su mujer, Osmond se había recompuesto enseguida, se había puesto en pie a toda prisa y prácticamente había huido de la sala, musitando que tenía que ir a dar un paseo. Madame Merle, por su parte, había seguido igual que estaba, valientemente erguida, impasible y con un brillo en los ojos como el que Isabel creía haber notado hacía unos minutos en la mirada de la señorita Janeway, la luz de la secreta gratificación ante el espectáculo de la aflicción, la perplejidad y la indefensión ajenas. Aquel día Isabel no había estado ni indefensa, ni perpleja ni afligida, en el sombrío esplendor del *palazzo* romano que era su hogar, suyo y de su marido, pero antes o después iba a estarlo, desde luego que sí, ¿quién podía saberlo mejor que la propia madame Merle?

—Estábamos hablando de la libertad, y de lo que significa ser libre —le dijo Isabel a la señorita Janeway sin apartarse de la ventana—. Me temo que hablo de estos conceptos de una forma tan general que usted apenas los reconoce como lo que son para usted. Quiero decir que supongo que para usted la libertad es una cuestión de cuestiones inmediatas y palpables.

—¿Y qué es para usted? —preguntó a su espalda la señorita Janeway—. ¿No es una cuestión práctica, por ejemplo, si detenerse o no en París camino de Italia y de su hogar?

Isabel notó con claridad que había pronunciado la palabra *hogar* como entre comillas, y una vez más supo que se estaba burlando, aunque en esta ocasión le molestó; la señorita Janeway, intuyó, no era inmune, pese a la apacible certeza de su posición y sus opiniones, al efecto irritante de la simple envidia. Lamentó haber hablado de París, lamentó el dispendio, y la insondable profundidad de su bolsillo, que implicaba la alusión a esa ciudad, ese lugar de grandes posibilidades. Decidió abordar directamente la cuestión. Se apartó de la ventana, fue hacia el sofá y pidió permiso para sentarse. Al ocupar su sitio sobre un cojín raído y nada confortable, comprendió, demasiado tarde, que había cometido un error, pues la proximidad con su anfitriona en la que se había puesto —era un sofá muy pequeño— creaba una sensación de intimidad incómoda y reticente, como la que se da entre dos jóvenes en

una puesta de largo que acaban en la periferia del baile por la sola razón de no tener pareja. No obstante, insistió:

—El dinero —dijo—, es decir, su falta, es por supuesto un aspecto de la libertad, si no, en ciertos momentos y en determinadas circunstancias, la libertad en sí misma.

—Desde luego permite aspectos más amplios —observó, al cabo de una pausa la señorita Janeway; era evidente que la había sorprendido y en cierto modo escamado el giro ingenuo, incluso descarado y venal que había tomado la charla.

—El dinero que tengo —prosiguió Isabel mirando hacia delante con gesto pensativo— me lo dejó mi tío (mi tío político, el marido de mi tía), pero hace poco he descubierto que en realidad me llegó, de manera clandestina, de mi primo, el que acaba de fallecer.

—El joven señor Touchett —apuntó muy amable la señorita Janeway—. Henrietta me ha hablado de él.

—Bien, espero —dijo Isabel, y sonrió—. Decía desaprobarlo por cínico y por ocioso, mientras que a él por su parte le encantaba alimentar su desaprobación haciéndola rabiar. Ella nunca creyó que estuviese tan enfermo como estaba.

—Y ahora que él se lo ha demostrado, ¿ella se siente culpable?

—¡Oh, no diga eso! —exclamó sonriente Isabel—. A Ralph le horrorizaría pensar que le había causado el menor remordimiento. Pensase, o fingiera pensar, lo que pensara de él, Ralph la comprendía como muy poca gente hacía, o hace.

Las dos guardaron silencio, como por respeto ante el paso de algo, un suspiro de reconocimiento, tal vez, del país de las sombras. La señorita Janeway fue la primera en romperlo.

—¿Puedo preguntar —prosiguió con cautela, inclinándose un poco hacia delante— qué pasó para que su primo la convirtiese en heredera, y sin que usted lo supiera hasta hace poco?

La señorita Janeway vio, por la mirada perdida de Isabel, que no estaba del todo allí, que la parte más viva de su conciencia estaba en algún otro sitio, de vuelta al lecho de muerte de su primo, sin duda. Cuando habló, también su voz pareció llegar de muy lejos.

—Apartó la mitad de su propia herencia, más de la mitad tal vez, no lo sé, convenció a su padre de que me la dejara a mí y le hizo jurar que no me lo diría. Quería, quiero decir Ralph, ver mis velas hinchadas al emprender el viaje de mi vida. A cambio, solo deseaba que le enviase mensajes de vez en cuando, para saber de las maravillas que encontraba y de los puertos fabulosos en los que haría escala en la travesía. Me temo que no resulté ser ningún Marco Polo ni Vasco da Gama. Nada más partir, mi frágil embarcación encalló en las rocas.

Una vez más se hizo un breve y sonoro silencio, y una vez más fue la señorita Janeway quien lo rompió.

—Se casó, quiere decir —dijo en un tono tan insulso como el aire que las rodeaba.

—Me casé —respondió Isabel, con una voz igual de apagada, oprimida bajo el peso de la resignación—. O tal vez debería decir que me indujeron a casarme —volvió el rostro hacia su anfitriona, que seguía sentada muy erguida en el otro extremo del sofá—, o, por decirlo de la manera más sencilla y vulgar, que se casaron conmigo por mi dinero.

Se levantó y volvió a plantarse delante de la ventana. La luz del sol brillaba en los suaves tirabuzones castaños de sus mejillas. Era tan joven, pensó la señorita Janeway, ¡ni siquiera había cumplido los treinta!, una joven a quien el desengaño había hecho parecer casi de mediana edad.

—¿Tanto dinero era?

Isabel se giró de nuevo para mirar a su interrogadora.

—Bueno, había suficiente para convertirme en un valor que valía la pena adquirir. Y ahora hay mucho más. Mi marido no será otras cosas, pero listo sí es. Con mis bendiciones se ganó la confianza del banco (de mi banco, aquí en Londres) y consiguió convertir mi modesta fortuna en...

Dudó. La señorita Janeway parpadeó con frialdad.

—¿Una no precisamente modesta? —murmuró.

—Modesta o no —declaró Isabel, un poco sorprendida por la fuerza casi beligerante de su propia voz—, mi fortuna se ha convertido en el eje central de mi vida, la montaña que me tapa toda la vista.

La señorita Janeway respondió a estas palabras con una mirada seca. Guardó silencio un momento, y cuando habló lo hizo como distraída por alguna otra idea no relacionada con lo que estaba diciendo.

—Siempre me ha sorprendido la ambigüedad de la palabra *fortuna* en el contexto en el que la usa usted —murmuró vagamente.

En todo caso, Isabel pasó por alto su observación.

—Pienso utilizarla, mi fortuna, mi dinero, para comprar mi libertad.

En sus ojos brillaba una nueva luz, una luz que pareció iluminar todo su rostro, todo su ser. La señorita Janeway la miró con sorpresa e interés, y se apartó un poco en el sofá. Fue como si otra persona hubiese irrumpido en la salita, una figura fuerte y decidida, con las mangas metafóricas arremangadas, para reemplazar mediante alguna magia transformativa a la joven insegura y angustiada que había allí hacía un momento.

—Se refiere a cederle su dinero a su marido —aventuró con perspicacia la mayor de las dos mujeres.

Isabel, con las aletas de la nariz dilatadas, la miró con los ojos encendidos como fanales.

—A lo que me refiero —dijo— es a comprar mi emancipación... ¡mi sufragio si lo prefiere!

VII

Le preocupó, luego, que su partida hubiese parecido grosera y precipitada. Justo después de su solemne afirmación de que pretendía comprar su libertad, y un poco avergonzada por un tono que debía de haber sonado puramente pecuniario, había cogido los guantes y el sombrero, musitado un «gracias» apresurado por una comida deliciosa, añadido una brusca despedida e ido hacia la puerta con tanta precipitación que su anfitriona casi tuvo que correr para ser la primera en llegar. Fuera, el sol le cegó los ojos. Lo único que pensó fue en cómo procurarse un coche en lo que en su viaje hasta allí había sido un laberinto residencial. Se quedó en la acera volviendo la cabeza de aquí para allá con el nerviosismo de un pajarillo. La señorita Janeway le informó de que había una parada a solo dos calles, e incluso se ofreció a acompañarla para que no se perdiera, pero Isabel respondió que no, que no quería ni oír hablar de la cuestión, pues sabía que su anfitriona tenía muchos asuntos que atender y ella encontraría el camino con facilidad. Estaba acalorada y agitada, y nada deseaba con tanto ahínco como volver a Dover Street. Pero la buena educación, que le habían inculcado a lo largo de los años cuando era una niña en Albany, la hizo dudar. La señorita Janeway se quedó al lado de las malvarrosas con las manos entrelazadas a la altura de la cadera, observándola con aire en apariencia divertido. Quedaba, comprendió Isabel, la cuestión de si darle o no un beso de despedida, una vez más solo por educación. Pero la señorita Janeway pareció darse cuenta de lo que estaba pensando, y se apartó con un movimiento infinitesimal aunque elocuente, frunciendo los labios del mismo modo peculiar con que lo había hecho al saludarla a su llegada a la casa, un gesto facial que no era tanto una sonrisa como el indicio de una sonrisa contenida; sin duda aquella mujer consideraba los besos y demás muestras de afecto impropios de las personas serias, y la señorita Janeway, si algo era, era categóricamente seria.

Isabel se las arregló para ir directa y sin mayor dificultad a la parada de coches. Había un único coche esperando, como si fuese para ella; parecía negro y brillante y un tanto fúnebre, allí quieto bajo la alegre luz primaveral. El conductor, a diferencia del anterior, era joven y enérgico, y tan servicial que llegaba a ser empalagoso. Después de que la ayudara con muchos aspavientos y numerosos saltitos de *ballet* a su alrededor a subir el nada incómodo escalón, se arrellanó en el asiento mullido y calentado por el sol y se regodeó en el placer de haberse decidido de forma tan valiente y definitiva. Esto, comprendió, era lo que se había propuesto hacer en el terreno neutral de la casa de la señorita Janeway: tomar una decisión, o al menos reafirmar lo que, de forma inconsciente, ya había decidido. Su marido se quedaría con el dinero, o con una buena parte en todo caso, y a cambio ella conseguiría lo que

seguiría llamando, oponiéndose interiormente al apenas disimulado escepticismo de la señorita Janeway, su libertad.

Mientras el coche recorría las calles rodeadas de árboles, girando en brusco ángulo recto en alguna que otra esquina, su espíritu, como era de esperar, se relajó, y en un estado de ensoñación despierta dejó que sus pensamientos volvieran a la mujer cuya espartana hospitalidad había, si no disfrutado, al menos apreciado. Isabel creía tener una mentalidad tan contemporánea y tan «al día» de las cuestiones vitales de su época como lo permitían sus años de expatriada en un país meridional, pero la señorita Janeway parecía un ser tan radical como para pertenecer a una especie diferente de la que ella formaba parte. En todo caso, como comprendió ahora al pensarlo, el radicalismo de esa señora no era por fuerza moderno o avanzado. De hecho, a Isabel le parecía una figura primordial, sacada del teatro antiguo, una de esas Casandras anónimas y vestidas de duelo que se adelantan del coro y profetizan con calma el saqueo de la ciudad, el derrumbe de las torres y la muerte del rey errante en una oleada de su propia sangre. La señorita Janeway, a su manera discreta y considerada, estaría dispuesta a dar en el polvo con el mundo entero tal y como estaba constituido, si pudiera imprimir suficientes carteles y organizar suficientes desfiles. Y, no obstante, ¿no era gente como ella lo que hacía falta, si se quería que hubiese un cambio en la sociedad? Ni era amable, ni pretendía serlo; no contemporizaba, tenía aristas, rincones, cualquier hombre que intentara ponerle una mano paternalista encima la apartaría enseguida, con la carne lacerada por las agudas espinas de su convencimiento, su *résselement* de fanático.

El hotel, cuando Isabel se acogió a aquel refugio, era fresco y silencioso, igual que se las arreglaba para serlo, o al menos para parecerlo, siempre. Los pasillos estaban vacíos, excepto por algún botones furtivo o alguna sigilosa doncella, y el vestíbulo al que se había asomado estaba impregnado de un fulgor casi palpable y tan callado y silencioso que casi se arrepintió de perturbarlo. Estuvo deambulando un rato por él, hechizada por la desacostumbrada soledad del lugar; se sintió como una niña a la que hubiesen dado la maravillosa oportunidad de recorrer una casa abandonada. Le había hablado de libertad a la señorita Janeway —mucho se temía que apenas le había hablado de otra cosa— y ahora, en este lugar deshabitado y soñoliento, le estaban dando una muestra, igual que una modista podría insistir en que se llevase sin cargo una muestra de seda fina. Miró el reloj que llevaba al cuello en una cadena de oro y suspiró al ver lo pronto que era; su apetito no se había saciado lo más mínimo con las verduras hervidas de la invisible señora Pullan, y estaba pensando en la cena con una intensidad casi vengativa. Sentía que era su deber, después de esa comida verdosa e irreprochable, enarbolar la bandera del carnívoro, y decidió ir al restaurante Wilton's en Jermyn Street y pedir un bistec crudo y un vaso de burdeos, seguido por algo dulce pesado y poco saludable, para rematar el banquete con una cafetera de café muy cargado. Pero entonces recordó dónde se encontraba, y

volvió a suspirar: en Londres «no se consideraba apropiado» que una señora osase cenar sola a la vista de todos en un restaurante.

Subió a su habitación, acercó uno de los sillones cubiertos de cretonas a la ventana y se sentó tranquilamente un rato a escuchar los ruidos de la tarde en la calle de abajo. En toda la ciudad, el telégrafo estaría vibrando con invitaciones de última hora, y las señoras estarían ya dando instrucciones a sus doncellas de que sacaran este o aquel vestido del armario, mientras en los clubes los caballeros mirarían con un suspiro sus relojes, plegarían el periódico y pedirían que llamasen su coche. De hecho, ahora que lo recordaba, también Isabel estaba invitada, ¿acaso no la había informado Henrietta Stackpole de que estaría en su casa de Wimpole Street y, puesto que Isabel iba a pasar la noche allí, no podía presentarse pronto y cenar con su amiga? Tal vez lo hiciese, aún no lo había decidido, y era agradable estar allí tranquila y en silencio bajo la suave luz vespertina del verano.

Quién sabe a qué hora llegaría a Fulham la invitada de la señorita Janeway. ¿Cómo había dicho que se llamaba? ¿Wilson? ¿Walston? Quienquiera que fuese, Isabel esperó que supiera a qué atenerse respecto a las habilidades culinarias de la señora Pullan y que se hubiese preparado de antemano.

Al pensar ahora en la señorita Janeway, Isabel no veía en esa persona pulcra, adusta y de mirada penetrante más que una imagen de lo que podría haber llegado a ser ella de no haberse aventurado en el mundo, el mundo tal como era y no como la señorita Janeway estaba convencida de que acabaría siendo, en un nebuloso futuro, cuando por fin se estableciera el derecho universal. Había corrido riesgos personales, aunque sospechaba que la señorita Janeway los despreciaría precisamente porque eran personales y no los había afrontado por el bien común. Sin duda el mayor de esos riesgos había sido consentir casarse con Gilbert Osmond; el riesgo, no obstante, se vio obligada a reconocer, solo era apreciable ahora, y felicitarse por su valor y osadía sería engañarse a sí misma. Cuando le propuso en matrimonio, con una mezcla de delicadeza y encanto consumados que, aunque calculados, no podía sino admirar, le pareció el arreglo más seguro y sensato al que podía llegar... Aquí sus pensamientos se interrumpieron en seco y se sentó lo más erguida que se lo permitió la cómoda amplitud del sillón. Un arreglo: la palabra se había deslizado en su imaginación con disimulo, pero ahí estaba con toda su torva neutralidad. ¿Era eso lo que había pensado de su boda con aquel hombre inteligente e inmensamente cultivado?, ¿que era un simple arreglo, como quien cambia de sitio un mueble, una silla, una mesa... o una cama? Pero no, no: había un límite a los extremos a los que podía llegar fustigándose a sí misma. Había querido a Gilbert Osmond, tanto como se lo habían permitido su juventud e inexperiencia. Que el mundo entero juzgara que estaba desperdiciando su vida al casarse con un diletante tan adusto —incluso Ralph, sobre todo Ralph, se había opuesto a esa unión, aunque se había abstenido de decir nada hasta que ella selló su destino y aceptó a Osmond— tan solo había servido para confirmarle a ella lo acertado de su elección. ¡Oh!, había sido un arreglo, desde el

principio había sido un arreglo, de eso no cabía la menor duda; no fue ella quien lo acordó, ni tampoco había sido por entero obra de Gilbert Osmond, aunque él hubiese aceptado encantado su planificación. No, fue Serena Merle, la antigua confidente y asociada de Osmond, quien lo había concebido y organizado todo, una vez quedó claro que Isabel iba a heredar una parte considerable del dinero del anciano señor Touchett.

Isabel cerró los ojos y se quedó tan quieta, al lado de la ventana, en el aparentemente interminable resplandor del crepúsculo, que de haber habido alguien en la habitación habría jurado que había dejado de respirar y se había convertido en una efigie de sí misma. El dinero: cada vez que pensaba en él y en los desastres que había causado en su vida se sentía sucia. Para ella, el proceso alquímico se había invertido, y el oro se había convertido en inmundicia. El dinero era como uno de los productos de esas operaciones fundamentales de la vida física de las que no se habla, y sobre el que se debía pasar en el más estricto silencio, si se querían conservar y mantener intactas las normas necesarias de la sociedad civilizada; pero siempre estaba ahí, algo que debe parecer que desconocemos aunque sea imposible no conocerlo, algo de lo que debemos renegar, excepto en el cuarto secreto del ser.

De pronto abrió mucho los ojos, se incorporó en el asiento, dio un respingo y entrelazó las manos. Acababa de acordarse de la bolsa con los billetes... ¿qué había sido de ella? Debía de haberla dejado en casa de la señorita Janeway. Sí, sí, eso era: la había dejado encajada contra el respaldo de la silla cuando la señorita Janeway y ella se habían levantado de la mesa, ella para mirar el jardín desde la ventana y su anfitriona para instalarse en el sofá verde descolorido. Tal vez siguiera aún allí, inadvertido. Pero la doncella —¿cómo se llamaba?— ¿no la habría visto al limpiar la mesa y disponerlo todo para la cena? Al pensarlo Isabel se ruborizó, de hecho, dos veces: primero con aprensión y luego avergonzada de sí misma. ¿Por qué iba a pensar que la criada —¡Daisy, se llamaba!— fuese a ser menos honrada que la propia señorita Janeway? Sí, era mucho dinero, probablemente más del que ganaría esa joven en toda una vida trabajando. ¡Oh!, ¿qué hacer? ¿Qué hacer? Empezó a ir y venir a la ventana con las manos entrelazadas delante de la boca y los nudillos de los pulgares apretados con tanta fuerza contra el labio inferior que detrás de la carne notaba el contorno duro de los dientes.

Y luego se le ocurrió la respuesta, la respuesta a su dilema, clara y escueta como uno de esos recados telegráficos que había imaginado un rato antes zumbando por los hilos. De hecho, requeriría el envío de un telegrama, y estaba a punto de pedir que le subieran un formulario y un lápiz, como los que había utilizado para confirmarle a la señorita Janeway su presencia en Londres y recordarle que habían quedado para comer, pero nada más rozar el timbre con la punta de los dedos se detuvo y volvió a mirar el reloj. Un telegrama no serviría, no serviría de nada; lo que estaba pensando exigía un aliento más generoso y los márgenes más anchos de una carta. Staines volvería de casa de su hermana en cualquier momento, y podía enviarla a Fulham

antes de que se quitara el sombrero. Es cierto que estaba anocheciendo, pero si el coche era rápido y el cochero lo bastante competente para no extraviarse con su pasajero en aquella conejera de callejuelas que iban a dar al río, el recado podía hacerse en menos de una hora.

Fue al escritorio que había apoyado en la pared a un lado de la cama —que ahora le pareció menos alta y menos alarmante que cuando la vio por primera vez el día anterior— y se sentó, notándose desenfadada hasta casi rozar la frivolidad. Había papel de carta de sobra, con el membrete del hotel en el encabezamiento. Cogió la pluma que había en un hueco encima del papel secante, abrió la tapa de tintero, metió la punta y empezó a escribir. ¿Qué era la libertad, pensó, más que el derecho a ejercer las propias elecciones?

VIII

El crepúsculo azulado estaba ensombreciéndose por fin para dejar paso a la noche y una vez más Isabel se hallaba en un carruaje con su doncella, recorriendo el silencio de la ciudad hacia el norte en dirección a Wimpole Street. Al final había decidido que no podía volver a enfrentarse al tenebroso comedor del hotel, y en vez de bajar a cenar había pedido que le subieran huevos, té y tostadas a su habitación. Para cuando terminó la cena, que tomó en una mesita al lado de la ventana que daba a la calle ahora oscura, Staines había hecho el recado y había vuelto de Fulham. El hotel les enviaría después el equipaje a casa de la señorita Stackpole, donde las dos iban a pasar la noche. Isabel lo había dispuesto para estar con su amiga a una hora en la que fuese demasiado tarde para cenar, pero no tanto como para que no tuviesen tiempo de hablar, Henrietta esperaría, exigiría, una conversación, y no precisamente corta. Isabel temía esta ordalía —no podía concebirla de otro modo— y estaba haciendo una lista en su imaginación de posibles asuntos inocuos para introducirlos, o más bien arrojarlos, como una serie de obstáculos, y frenar el incansable empuje de Henrietta.

Dos semanas antes, en el viaje a Gardencourt, Isabel había hecho una breve parada en Londres y había dejado que su amiga la interrogara sobre las circunstancias en que había salido de Roma para compartir con Ralph Touchett sus últimos días y horas. Le había dado tan solo una relación muy sucinta de los emotivos y tumultuosos acontecimientos que habían precedido a su partida de la Ciudad Eterna —el apelativo hoy le producía escalofríos, con su dantesca insinuación de un lugar de encarcelamiento y sufrimiento infinitos— pero ahora había llegado el momento de contárselo todo a su amiga, o al menos tanto como pareciese aconsejable; le debía ese acto de confesión a Henrietta, y a sí misma. Con todo, no tenía ninguna duda de que la revelación de tantos asuntos dolorosos y perniciosos le costaría cara. Una de las muchas cosas espantosas que había aprendido en los últimos tiempos era que las simas de deshonor y humillación personal en las que uno podía sumirse no tenían límite. Su marido y Serena Merle la habían empujado del pedestal de escayola en el que, ahora se daba cuenta, ella misma se había instalado hacía tanto tiempo, tal vez ya en la infancia, que había dejado de notarlos bajo sus pies; y ahora que todavía estaba dando vueltas y tumbos en su profunda caída, surgiría, al mostrar sus heridas y aflicciones a su amiga, de entre las nubes que la ocultaban y estaría a la vista de cualquiera que quisiese verla. ¡Oh!, no tenía la menor duda de que su amiga guardaría sus secretos —no había nadie más decente o discreta que Henrietta Stackpole— pero contárselo a una persona equivalía para ella a contárselo a la multitud.

En ese momento Staines habló por primera vez desde que salieron de hotel; por lo visto ella también había estado meditando una cuestión de importancia.

—He hablado con la cocinera de su amiga —dijo, con una voz que sonó extrañamente incorpórea en la extremada penumbra del coche.

—¿Ah, sí? —respondió Isabel—. La señora Pullan.

La doncella aspiró por la nariz.

—Nadie me dijo su nombre.

—Pues ese es, así se llama: señora Pullan.

—Muy bien. No me lo dijo.

Volvió a aspirar por la nariz.

—No llegué a verla —respondió Isabel en tono de disculpa, aunque no estaba muy segura de por qué tenía que disculparse—. Solo oí hablar de ella, y entre susurros. ¿Tan fiera es?

La doncella lo tomó por una pregunta retórica y no se dignó responder. Se produjo un breve silencio. Oyeron la campana de alguna iglesia cercana dar solemne la hora. En el silencioso ocaso por el que avanzaban, las ruedas del carruaje hacían un ruido claro y chirriante.

—Sea lo que sea, no puede negarse que es franca —dijo la doncella, en voz exageradamente alta, igual que cuando alguien «estalla».

—¿Ah, sí? —respondió con cautela Isabel, y sintió una frialdad en su interior, como si algo gélido le hubiese tocado el corazón.

—Me dijo una cosa de su señora que creo que no debería haberme dicho —observó Staines, con el mismo tono agraviado de voz. Isabel no estuvo segura de a quién iba dirigido el reproche, a la señora Pullan, *in absentia*, o a ella, aunque no sabía qué podía haber hecho mal, aunque tanto daba adónde dirigiese Staines sus dardos, pues inevitablemente tendían a desviarse, por una misteriosa fuerza magnética, hacia su señora.

—¿Y qué te dijo? —tuvo que preguntar Isabel, pues quedó claro que Staines no tenía intención de proporcionarle esa información sin que se lo pidiera. No obstante, una vez hecha la pregunta, comprendió que no estaba muy segura de querer conocer la respuesta.

La doncella estaba sentada de tal modo que el intermitente resplandor de las farolas no llegaba a iluminar su rostro, y a Isabel le resultó desasosegante tener que inclinarse así —notó que se había inclinado angustiada hacia delante— y que le hablase desde la oscuridad esa voz inquietante, seca y recriminatoria que no parecía llegar de ninguna parte.

—A lo mejor ya lo sabe —respondió Staines en el mismo tono taciturno.

—Dime qué es y te diré si lo sé o no —replicó Isabel, permitiéndose un bien calculado deje de impaciencia; tratar con Staines, pensó, era como engañar y engatusar una y otra vez a una criatura necesitada y no del todo domesticada con el fin de que asomara lo suficiente de la madriguera para poder verla y cuidarla.

—Pues que no está bien, la señora.

—¿La señorita Janeway? —preguntó redundantemente Isabel.

—No está nada bien —replicó Staines—, nada, nada bien. Al menos eso me dijo la tal Pullings.

—¡Ah! —Isabel volvió a recostarse despacio en el tenso cuero del asiento—. Así que está enferma.

—Seis meses, le ha dado el médico.

—¡Ah!, solo seis —dijo en voz baja Isabel. Miró por la ventana hacia la calle oscura y los edificios que pasaban borrosos; el coche, el aire denso, su propia voz y la de la doncella, todo había adquirido de pronto un peso fúnebre—. ¡Dios mío, pobrecilla!

—Entonces no lo sabía usted —dijo la doncella, ablandándose notablemente, aunque no sin reticencias—. A lo mejor no debería habérselo contado.

—No, no —se apresuró a responder Isabel—. Me alegra que me lo hayas dicho. Me alegro de saberlo. Bueno, no es que me alegre...

—Pensé que a lo mejor era por eso por lo que había hecho usted el esfuerzo de ir a verla tan lejos —dijo la doncella, recobrando un tono un poco resentido—. Y por lo que me envió después a su casa con la carta y demás.

—¿La viste? ¿Hablaste con ella, con la señorita Janeway?

—No, le di la carta a la doncella, que por cierto es una descarada. Estaba saliendo por la puerta de atrás cuando apareció la cocinera, con el sombrero puesto, y no quiso dejarme marchar hasta que hubiese tomado una taza de té, que luego resultaron ser dos, y un trozo de pastel de ciruelas, ya que no había cenado y me esperaba todo el viaje de vuelta en coche hasta Piccadilly.

Isabel pasó por alto el tono acusatorio de la última frase; sus pensamientos iban de aquí para allá, como un pájaro silvestre atrapado en una habitación, buscando una escapatoria o refugio.

—Pero ¿cómo pudo ella, la cocinera, hacer una revelación tan trágica y delicada —preguntó—, si ni siquiera te había dicho su nombre?

—Pues porque dentro de poco necesitaré un nuevo empleo —dijo la doncella.

A Isabel esa afirmación tan sencilla le pareció despiadada, casi prosaica y brutal, hasta que se paró a pensar que después de todo ella no sabía lo que era quedarse sin «empleo» en el mundo; incluso cuando su padre dilapidó la escasa fortuna familiar por culpa del alcohol y el juego, y culminó su abandono al morir joven, ella nunca dudó que había un sitio —una posición, si se quiere— esperándola que se presentaría antes o después, solo con aguardar y ser paciente. ¿Y no había estado justificada esa seguridad, por muy presuntuosa, e incluso prepotente, que hubiese podido parecerle su espera a un desconocido? La generosidad de Daniel Touchett, aunque hubiese llegado hasta ella merced a los manejos ocultos de su hijo Ralph, la había «situado», como suele decirse, la había situado de una forma magnífica. Que luego hubiese vuelto a caer no invalidaba su confianza inicial. A pesar de todo lo que había sufrido en estos últimos y catastróficos tiempos, cuando el techo de su mundo se desplomó sobre ella, no podía, por muy golpeada y maltrecha que estuviese, lamentar haber

entrado en ese mundo que le había abierto sus puertas. Le había ofrecido mucho —la habían pedido en matrimonio dos pretendientes, uno de ellos par del reino, dueño de miles de acres y quién sabe cuántas mansiones— y ella había desdeñado mucho. Había observado, y meditado, y pospuesto, haciendo de la paciencia su lema. Y si al final el paso que había dado para internarse en la vastedad del mundo había resultado ser desastrosamente equivocado, había sido ella quien lo había dado, sin pedir consejo ni ayuda a nadie. Había cometido un gigantesco error, pero podía decir, en tono triunfal, que había vivido, espléndida y profundamente, hasta con la última fibra de su ser. Se aferraba a esa convicción con la misma fuerza, y en ocasiones desesperación, que un marinero náufrago agarrado a una verga.

La vivienda en el primer piso de la señorita Stackpole era ante todo un gran y airoso salón marrón con un enorme mirador que asomaba con aparente sorpresa a una parte de la inocente y anodina fachada del otro lado de Wimpole Street. Había conservado el lugar tal como era cuando lo adquirió, pues le impacientaban esas mujeres que insisten en dar un toque femenino a cualquier casa donde pasen un período de tiempo apreciable. Fue el señor Robert Bantling, con quien se había comprometido poco tiempo antes, quien le habló de aquella residencia cuando su propietario, un viejo conocido suyo, pues por tal lo tenía su amigo, la dejó y se marchó con su regimiento a la India. La primera mirada que ella echó a las austeras habitaciones le pareció reprobatoria a su prometido, y le causó una risa nerviosa. Desde que se conocían, y habían pasado muchos años antes de que la pareja se decidiese a comprometerse, el señor Bantling había desarrollado un amplio repertorio de risas, desde la más indulgente hasta la francamente atemorizada, para tratar con su no siempre predecible y a menudo desconcertante enamorada.

—Supongo, cariño —dijo, atusándose nervioso el bigote con la punta de un dedo y el pulgar—, que querrás que los pintores y los decoradores la animen un poco y disipen el aire de soltería que ha dejado el bueno de Horace, ¿no?

Horace, el comandante Horace Henry, era el amigo que acababa de partir al gran subcontinente.

—No sé por qué dices eso —respondió Henrietta, con brillante ingenio, echándole lo que él tomó por una de sus miradas majestuosas, abriendo mucho los ojos vivos y echando la cabeza atrás como para tomarle mejor la medida—. El gusto para el mobiliario y el equipamiento de tu amigo me parece muy aceptable. La caoba tiene un tono relajante, y el olor a tabaco de pipa me recuerda a mi difunto tío Winslow, a quien quería mucho. Así que, ya lo ves, voy a estar muy a gusto.

Y así había sido, y seguía siéndolo, para el agradecido alivio de Bob Bantling.

Henrietta era blanca de piel y baja de estatura, y aunque había sido un poco rolliza ahora era decididamente corpulenta, como volvió a notar Isabel, a su llegada a Wimpole Street esa noche de verano con su equipaje y su doncella. Apenas hacía quince días que las dos amigas se habían visto, la mañana en que Isabel pasó por Londres camino de Gardencourt, pero el fallecimiento de Ralph Touchett había hecho

que su prima lo viera todo, por muy familiar que fuese, con un discernimiento nuevo y más agudo. Fue gracias a esa facultad mejorada como reparó en que Henrietta, aunque estuviese a punto de cambiar la doncellez por el matrimonio, había entrado antes de tiempo en la mediana edad, al menos en lo que se refería a su apariencia. Estaba un poco encorvada y unos rizos de color castaño claro en la nuca, extraña pero claramente reminiscentes de un racimo de uvas, dejaban ver aquí y allá un fino hilo de plata. La brillante luz de sus ojos no se había apagado, pero la peculiar fijeza e inmovilidad en la que desde siempre caía de vez en cuando su mirada era ahora un fenómeno más frecuente, más acusado y más preocupante. Cada vez que se interrumpía así, sin venir a cuento, y se quedaba con la mirada fija, como si mirase hacia dentro y no hacia fuera, quienes la rodeaban se sentían de pronto extrañamente aislados, como si los hubiesen dejado a merced de sus propios y tímidos recursos. La propia Henrietta no parecía ser consciente de estas breves ausencias catalépticas, y surgía de ellas al instante y retomaba, sin el menor esfuerzo, a mitad de frase, o incluso a mitad de palabra, el hilo de lo que estaba diciendo.

Ella misma bajó a abrir la puerta al oír los vigorosos golpes de Staines con la aldaba de bronce —más de uno en el pequeño círculo de amistades de Isabel había comparado su forma de indicar la llegada de su señora con el sonido de la trompeta del Día del Juicio— e hizo caso omiso de las disculpas de Isabel por llegar tan tarde. Saludó a su amiga no con una sonrisa de bienvenida, advirtió ella, sino con una mirada aguda e inquisitiva. Era el anuncio, apenas abierta la puerta, del interrogatorio que tanto temía Isabel, pero que sabía inevitable, y que había retrasado un día con la estratagema de instalarse en el hotel Pratt al llegar de Gardencourt en lugar de ir directa a Wimpole Street.

—Ya veo que estás agotada —dijo Henrietta con una voz que, si Isabel no la hubiese conocido mejor, habría sonado más como severa que compasiva.

—Estoy un poco cansada, lo confieso —replicó—. El viaje de ayer fue más largo que de costumbre, aunque supongo que fue solo que el tren iba más lento que de costumbre.

Había un asunto de negocios que atender cuanto antes —el cochero había metido el equipaje y le pidieron a Staines que lo acompañara a las escaleras de atrás— y hasta que las dos amigas empezaron a subir hacia el salón de Henrietta, la señora de la casa no volvió a hablar.

—¿Fue muy horrible, al final? —preguntó. Esta vez no hubo ninguna duda de la sinceridad, la ternura y preocupación de su tono; pese a que, por un momento, Isabel pensó que seguía hablando de los rigores del viaje en tren, aunque enseguida comprendió que en realidad se refería a las circunstancias de la muerte de su primo.

—No —dijo—, no fue horrible. Tranquilo, más bien, aunque muy triste, por supuesto.

Henrietta le echó otra mirada inquisitiva, y siguieron subiendo.

El señor Bantling, considerado, amable y sonriente, estaba esperándolas a la puerta al final de las escaleras. Iba sin chaqueta, comprobó Isabel con cierta sorpresa; un indicio, supuso, de la nueva familiaridad entre la feliz pareja ahora que se aproximaba el día de su boda. También reparó en el vestido de fino y centelleante satén azul que llevaba Henrietta, evidentemente adquirido hacía poco tiempo, y producto, si no estaba equivocada, y estaba segura de no estarlo, de una de las casas parisinas más discretas y elegantes. Henrietta nunca había sabido vestir bien, e Isabel estuvo segura de detectar en la atípica suntuosidad del vestido que llevaba esa noche la influencia del señor Bantling, que, aunque no fuese un gran entendido en moda, debía de estar deseoso de que su futura esposa estuviese «bien engalanada».

—Mi querida señora Osmond —dijo ahora este caballero, imprimiendo a su sonrisa un carácter más serio—, qué lástima que en los últimos tiempos solo nos veamos en ocasiones luctuosas.

La vez anterior, cuando Isabel pasó a toda prisa para ver a su primo agonizante, Henrietta se las había arreglado para dejarla sola unos minutos con el señor Bantling, y ese caballero, a pesar de su expresión marcial y un tanto forzada, había encontrado las palabras amables y sencillas para referirse al buen natural de su viejo amigo Ralph, y a su paciencia y fortaleza ante su fatal enfermedad, y la había reconfortado a pesar de su aflicción.

Los tres entraron en el salón oscuro y de techos altos, donde a pesar de los años que llevaba allí Henrietta todavía perduraba un leve resto, apenas perceptible, del olor a tabaco de pipa del comandante Horace Henry.

—Retrasamos la cena —dijo Henrietta— con la esperanza de que te diera tiempo a llegar, pero luego tuve que alimentar a esta bestia hambrienta —hizo un mohín burlón en dirección a su prometido que pululaba sin chaqueta detrás de ella—, por eso nos encuentras con nuestro habitual desaliño de después de comer.

Isabel miró con velada diversión a su amiga; Henrietta, que se había arrogado el papel de azote de los británicos y sus, a su entender, desquiciantes costumbres, había adoptado, sin duda bajo la presión osmótica fruto de la proximidad del señor Bantling, algo de la cordial coquetería de su país de adopción.

Guardaron silencio, el señor Bantling y su futura esposa, y miraron a su amiga —pues sin duda ahora era amiga de los dos, y casi por igual— con cariño. Luego el señor Bantling miró a Henrietta y carraspeó en lo que a todas luces era una señal acordada de antemano.

—Robert suplica que le excuses —dijo Henrietta, volviéndose hacia Isabel y entrelazando las manos delante de ella—. Por lo visto hay una partida de cartas en su club que no puede seguir sin él.

Bob Bantling se ruborizó y se rio en voz alta —ese había sido siempre su modo de responder a los comentarios de su compañera, desde los más inconsecuentes hasta los más inteligentes y sutiles— y en un abrir y cerrar de ojos se puso la chaqueta, cogió el sombrero y el bastón y se internó en la noche. Henrietta y su invitada

esperaron un momento a que se acallara el revuelo de su partida, sonriendo, pero conscientes, para su sorpresa, de sentirse un poco cohibidas por su mutua presencia y por la intimidad en la que las habían dejado de pronto.

IX

Henrietta llamó a su doncella, una joven cetrina de ojos soñolientos, y le pidió que les llevara café y galletas. Cuando salió, las dos jóvenes se quedaron de pie en el centro de la sala, retenidas allí por una curiosa indecisión; fue como si estuviesen esperando a que llegara alguien con más autoridad y les dijese cómo debían comportarse. La noche, brillante y de color azul pizarra, se apretaba contra los cristales del mirador donde no habían echado las cortinas; el aire en el salón parecía extrañamente cálido y agobiante.

—Sospecho —dijo con dulzura Isabel— que tu prometido me ha cogido un poco de miedo.

Henrietta la miró con fijeza.

—¿Miedo? ¿Mi Robert? —dijo—. ¿Y por qué iba a tenerte miedo? —luego entendió a qué se refería—. ¿Lo dices porque estás de luto? ¿Crees que le impone tu dolor? No lo subestimes. Recuerda que es militar, o al menos lo fue. Está familiarizado con la muerte y sus penosas circunstancias.

—Claro, tienes razón —dijo Isabel, encogiéndose de hombros para apaciguarla—. Sin duda, son imaginaciones mías. Estos días, no sé lo que me digo.

—Si crees —insistió su amiga, alzando la voz y hablando con un tono un poco más agudo en el que asomó por un instante la Henrietta de antaño— que su marcha, ciertamente brusca, se debe a que le inspiras algún recelo, desde luego que te equivocas. Si hay alguien a quien le tenga miedo, querida, es a mí.

—¡Oh, sí! —respondió Isabel con frivolidad—, ya he visto que lo tienes a raya con el látigo.

Se interrumpió. Henrietta la miró en silencio un instante: ¿había ido demasiado lejos en su irreverencia? Lo que había confesado un momento antes era cierto: en estos tiempos de turbulencia y desconsuelo apenas se conocía a sí misma. Sin embargo, desde que salió de Roma para estar con Ralph al final, y sobre todo en los días transcurridos desde su muerte, tenía, cuando estaba con otras personas, la sensación de haber cruzado una frontera definitiva hacia algún otro destino, y de que su presencia aquí en el mundo era un fantasma, una especie de aparición espectral cuyo roce helaba la sangre y cuya mirada aterrorizaría a cualquiera. Eran imaginaciones, solo imaginaciones, lo sabía. Pero por mucho que lo intentaba no podía librarse de la sensación de estar en cierto modo más allá de la naturaleza. Así era como lo formulaba: se había desnaturalizado, aunque no estaba segura de qué quería decir con eso.

Henrietta se había dado la vuelta y estaba colocando uno de los cojines que había en fila, como si fuesen animales rollizos y contentos —digamos unos carlinos, o unos

gatazos suaves y coloridos— en el respaldo de un sofá de aspecto más bien incómodo.

—Lo cierto es —dijo— que el bueno de Robert y yo habíamos acordado de antemano que se ausentaría, «se escabulliría» fue la expresión que empleó, después de decirte unas palabras educadas a tu llegada. Sabía, claro, que tú y yo queríamos estar solas.

Ante esto último, Isabel sintió que crecía en su interior un impulso de contradecirla. Tal vez Henrietta quisiera estar a solas con ella, estaba segura de que así era, pero ese deseo no era ni mucho menos mutuo. Isabel sabía lo que le esperaba. Primero, una letanía de preguntas, compasivas, sin duda, pero también inquisitivas e implacables, seguidas de la acostumbrada homilía, animándola a hacer lo más conveniente y lo necesario, para... ¿para qué? ¿Salvarse? Eso, salvarse, o algo parecido, sería lo que Henrietta proclamaría que era ante todo su deber, ahora que, por lo visto, su matrimonio había llegado a un momento de crisis, una crisis que daba la impresión de ser definitiva. La idea de rescatarse a sí misma, tan elevada y noble, le parecía a Isabel casi cómica y estuvo a punto de echarse a reír. Era cierto que había algo que salvar, algo de vida, precioso y esencial, pero extrañamente tenía la sensación de que ese acto de preservación, de redención, no la implicaba necesariamente a ella. Podría llevar a cabo la ceremonia de preservación y redención a la vez que retrocedía o se echaba a un lado. Igual que hacían los curas: en Roma iba a menudo a la misa matutina a ver el ritual de conjurar la carne y la sangre invisibles sobre el altar.

Ahora la doncella volvió con café y mostachones y las dos mujeres, libres del hechizo que las había dejado tan indecisas, se sentaron una enfrente de otra en unos sillones que había a ambos lados de la ventana. Henrietta, que no era de las que se repantingaban, se quedó muy erguida con la mano izquierda en el reposabrazos, en una pose tan solemne que parecía una figura heráldica que simbolizara el espíritu de la Justicia, por así decirlo, o del Castigo. Una vez más, Isabel sintió agitarse en su interior las ganas de rebelarse y contradecirla; no había ido a Wimpole Street a que la juzgasen y mucho menos a que dictaran sentencia contra ella. Lo que, por supuesto, planteaba la pregunta de para qué había ido entonces. Al pensarlo se contuvo: Henrietta Stackpole era una de sus más antiguas, y sin duda más sinceras, amigas, y se dijo que haría bien en tenerlo muy presente mientras durase el interrogatorio que —¡oh, qué molesto sería!— sabía inminente. Como era de esperar, la primera pregunta de Henrietta, aunque sonó muy ingenua, fue directa al corazón de lo que había sido durante mucho tiempo motivo de disputa entre estos dos espíritus tan independientes.

—¿Hablaste con lord Warburton después del funeral?

—Bueno, *él* me habló a *mí* —replicó tranquilamente Isabel.

Henrietta no quiso sonreír.

—Entiendo, claro, que no es ni mucho menos lo mismo —dijo con un leve tono de reproche.

—No, supongo que no —murmuró Isabel, bebiendo un sorbo de café y bajando las pestañas hacia la taza—. Se va a casar, ya sabes.

Pensó si Staines se las habría arreglado para encontrar un sitio en las sombrías profundidades de la casa. ¿Podía contar con que la criada de ojos soñolientos de la señorita Stackpole llevase a su doncella a algún lugar donde pudiera descansar la cabeza esa noche? Aunque Staines era capaz de improvisarse un hueco en el suelo entre las bolsas a medio desempaquetar de su señora, si no tenía otro remedio.

Henrietta miró a su amiga con ojos que parecían sobresalir brillantes de las órbitas.

—¿Puede saberse a quién ha escogido su señoría —pronunció el tratamiento en tono sarcástico— como futura esposa?

—¡Oh!, lady algo —respondió Isabel, con gesto distraído—. Una heredera, creo, de una de las grandes familias. La señora Touchett me lo dijo... no recordaba el nombre. Ya se ha anunciado el compromiso; me sorprende que no te hayas enterado.

—No sigo con ningún interés los asuntos de la aristocracia —dijo envarada Henrietta.

Isabel miró hacia la ventana.

—Es raro, no pienso en él como un aristócrata. Parece tener opiniones demasiado liberales.

Hay que decir que lord Warburton, de Lockleigh Hall, era uno de los principales pares del reino, heredero de una fabulosa fortuna y, a diferencia de otros como él —aunque no es que hubiese muchos tan favorecidos por la riqueza y el talento de este mundo—, muy implicado en la política y las cuestiones de su tiempo. Isabel apenas había puesto el pie en suelo inglés cuando este imponente caballero le propuso en matrimonio, y que ella lo rechazara con casi idéntica presteza aún seguía desconcertando a Henrietta —aunque no le desagradara— incluso después de tantos años.

—Me invitó a ir a Lockleigh —prosiguió Isabel, con una intrascendencia que, aunque hizo dudar a su amiga, no parecía fingida sino totalmente sincera—. Dijo que sus hermanas estarían allí en Pentecostés y que les gustaría verme. Confieso que a mí también me gustaría, porque son muy amables y dulces.

—Sí —coincidió en tono inexpresivo Henrietta—. Las conozco.

—Ah, claro, olvidaba que estabas en Gardencourt una vez que fueron de visita.

Se produjo un breve silencio. Las hermanas de lord Warburton, las señoritas Molyneux, eran justo el tipo de mujer —humilde, plácido y siempre acomodaticio— por el que Henrietta, que compartía la misma opinión sobre el sufragio femenino que su amiga la señorita Janeway, sentía la mayor desaprobación y desprecio.

—¿Y dijo —quiso saber ahora la amiga de Isabel, con meliflua ironía— si su prometida «lady algo» estaría también en Pentecostés, si ibas a verlos?

Isabel, a su vez, asintió con ironía y esbozó una vaga sonrisa.

—Yo también lo pensé. Pero no pregunté más. No tenía importancia, porque no tenía intención de visitar Lockleigh.

—¡Ya lo imagino! —estalló Henrietta—. Lo increíble es que tuviera el descaro de invitarte.

Isabel, con mucha calma, dejó la taza de café a un lado.

—Solo pretendía ser educado —dijo—. O tal vez quisiera algo más. La invitación era, o así la entendí yo, un sello a lo que... —dudó— a lo que podría haber sido y nunca fue —miró a Henrietta y vio que estaba planteándose una pregunta aunque no estaba segura de si atreverse a formularla—. ¿Que si lamento haberlo rechazado? —dijo, ahorrándole a su amiga el apuro—: No. No lamento nada... es decir, lo lamento todo, que viene a ser lo mismo.

—¡Ay, Isabel! —exclamó su amiga, con poco más que un susurro, aunque fuese un susurro cargado de sentimiento.

Isabel negó despacio con la cabeza.

—No me compadezcas, mi querida Henrietta. Sería un flaco favor. Yo no me compadezco; me culpo, sí, me acuso, me censuro, pero no me compadezco; nunca caeré tan bajo.

Volvió a mirar hacia la ventana y en la calle, a la luz del farol de gas, vislumbró a un hombre con un sombrero negro que se alejaba por la acera. Su porte era tan erguido y su paso tan decidido que el corazón le dio un vuelco, aunque solo en lo que dura un latido, al pensar que pudiera tratarse de alguien a quien conocía. Pero le bastó con fijarse mejor para ver que no era quien había pensado; en el mundo, después de todo, hay muchos caballeros altos, duros, obstinados y de espalda erguida.

—No me has preguntado por el señor Goodwood —dijo, apartándose de la ventana—. Eso dice mucho de tu admirable paciencia —¿cómo, pensó, de dónde había sacado la crueldad necesaria para pinchar a su amiga en un momento semejante con ese asunto?—. También él volvió a Gardencourt —prosiguió—, una semana después del funeral, y el mismo día que lord Warburton, de hecho pisándole los talones. Fue un día de idas y venidas, de entradas y salidas, casi igual que en un vodevil.

Se interrumpió, sorprendida por algo que había aparecido en el gesto de su amiga, un estremecimiento, por leve que fuese, de dolor, el dolor mudo de quien oye hablar, como si careciera del más mínimo valor, de algo que para ella habría sido una bendición que le ofrecieran. Y al verlo, al ver esa punzada de sordo sufrimiento, la propia Isabel sintió un acalorado arrebató de vergüenza y mortificación. Ella, la solicitada Isabel Archer, podía burlarse de la quejosa insistencia de sus numerosos admiradores, pero ¿qué dejaba a los demás? Bob Bantling no estaba mal, era mejor aún, era precioso, era incomparable, a su manera, pero era una manera distinta a la de lord Warburton y sus millones, a la de Ralph Touchett y su pasión solitaria y

perdurable, o incluso a la de Caspar Goodwood y su severo aspecto delgado y moreno de Nueva Inglaterra.

—¿Y te habló, el señor Goodwood? —preguntó Henrietta con un claro deje de amargura.

—Lo hizo, sí —respondió fatigada Isabel—. Siempre lo hace. Puede ser muy locuaz, para tratarse de alguien que dice valorar tanto la discreción y la contención masculinas.

—A lo mejor cree que no le oyes como es debido...

—¿Que no le escucho, quieres decir?

—... y se siente obligado a repetirse.

Isabel se levantó y volvió a mirar hacia la ventana y la azulada oscuridad de la noche veraniega al otro lado del cristal. No quería que Henrietta viera su expresión cuando dijese lo que estaba a punto de decir, pues notó que sus mejillas ya empezaban a sonrojarse.

—Me besó.

—¡Ah! —exclamó Henrietta, aunque sin apasionamiento, limitándose a darle la réplica mientras esperaba.

—Era de noche —prosiguió Isabel—. Yo estaba paseando por el césped al pie de los robles, ¿recuerdas los robles de Gardencourt y cómo su sombra lo cubre todo de pronto cuando empieza a ponerse el sol? Llegué a un banco cubierto de hiedra. Era un sitio que recordaba —hablaba en voz baja, en tono reflexivo, como si lo estuviese contando para sus adentros, no para recordarlo, sino para grabarlo en su memoria para el futuro, para esa forma especial de posteridad que imaginaba que sería el resto de su vida—. Me había sentado ahí, en ese mismo banco, seis años atrás, poco después de llegar a Inglaterra, cuando me llevaron una carta de la casa que anunciaba que Caspar Goodwood me había seguido desde Estados Unidos. En esta ocasión no me senté, al principio, temí que al sentarme pudiera convocar otra vez el pasado ante mis ojos. Pero estaba cansada y me rendí. Debería haber hecho caso de mi instinto. No sé cuánto tiempo pasó, pero había caído el crepúsculo, cuando levanté la vista y...

—¿Y ahí estaba el señor Goodwood? —apuntó solícita Henrietta a su espalda.

Isabel, todavía mirando hacia la ventana, suspiró.

—Sí, ahí estaba, tan impaciente, tan ardiente y tan decidido y esperanzado, como solo puede estarlo él, con su envaramiento de costumbre.

—No sé por qué lo llamas envarado —dijo Henrietta con un marcado envaramiento por su parte—. Es de Nueva Inglaterra, respeta las convenciones. Si eso es ser envarado, no me parece mal.

Henrietta siempre había respaldado la causa del señor Goodwood ante Isabel, aunque ella misma estaba, como vio con claridad Isabel ahora, un poco enamorada de él, por muy prometida que estuviese con el señor Bantling. A Isabel aún le remordía un poco la conciencia, a propósito de Caspar Goodwood, pues en Albany le había dado esperanzas, y solo en Europa había comprendido que no estaba hecho para ella.

Haberse casado con él, se dijo, habría sido como elegir vivir entre estaciones, ni en verano ni en invierno, ni en primavera ni en otoño; juntos habrían vivido en un mundo sin cambios de tiempo.

—Le habían dado nuevas esperanzas —dijo Isabel—. Mi primo había hablado con él, Ralph en su lecho de muerte había hablado con él, y le había contado... le había contado...

—¿Le había contado qué? —la interrumpió con impaciencia Henrietta.

De pronto Isabel se apartó casi con brusquedad de la ventana, volvió a sentarse y, encogida en el sillón con el puño apretado contra la boca, se quedó con la mirada perdida. Henrietta alargó por instinto la mano para tocarla, pero luego la retiró muy despacio.

—Le contó —murmuró Isabel, con la voz distorsionada detrás de los nudillos—, le contó cómo es mi vida... mi vida en Roma.

Se hizo un silencio. Henrietta se levantó, entre el frufú del vestido de satén, y cruzó a toda prisa el espacio que separaba los dos sillones, otra vez con la mano extendida, aunque ahora no la apartó sino que la puso sobre el hombro tenso y encorvado de Isabel.

—¿Y a mí —la instó en voz baja— no me vas a contar cómo es tu vida en Roma?

—Ya te lo he contado...

—Querida, me contaste, hace dos semanas, en esta misma sala, antes de partir hacia Gardencourt, que venir de Italia, para ver a tu primo antes de su muerte, había causado una ruptura...

—¡No hablé de ruptura! —gritó Isabel—. A mí no me oíste decir la palabra *ruptura*.

—No me hizo falta, estaba presente en todo lo que no contaste: un abismo.

Acurrucada, Isabel se hundió aún más en el hueco del sillón, como si quisiera disminuir de tamaño y ocultarse hasta desaparecer y que nadie volviese a encontrarla jamás. Henrietta, todavía con los dedos en el hombro de su amiga, notó que la tensión se disipaba de pronto y era sustituida por algo mucho peor, una flacidez, una laxitud, que parecía indicar una rendición completa. Isabel, sin levantar la cabeza, buscó a tientas la muñeca de quien la consolaba y se la apretó un instante.

—Anda, ve —murmuró—, vuelve a sentarte, vamos.

Henrietta dudó, y luego volvió a regañadientes a su asiento. Isabel, recordando, miró a toda prisa el reloj que colgaba de la cadena sobre su regazo.

—¡Pero mira qué hora es! —exclamó—. ¡Pobre señor Bantling, a estas alturas habrá perdido hasta el último penique en la mesa de juego!

—No te preocupes por él —dijo cortante Henrietta—. No te fíes de las apariencias con el señor Bantling. Es un demonio jugando al *bridge*, y siempre vuelve con los billetes asomándole de los bolsillos y a veces debajo del sombrero —Isabel, a pesar suyo, sonrió al pensar que su amiga se había comprometido con un jugador astuto y apuesto—. Además, no habrás pensado que se aloja aquí, ¿verdad? Mi Bob

es demasiado celoso de su reputación para permitir que nadie pueda imaginar algo así. Tiene una habitación en el club... su acantonamiento, como él dice. No, querida, no nos molestarán, no esta noche.

Apenas media hora antes a Isabel se le habría encogido el corazón ante semejante perspectiva, pero ahora comprendió que había llegado el momento de desahogarse.

X

Sin embargo, a la hora de la verdad, no tuvo tanto la sensación de estar compartiendo confidencias como de continuar con el proceso de comunión consigo misma que había iniciado en la mesa de la señorita Janeway ese mismo día. La presencia de Henrietta a su lado era como una caracola que hubiera recogido y se hubiese acercado al oído, no para oír los susurros del mar, sino su propia voz confesando su locura, su arrogancia, su obstinada ceguera, su fracaso y su derrota. Pues ahora le parecía haber fracasado y haber sido derrotada. El apasionado compromiso con la vida que había hecho apenas hacía un rato, en el coche de camino a Wimpole Street, le pareció de pronto tan huero como —¡sí!— como la resonante cámara interior de una caracola marina.

Conversaron, las dos amigas, hasta la madrugada, si es que fue una auténtica conversación. Isabel volvió a hablar del banco cubierto de hiedra en Gardencourt en el que se había sentado esa tarde cercana en que la sorprendió Caspar Goodwood.

—Fue el mismo sitio donde, media docena de años atrás, el día en que me entregaron la nota del señor Goodwood donde me informaba de su llegada a Inglaterra, alcé la vista y vi a lord Warburton que presionó con su propuesta de matrimonio —soltó una risita sorprendida—. En un mundo tan grande como el nuestro, ¿cómo es posible que tantas cosas cruciales de mi vida hayan ido a converger en una tira de césped tan pequeña?

Esas ocasiones repetidas en el mismo rincón se habían mezclado en su memoria. Ya no veía a sus pretendientes como el dúo cómico de un espectáculo de vodevil —le avergonzaba haber pensado en ellos así al principio— sino como las figuras mecánicas del reloj de un campanario medieval, que aparecen a trompicones cada cual a su momento, con un aspecto fijo muy vívido, siempre nuevos y siempre iguales. O así es como los habría imaginado, de no ser porque, en esta ocasión, Caspar Goodwood se había salido del raíl y la había tomado entre sus brazos con un fagonazo que recorrió todo su ser y que nunca había sentido antes. La había besado, pero después de todo, ¿qué era un beso? La habían besado antes, ¿no? Cuando sus labios se encontraron, los de él sobre los de ella y los de ella cediendo a los suyos, fue como si se produjese algún proceso de fusión química, una unión de las esencias, las suyas con las de él y las de él con las suyas, después de la cual seguramente ya no volvería a ser la misma, separada y solitaria, única y sola. Aunque ¿qué significaba, esta fusión misteriosa? Caspar Goodwood, con toda la fuerza de su ser perceptible, los había unido a ambos en su abrazo, había combinado sus otredades respectivas en una, y no obstante ella se sentía tan aislada como siempre, en mitad de una llanura oscura y desierta. No sabía decir qué le había hecho más daño: el sutil anatema que su

esposo dictó en Roma contra ella cuando le informó de que se disponía a desafiarlo y a ir con su primo moribundo, o la posibilidad de una radiante restitución que el beso de Caspar Goodwood había abierto ante ella, una posibilidad que ella sabía que nunca se cumpliría, pero que tampoco podría negarse jamás. Después de que la hubiera golpeado el rayo de su amor ¿podría volver a ser lo que había sido antes?

—¿Y qué le dijiste a él, al señor Goodwood? —preguntó Henrietta.

El tono sencillo, prosaico y práctico de la pregunta hizo volver a Isabel de las extensiones desoladas por las que había estado vagando. Henrietta siempre había sido para ella una llama amiga ante la que podía calentarse las manos.

—Me temo que todo lo que dije fue desagradable —respondió, ofreciéndole una débil y desvaída sonrisa de súplica y de disculpa—. Le dije que me asustaba; él creyó que lo decía literalmente, que me había asustado su aparición en mitad del crepúsculo.

—Sí —reconoció su amiga—, tiende a la literalidad, eso te lo admito.

—Le dije que lo único que quería era que me dejase en paz. Quiso saber por qué pensaba siquiera en volver a Roma y a todo lo que me esperaba allí, y le respondí que lo haría aunque solo fuese para alejarme de él. ¡Ay, estuve horrible, horrible!

—Lo dices como si eso te enorgulleciera.

—¿Ah, sí? Es posible. Es lo que quería decir con lo de horrible.

Henrietta estaba incluso más inclinada hacia delante que antes en su sillón; estaba, como se dice en el teatro, «en vilo», solo que no en sentido figurado sino real.

—Y, no obstante, dices que a pesar de estar tan horrible, él...

La madura doncella vaciló, de modo que Isabel se sintió obligada a decirlo por ella.

—¿Que me besó? Sí. Me besó.

—¿Y puedo preguntar cómo respondiste? —inquirió Henrietta con el cuello y los pómulos tan ruborizados que fue, a su pesar, un claro testimonio de cuál habría sido su propia respuesta, de haber sido ella la elegida y no Isabel.

El señor Caspar Goodwood era un hombre acaudalado, un antiguo atleta y el actual dueño de una próspera fábrica de algodón, un hombre cuyos besos, fuesen cuales fuesen las circunstancias, la mayoría de las mujeres considerarían no solo emocionantes sino un privilegio para la beneficiada. Pero el señor Goodwood no estaba interesado en la mayoría de las mujeres. En Albany, seis años antes, la joven Isabel Archer, a lo largo de varias temporadas en las que la había cortejado con tesón, no le había hecho ninguna promesa, aunque tampoco le había prohibido tener esperanzas. La había seguido a Inglaterra para insistir y ella lo había rechazado, igual que había rechazado a lord Warburton; pero ahora, media docena de años después, al enterarse por Ralph Touchett de que su matrimonio había sido un amargo error, había vuelto de nuevo a ella, solo para verse de nuevo despreciado.

—Lo dejé allí —dijo Isabel sin más—, en el banco, y corrí a la casa. Cuando volví la vista atrás, la oscuridad me impidió verlo.

El silencio que siguió no cayó, sino que más bien se alzó entre ellas, como un manantial de agua fría pero incorpórea. Oyeron pasos abajo en la calle, oyeron el silbido de los faroles de gas en las paredes. Fue Isabel quien removi6 por fin la superficie rebosante del estanque en el que habían estado brevemente sumergidas.

—Me has preguntado qué ocurri6 en Roma —dijo.

—Creo que puedo imaginarlo.

—No, querida. Tu espíritu es demasiado puro y delicado para adivinarlo.

—¿Tan horrible fue?

—Más de lo que puedes imaginar —murmur6 Isabel, y su voz, gracias a su propia suavidad, hizo que la penumbra que acechaba en los rincones de la sala se encogiera aún más. Mir6 a un lado, con el ceño fruncido, como hacía siempre, como si buscara un apoyo más firme en el que descansar la mirada y la dej6 allí unos segundos antes de embarcarse en su relato—. Empez6 hace tanto tiempo —dijo—, tanto... —ahora volvi6 la cabeza y fij6 los ojos en su amiga casi con ferocidad—. En primer lugar tengo que decirte que dejarme una fortuna en su testamento no fue idea del se6or Touchett: el germen de esa idea lo plant6 el hijo en la conciencia de su padre. Si tengo mi riqueza es gracias a Ralph —hizo una pausa—. No pareces muy sorprendida.

Henrietta apenas se encogi6 de hombros.

—Pensé que tenía que ser algo así. ¿Lo ves? Hay cosas que sí puedo adivinar.

—Claro, claro —dijo Isabel con una sonrisa y asintiendo con la cabeza—. Perd6name si he dado la impresi6n de subestimarte.

—No es una impresi6n —respondi6 tan tranquila Henrietta, sin el menor rastro de rencor—. Me subestimás, siempre lo has hecho en lo que a las complejidades de la vida se refiere.

—Pero ¿c6mo lo has...?

—¿Adivinado? ¿C6mo no? Tu primo estaba decidido a hacer algo por ti, a «situarte». Que Ralph Touchett te quería, que eras la pasi6n de su vida, era el hecho más claro de esa persona todo menos clara, de esa persona enormemente sutil.

Isabel abri6 mucho los ojos.

—¡Y yo que pensaba que lo tenías en tan poca consideraci6n!

—Amiga mía, amiga mía, ¿todavía no has comprendido la forma tan deplorable, desalentadora y entra6nala en que te has equivocado en tantas cosas?

—Pues claro que he... he sido consciente muchos a6os de mis errores, de mis catastr6ficos malentendidos, lo que ignoraba es que los dem6s tambi6n los conocieran —se llev6 la taza de caf6 a los labios, y al ver que estaba frío mir6 su reloj—. ¿Qué hora es? ¡Cielos, es medianoche! No he oído dar la hora.

—Tenemos hasta el amanecer, si hace falta —respondi6 Henrietta—. ¿Pido más caf6? ¿No? Pero apaguemos las lámparas... me dan dolor de cabeza. ¿Te basta con las velas?

—Desde luego. En Roma es lo único que tenemos. Estamos muy poco avanzados, como sabes. Creo que una vez escribiste de eso, de nuestro retraso romano, para los periódicos neoyorquinos.

—No —le corrigió Henrietta, sonriendo—, fue para el *Atlantic* de Boston, y por una tarifa mucho más alta de la que me habrían pagado en el *Interviewer* de Nueva York.

Llamaron a la criada para que cambiase las velas de un gran candelabro de bronce colocado con exótico esplendor en la repisa de la chimenea y tan majestuoso que parecía sacado de una sinagoga. Isabel preguntó a la ahora decididamente adormilada doncella, mientras aplicaba la llama a los pábilos, qué tal se las había arreglado Staines, y ella le informó de que la persona en cuestión estaba cómodamente instalada en un agradable cuartito detrás de la trascocina, con un camastro y una vela, y que se había retirado a dormir hacía una hora; el tono un tanto resentido con que comunicó esta información pareció insinuar que la criada visitante disfrutaba de una posición de privilegio nunca vista en el piso inferior de la casa.

—Puedo mandarla llamar, si la señora quiere —dijo la joven con un deje vengativo, pero Isabel respondió que no, que no necesitaba nada.

Las velas lanzaban sombras contra las paredes, y los cristales de la ventana otra vez se volvieron brillantes y opacos.

Isabel se sentía a un tiempo exhausta y agitada. Los asuntos que se había visto obligada a atender antes de su osada partida de Roma —tenía la sensación de que la habían agarrado por la nuca y la habían estrellado contra ellos— se apilaban ahora ante sus ojos, como monstruosos fragmentos de la mampostería derruida de su vida. Quería contar la dolorosa historia de sus desdichas, de hecho, estaba dispuesta a quedarse hasta el amanecer, como había sugerido Henrietta, pero había demasiadas para saber qué ladrillo roto reparar primero. No obstante, fue Henrietta quien impulsó la narración al volver al asunto que, como pronto quedaría claro, ella consideraba la piedra angular de todo el edificio.

—No estoy muy segura —dijo— de hasta qué punto estaba bien aconsejado tu primo a propósito de la magnanimidad que demostró contigo.

—¿Bien aconsejado? —respondió Isabel, frunciendo el ceño—. Creo que Ralph seguía su propia intuición y no hacía caso de los consejos ajenos.

—¡Oh!, no me cabe duda de que así fue.

El tono irónico que Henrietta imprimió a sus palabras hizo que Isabel frunciera aún más el ceño.

—No entiendo a qué te refieres —dijo.

—Me refiero, mi querida Isabel, solo, ¡solo!, a que tus mayores problemas, tu mayor problema, diría yo, ya que me pareces especialmente desafortunada, brota como una flor hedionda del montón de dinero que los Touchett, padre e hijo, pusieron tan libre y caballerosamente a tus pies.

Isabel, maravillándose por un instante, no sin cierto regodeo, de las desacostumbradas florituras retóricas de Henrietta —¡no en vano llevaba tanto tiempo entre los ingleses!— se encogió de hombros con desdeñosa aquiescencia.

—Lo que dices es cierto, al menos en parte, pero no puedes culpar de mis problemas, como tú los llamas, a la generosidad de espíritu de mi primo.

—¿Estás segura de que su generosidad era enteramente espiritual?

Isabel se repantingó en el asiento, como para disfrutar de la ventaja de una vista más amplia, y miró perpleja a su amiga.

—¿Insinúas que a mi primo lo movió algún motivo rastrero para convencer a su padre de que me dejara parte de su fortuna?

—No creo que tu primo fuese capaz de hacer nada rastrero —se apresuró a declarar la señorita Stackpole— y diría lo mismo aunque no mereciese todo el respeto ahora que ha fallecido. Te quería, en eso estamos de acuerdo, y quería verte prosperar en el mundo. Eres la típica joven, valiente, ágil segura de sí misma...

—¡Oh, vamos! —exclamó Isabel, con una risa burlona. Su amiga, no obstante, no se amilanó.

—... la típica joven —prosiguió— a quien mira y envidia la gente, y a quien empuja hacia delante, aunque vea con claridad, cosa que tú no haces, el precipicio hacia el que te encaminan tus pasos.

Isabel estuvo a punto de quejarse otra vez, pero se contuvo. ¿Acaso no había reconocido ella misma el grado en que su frágil y enfermo primo había vivido, o intentado vivir, mediante una participación vicaria en su vida? Había aprobado de manera tácita su rechazo a Caspar Goodwood, y se había quedado mudo de sorpresa cuando rechazó también a lord Warburton; que una joven en su situación —pues esto fue antes de que tuviese ninguna posibilidad de conseguir una fortuna— desdeñase a un hombre de la talla y la riqueza de Warburton sin duda revelaba un espíritu al que nada impediría llegar al cénit de su potencial. Pero tal vez ahí radicara el problema: Ralph había pedido maravillas de ella. Que estuviese en su mano financiar su osada ascensión por la pared de roca de sus ambiciones —¡que eran también las de él!— debió de parecerle la justificación, la compensación, de tener que quedarse abajo, en el valle en sombras, mientras ella escalaba hasta las más radiantes alturas. Qué decepción debió de llevarse cuando, en lugar de llegar a la cima, perdió pie y cayó por el precipicio al que acababa de aludir Henrietta.

—Todos te empujamos a seguir adelante —dijo su amiga con un leve suspiro—. Por mi parte, desde luego no creo haber sido inocente en la ruta desastrosa que seguiste...

—¿Desastrosa? —imploró Isabel en tono casi lastimero y con voz muy débil y baja.

—A todos nos parecías comoquiera que se llame la versión femenina de un «caballero cumplido». Al verte sonreíamos como hacen los padres cuando su hijo destaca en una clase de niños obtusos. Fanfarroneábamos de conocerte. Te describí,

sin dar tu nombre, no temas, en artículos que sabía que jamás te dignarías leer, como el epítome mismo de la feminidad estadounidense comportándose de un modo exquisito, ¡ay, sí!, exquisito ante los sorprendidos ojos de la vieja y rancia Europa. ¡Eras nuestro blasón!

Se interrumpió y apartó decidida la cara, aunque Isabel no acertó a saber si con impaciencia, rabia o remordimiento.

—Qué triste decepción debí de ser para todos, en ese caso —dijo compungida.

Henrietta se volvió hacia ella en un estallido de apasionamiento.

—¡Estábamos furiosos, furiosos! ¡Tenías tanto, y lo cambiaste por... —se esforzó en encontrar una formulación que estuviese a la altura del caso, pero se contentó con una nadería— un puñado de polvo que se te escapó entre los dedos sin dejar huella!

Isabel torció el gesto. ¿Es que no le iban a permitir siquiera un toque de tragedia en su tormento? Pero la imagen de Henrietta era apropiada: se hallaba en un lugar árido, en una estación seca, sin el menor indicio de las fructíferas lluvias.

—Lo siento —dijo Henrietta, conteniendo su enfado con un visible esfuerzo y mirando a izquierda y derecha como un pajarillo—. No tengo derecho a hablarte así. Nunca nos pediste que pusiéramos en ti nuestras esperanzas. Es cosa tuya si quieres vivir tu vida de acuerdo con tus convicciones. Siento que seas desdichada y espero que vuelvas a ser feliz en el futuro.

Isabel solo pudo agachar la cabeza. Henrietta se levantó del asiento y, al hacerlo, estremeció la llama de las velas e hizo que las sombras se agitasen fantasmales a su alrededor en las paredes. Igual que había hecho antes Isabel, se plantó delante de la ventana y contempló la calle vacía.

—¡Ah, mira la luna! —murmuró incoherente, inclinando el cuello para asomarse entre las casas con el fin de escudriñar el cielo violeta y húmedo de la noche veraniega—. ¿Qué ocurrirá —preguntó, sin volverse— cuando regreses a Roma?

—¡Ah! Ahora no quiero pensar en eso —dijo Isabel con desdén fatigado—. Lo que ocupa mis pensamientos es lo que ocurrió antes de mi partida.

—Antes de ir a Gardencourt me dijiste que si volvías...

—Que cuando volviese... —puntualizó Isabel.

—... tu marido no haría una escena, al menos no una escena corriente.

Lo que había dicho Isabel era que Osmond haría una escena que continuaría implacable el resto de su vida. Pero no le vio sentido a repetir esa intuición.

—Lo que tenga que ser será, como dicen mis estoicos vecinos italianos. No hay mucho que yo pueda hacer.

Entonces Henrietta sí volvió la cabeza y, mirándola por encima del hombro, observó a su amiga en silencio un momento.

—Pero tendrás proyectos —dijo—. Algún plan, sin duda.

—Sí, tengo una especie de plan. Es la consecuencia de una serie de cosas de las que me enteré antes de irme. Todo se me vino encima de golpe.

—¿Todo?

—Sí, fueron demasiadas cosas. Aunque me fui enterando por partes, todo se me vino encima al mismo tiempo. Igual que si se volcara un armario ropero... lo peor fue ver mi propia imagen hacerse pedazos en el espejo.

Henrietta se apartó de la ventana y volvió a su asiento. Las velas que había encendido la doncella, comprobó Isabel, ya habían ardido bastante y eso que aún no había hecho más que dar un tirón a los flecos de su historia para alisarlos.

—Tiene que haber algún sitio por donde empezar —dijo Henrietta en tono práctico.

—¿Quieres decir empezar a contarte lo que pasó? No fue tanto que pasaran cosas como que... salieron a la luz.

—¿Te refieres a secretos? ¿Revelaciones?

Isabel se detuvo a pensar.

—Bueno, hubo un acto deliberado. Mi marido recluyó a su hija en un convento. Ya había estado allí antes, y en esta ocasión la envió para que recordase lo que era el confinamiento. Fue como condenarla a una colonia penitenciaria.

—¡Dios mío! —exclamó indignada Henrietta—. ¿Qué había hecho la chica para merecer ese castigo?

—Enamorarse del hombre equivocado, en opinión de su padre, claro. Su pretendiente era un pobre hombre inofensivo, pero Pansy solo lo quería a él.

—¡Y su padre la hizo encarcelar! Parece sacado de la Edad Media. Tu marido ha pasado tanto tiempo en Europa que ha perdido hasta la última traza del igualitarismo estadounidense. Aquí la gente se cree muy civilizada, pero son un hatajo de salvajes comparados con... ¡con un salón lleno de peones de Nueva Jersey!

Isabel estaba tirando abstraída con los dedos de la mano derecha de un hilo suelto del encaje de la muñeca izquierda.

—Su padre —dijo en voz baja, como pensando en otra cosa— quería que se casara con lord Warburton.

—Con lord... —la señorita Stackpole se indignó tanto que no pudo pronunciar el nombre y los ojos casi se le salieron de las órbitas—. Dime que no es verdad.

—Bueno, no es... pero podría haberlo sido. El caballero manifestó su interés.

—Pero es antinatural... ¡debe de triplicar la edad de la chica!

—¡Oh, no tanto! Aunque la diferencia de edad habría sido notable, te lo concedo.

—¿Pidió él... su mano? Quiero decir, expresamente.

—No llegó tan lejos. Pansy quiere, o quería, al señor Rosier... Ned Rosier, ¿no lo conociste en Roma?, y lord Warburton, siendo como es, vio que no era bien recibido y no insistió. Se comportó con la mayor discreción y delicadeza. Pero mi marido pensó que yo me había entrometido...

—¿Entrometido?

—Sí; que, por así decirlo, había disuadido a lord Warburton, por celos, venganza o sencillamente por frustrar los sutiles y elegantes planes de mi esposo. Solo por eso ya verás lo poco que me conoce, pese a los años que ha tenido para observarme —

hizo una pausa; vio que Henrietta la estaba mirando con lo que parecía la sombra de una duda—. Por favor, dime —continuó Isabel, con un tono casi frívolo—, dime, Henrietta Stackpole, que tú no me crees capaz de semejantes intrigas.

XI

Las velas habían consumido otro par de centímetros cuando Isabel se rindió por fin al cansancio y anunció que no podía más y necesitaba irse a la cama. Detrás del gran y austero salón, el alojamiento de alquiler de Henrietta se abría en una interminable conejera de habitaciones que eran poco más que celdas, y que a Isabel le recordaron el convento de San Marco en Florencia, donde los murales de Fra Angelico adornan las paredes de tantos cuartos similares cuadrados y de techo bajo. El que le habían asignado a ella era una especie de gabinete con una cama que supuso no debía de ser mucho mayor que la habitación detrás de la trascocina donde habían alojado a Staines. Se desvistió, se tumbó en el estrecho camastro y se preparó para dormir. Henrietta le había dejado una vela nueva, y cuando la apagó, la oscuridad humeante e impenetrable pareció apelotonarse amenazadora y oprimirla por todas partes. A pesar de lo mucho que su imaginación dolorida ansiaba el bendito olvido, no pudo conciliar el sueño y por fin se levantó y se sentó al lado de la ventana en una silla desvencijada de asiento de enea con la barbilla apoyada en el puño. Encima de los tejados oscuros y brillantes con sus chimeneas envueltas en sombras estaba la misma luna llena que antes había arrancado una exclamación a Henrietta. A Isabel le pareció una cara redonda y llena de bultos que la miraba con recelo y una sonrisa de regodeo.

En el largo rato que habían pasado juntas, Isabel le había relatado a su amiga solo una parte de lo que tenía que contarle. Ahora se dijo que tal vez fuese mejor así: ¿qué conseguiría quitando de golpe todos los trapos rígidos en los que había envuelto sus heridas? Las había ocultado mucho tiempo, años y años, convencida de que su deber era sufrir en silencio, pero ¿y si sus reticencias fueran solo otro indicio de su arrogancia, de su orgullo desmesurado? Una vez, en alguna parte de ese enorme y ornamentado granero que es el Vaticano, se había topado con una estatua de San Sebastián, no de tamaño real, como ocurre a menudo con las figuras de esa enorme basílica —era como si para la Iglesia de Roma la mayoría de los santos se hubiesen detenido en la adolescencia—, y, cuando la vio, sintió un leve escalofrío de repulsión. Parecía claro por la apariencia del mártir, con su carne blanda, sus ojos apasionados y angustiados y sus labios rojos lánguidamente separados que encontraban un eco repetido en los cortes sangrantes donde estaban incrustados los astiles de las flechas, que su sufrimiento era de hecho una forma de éxtasis. Temía causar esa impresión en los demás si hacía público su dolor. Pero ella no era una mártir sanguinolenta, ni tenía intención de serlo.

De pronto dio un respingo —había caído sin darse cuenta en una especie de sueño y el puño se le había resbalado debajo de la barbilla—, se levantó de la silla, se metió a toda prisa en la cama, para aprovechar ese momento de somnolencia, y cerró los

ojos. Por un instante su espíritu se resistió al empuje de Leteo, pero pronto la corriente del sueño la atrapó y se la llevó consigo.

Cuando despertó era de día y no supo dónde se encontraba, por lo que durante unos segundos sintió un pánico sordo. La luz del sol que se colaba por la minúscula ventana que había al lado de la cama era frágil y apenas calentaba, así que debía de ser pronto. En estas latitudes, y en esta época del año, apenas podía decirse que hubiera noche, tan solo un crepúsculo intenso y resplandeciente que duraba unas pocas horas desde que se ponía el sol hasta que volvía a salir apresurado. Se quedó inmóvil, mirando con expresión vacía el techo donde las manchas de humedad, secas hacía mucho tiempo, formaban un mapa del mundo diferente, pero perfectamente posible en sí mismo, con sus océanos y continentes, islas y archipiélagos, líneas de la costa, lagos y cordilleras. Deseó que no fuese muy pronto para no tener que quedarse mucho tiempo allí: sentía un inusual anhelo de contacto humano cotidiano. Por lo general estaba a gusto sola, pero esta mañana, sí, ansiaba sumergirse en la rutina del bullicio y el ajetreo matutinos. Al final había dormido bastante bien, por muy poco que hubiese sido. Últimamente daba igual dónde descansara la cabeza, pues ya no había ninguna cama en ningún sitio que pudiera llamar suya.

Enseguida, con gran alivio por su parte, apareció Staines, almidonada y vivaz como siempre, y le llevó té y tostadas en una bandeja de plata, con un ejemplar de *The Times*, plegado tan firmemente como el paraguas de un inglés y con olor, o eso le pareció a Isabel, a plancha. Si alguien había planchado el periódico antes de ofrecérselo, habría sido la doncella de tez cetrina y desde luego no Staines, y tampoco habría cumplido órdenes de una señora de ideas tan democráticas como Henrietta en el desempeño de ese crucial servicio; no, sin duda, habría seguido las instrucciones del señor Bantling, en cuya familia este pequeño ritual debía de ser una tradición que se remontaba a la invención de los diarios de noticias.

Staines hizo un gesto adusto en dirección a la luz cada vez más intensa que iluminaba la ventana.

—Va a hacer un calor infernal —observó como quien anuncia la inminencia del Apocalipsis.

—Qué bien —murmuró distraída Isabel, incorporándose en la cama y colocando los almohadones para tener un respaldo blando—. Necesito que haga una cosa —prosiguió—, cuanto antes.

—Sí, señora —dijo Staines y se sorbió la nariz. El día de Staines estaba estrictamente regulado por sus propias normas y preceptos, y la hora del desayuno, según sus esquemas, era la hora del desayuno y nada más, y desde luego no la de recibir o dar instrucciones de ningún tipo. Esta mañana, no obstante, Isabel no se sentía inclinada a regirse por las normas de su doncella.

—Por favor, reserva dos asientos en uno de los primeros trenes que salgan de Charing Cross y que tengan conexión con un transbordador a Calais.

—¿Calais? —chilló la doncella, el destino que acababa de nombrar su señora lo mismo podría haber sido Tombuctú.

—Sí, y luego reserva asientos para el tren expreso a París, por favor.

La doncella dudó: no le gustaban las sorpresas, y el anuncio de que iban a partir de nuevo con tanta precipitación sin duda le había sorprendido; por otro lado, la noticia de que iban a ir a París no le desagradó, porque París le gustaba, a pesar de la persistente presencia de franceses en la ciudad. Así que en conjunto se alegró, hasta el punto en que podía permitirse caer en ese complaciente estado de ánimo.

La razón de las prisas de Isabel por partir era algo que le había dicho Henrietta de madrugada, cuando se despidieron a la luz de las velas ante la puerta de la celda de Isabel: le había comunicado que Caspar Goodwood la había teleografiado para saber si podía pasarse por Wimpole Street por la mañana, y si las once sería una hora conveniente para presentarse en el umbral de Henrietta. «¿Y qué dijiste tú? —había exclamado Henrietta—. ¿Qué le respondiste?». «Pues que siempre sería bienvenido», había contestado sin inmutarse Henrietta, mientras Isabel la miraba muda y movía la cabeza negando con frenesí. Ahora volvió a extrañarle que su amiga hubiese hecho algo así, ¿cómo podía haber invitado a ir a su casa precisamente a ese buen hombre cuando sabía que Isabel estaría en ella? El único comentario que había hecho Henrietta, mientras estaban a la luz de la vela, como un par de bustos uno enfrente del otro de noche en una galería, era que desconocía que el ardor del señor Goodwood se hubiese reavivado —pensaba que esa llama se habría extinguido hacía mucho tiempo por falta de combustible— o que hubiese reiniciado su apasionada persecución de la mujer que lo había rechazado más de una vez y era además casada. Isabel no estaba muy segura de haber creído esa excusa que le había dado con un candor tan exagerado que le pareció una forma de ocultar su premeditación. ¿Había avisado Henrietta al señor Goodwood de la presencia de Isabel? No, respondió Henrietta, quitándole importancia. No pensó que fuese asunto del caballero quién estuviese o no en la casa en el momento de su visita. Eso solo sirvió para aumentar las sospechas de Isabel. Su amiga era de una probidad reconocida, pero, como hemos dicho, había sido una enérgica defensora de la causa del señor Goodwood en los días en que la mano de Isabel todavía estaba disponible, y apenas hacía dos semanas había animado a Isabel a romper con su marido y a recuperar su independencia, representada en la persona del señor Goodwood. ¿Sería imposible que Henrietta hubiese reprimido temporalmente su compromiso con la honradez y la franqueza más estrictas a cambio de la posibilidad de un futuro más feliz para su ahora desdichada amiga al cuidado de un hombre que, aunque solo fuese con su tenacidad, le había demostrado que la valoraba y amaba de verdad? Pero en los últimos tiempos Isabel había asistido al modo tan drástico en que se había visto alterado su destino por la intervención de personas que decían querer solo lo mejor para ella y no estaba dispuesta a aceptar que nadie, por muy bienintencionado que fuese, se entrometiera en sus asuntos. La noche anterior no le había insistido a Henrietta en la cuestión de la anunciada, o sería mejor

decir amenazante, visita del señor Goodwood esa mañana, en parte porque no quería sorprender a su amiga en una mentira, aunque fuese piadosa —desde el punto de vista de Henrietta—, pero había decidido marcharse de Wimpole Street lo más deprisa posible, aunque fuera a costa de sentirse un poco como el huésped de un hotel con problemas financieros dándose a la fuga.

Recostada en los almohadones, dando sorbos al té y mordisqueando una tostada, aunque sin saborear ninguna de las dos cosas, no pudo impedir que sus pensamientos volviesen a la posibilidad que había sugerido Henrietta de que su primo Ralph, al disponer sin su conocimiento que heredase una fortuna, le hubiese hecho sin saberlo un flaco favor. Era una idea que había formulado el propio Ralph, cuando en su lecho de muerte se había preguntado en voz alta, en un acceso de angustia, si no la habría arruinado, había usado la palabra *arruinado*, pero en ese momento Isabel no había entendido, o había preferido no entender a qué se refería con eso. No tenía la menor duda de que su intención había sido que el dinero la hiciera libre y feliz, pero ¿tenía derecho —se planteó ahora— a entrometerse así —otra vez esa palabra, no podía resistirlo— en el curso y las condiciones de su vida? Ella siempre había concedido gran importancia a la idea de la independencia personal: la vida se da una vez, sin posibilidad de repetición o revisión, y el actor individual a quien se concede el don vivificador debe interpretar su papel en el escenario con total convencimiento y sabiendo que solo habrá una noche de estreno y ninguna «reposición». ¿Qué derecho tenía nadie a levantarse de su butaca, subir al escenario e intentar modificar sus acciones?

Apartó la taza, cerró los ojos y se los tapó con una mano. No estaba bien pensar así de una persona que acababa de morir, una persona, además, que la había querido sin reservas, sin esperanza de conseguir nada de ella, más allá del placer inofensivo de murmurar «*Brava!*» y lanzar una rosa a sus pies, antes de que cayera el telón, para animarla a seguir actuando en la segunda parte. Y, sin embargo, pensó, la vida no es una metáfora. No es un monólogo teatral ni un deslumbrante número circense. Es un proyecto mundano que no se realiza en el aire luminoso ni sobre tablonces barnizados, sino en el suelo, sin el toque transfigurador del arte, sin éxtasis de ningún tipo, excepto en esas ocasiones, raras y preciosas, en las que a la luz del día, e impelidos por potencias misteriosas mayores que nosotros, nos parece que el mundo estalla con un resplandor sobrenatural. Isabel había venido a Europa con la esperanza de conocer esos momentos, tantos como pudiera soportar. Pero Europa había resultado ser un lugar mucho más callado de lo que había imaginado antes de desembarcar en sus costas. Había tenido vivencias, vivencias ricas y plenas, pero ninguna con un fuego lo bastante ardiente para elevar su alma —no hasta que hacía poco, de forma tan inesperada, tan incomprensible, se había encontrado ardiendo entre los brazos de Caspar Goodwood, cuando en el azulado y exuberante crepúsculo de Gardencourt, al lado del viejo banco de piedra, la había envuelto en su eléctrico abrazo y la había marcado con un beso—. Por encima de todo lo demás, de las revelaciones en Roma y

de su huida de esa ciudad, de la traición de Serena Merle y del desenmascaramiento de su marido, incluso por encima —¡que Dios la perdonase!— de la muerte de su amado primo, ese beso, y la pira de posibilidades que había encendido en su interior, sobrepasaba cualquier precedencia, consumía todo el oxígeno y la hacía retroceder tambaleándose, con la mano en el cuello y jadeando sin aliento. He ahí la razón por la que volvía a emprender la huida tan pronto. No eran las atenciones inoportunas de Caspar Goodwood las que la impulsaban a huir, sino el temor a que la tocara otra vez ese fuego transformador. Tampoco temía al hombre en sí mismo, sino a la amenaza incorpórea que representaba: era una forma de Paráclito infernal.

Media hora más tarde encontró a Henrietta en el salón, de pie al lado del mirador, de espaldas a la sala. No se dio la vuelta al oír los pasos de Isabel, aunque ella estaba segura de que la había oído. Por la rigidez de su postura quedaba claro que estaba enfadada, y mucho.

—Me han dicho que te vas —dijo sin volverse.

—Sí —murmuró Isabel—. He enviado a Staines a hacer las reservas. ¿Sabes si ha vuelto ya?

—Lo dudo... Thomas Cook no está tan cerca.

—Claro, claro —el silencio se tensó entre ellas, como un fino cordel elástico—. ¿No vas a mirarme siquiera? —le imploró Isabel—. Me siento muy mal por despreciar así tu hospitalidad.

—¡Al cuerno con mi hospitalidad! —respondió Henrietta y se volvió con tanta rapidez como si girase sobre un pivote—. No es mi hospitalidad por lo que deberías sentirte mal, sino por otra cosa y por otra persona.

—Sí, lo sé —respondió humildemente Isabel y agachó la cabeza. Luego se sacudió desesperanzada—. No lo entiendes, Henrietta —gimió en voz baja—. No puedo enfrentarme a él... ¡No puedo!

—¿No puedes o no te atreves? —replicó con severidad su amiga.

—¡Oh, qué diferencia hay!

—Huyes como un conejo asustado —dijo Henrietta con la mirada encendida—. No me esperaba eso de Isabel Archer.

—¡Ah!, me llamas por mi nombre de soltera —dijo Isabel con una sonrisa que quería ser conciliadora.

—Para mí es tu único nombre verdadero —dijo Henrietta implacable—. Ya que tú no quieres librarte del hombre que te lo arrebató, me reservo el derecho de devolvértelo, aunque solo sea por mi propia satisfacción.

Isabel, sintiéndose de pronto muy fatigada, aunque acababa de descansar, se sentó en el incómodo sofá y cruzó las manos sobre el regazo. Henrietta siguió de pie de espaldas al ventanal y mirándola desesperada.

—El señor Goodwood va a venir a las once; ahora son —miró su reloj— casi las nueve y media y tu doncella no ha vuelto. ¿Quieres que le telegrafíe e intente disuadirle? Se aloja en un hotel en Piccadilly.

Isabel negó con la cabeza.

—Si hace falta, esperaré en alguna plaza hasta que sea la hora de coger el tren. Hace sol, me vendrá bien estar un rato al aire libre.

Henrietta soltó un suspiro exasperada. Nunca había podido enfadarse mucho tiempo con su amiga, y ahora fue igual.

—Siéntate en uno de los sillones —dijo—, ese sofá es imposible; hasta Robert se niega a sentarse en él.

—¡Ah, el señor Bantling! —exclamó Isabel distraída—. Me había olvidado. ¿Has hablado con él esta mañana? ¿Le fue bien la partida?

Henrietta no creyó que valiera la pena responder y dejó la pregunta de lado.

—Sería muy embarazoso para todos —dijo— encontrarnos con el señor Goodwood justo cuando estás a punto de salir corriendo.

—¡Ay, Henrietta! —murmuró Isabel, moviendo la cabeza—. Veo que te he hecho enfadar mucho. Lo siento —volvió la vista hacia la ventana donde estaba su amiga, y hacia la luz de la mañana veraniega que centelleaba en el cristal—. Es cierto que me apetece salir. ¿Hay algún sitio con césped y un banco? En Londres siempre hay algún parque cerca, eso lo recuerdo. Podemos dejarle una nota a Staines diciéndole dónde estoy.

Henrietta soltó un bufido muy poco femenino.

—He de decir que me sorprende que quieras huir y esconderte así. No es propio de la persona a quien creía conocer.

—Me temo que esa persona ya no existe —respondió con tristeza Isabel—. Murió hace unas semanas, en Roma, consumida por lo que puede llamarse una larga enfermedad... en eso me parezco a mi primo.

Henrietta, olvidando su rabia de momento, miró a su amiga con desánimo.

—Me sorprendes, Isabel, pero sobre todo me preocupas. Sabía que tu vida había empeorado...

—Eso es lo que se dice de los mortalmente enfermos —la interrumpió Isabel con una sonrisa que expresaba un humor negro.

—... pero no había comprendido —insistió Henrietta, encantada de subrayar el comentario morboso— la gravedad de tu situación. Creo que tienes razón: ese hombre con el que insististe en casarte ha estado a punto de matarte. Fíjate en que he dicho «a punto»: ¡aún puedes salvarte, vaya que sí, si yo y otros que piensan como yo tenemos algo que decir al respecto!

Reforzadas por ese serio compromiso, las dos amigas salieron del salón en un estado de inexplicable alivio y bajaron al recibidor. Allí Isabel puso un soberano en la sudorosa palma de la mano de la doncella soñolienta y le pidió que le dijera a Staines que buscara un coche de caballos y fuese a buscarla con el equipaje a... —se volvió inquisitiva hacia Henrietta, que apuntó que Cavendish Square estaba a un corto paseo de allí—. Luego las señoras se pusieron los sombreros de paja y, equipadas con sendas sombrillas de encaje, salieron a la mañana.

El día no era tan fresco como le había parecido a través de los cristales del mirador de Henrietta. Había polvo suspendido en el aire, se notaba el olor pardo y pesado de los caballos de tiro, y además la luz del sol parecía deslustrada, e Isabel se sorprendió echando de menos de pronto el aire diáfano de Italia. Tal vez ese país, la gloria del sur, fuese más su casa de lo que había pensado. La posibilidad le golpeó afilada como el acero frío. Había concebido su regreso a Roma como una triste obligación; sería escandaloso si sacara algo de él, algo para sí misma, aunque fuese solo la sensación de estar volviendo a casa. Los asuntos a los que debería enfrentarse allí la dejarían sanguinolenta y golpeada, o, por decirlo de forma menos heroica, la obligarían a mancharse de barro de pies a cabeza. Preferiría no tener que volver, lo preferiría mucho; al principio había pensado en marcharse de Europa sin más y regresar a su tierra natal, y podría haberlo hecho, sin duda lo habría hecho, de no ser porque la última observación de madame Merle en su último encuentro había sido que ella misma iba a «ir a América», lo que para Isabel equivalía a sembrar de sal aquel bello y gran continente. Además, no era propio de ella esquivar su deber y acobardarse ante los asuntos con los que debía lidiar. Gran parte de la idea que tenía de sí misma se basaba en que en la vida hay que preservar los jirones de honor que uno tenga afrontando con sinceridad los propios errores y omisiones: enfrentarse a ellos era la única forma de derrotarlos. Pero incluso una penitente apasionada como ella era incapaz de ver, entre los pecados cometidos en el desdichado y no precisamente edénico jardín al que se había visto obligada a decir adiós hacía poco, alguno que no fuese venial comparado al menos con las enormidades cometidas por los demás. Había examinado a fondo su conciencia y, por muy acostumbrada que estuviese a culparse a sí misma antes que al resto, no lograba entender cómo nadie podía pensar que era la primera responsable de la caída en esas llamas punitivas en las que ella, y madame Merle, e incluso la hija de madame Merle —¡esa preciosa e infortunada inocente!— se estaban consumiendo ahora. Sí, se había dejado dominar por el orgullo, ese orgullo que antecede a la caída; sí, había hecho caso omiso de los consejos de las personas que la amaban y reverenciaban; sí, se había casado con Gilbert Osmond por pura... ¿fue por pura cabezonería? Sí, sí, sí, había hecho estas cosas, pero sin duda podía decir, y no con ánimo de exculparse, que cosas peores, mucho peores, le habían hecho a ella.

XII

Los jardines de Cavendish Square resultaron ser, a la manera entrañable y excéntrica que tiene Londres de disponer estas cosas, un círculo perfecto. Había habido una larga sequía, y el césped crujía bajo sus pies, y los árboles parecían decididamente abatidos, con el follaje más gris que verde. El aire denso y cargado de motas de polvo ocluía los vigorosos rayos matutinos del sol, y el tráfico que se abría paso alrededor de la plaza, como un tiovivo estropeado, parecía más estruendoso de lo normal. Isabel y su amiga encontraron un banco a la sombra y se instalaron en él lo más cómodamente que se lo permitieron las duras tablas del asiento y el respaldo. Su calzado estaba ya velado con una fina película de polvo beis. Isabel comentó distraída la delicadeza de las sombrillas que habían llevado consigo —una era rosa, la otra de un traslúcido azul celeste— y Henrietta se apresuró a comentar que las habían dejado allí sucesivas y ya olvidadas visitantes veraniegas, pues nadie podría imaginar ni por un instante que ella se hubiese rebajado a comprar algo tan frívolo y femenino. Isabel contuvo una sonrisa; siempre le sorprendía la cantidad y variedad de solecismos sociales de los que su querida amiga temía que la creyese capaz el mundo. Nunca había olvidado, por más que quisiera, cierta ocasión en la mesa, una noche que se quedaron a dormir en la residencia de lord Warburton y sus hermanas —lord W. era uno de los no muy numerosos ingleses de quienes podía decirse con total veracidad que su casa era sin duda su castillo—, ella había reparado en que cada vez que le servían un nuevo plato, Henrietta dudaba y echaba una mirada disimulada a su alrededor para ver qué cubierto del reluciente despliegue colocado a izquierda y derecha del plato utilizaban los demás comensales antes de atreverse ella misma a coger el cuchillo, el tenedor o la cuchara.

—De veras lamento —dijo Isabel, subrayando el tono amistoso de sus palabras— verme obligada a dejarte tan pronto y tan de repente.

—¿Obligada? —respondió ruidosamente Henrietta, con un sarcasmo mitigado solo por una sonrisa—. Repito que parece haber sufrido un cambio deplorable, respecto a la persona a quien conocí. Esa persona no se habría doblegado ante la coacción de nadie, y menos de un hombre.

—Y yo te repito —insistió Isabel sonriendo a su vez— que la persona de la que hablas, esa versión de mí, ya no existe.

—¡Bah! —exclamó en tono vulgar Henrietta; era uno de sus expletivos favoritos—. Esa «versión» de ti, como tú la llamas, se ha ocultado acobardada y ya está.

—En ese caso, no se me ocurre de quién podría estar ocultándome.

Henrietta se volvió hacia ella con otra de esas miradas que el señor Bantling calificaba admirado de «majestuosas».

—¡De ti misma! —declaró—. ¿De qué otra persona en el mundo tienes tanto miedo? Te conozco, Isabel Archer. Los demonios más horribles podrían desfilar delante de ti, lamentándose y arrastrando sus cadenas, y no se te movería un pelo de la cabeza, pero plántate delante del espejo y retrocederás dando gritos asustados.

—Pero ¿no puede decirse lo mismo de todos nosotros? —preguntó Isabel, tras pararse a pensar un instante—. No hay nada tan inquietante como ver los propios ojos mirándonos en un cristal.

—Solo para quienes pasan demasiado tiempo reflexionando sobre su propio reflejo.

—¡Qué poco amable por tu parte, Henrietta, insistir así en lo de mi vanidad! —dijo Isabel con una leve risa—. Al fin y al cabo no es más que uno de mis principales defectos.

—No estaba pensando en tu vanidad —replicó complacida su amiga—, aunque eres vanidosa, eso te lo concedo.

A pesar de la dulzura con que las pronunció sus palabras sonaron ásperas.

—¿En qué pensabas entonces? —preguntó Isabel con una mezcla de impaciencia, humor y recelo.

Henrietta se quedó un largo instante sin decir palabra, se irguió en el banco y miró a su amiga con los labios apretados y una especie de actitud sombría y especulativa. Luego se dio de pronto una palmada en las rodillas y se puso en pie.

—Vamos, daremos un paseo al sol... ya tendrás tiempo de estar encerrada en vagones de ferrocarril, asfixiada entre el humo y la ceniza.

La luz solar se había intensificado en el breve rato que habían pasado sentadas, aunque su fiereza estaba en parte atemperada por una brisita intrépida que hacía murmurar las hojas en las copas de los árboles. Cuando echaron a andar por el sendero que bordeaba el perímetro del parque, Henrietta cogió a Isabel del brazo en señal de amistad. Isabel volvió la cabeza para mirar hacia atrás; se preguntó cuánto tardaría en llegar Staines con el coche. Desde que se había visto obligada a tomar la decisión de partir ante la inminente llegada de Caspar Goodwood, estaba deseando ponerse en camino.

—Pensarás que soy una gruñona espantosa —dijo Henrietta, aunque sin la menor nota de disculpa o reproche—. Pero espero que sepas lo mucho que me preocupo por ti y por tu bienestar —hizo una breve pausa y apretó un poco más el brazo de Isabel—. Ojalá me contases lo que pasó en Roma. Sé que fue malo y no soporto que te vayas y me dejes especulando. Imaginaré las cosas más escandalosas.

Isabel sonrió para sus adentros; dudaba que la facultad imaginativa tan buena y decente de su amiga pudiera concebir maldades a la altura de las que había padecido en Roma.

—Bueno, aunque solo sea para ahorrarte noches insomnes de especulaciones estériles, te lo contaré... o al menos te contaré lo que sé, porque la red de engaños en

la que estoy atrapada es tal que no estoy segura de que no haya más depredadores dispuestos a saltar sobre mí.

—Cielos —suspiró Henrietta—. ¿De verdad es tan atroz?

Una niñera vestida de negro pasó a su lado empujando un cochecito reluciente que se deslizaba flotando como una góndola truncada de cuyas blancas y satinadas profundidades asomaba una carita sonrosada y un poco moteada, con esa expresión de sorprendida perplejidad —con los ojos muy abiertos y los suaves labios formando un círculo minúsculo— con la que observan los bebés el luminoso e inexplicablemente ajetreado lugar al que acaban de llegar. Al ver la mirada de Isabel, la criatura alzó aún más las cejas invisibles y encogió el cuello extensible en lo que parecía un gesto alarmado. Isabel pensó en su propio hijo, que había sido tan frágil y había muerto tan pronto que apenas podía decirse que hubiese nacido. Gilberto, se llamó la criatura, una pálida mota de vida desfalleciente que se había apagado después de solo seis meses sobre la tierra. En ocasiones, sobre todo en sus cada vez más frecuentes noches de insomnio, se atormentaba con la idea de que el niño podría haber sobrevivido si lo hubiese querido más.

—¿Recuerdas —preguntó— a la hermana de mi marido, Amy, la condesa Gemini?

Henrietta soltó uno de esos bufidos suyos que casi siempre pasaban desapercibidos «en casa» pero que habían silenciado unos instantes muchas mesas a este lado del vasto y divisorio océano.

—¡Como para no recordarla! —dijo muy animada—. ¿Quién podría olvidar a una persona así? —se interrumpió y la miró con fijeza—. No me digas que es ella quien te ha clavado las garras.

—No, no —respondió Isabel—. De hecho, me hizo un favor, aunque no sabría decir si pretendía hacerlo por mi bien —siguieron andando. Isabel había empezado a notar el calor polvoriento, pero no quería sentarse otra vez, pues aquel lento y pausado paseo la estaba ayudando a desnudar su corazón y despojarse de sus secretos—. Mi cuñada me contó algo que yo no sabía y que me habían ocultado... oh, muchos años.

Dio unos pasos en silencio, incapaz de hablar al pensar en aquella enormidad.

—Que te había ocultado ¿quién? —preguntó Henrietta con una dulzura que expresaba la profunda compasión que sentía por su desdichada amiga.

Podría suponerse que una persona de la profesión de la señorita Stackpole, una asidua observadora de los usos y costumbres de la gente, tanto buenos como malos, y dedicada a informar de todos y cada uno de ellos a sus lejanos y numerosos lectores, estaría ávida de conocer hasta los más espantosos detalles de los horrores ocultos de la sociedad que había seducido y en la que se había dejado atrapar su mejor amiga. Henrietta, no obstante, esperó la confesión de Isabel con el más profundo temor y deseó tan solo que lo que estaba a punto de oír resultase risible e inocuo, el relato de unas cuantas dificultades triviales exageradas de forma absurda por una imaginación

en desacuerdo consigo misma. Pero el gesto tenso de los rasgos de Isabel, cuyo tono gris contrastaba con el verde del verano, le dejó muy claro lo que le esperaba.

—Era algo —dijo Isabel, en voz baja y apremiante, sin apartar los ojos del sendero— que la condesa sabía desde hacía años... que había sabido desde el principio, pero que le había dado miedo contarme, hasta que llegó un momento en que no pudo soportar seguir teniéndome en la ignorancia.

—¿Miedo de...?

—De su hermano, mi marido, claro; de él, y de Serena Merle.

Henrietta frunció el ceño. No había pensado que el nombre de madame Merle fuese a salir a colación en el relato que por fin empezaba a desplegarse ante sus ojos, pero ahora, al oírlo, le sorprendió ver que no le sorprendía. Había visto poco a esta señora, y sabía aún menos de ella, pero por lo que había visto, y por lo que sabía, había comprendido muy bien de qué sería capaz esa persona, y hasta dónde sería capaz de llegar con tal de lograr sus fines. Y a pesar del calor del sol a su espalda, un gélido escalofrío recorrió la columna de la incondicional joven.

Habían avanzado lo suficiente en torno a aquel círculo de verdor para volver a cruzarse con la niñera vestida de negro y su pequeña carga. Esta vez Isabel tuvo la precaución de no mirar el rostro atónito y sonrosado envuelto en satén debajo de la capota, y continuó andando deprisa. Cuando empezó a hablar de nuevo las palabras le salieron en tono grave, triste y monótono.

—Amy me contó muchas cosas, la más notable, por decirlo de algún modo, fue que la primera esposa de mi marido no tenía hijos. Sí, sí, está Pansy, lo sé, y es hija de Osmond. Hasta que ella nació, él estuvo viviendo en Nápoles, aunque su mujer y él estaban en otra parte (en el Piamonte, si no me equivoco) cuando la pobre mujer murió supuestamente en el parto. Osmond tuvo suerte con las fechas... siempre la ha tenido, ahora me doy cuenta, la suerte del demonio, podría decirse —soltó una risa breve que, no obstante, sonó más como un suspiro—. Volvió del Piamonte, y después se marchó de Nápoles, viudo y con una hija pequeña, y se instaló en Florencia, en unas habitaciones alquiladas en la colina de Bellosguardo. En cuanto a dónde escapó madame Merle, lo desconozco.

Henrietta se quedó boquiabierta.

—¿Adónde «escapó»?

—Sí. A algún sitio tuvo que ir, para recuperarse. Esa mujer siempre tiene dónde acudir, algún lugar donde la acogen a cambio del placer de su compañía y de sus muchos dones sociales, y estoy segura de que entonces también lo tuvo.

Una vez más, Henrietta se detuvo, aunque en esta ocasión Isabel no se paró también, sino que siguió andando con la cabeza gacha y el paso lento y decidido como el de un autómatas.

—¿Estás diciendo que... —le dijo Henrietta a la espalda que se alejaba, y enseguida echó a andar apresurada hasta alcanzarla—, estás diciendo que madame Merle...?

—Sí —respondió Isabel con tensa vehemencia, y esta vez fue ella quien se detuvo
—. Sí, Serena Merle es la madre de Pansy Osmond.

XIII

Henrietta fue incapaz de decidir qué le resultaba más sorprendente: lo que le estaba contando o el efecto que contarle tenía sobre su amiga. En apenas unos minutos, Isabel pareció envejecer muchos años, de hecho muchas décadas. Fue como si a la joven la reemplazara la anciana reseca y encorvada en la que era de esperar que se convirtiese en un futuro lejano. Si Henrietta no hubiera estado convencida ya del peso y el alcance del suplicio de su amiga, presenciar esta súbita transformación, que la conmovió hasta lo más profundo de su ser, habría disipado cualquier duda. En un momento de su larga conversación de la noche anterior Isabel recordó que cuando llegó por primera vez a Europa y vio toda aquella erosionada antigüedad le impacientó su propia inexperiencia. Se sintió tosca y bisoña y echó de menos la pátina que solo el tiempo y la acumulación de las vivencias pueden ofrecer. Pero ¿no podría ser, dudó, que en su impetuosidad se hubiese apresurado cuando debería haber ido más despacio y se hubiese precipitado cuando debería haberse detenido? ¿No se habría robado a sí misma su propia juventud? La amiga de Isabel, en el silencio de la medianoche estival, escuchó aquellas atribuladas reflexiones y con mucho tacto se abstuvo de darle consejos; desde su punto de vista, intentar ser lo que no se es era una burla de las leyes fundamentales de la vida. Era consciente de las cuestiones morales que planteaba esa receta si se aplicaba a, digamos, el emperador Calígula o al rey Ricardo III o, ya puestos, a Gilbert Osmond y su malvada conocida madame Merle; pero para Henrietta los seres así existían en otra dimensión, un lugar frío y cristalino reservado a los condenados y aislado por un panel de grueso e impenetrable cristal de la esfera habitada por ella misma, por Isabel y otros como ellas, como el señor Bantling, Caspar Goodwood y, ¡oh!, un montón de gente buena y decente. A ojos de Henrietta, si su amiga tenía un defecto, era que, como los severos pensadores alemanes cuyas obras decía reverenciar, dedicaba un tiempo desorbitado a especular sobre asuntos insolubles. La filosofía, en opinión de la corresponsal del *Interviewer* de Nueva York, era una distracción inofensiva del verdadero fin del ser humano, que no era ni más ni menos que vivir una vida plena, armoniosa y útil.

—Disculpa —dijo—, si da la impresión de que quiero hurgar en la herida, pero necesito tener claros los detalles: ¿estás diciendo que la hija de tu marido no es de la difunta señora Osmond, sino que la tuvieron él y la tal Merle?

Al oírse, sintió que debía disculparse por la brusquedad de sus palabras, pero Isabel aceptó la pregunta sin más, tal como la había planteado, y no se acobardó.

—Sí, ese es el secreto que la condesa Gemini me reveló, hace apenas unas semanas, en mi casa, en Roma.

Henrietta no dijo nada por un tiempo y se quedó meditando sorprendida, sin aliento ante la idea de un subterfugio tan espantoso y estudiadamente calculado.

—Y la hija, Pansy —preguntó por fin—, ¿está al tanto de su verdadero origen?

—No, claro que no. A ella se lo ocultaron... se lo ocultaron a todo el mundo, fueron muy inteligentes, muy discretos.

—Pero ¿la hermana, la condesa...?

—Oh, ella lo sabía, por supuesto.

—Pero ¿cómo? ¿Confió en ella su hermano? —esta opción la sugirió con una incredulidad extrema.

—No sé cómo llegó a saberlo —replicó con calma Isabel—. No pregunté —sonrió a su pesar—. No es fácil ocultarle nada a Amy Osmond, y estoy segura de que aún lo es menos tratándose de un escándalo tan delicioso y sazonado como este.

Henrietta, esforzándose por abarcar y comprender todo lo que había oído hasta el momento, siguió andando con un paso tan mecánico como el de su amiga un minuto antes, adelantando un pie después del otro con una pesadez indicativa de lo mucho que le estaba costando comprender una serie de cosas que no guardaba la menor relación con su idea de cómo debía comportarse la gente con y por sus congéneres. Debe observarse también, aunque en voz baja, que en otra parte más vil de su cerebro se estaba preguntando furiosa cómo a alguien que se enorgullecía tanto de su propia agudeza como observadora del comportamiento humano y de informar sobre él —es decir, a ella misma— podía haberse pasado por alto un ejemplo tan evidente de falsedad, mentira y descaros escandalosos. Era cierto que la conspiración, pues de una conspiración se trataba, la habían llevado a cabo en un silencio claustral dos maestros del arte del engaño, pero solo podía reconocer con remordimiento el mal olfato para las noticias que debía de tener ese sabueso si no había reparado en un rastro tan fuerte. No era que los lectores fuesen a tolerar que relatase semejante escándalo en las páginas del *Interviewer*, no sin interponer al menos un disimulado velo de decoro entre los hechos en toda su crudeza y la candidez de su mirada.

A favor de Henrietta la persona compasiva, ya que no en el de la periodista desconcertada que también era, debemos señalar que su pesar por haberse perdido una «historia» hizo que se ruborizara ante su profesionalidad tal vez demasiado cruel y en ocasiones desvergonzada. En parte para tranquilizar o al menos apartar esos pensamientos turbios y desconcertantes se volvió una vez más hacia su amiga casi con un aullido de incredulidad y ultraje renovados.

—Pero ¿por qué —quiso saber—, por qué esperó tanto tu cuñada para contártelo? ¿Y por qué decírtelo *ahora*?

La respuesta de Isabel sonó casi plácida.

—La primera parte de tu pregunta ya la he respondido: tenía miedo de su hermano, y de su... su consorte.

—¿Y de pronto dejó de tenerles miedo?

—No, estoy segura de que no. Pero aunque parezca tener menos sustancia que una mosca, la condesa también tiene su genio... recuerda que nació en Baltimore. Reparó en que algo crucial había sucedido entre su hermano y yo, en que nos habíamos adentrado en un terreno más oscuro y arriesgado, más doloroso que cualquier cosa que ella hubiese visto o adivinado, y en que había llegado el momento de hablar. Y, por supuesto —aquí Isabel esbozó una sonrisa—, también debió de producirle cierto placer ser ella la que me quitara el velo de delante de los ojos. Yo la irritaba (ella misma me lo dijo), yo y mi obstinada ignorancia, aunque fue lo bastante considerada para llamarla mi «inocente ignorancia». Le enervaba el modo en que yo misma me había cegado tanto tiempo y parecía dispuesta a seguir haciéndolo el resto de mi vida. Le aburría (esa fue la palabra que utilizó) que no lo supiera, y también le aburría decírmelo —hizo una pausa y cuando prosiguió habló en un tono de comprensión meditativa—. Creo que no valoramos lo suficiente la fuerza del aburrimiento en los asuntos humanos. O, más bien, debería decir, el terror de los seres humanos a aburrirse.

Mientras duraron estas reflexiones dispersas, a cualquiera que hubiera observado a las dos amigas mientras circunvalaban el polvoriento margen exterior del jardincillo podría habersele disculpado por pensar que una de ellas, en concreto la señorita Stackpole, había caído en ese mismo estado de menospreciado potencial acerca del cual Isabel había estado cavilando. No obstante, semejante suposición, digamos, por parte de un fauno contemplativo que asomara de su escondrijo entre el verdor que rodeaba el sendero, habría sido errónea. Lejos de haberse dejado llevar por el aburrimiento, como podría haber dado a entender su gesto levemente ceñudo, Henrietta estaba esforzándose en juntar varios argumentos dispersos en una unidad concentrada y coherente, y ahora se volvió hacia su amiga con la fuerza repentina y aleteante de un águila que se abate en picado desde el cielo.

—Acabo de recordar —exclamó sin aliento— que fue madame Merle quien te presentó al hombre con el que acabarías casándote: fue ella quien te puso en su camino. ¡Ajá! —esto sonó como una especie de lúgubre palmada verbal—. Ahora lo entiendo, ahora lo entiendo todo. Ella fue su Juan Bautista, pero él no era un redentor... de hecho, todo lo contrario. Y te engatusaron entre los dos. ¿Qué posibilidad tenías de evitarlo, inocente como sin duda eras? En cuanto heredaste el dinero del viejo señor Touchett atrajiste el interés de ambos. No podías ver lo que tramaban. Cuando pensamos en un cazadotes imaginamos un hombre joven, inteligente, de dientes brillantes, bigote fino y sonrisa irresistible, no un viudo canoso que te dobla la edad y con una hija de quince años. Esa mujer lo planeó todo para convencerte sin que te dieras cuenta. ¡Menuda bruja malvada e intrigante!

—Prefiero creer —dijo Isabel en voz baja— que actuó como lo hizo por el bien de su hija.

—¡Ja! Apuesto a que lo hizo porque estaban sin un penique, Osmond y la tal madame Merle... y, a propósito ¿qué hay de monsieur Merle, si es que alguna vez ha

existido esa persona?

—Existió. Un suizo de no sé dónde. Nadie hablaba nunca de él. Murió, aunque aún seguía vivo cuando nació Pansy. Ya ves que hubo que ocultarle el hecho de la verdadera paternidad a todas las partes.

Una niña con un pichi azul oscuro fue hacia ellas por el sendero, corriendo muy concentrada detrás de un aro que en su circunferencia era más alto que ella. Isabel la observó, entre agitada y embelesada, como si la vivaz criatura fuese el fantasma del pasado mismo, parpadeando entre la moteada luz estival.

—Bueno, al menos parece que no le ha sido de mucho provecho —dijo complacida Henrietta— puesto que aún ha de deambular por Europa viviendo de conocidos ricos como tu señora Touchett. Confío en que no la invitaras. Aunque supongo que sí, puesto que pensabas que era tu amiga. ¿Te enfrentaste a ella, al enterarte de su perfidia?

—Más bien ella se enfrentó conmigo —dijo con ecuanimidad Isabel—. Fue ella quien me contó que Ralph Touchett persuadió a su padre para que me convirtiera en heredera.

—¡Eso hizo! Seguro que disfrutó.

—Sí, supongo que debió de proporcionarle cierta satisfacción. Es irónico: yo pensaba que si alguien le había hablado bien de mí al señor Touchett tenía que haber sido ella.

—Esa mujer —declaró Henrietta, con un profundo latido de indignación—, esa mujer sería incapaz de hablar bien de nadie que no sea ella misma, pues no reconoce la existencia de nadie en el mundo, salvo tal vez la de tu marido, su antiguo... —se interrumpió y apretó mucho los labios, pues no quería decir la palabra, la escandalosa palabra—. Vete a saber cuándo la echaría. Supongo que en cuanto nació la criatura, la historia era creíble y se supo seguro, el muy desalmado.

Isabel llevaba unos minutos a punto de protestar, de volverse hacia su amiga y rogarle que no dijese nada más. No podía forzarse a sentir tanta indignación contra su marido y madame Merle como Henrietta. Veía en ella cierta exageración y una vehemente mojigatería que a Isabel le parecía —no tuvo más remedio que reconocerlo— un poquito vulgar. Por mucho que la hubiera ofendido, su obligación con su marido era no permitir que lo vilipendiaran tildándolo de sinvergüenza y de cazadotes, ¡e incluso de vulgar estafador! Tampoco tenía la libertad de volverse contra Serena Merle y presentarla como una de las brujas de Macbeth, o como la propia y homicida mujer del rey, alzando las manos ensangrentadas hacia el cielo frío y pidiendo que la maldigan, ¡ojalá la vida fuese tan sencilla como una obra de teatro, con héroes y villanos, y bufones y canciones y el fragor de batallas nunca vistas y el telón al final de cada representación! Sin duda tenía razones de sobra para condenar a Gilbert Osmond y su sutil cómplice, pero solo podría permitirse odiarlos cuando estuviese dispuesta a declarar inútil y a extirpar de la tragedia de su vida, de la verdadera tragedia de su vida real, uno de sus actos más ricos e intrincados.

A esas alturas Henrietta había añadido a la señora Touchett a la sucesión de blancos contra los que dirigir los dardos de su indignación, y estaba criticando a esa señora por su enorme falta de responsabilidad con su sobrina; pero Isabel se volvió y la interrumpió con lo que en otras circunstancias habría sido mucha brusquedad.

—Los dos han salido perjudicados, madame Merle más que mi marido, claro. Es, te lo aseguro, una mujer muy desdichada. Lo ha perdido todo, entre otras cosas a su hija...

—¡Una hija —afirmó Henrietta en voz alta apuntando el dardo contra la otra diana— que, por lo que parece, nunca fue para ella más que una molestia y a la que abandonó para proteger su reputación!

—Aun así no puedo creerla tan desprovista de instinto maternal como para que ese abandono, por más que lo hiciese de buen grado, no le resultara doloroso. No hay madre que no llore la pérdida de un hijo —sonrió—. A Medea la inventó un hombre.

Henrietta, aunque acalorada y con la respuesta preparada, se contuvo. Isabel, recordó, había vertido lágrimas amargas sobre una cuna vacía.

—Lo siento —dijo, con la voz controlada pero tensa—. He hablado más de la cuenta, siempre me pasa lo mismo.

—Amiga mía...

—No, tienes razón al reñirme. Bastante pesada es ya tu carga para que yo la aumente con mis reproches.

Isabel iba a aplicar más bálsamo en los golpes que temía haber infligido en el *amour-propre* de su amiga, pero en ese momento vio a Staines, con el sombrero bien plantado en la coronilla —nadie tenía la habilidad de Staines para convertir un trozo de fieltro con plumas en el simulacro del casco con cuernos de un vándalo—, y avanzando decidida hacia ella desde la calle, donde estaba esperando un coche y, justo detrás, una carreta con un baúl de viaje y varias cajas y sombrereras, que ella reconoció como propias. La doncella, tal como informó a su señora, con un airado movimiento de cabeza, había dado tres vueltas a la plaza buscándolas a ella y a su amiga. El tren salía de Charing Cross en menos de una hora y, si querían estar a bordo cuando partiera, debían marcharse sin demora, sin más demora, como se encargó de subrayar Staines, con otro acusador movimiento de cabeza.

Se produjo entonces ese momento incómodo e inevitable en una apresurada despedida que precede a lo que probablemente será una larga separación entre dos viejas amigas, y más de una vez tuvieron que retroceder sin aliento para volver a apretarse las manos, besarse, implorar o prometer alguna cosa, de modo que cuando Isabel subió por fin al coche que aguardaba impaciente se sintió acalorada, agitada y un poco tonta por haberse dejado enredar en esa, para ella, insólita escena. No obstante, al mirar atrás, sintió una punzada de ternura y tristeza al ver a Henrietta en el sendero, delante de lo que, a pesar del sol, parecía un grupo de árboles imponentes y sombríos. ¡Cómo la empequeñecían y aislaban aquellos gigantes indiferentes e inquietos! Somos tan pequeños, pensó Isabel, y el mundo tan enorme. Luego el

cochero hizo restallar el látigo, el coche dio un pequeño tirón y se alejó del bordillo para internarse en el estruendo y el ajetreo del tráfico. Staines le estaba diciendo algo, pero ella no la oyó. Había intuido a una persona que se abría paso entre la inacabable y entremezclada muchedumbre de peatones al otro lado de la calle, una figura alta, con abrigo y sombrero grises, delgado y moreno y con unos andares envarados e inconfundibles, con la mandíbula apretada y la vista fija al frente. Era Caspar Goodwood, camino, sin duda, de Wimpole Street, con la esperanza de encontrarla allí, en los dominios de su amiga. Al ver cómo se alejaba —el coche ahora avanzaba deprisa y tuvo que volver la cabeza para no perderlo de vista— pensó que nunca volvería a verlo, y por un segundo fue como si una vaharada de aire caliente y sofocante surgiera de la nada y la rodease.

XIV

Una vez más el traqueteo y el chirrido de las ruedas de acero en los raíles de acero, la sacudida a la llegada y las apreturas de la multitud al embarcar, después un breve interludio deslizante entre el aire marino y la alegría de la brisa, otra vez el balanceo de la pasarela y el estrépito de la oficina de Aduanas, y por fin, ¡ay!, por fin el infierno rodante y sulfuroso de otro tren. En esos últimos días de cambios y viajes intempestivos, Isabel tenía la sensación de ser un punto de una inmovilidad antinatural en el centro de un implacable derroche de conmoción y caos. Esa quietud que parecía representar no era la de alguien que está en reposo, pues también ella estaba en movimiento, también ella era arrastrada hacia delante, de forma inexorable, hacia un destino al que no deseaba llegar. A veces creía ser parte de un cortejo fúnebre y estar en el coche fúnebre... no, creía *ser* el coche fúnebre y llevar en su interior algo pequeño y difunto, el frío y minúsculo cadáver de su propio corazón, su propio ser, su propia vida. Tal vez cuando llegase a París debería ir directa a Père Lachaise y que le administraran la extremaunción. Morir, sí, morir solucionaría tantas y tantas cosas. Pero no moriría, no tenía intención de morir. La muerte, la posibilidad de la muerte era solo una fantasía, ni siquiera una pesadilla sino una ensoñación, en la que se permitía caer de vez en cuando, igual que una persona aquejada de melancolía crónica podría ir un sábado al cementerio, pasear por los senderos cubiertos de ceniza y encontrar consuelo, un poco, en pasar un rato en compañía de aquellos cuyas penas habían terminado para siempre.

Cuando llegaron a la Gare du Nord ya había caído la noche, la violácea noche de París en verano, que no tiene nada de estigio, que no parece noche, sino solo una pausa acordada por todos, como el descanso de una ópera, un descanso en el que las luces no se encienden sino que se apagan. Isabel, por orden de Staines, se sentó en un banco en el gigantesco y resonante vestíbulo central de la estación mientras la doncella daba instrucciones, muy alto, en inglés, a varios desconcertados mozos de cuerda y les echaba miradas furiosas por sus supuestas insolencia, pereza y marrullerías. Encontraron un pequeño carruaje donde podían acomodarse las dos pasajeras, con el equipaje amontonado en un carrito adicional enganchado detrás, y poco después se vieron transportadas agradablemente por la rue du Faubourg Saint-Martin, hacia uno de los centros rutilantes de esa ciudad eternamente iluminada.

Habían avisado por telegrama al Hôtel des Étoiles, cerca de las Tullerías, y las habitaciones de Isabel estaban esperándola iluminadas y aireadas, o todo lo aireadas que puede estarlo cualquier lugar en París, en junio. El Étoiles era un sitio pequeño y modesto, apenas poco más que una *pension*, pero Isabel se alojaba a menudo en él — le horrorizaban esos establecimientos abarrotados que se tildaban a sí mismos de

grand y que la hacían sentir como una enorme muñeca aburrida y con demasiado relleno—, pues era cómodo y, como reconocía incluso Staines, muy limpio y bien administrado. Y, por si eso fuera poco, una selecta y exigente *coterie* de epicúreos era de la opinión, una opinión que compartían con muy pocos fuera de su propio círculo encantado, de que el comedor del Étoiles, por muy humilde que fuese el aspecto que ofrecía a quienes iban a cenar en él, era uno de los más deliciosos tesoros de una ciudad de la que no podía decirse que faltaran sitios notables donde comer. Y, de hecho, en cuanto Isabel terminó de instalarse en sus habitaciones —entre las que había un precioso saloncito en miniatura con las paredes pintadas de azul provenzal—, dio instrucciones a Staines de que bajara a hablar con el *patron* para que les reservara una mesa para la cena. Le sorprendió e incluso escandalizó reparar en lo hambrienta que estaba. Por muy turbado que se hallara el espíritu, pensó, el cuerpo insiste tenaz y exige comida y bebida, descanso y ejercicio, y todas las pequeñas atenciones diarias, esos mimos y caricias que ni por un momento pone en duda que se le adeuden. Desde que partió de Italia y emprendió sus viajes, como si vadeara por una ciénaga de suplicio, su ser físico la había acompañado como un niño exigente y desenvuelto al que hubiesen dejado a su cuidado sin que ella quisiera. Aun así, las leves fragancias que se alzaban de la cocina eran tan imperiosas a su astuta manera como el toque de clarín en el comedor de oficiales, y no le quedó más remedio que admitir que ansiaba tanto sus vituallas como cualquier soldado de caballería después de una tarde trotando de aquí para allá en el polvo del campo de desfiles.

La doncella no había llegado aún a la puerta cuando Isabel le pidió que aguardase. Staines se detuvo con la mano en el picaporte y se volvió con curiosidad. Isabel dudó, bajó la mirada y se mordisqueó el labio. Cuando volvió a alzar la vista estaba sonriendo avergonzada.

—¿Por qué no...? —empezó—, es decir, tal vez tú... —se detuvo, y levantó las manos en un gesto de impotencia; sus mejillas estaban arreboladas—. Por favor, ¡ven a cenar conmigo! —le soltó por fin a toda prisa.

La doncella se quedó con la mano en el picaporte de porcelana y la miró con un gesto inexpresivo. Las dos notaron que la habitación se había quedado de pronto en silencio.

—Lo siento, señora, no entiendo... —dijo la doncella, y la sinceridad de sus palabras se hizo patente en lo impávido de su gesto.

—Pues es muy sencillo —exclamó Isabel, como si nada, aunque con una risa nerviosa—. Quiero que me acompañes a cenar como mi... —se interrumpió, tragó saliva, luego alzó la barbilla y habló con firmeza— mi invitada.

Por un instante, se sintió tan mareada como cuando, no sabía cuántas horas antes, había bajado tambaleándose por la inestable pasarela del transbordador después de atracar en el muelle. El vacío que se había abierto ahora a sus pies era a su manera más profundo y más peligroso que los pocos metros del canal de la Mancha que había salvado antes de poner el pie en Calais. Staines, por su parte, estaba incluso más

turbada que su señora y a un nivel mucho más elevado. Se quedó en el umbral, callada, inmóvil, como un escalador que en un momento en que le falla la concentración mira el abismo insondable que tiene a sus pies, lo ve como es en realidad y se queda petrificado en la cornisa donde se encuentra. Por fin reunió fuerza suficiente para hablar.

—Pero ¿cómo, señora? —dijo o más bien imploró—. ¡No me dejarían entrar!

—¡Bobadas! —dijo decidida Isabel, tanto para darse ánimos como para impresionar a su doncella—. Pues claro que te dejarán. No estamos en Inglaterra, y nadie nos conoce. ¿Por qué, dime, no iban a poder sentarse a cenar dos señoras, en esta capital de la civilización?

Los ojos de la doncella se abrieron.

—Señoras —murmuró, como si hubiese escuchado una burda blasfemia.

—Puedes hablarme de tu familia —prosiguió como si tal cosa Isabel—. Me gustaría saber más de tu hermana, vive en Hackney, ¿no?, y de su marido y su trabajo, y de los niños, de tus sobrinos y sobrinas —reparó en que había olvidado el nombre de casada de la hermana de Staines—. Hay muchas cosas que no sabemos la una de la otra.

Pero Staines seguía agarrándose a la palabra *señoras*, como si fuese un alfiler y ella una mariposa clavada en un tablero.

—Dos señoras cenando —murmuró mirando más allá de ella, en trance, como si la escena imposible estuviese allí, delante de sus ojos, temblando en el aire del cuartito azul. Luego volvió a dominarse, miró a Isabel y negó con la cabeza—. No podría, señora —dijo en voz baja y triste—. No podría.

Isabel suspiró. Estaba empezando a perder la paciencia, aunque sabía muy bien que su exasperación era solo un truco más para disipar su sensación de haberle sugerido una gran transgresión. Y, después de todo, se dijo enfadada, ¿por qué no iba a saltarse —por qué no iban las dos a saltarse— una convención absurda? ¿Qué iba a impedirles alzar la espada y cortar los grilletes que les había impuesto la sociedad?, le pareció ver sus dos siluetas desenfoándose y mezclándose entre sí. ¿Y quién iba a cerrarles el camino a la libertad, salvo algún pisaverde con una levita grasienta, el bigote teñido y una servilleta sobre la manga? Tuvo que detenerse y obligarse a no darse tantos humos. Imaginó a la señorita Janeway, mirándola a los ojos con los labios cortados fruncidos en una sonrisita y una ceja arqueada con escepticismo. Pero no, daba igual, no, no dejaría que la apartaran del camino que había decidido seguir, por mucho que le costase.

—Por favor, haz lo que te digo —le pidió a la doncella, cerrando los ojos y alzando la palma de la mano en un gesto perentorio—. Baja ahora mismo y dile al director que reserve una mesa para dos, para dos, fíjate bien, a las nueve en punto. Luego puedes prepararme un vestido y... —vaciló, pero solo por un instante— y elegir algo que te apetezca tomar prestado, mi chal azul, por ejemplo, o ese cuello de encaje que sé que tanto admiras, o... o... bueno, lo que quieras. ¡Puedes elegir!

Concluyó con un ademán alegre, como el gesto de despedida de un bailarín con su abanico, pero luego volvió a mirar a la mujer de la puerta y vio que la pobre criatura seguía paralizada en la estrecha cornisa de su pánico vertiginoso.

—¡Ay, señora! —susurró la doncella. Continuaba aferrándose al picaporte, Isabel vio lo blancos que tenía los nudillos, no porque tuviera intención de abrir la puerta, sino más bien para no caerse—. ¡Ay, señora!

—¿Qué? —preguntó en voz baja, Isabel, esforzándose por borrar de su voz cualquier rastro de la fatiga que la había embargado antes—. ¿De qué tienes miedo?

—¡Ay, señora! —repitió la doncella, en esta ocasión con un estremecimiento tan implorante y apasionado que por un segundo Isabel temió que la joven aterrorizada, ¿y qué era más que una chica grande, a pesar de toda su ferocidad, su tamaño y sus rasgos masculinos?, pudiera hincarse de rodillas como un cautivo postrado y extender las manos temblorosas rogándole que la liberase—. No lo entiende... no puede... Si entrase en ese comedor y me sentara con usted a la mesa, todos... todos se darían cuenta, ¿comprende?, todos sabrían quién soy y lo que soy y... —su voz desfalleció — y se reirían de mí.

XV

Y así fue como media hora más tarde acabó sentada sola en una mesa del comedor, picoteando con desgana un exquisito *confit de canard*. La reciente discusión con Staines, que había concluido de forma dolorosa y humillante para ambas, le había quitado el apetito. ¿En qué estaría pensando para empujar a esa tímida criatura a la imposible proeza de quebrantar un código tan antiguo... qué locura la había poseído? Si Staines hubiese sido francesa, todo habría quedado en una *blague* inofensiva, aunque Isabel se inclinaba a sospechar que la reputación de las doncellas francesas para la coquetería y la alegre *diablerie* era en gran parte obra de la Comédie-Française. En Italia, claro, tu doncella personal podía cenar contigo todas las noches, en casa o en la *trattoria*, y considerarlo solo una de las obligaciones más placenteras de las que le exigía su señora. Pero Staines era inglesa, y además *cockney*, y los ingleses eran el pueblo de la Ley. Además, ¿de qué habrían hablado, en realidad? Las historias de la señora Gilhooley —¡así se llamaba!—, la hermana de Staines, su marido peón de albañil y su siempre creciente progenie de «retoños» se habrían agotado enseguida, y qué abismos se habrían abierto entonces entre ellas en la mesa, mientras los sonrientes camareros iban y venían, tratando a Staines con elaborada deferencia, llamándola *chère madame* y abriéndole la carta delante de las narices como para espantarla a su verdadero sitio entre los humildes.

Los nombres, comprendió, los nombres tenían gran importancia: eran el lubricante de la maquinaria social, y a ella se le daban fatal, no «tenía cabeza» para ellos, como suele decirse, no había más que ver cómo había olvidado el nombre de la señora Gilhooley, cuando haberlo mencionado de pasada habría dado pie a cierta intimidad y servido para calmar la alarma de Staines ante la posibilidad de cenar, en público, con su señora. La propia Staines tenía un nombre; Isabel sabía que era Elsie, aunque no estaba segura de si era un fórmula cariñosa, así que ¿por qué no había corrido el riesgo, un riesgo ciertamente pequeño, y la había llamado así? «Elsie —debería haberle dicho— mi querida Elsie, quisiera que cenases conmigo y fueses mi invitada aquí en el Hôtel des Étoiles, al lado del jardín de las Tullerías, a la orilla del Sena, en esta preciosa noche de verano». Ni siquiera una persona tan adusta y esforzada como la pobre Elsie Staines habría podido resistirse a una petición directa, sencilla y personal como esa. Pero mientras formulaba estos pensamientos, en otro rincón de su imaginación se estaba burlando de sí misma y de sus ilusiones sentimentales. El mundo es como es, pensó, y ni siquiera alguien tan obstinada como yo —aún seguía riéndose de sí misma— lo cambiará invitando a cenar a su doncella personal. Cogió el cuchillo y el tenedor; el pato se había enfriado un poco, pero habría sido una lástima desperdiciar semejante obra maestra del arte culinario.

Mientras comía, sus pensamientos volvieron a la cuestión de los nombres y el nombrar, y a su significado talismánico. Se le ocurrió, allí mismo, y con una leve sorpresa que fue lo bastante intensa para que se detuviera con el tenedor a mitad de camino hacia la boca, que nunca había oído a Gilbert Osmond y a Serena Merle llamarse por sus nombres de pila. Sin duda eso, al menos, debería haberle dado algo que pensar, igual que le estaba dando que pensar ahora, y haberle hecho considerar con cuidado, con tanto cuidado como un investigador de la policía reflexiona sobre las circunstancias de un crimen —¿acaso no se había producido un crimen y no estaba ella investigándolo?—, la naturaleza peculiar de la relación que existía —y había existido tantos años— entre esas dos personas, por lo que podía deducirse de la danza elegante, elaborada, diabólica y sutil que bailaban ambos. Lo que debería haber despertado sus sospechas era lo que no hacían, las palabras que no pronunciaban, las miradas que no intercambiaban y los roces accidentales que ponían tanto cuidado en evitar.

Dejó los cubiertos, se apoyó en el respaldo y cerró los ojos. ¿De qué servía volver a recordarlo todo de nuevo? La puerta del establo estaba rota y el caballo desbocado era un punto en la lejanía. Indicó con un gesto al camarero que le llevase *l'addition* para que la firmara. Había hecho un viaje muy largo, y estaba cansada.

Aun así durmió mal la mayor parte de la noche. Después de caer en un sueño inquieto despertó de pronto en ese estado de pura claridad que barre el sueño como un velo de telarañas para revelar una oscuridad insondable e inquebrantable. Se levantó, fue a la ventana, apartó la cortina y se quedó contemplando las luces doradas y plateadas de Saint-Germain reflejadas en el río. La misma luna redonda que había presenciado la conversación a medianoche con Henrietta Stackpole en su salón de Wimpole Street estaba ahora suspendida en la punta de un fino campanario que se alzaba entre los robustos hombros de Notre-Dame; la noche anterior —¿sería posible que hubiese pasado tan poco tiempo?— le había parecido una cara burlona, pero ahora le pareció una cabeza cortada y clavada en una pica. Era raro pensar que su luz fría y brillante iluminase tantos sitios que ella conocía: la casa y la calle donde había crecido en Albany, los céspedes grises y fantasmales de Gardencourt y el banco donde a lo largo de los años había pasado —*soportado* le parecía una palabra mejor— tantos momentos cruciales para ella; el Hôtel des Étoiles y la ventana donde se encontraba, y todos los tejados plateados de París; la antigua, antiquísima casa colgada en la colina de Bellosguardo, con su encantadora vista del Val d'Arno, donde las noches de finales de primavera incontables ruisseños revestían la oscuridad en varios kilómetros a la redonda con su exquisito, quejoso y dolorido canto; el Palazzo Crescentini, en Florencia, en uno de cuyos elegantes salones Gilbert Osmond la había cogido por primera vez de la mano. La consoló un poco pensar que todas las cosas deben someterse por igual *sub specie aeternitatis*.

Su imaginación, por más que ella tirase de las riendas, volvió una vez más al embarazoso episodio de antes con la doncella. En el curso de las últimas semanas

Isabel se había planteado más de una vez cuánto sabría con exactitud Staines del aprieto en que se hallaba su señora. Una de las cosas que había descubierto al llegar a Europa, y sobre todo a Inglaterra, era hasta qué punto los habitantes de los «pisos de abajo» estaban al corriente hasta de las cosas más secretas que ocurrían en el mundo supuestamente cerrado de arriba. Aún más notable que lo que sabían era la poca importancia que parecían concederle los criados y lo poco que parecía interesarles. *Prenez garde!*, murmuraba el dueño de la casa, a un extremo de la mesa del comedor, al tiempo que se llevaba un dedo a los labios, sin reparar en que el asunto escandaloso que han sacado a relucir sus invitados ha sido considerado, y descartado, ya por las confusas figuras uniformadas que se mueven invisibles y silenciosas aquí y allá detrás de sus asientos. Puede que sean, esas sombras solícitas, los habitantes de un pueblo al pie del monte Olimpo, que oyen rugir el trueno en lo alto cuando los dioses discuten, que oyen con claridad y se detienen a meditar en la trascendencia rúnica de cada trueno, para seguir un instante después con sus asuntos mundanos. Seguro que Staines sabía, era imposible que no lo supiera, que la vida en general de Isabel y su matrimonio en particular atravesaban una profunda crisis, ¿por qué si no estarían yendo de aquí para allá por Europa, de Roma a Gardencourt, de Gardencourt a Londres y ahora de Londres, con una precipitación que era casi escandalosa, a París, como si las persiguieran los demonios? Pero ni una sola vez, ni siquiera con un pestañeo, y mucho menos de palabra, había preguntado la doncella qué motivaba sus viajes o qué suponían o cuándo podrían culminar. Su misión era llevar la cuenta del equipaje de su señora, poner en su sitio a los mozos de cuerda, comprar los billetes de tren y asegurarse de que los transbordadores tenían salón de primera clase, dar la lata a los cocheros, intimidar a los camareros y retorcerles las orejas, si hacía falta, a las doncellas descuidadas de los hoteles. Lo que pudiera pensar de Gilbert Osmond o — ¡cielos!— de Serena Merle, la pobre y perpleja Isabel no podía ni empezar a imaginarlo. Ellos, por supuesto, se comportaban como si estuviesen convencidos de que pasarían a través de ella sin darse cuenta siquiera, si fuese lo bastante estúpida de ponerse en su camino imperial. Sorprendentemente, era Pansy, y solo Pansy, con quien con el tiempo Staines había acabado firmando un acuerdo secreto y misterioso. Las dos se llevaban pocos años, y a veces se las podía ver en uno u otro de los muchos salones del Palazzo Roccanera, el hogar, por así decirlo, de los Osmond, en Roma, sentadas una al lado de la otra sumidas en un silencio cómplice, con la cabeza inclinada sobre su labor; en esas ocasiones, el ambiente, plácido en la superficie, parecía vibrar en las profundidades con una especie de alegría contenida, algún conocimiento compartido o una expectación mutua. Madame Merle había hablado una vez con el padre de Pansy —Isabel los había oído— para quejarse, sonriente y en voz baja, de la falta de decoro de esta extraña relación entre la joven y la criada, pero Osmond se había echado a reír y había observado con despreocupación que era «la costumbre italiana».

—Supongo que sí —había respondido impávida madame Merle, y luego había insistido amable, pero con una palpable firmeza—: En cualquier caso, la doncella no es italiana y, en realidad, Pansy tampoco.

Osmond, de pie delante de un caballete, mientras daba unos toquecitos con un fino pincel de marta a una de sus inteligentes pero innegablemente insulsas acuarelas, se había detenido un segundo y había mirado por encima del hombro en respuesta a aquel apenas velado desafío.

—¡Y, en realidad, mi querida amiga, tampoco lo eres tú!

Este ataque, mórbido y, por lo que se refería a Isabel, inescrutable, pareció complacerle mucho y volvió a su húmedo bosquejo con esa sonrisa que Isabel había llegado a conocer tan bien, y que mostraba, en ambos extremos de la boca delgada y seca, la punta fina y afilada de un colmillo reluciente. Esta intimidad mutua y relajada entre su marido y su antigua amiga, en la que caía a menudo la pareja cuando estaban los tres juntos, se suponía que incluía felizmente a Isabel, y durante mucho tiempo, durante un tiempo muy largo, Isabel así lo había creído; ahora, no obstante, comprendía que en realidad era un lugar privado, un cuartito cerrado al que la pareja se retiraba para saborear juntos los recuerdos compartidos, las bromas familiares, los cotilleos del pasado que para ellos seguían siendo actuales, refinados y preciosos.

Isabel, cansada de contemplar la luna de color hueso, que a esas alturas había logrado librarse del empalamiento de ese campanario esbelto e incongruente, volvió a meterse en la cama, convencida de que se enfrentaba a otra noche en vela, y casi enseguida y sin darse cuenta se quedó dormida, y no se despertó hasta que un resquicio de luz solar se coló por un hueco entre las cortinas, le dio en los ojos y le hizo abrirlos.

Después, abajo, en el mostrador de recepción le entregaron un pequeño sobre con un escudo nobiliario y su nombre escrito con una solemnidad florida que le pareció el sello, la marca misma, del *gratin* parisina. Al levantar la solapa y extraer el pequeño rectángulo de cartón notó que el director la miraba sonriente con una sonrosada intensificación de su respeto; el sobre, al parecer, lo había llevado un lacayo con librea en un coche con un escudo de armas en la puerta lacada y tirado por un caballo blanco con un penacho de plumas. Isabel sonrió y observó la tarjeta; se le había olvidado que, antes de salir de Gardencourt, había enviado aviso para informar a la princesa d'Attrait de que en los días próximos días tal vez estuviese en la capital francesa, y para preguntarle si, en caso de que finalmente pasara por allí, podía acercarse al Château Vivier a visitar a su antigua amiga. Y ahora, con su aplomo característico y calculado, y como resultado de esa omnisciencia por la que era conocida con justicia la princesa —¿cómo, en el nombre del cielo, se preguntó Isabel, habría sabido Lorelei de su llegada?— ahí tenía la invitación impresa a una *soirée* a las seis en punto en el *château*, que se ocultaba a la vista de todos en una *place* sorprendentemente arbolada cerca de la rue Saint-Honoré. En el reverso de la tarjeta

había garabateado, con una letra que no podía ser más distinta de la del sobre, la orden imperiosa y desenfadada: «Ven, o te odiaré SIEMPRE. L».

XVI

Por la mañana una neblina estival cubría la ciudad, como una fina muselina a través de la cual, a la altura de las ventanas altas y los tejados de pizarra, asomaban brillos plateados como joyas y pequeños destellos dorados. Isabel, después de su café y su cruasán matutinos, decidió permitirse la libertad más o menos vigilada de las Tullerías. Paseó por la larga *allée* central entre los dos estanques circulares, el mayor y el menor, y se fijó con indolencia en la ropa y en los modales de los *flâneurs* ociosos con los que se cruzaba, los afortunados que, como ella, tenían tiempo que perder la mañana de un día laborable. Compró un ramito de lirios del valle envueltos en papel muy apretado en un puesto atendido por una anciana ciega que llevaba un gorro de encaje negro. ¿Cómo se llamaba esta flor en francés? No lo recordaba. Se sentó en un banco y observó a un grupo de muchachos ruidosos —¿por qué no estaban en el colegio?— que jugaban a algún juego misterioso que requería correr y esconderse entre los bosquecillos de árboles ordenados y exquisitamente podados. Ávidos gorriones se acercaron y estuvieron dando saltitos a su alrededor en el polvo; lamentó no tener ninguna miga de pan que ofrecerles y pensó en lo mucho que habrían disfrutado con las migas de hojaldre que había dejado en el plato del desayuno en el hotel. Escuchó el sordo tañido de la campana de la gran iglesia de Nuestra Señora al otro lado del río, y pensó que el sonido parecía tener el mismo matiz de oro viejo que el aire neblinoso por el que llegaban las campanadas, como una sucesión de gruesas esferas reverberantes. Se llevó el ramo a la cara e inhaló profundamente su fragancia casi carnal. Intentó otra vez recordar el nombre de la flor, lo tenía en la punta de la lengua. De pronto lo recordó: *muguet*... eso era. Sí, *muguet*. También se llamaban así los zorzales. ¡Ah, sí! Cerró los ojos, encogiéndose por instinto al ver aproximarse una nueva idea, e intentó quitársela de la cabeza, pero fue en vano. ¿Y el mirlo?, inquirió con mucha inocencia su imaginación. ¿Cómo se llamaba en francés ese orgulloso cantante? Y, a pesar de sí misma, su imaginación respondió implacable: pues *merle*, claro. Tiró las flores al suelo, se levantó deprisa y se marchó. Detrás de ella, los gritos de los niños que jugaban podrían haber sido una cacofonía de burlas ante su retirada.

Salió de los jardines y cruzó a toda prisa la place du Carrousel, sin fijarse demasiado en el tráfico. Los sombríos soportales del Louvre se alzaron ante ella, con una curiosa apariencia insustancial en el aire velado, a pesar de su tamaño pétreo y descomunal, y de pronto nada le pareció más apetecible a su agitado espíritu que las frescas y resonantes galerías del museo. Se apresuró deseosa de llegar cuanto antes a esos calveros de paz y solaz y poco faltó para que la atropellara un faetón que pasó traqueteando a su lado como un avestruz a la carrera.

Lo que encontró, claro, fue la antítesis del bálsamo de quietud por el que se había apresurado jadeante. La temporada turística en París estaba en lo que las agencias de reservas, frotándose las manos, habrían llamado «su apogeo» y el noble palacio del arte estaba abarrotado de ruido y multitudes. El espectáculo de tanta gente soltando exclamaciones infantiles y yendo y viniendo de una obra maestra a otra hizo pensar a Isabel en uno de esos *grands lycées* de los que tanto se enorgullecían los franceses, en el que, al inicio de otra insurrección nacional, los alumnos hubiesen asesinado a sus profesores con feliz entusiasmo y ahora camparan por sus respetos por los espaciosos pasillos del colegio y los grandes y ornamentados salones. Pensó en huir, pero antes sintió la necesidad de sentarse en algún sitio fresco, aunque solo fuese un instante, para recobrar el aliento y decidir qué hacer el resto de la mañana, pues se sentía un poco como un estudiante al que inesperadamente han liberado de las clases y han animado a salir y disfrutar de la amplitud del día y aprovechar la despreocupada y frívola generosidad de la naturaleza. Por fin, después de abrirse paso entre la muchedumbre mediante una serie de hábiles movimientos laterales de su persona entre las masas, llegó por fin al santuario que buscaba, en una inmensa, fresca y silenciosa galería donde, como bien recordaba, se aventuraban muy pocos visitantes y ninguno se demoraba, desanimados, no tanto por la poca luz que dejaban pasar las ventanas como por la serie de altos y anchísimos lienzos que era inevitable sospechar que habían ocultado allí con suma discreción los avergonzados conservadores del museo. Pues en opinión de Isabel, y según el rechazo desdeñoso de su marido, eran, por muy sincera que fuese su ejecución y muy suntuosos que fueran los marcos, cuadros muy malos, obra, si no recordaba mal, de algunos de los menos prometedores aprendices de una escuela menor de Peter Paul Rubens. Encontró una sillita brocada en un rincón, que además de su atractivo aspecto abandonado la atrajo por estar en el sitio exacto donde menos tesoros de la sala tendría que contemplar, con sus representaciones curiosamente desapasionadas de tumultos, disolución y éxtasis. La silla, supuso, debía de ser la del guardia, y la propia ausencia de este centinela era una prueba indirecta del valor que el museo concedía a los objetos bajo su vigilancia. Se sentó a pasar un rato sin otra molestia que la de sus propios pensamientos. Pronto, no obstante, sus meditaciones se vieron interrumpidas por el ruido de unos pasos masculinos al acercarse. Eran tan silenciosos y discretos que podría no haber reparado en ellos de no ser porque la suela de una de las botas del caballero crujía un poco. Miró hacia el umbral y reconoció en el acto el traje gris pálido exquisitamente cortado, el monóculo y el suave bigote del señor Edward Rosier. Él también la vio a ella, e Isabel notó con una especie de suspiro triste y divertido que el joven vacilaba un instante, como si le hubiese dado en la cara una bocanada de aire no del todo fresco o fragante. Aun así, avanzó decidido, o tan decidido como era siempre el señor Rosier, e incluso se las arregló para esbozar, por pura educación, una sonrisa vaga y forzada. Se saludaron, y él tomó la mano extendida de Isabel e hizo una de sus rígidas y leves reverencias afrancesadas.

—Dios mío —dijo Isabel—, está visto que una no puede poner un pie en este maravilloso lugar sin encontrar a algún conocido.

Encima del ojo en cuya órbita estaba encajado el monóculo del señor Rosier apareció una arruga, e Isabel lamentó enseguida la elección de sus palabras y el tono en que las había formulado. Su intención había sido solo parecer desenfadada y cordial, pues al fin y al cabo, aunque no fuesen viejos amigos, sí hacía mucho tiempo que se conocían, pero notó que el pobre hombre se había tomado su saludo como una burla despiadada en el mejor de los casos, y en el peor, como un rechazo calculado. Se levantó a toda prisa de la silla, como si así pudiera mitigar su supuesta mala intención y le sonrió con toda la cordialidad de que fue capaz.

—Apenas vengo aquí —dijo el señor Rosier, con una frialdad desdeñosa—. La muchedumbre... ¡en fin! Pero hay un Tiziano al que quiero echar un vistazo, en él hay cierta combinación de lapislázuli y terracota que creo que es idéntica a una joya veneciana por la que estoy en negociaciones.

—¡Ah!, ya veo —dijo Isabel, como si comprendiera con exactitud el significado de lo que buscaba el joven—. Tal vez me permita... tal vez me permita usted acompañarle. Me gusta mucho Tiziano.

El señor Rosier no dijo nada por un instante, pero la comisura del labio se le contrajo de forma casi imperceptible, de un modo que a Isabel le recordó en el acto a su marido, y a cómo le miraría si se le ocurriera expresar la fatua idea de que a alguien pudiera «gustarle» uno de los Grandes Maestros más magníficos y trascendentales. Ned Rosier, comprendió ahora, no había desaprovechado las enseñanzas de sus escasos y nada placenteros encuentros con Gilbert Osmond, un maestro en su propio arte del desprecio y el desdén fulminantes. Es más, al observar al joven que tenía delante con el bastón y los guantes en una mano y el sombrero de seda en la otra, se le ocurrió la idea —una idea de la que, de haber sido ella otra persona, habría extraído una gota de amarga satisfacción— de que al negarle a Edward Rosier la mano de su hija en matrimonio, su marido había desperdiciado la oportunidad de introducir en su familia —una institución de la que, como sabía ahora Isabel, ella siempre había estado excluida— a un joven que por mucho que aparentara tener una conformación y un espíritu delicados era probable que con el tiempo hubiese llegado a ser un digno sucesor suyo en su cuidada y puntillosa pose de persona que despreciaba al mundo y con pocas, poquísimas, excepciones a la masa de gente sencilla que tenía el descaro de habitarlo. Sí, pensó, el pequeño Ned Rosier todavía podía alzarse y ocupar su sitio al lado de su marido como un maestro de la condescendencia.

Respondió que, por supuesto, podía acompañarlo a ver el cuadro del gran veneciano, y añadió melifluo que, siempre y en cualquier circunstancia, agradecería su compañía. Ella lo miró de reojo, pero tenía la vista fija al frente y su gesto no traicionaba el menor indicio de que no estuviese siendo sincero. Conocía a Ned Rosier desde que ambos eran niños. En una ocasión, en Suiza, su padre desapareció

en una de sus misteriosas aventuras y las dejó a ella y a sus hermanas al cuidado de una *gouvernante* que había leído demasiadas novelas francesas y que bajo su influencia se fugó con una persona que decía ser un príncipe ruso. A las niñas abandonadas las rescató el señor Rosier, un antiguo amigo de su padre, que por casualidad estaba en Neuchâtel con su hijo pequeño, que tenía la edad de Isabel, y de quien ella creyó estar muy enamorada varios días. En la época era un niño muy guapo, siempre preocupado por sus zapatos y su ropa, y con el paso del tiempo no había cambiado en exceso, salvo que había amasado numerosos conocimientos sobre la porcelana de Limoges y los esmaltes Luis XIV, los libros antiguos, los vinos de reserva y muchas otras cosas bellas y antiguas. Fijó su ojo de coleccionista en Pansy Osmond, y en el proceso de negociar su adquisición, había acabado, con gran confusión por su parte, enamorándose de la joven. El padre de Pansy lo había desdeñado como candidato para convertirse en su yerno, y la idea le había parecido absurda por más razones de las que se molestaría en pararse a considerar, la principal de las cuales, no obstante, era que el mismísimo lord Warburton, en una visita a Roma, había revoloteado un tiempo alrededor de su dulce y pequeña florecilla, y tal vez habría pedido su mano si Isabel —eso creía su marido— no hubiese conspirado en contra de aquel matrimonio y hubiese espantado al lord. Rosier había insistido, pese a todo, pues se había enamorado, por primera vez en su vida, con auténtica pasión, e incluso había subastado todos sus bibelots —con la sola excepción de sus esmaltes, cuya pérdida temía literalmente que pudiera matarle— y, tras reunir cincuenta mil dólares, se había plantado ante las enormes puertas talladas del Palazzo Roccanera y poco había faltado para que le pusiera un fajo de billetes delante de la cara al padre de su amada, convencido esta vez de que reconocería el hombre formidable que había demostrado ser y lo consideraría un marido adecuado incluso para la hija del gran Gilbert Osmond. No fue así, claro: en lord Warburton, el dueño de media docena de castillos y decenas de miles de acres, Osmond había visto caer el destello de la púrpura reflejado sobre su hija e iluminarla por un instante, y aunque en esa ocasión esa noble llama hubiese resultado ser solo un *feu follet*, habría más ocasiones, y en abundancia, pues ¿no había en Inglaterra una cámara entera desbordante de lores, y no había demostrado su hija, su pobre florecilla de invernadero, ser capaz de atraer hacia sí los más intensos rayos de atención aristocrática?

—Ha dejado usted Roma —observó Isabel.

—He dejado Roma —respondió el señor Rosier—. Ya no hay nada que me retenga allí.

Una vez más, Isabel lo observó con atención. Siempre le maravillaba la rapidez con que los jóvenes como él se recuperaban de un desengaño amoroso. La última vez que lo vio, después de que Osmond terminara de hacer pedazos los últimos vestigios de sus esperanzas y se retirase con calma frotándose las manos, faltó poco para que ella se echase a llorar al ver lo desconsolado de la situación de esa pobre criatura;

pero ahí estaba, con el paso firme y la mirada dura, dedicado ya a la recuperación de su colección de *objets* preciosos —recuérdese que los esmaltes estaban intactos y a salvo, y eran una buena base sobre la que construir— sin dedicar un solo pensamiento, por lo que parecía, al tesoro más precioso que había perdido hacía poco.

—¿Y usted —preguntó— va de Roma a alguna parte, o está de regreso? —Isabel le contó lo de su triste peregrinaje a Gardencourt y lo de la muerte de su primo—. Lamento oírlo —dijo, y añadió vagamente—: Creo que lo conocí, en el Palazzo Roccanera.

—Es probable. Pero, claro, cuando estuvo usted en casa solo tenía ojos para una única y exclusiva persona.

Ella sonrió mientras él, por el contrario, frunció el ceño y no respondió. Algo había sucedido, decidió Isabel; algo había intervenido que le había hecho dejar atrás el pasado y mirar con mirada firme y decidida hacia el futuro. Le sorprendió descubrir que le gustaría saber qué podía haber sido lo que le había infundido tantos ánimos.

—¿Recuerda —preguntó muy amable— aquel baile en Roma, cuando me pidió usted permiso para arrancar una flor del buqué que yo le estaba arreglando a Pansy, mientras ella participaba en el galop?

Notó más que vio cómo fruncía todavía más el ceño.

—Por supuesto —dijo.

—Eran pensamientos... quiero decir que todas las flores del ramillete eran...

—Sí, sí, lo sé; lo recuerdo.

Había una nota de agitación en su voz... ¿o era solo impaciencia? No supo decirlo.

—¿Aún la conserva, la flor?, quisiera saberlo —preguntó.

En lugar de responder, él se impulsó de pronto hacia delante y empezó a dar zancadas, como un caballo de carreras en los últimos metros antes de la línea de llegada, así que Isabel tuvo que levantar el dobladillo de su vestido y seguirle a pasitos apresurados para no perderle de vista. Isabel sabía que no era una falta de educación por parte del señor Rosier y lamentó haberle preguntado, de hecho, lamentó haber sacado a relucir el asunto; de hecho, tal vez hubiese sido sin más una grosería por su parte.

Llegaron por fin al cuadro que era objeto de la búsqueda del señor Rosier. Se trataba del retrato de un joven sentado, o quizá de pie en una postura relajada, con el brazo izquierdo apoyado en una columna, y mirando con timidez hacia un lado. Llevaba puesto un guante gris y sujetaba el otro en la misma mano. Por debajo de un jubón negro se veía una reluciente camisa blanca con chorreras en el cuello y la muñeca. Su pelo negro, tan negro como la capa, estaba cortado con el flequillo recto, y el labio superior estaba adornado con lo que podría llamarse un bigote indeciso. A Isabel le recordó al propio señor Rosier; no era que los dos jóvenes, uno en el lienzo ante sus ojos y el otro a su lado, se pareciesen mucho; pero había algo en la actitud

del retratado, formando un leve ángulo con la perpendicular, en una pose pensativa pero tensa, que era idéntica a la de su acompañante. Hizo una observación a propósito de la melancolía de su mirada, y Rosier alzó la nariz un centímetro y resopló. Estaba inclinado hacia delante con la cara casi rozando el pigmento.

—Todos los hombres que pintó tienen los ojos tristes —dijo, en voz baja e indistinta, como si estuviera a solas y hablara consigo mismo—. Hasta sus reyes y generales parecen estar mirando apesadumbrados algo lejano y terrible.

Seguía inclinado hacia el cuadro, con el monóculo un poco apartado del ojo y con una extraña inmovilidad embelesada ante una codiciada obra maestra, observaba con mucha atención el guardapelo que colgaba del cuello del joven de un collar de cuentas de ámbar. El guardapelo estaba hecho de alguna piedra del color del lacre, con una perla que colgaba de él y una piedrecita cuadrada azul engarzada en el centro. El señor Rosier suspiró satisfecho, se apartó del lienzo y volvió a encajarse el monóculo en el ojo.

—Sí —murmuró—, sí, eso es.

—¿Qué? —exclamó Isabel—. ¿Quiere decir que ese objeto del cuadro es el mismo que quiere usted comprar, justo el mismo?

Las mejillas del señor Rosier se ruborizaron, y se mordió el labio para reprimir una sonrisa; pero su *embarras*, ella se dio cuenta enseguida, no era por algo que él hubiese hecho o dicho, sino por la ingenuidad de Isabel y su desconocimiento del mundo de las antigüedades.

—No, no —dijo tartamudeando un poco—, solo los colores, los tonos, son iguales. Eso es un zafiro, ¿ve?, y la piedra roja, bueno, podría ser cualquier cosa, no consigo identificarla.

Isabel solo pudo asentir con la cabeza y seguir obedientemente con los ojos adonde apuntaba con el dedo; podría haber sido un conferenciante, dando golpecitos con el puntero en la pizarra para ilustrar su ignorancia. Por supuesto, el adorno del cuadro no era más que una baratija pintada, que el artista debía de guardar en un cajón entre una balumba de «utilería» para ponérsela al modelo cuando hiciera falta una joya para dar un toque de color. Sin duda, pensó, entre divertida y apenada, el señor Rosier debía de pensar que era muy provinciana, a pesar de su posición como *grande signora* en un antiguo palacio en el corazón de la capital de la Cristiandad. Los dos eran norteamericanos, pero desde la infancia él había vivido entre los esplendores de la vieja Europa, mientras ella seguía atascada en Albany, como un plato de cerámica en el lanzaplatos, esperando el momento en que la lanzaran para alzarse gloriosamente entre el azul del cielo. Y se había alzado, hasta que oyó el estampido de las escopetas. Que las dos personas que la habían hecho caer fuesen norteamericanas no le hacía ver a Europa con indulgencia; de hecho, en los momentos, raros y sorprendentes, en los que se dejaba llevar por la indignación, le parecía que el continente había atraído a aquellos dos por separado, los había

corrompido a propósito, los había juntado y los había dejado, como un cebo envenenado, con la seguridad de que algún día ella se los encontraría.

Posó otra vez la mirada sobre el cuadro del joven de ojos angustiados con el jubón negro. Tal vez el propio Osmond hubiese sido así alguna vez, tímido, indeciso, incluso un poco temeroso. ¿Acaso no había vislumbrado ella, en los primeros días de su matrimonio, una vulnerabilidad en su marido que él se esforzaba en ocultar, una indefensión casi infantil ante ese mundo al que tanto le gustaba demostrar su desprecio? Debió de haber, cuando era joven, algún instante de duda. Sí, incluso Gilbert Osmond debió de temblar alguna vez en la oscuridad. No pudo ser fácil para un joven de Baltimore con solo una modesta asignación de su familia, cierta erudición y una enorme fe en la superioridad de su gusto, espíritu e intelecto, asaltar sin ayuda de nadie la ciudadela de la sociedad europea, asaltarla, romper sus murallas y entrar triunfante a caballo en su plaza para luego asestar el *coup de grâce* del conquistador al fingir retirarse de los aburridos perejiles de la vida pública y recluirse en su propia ciudadela, la fortaleza de su amor propio.

Sí, había hecho mucho, había conseguido mucho, pero Isabel comprendió que se equivocaba al pensar que lo había logrado sin ayuda de nadie. ¿No había estado Serena Merle a su lado, y más que a su lado —¡oh, mucho más!— para fortalecer el brazo de la espada y sujetar el borde de su capa? Isabel no concebía a dos personas más diferentes que madame Merle y el pequeño Ned Rosier. No obstante, ahora mismo, cuando el joven había dejado que asomara a sus labios esa sonrisita por su *faux-pas*, habían acudido a su memoria, no solo el recuerdo de la mueca despreciativa de su marido, sino también la propia sonrisa de madame Merle, insulsa, lenta, insinuante, que le curvaba los labios a la izquierda, como la esquina de un telón cuando se levanta para mostrar algo que sería mejor que no se viese... Pero Isabel se contuvo y extendió la mano para bloquear, por así decirlo, sus impulsos más vengativos, unos impulsos de los que, como tenía que reconocer arrepentida, no se había creído capaz hasta estas últimas semanas. En el infierno particular en el que estaban condenados, ella, su marido y madame Merle, nadie escapaba a las llamas, solo tal vez su marido, pues a él lo estaba quemando el hielo, aunque el entumecimiento que le afectaba desde hacía tanto tiempo le impedía darse cuenta de que estaba consumido hasta el hueso.

Ahora los dos compañeros accidentales se apartaron del joven inmortal de Tiziano y volvieron por donde habían venido. Muy pronto se sumergieron de nuevo en la ajetreada multitud. Una dificultad era localizar una salida, pero además estaba el problema más peliagudo de encontrar la manera de despedirse y seguir cada cual su propio camino del modo más educado y civilizado posible. Isabel tenía la sensación de que hacía un rato que al señor Rosier le habría alegrado poder marcharse, y su intención era liberarlo enseguida; no obstante, había algo que quería dejar claro, aunque solo fuese por la razón egoísta de quedarse tranquila, pese a que no estaba muy segura de que eso no fuese una forma grandilocuente de decir que quería

satisfacer su curiosidad. Pensó en la súbita velocidad con la que había echado a andar el señor Rosier, adelantándose con tanta energía como un purasangre en los últimos metros en Longchamps, cuando ella fue tan osada —tal vez demasiado— de recordarle lo de la flor que había arrancado del buqué de Pansy la noche de la fiesta en casa de Gloriani en Roma. Ahora tuvo que hacer acopio de valor, o, si se quiere, recurrir a toda su desvergüenza —que le gustaba pensar que hasta hacía poco era mucho menos de la que había adquirido en los últimos tiempos— para ser mucho más atrevida. Tenía pensado decirle, correr el riesgo de decirle, que era consciente de que la única ayuda que le había prestado en su asedio al Palazzo Roccanera y en su infructuoso intento de rescatar a la damisela encerrada detrás de sus gruesas e imponentes murallas había sido de carácter negativo —se había limitado a no hacer nada que entorpeciera o pusiese en peligro sus posibilidades de conseguir la mano de Pansy— pero que en ese tiempo habían cambiado muchas cosas, de manera que ahora, si seguía tan enamorado de la joven como antes, estaba dispuesta a pasarse, con todas las fuerzas a su disposición, al lado positivo. No era, como admitió sin dudar para sus adentros, que deseara ver a Pansy casada con el señor Rosier, sino que semejante resultado tendría el mérito, el mérito enorme e ilimitado, de que su hijastra no podría casarse con una persona elegida por Gilbert Osmond. Y así, cuando salieron a la agradable sombra y al silencio de los soportales, se volvió hacia él con la alegre intención de hacerle partícipe de sus confidencias; él, no obstante, por su parte, intuyó la naturaleza de lo que iba a decirle, y se apresuró a hablar antes de que ella pudiera decir una palabra.

—El hermoso objeto cuya adquisición estoy negociando —dijo—, la joya que se parece a la del cuadro, es un regalo para una joven.

—¡Ah! —murmuró Isabel, con un largo y desfalleciente suspiro—, ¡ah!, ya veo. Se produjo un silencio que expresó con elocuencia el alcance de lo que veía.

—Se llama —le confió el señor Rosier, tocándose el bigote con el dedo— Rothstein... Leah Rothstein. Su padre es uno de los principales subastadores del Hôtel Drouot.

Isabel asintió.

—Y ¿puedo ser tan osada de preguntarle si debo... felicitarle?

Su acompañante se ruborizó y bajó la vista.

—Ella y yo hemos llegado a un acuerdo. He hablado con su padre.

Entonces, pensó Isabel, es como si ya estuviese hecho. Su amigo tendría, además de sus esmaltes, la hija de un hombre rico por esposa, y de suegro a una persona por cuya mediación y conocimientos del mundillo volvería a amasar, en muy poco tiempo, una nueva colección de «objetos» preciosos que superarían en lustre y magnificencia a la que había perdido por Pansy Osmond. ¡Con qué habilidad lo había resuelto! Isabel sabía que el joven era astuto y meticulado, pero había subestimado mucho su rapidez para actuar. Aún no se habían secado las lágrimas vertidas por un objeto amado y ya había empezado a buscar un reemplazo, este con un padre

infinitamente más flexible de lo que lo sería jamás Gilbert Osmond con los inoportunos Ned Rosier de este mundo.

—¡Pues le felicito! —exclamó Isabel, sorprendida al ver que casi estaba siendo sincera—. Les deseo a usted y a la señorita Rothstein toda la felicidad que merecen.

El joven alzó la vista y la miró un tanto avergonzado; a ella le recordó a un colegial a quien hubieran sorprendido robando manzanas y el dueño del huerto hubiese dejado marchar con una sonrisa indulgente.

—Tengo intención de ser feliz —dijo con un latido de angustiada sinceridad que le ablandó el corazón—. Creo que nuestra obligación es buscar la felicidad... ¿usted no?

—¡Oh, sí, claro! —coincidió ella en un tono más nostálgico que convencido.

El señor Rosier le echó una mirada al mismo tiempo penetrante y compasiva que hizo que ella se preguntara si no le habrían llegado rumores desde Roma de las circunstancias de su partida hacía unas semanas de esa ciudad. Le sorprendía no poder levantar el dedo meñique sin que se enterase el mundo entero, y que su marido y su antigua amante se las hubiesen arreglado para ocultar tanto, tantísimo tiempo nada menos que aquel gigantesco secreto. Se había esforzado por apartar la idea de que pudiese haber sido la única, en los círculos concéntricos de la sociedad en la que se movía, que ignorara lo que había estado pasando tantos años delante de sus narices, pero ahora apareció ante sus ojos con las garras al descubierto. Tuvo que admitir que era perfectamente posible que hubiese estado viviendo en un paraíso creado por ella misma, aunque, claro, había muy poco de su vida con Gilbert Osmond, después de los primeros y escasos meses edénicos de su matrimonio, que pudiera tildarse de paradisíaco. Pero ¡que todo el mundo lo supiera! ¡Ay!, eso era insoportable.

Se había despedido del señor Rosier a la sombra de las piedras de color miel de los soportales, y había emprendido su camino por la luz neblinosa en dirección al otro lado del inmenso patio cuando oyó unos pasos apresurados a su espalda, y ahí estaba otra vez el joven, un poco falto de aliento después esa breve persecución.

—*Pardonez-moi, madame* —jadeó, cayendo otra vez en esa lengua en la que estaba más acostumbrado a conversar—, *je voulais dire...* —se interrumpió—. Es decir, quería responderle a lo que me ha preguntado cuando estábamos dentro y que no he podido responder por... por... —volvió a interrumpirse, perdido en la confusión y dando vueltas al ala del sombrero de seda entre la punta de los dedos. Luego tomó aliento profundamente y la miró a la cara—. La respuesta —dijo— es sí, conservé la flor, que usted me permitió arrancar del ramillete que le guardaba aquella noche a... a su hijastra. La puse entre las páginas de un volumen de las cartas de Abelardo y Eloísa... una primera edición, muy rara.

—¿Y todavía la tiene? —preguntó Isabel—. La flor, quiero decir, no el libro —a pesar de lo emocionante de la confesión del joven, sintió la tentación de reírse de su incapacidad de no hacer alusión al incalculable valor del volumen.

- No. No creí poder conservarla, no después de...
- De haberse comprometido con la señorita Rothstein.
- ¡Ah, lo entiende usted! —dijo sonriendo con alivio.
- Sí —dijo Isabel, devolviéndole la sonrisa—, sí, lo entiendo.

XVII

El Château Vivier era una pequeña y exquisita mansión construida para una de las amantes menos conocidas de Luis XIV. Su fachada más bien baja de arenisca clara y rugosa contribuía a dar la impresión de que siempre estaba sonriendo, en feliz contemplación, por así decirlo, de su propio encanto venerable y al mismo tiempo lozano. Llevaba incontables generaciones en la familia del príncipe d'Attrait, de hecho se rumoreaba, entre el pasmo y la maledicencia, que el primer príncipe de ese linaje era uno de los numerosos descendientes no reconocidos del Rey Sol, un rumor que la actual esposa del príncipe, la amiga de Isabel, aprovechaba para propagar a la menor oportunidad ante quienes estuvieran dispuestos a escucharla, que eran muchos. La princesa d'Attrait, la antigua Lorelei Bird de Filadelfia, una mujer alegre y dicharachera *d'un certain âge*, era la heredera de una fortuna en minas de carbón de una magnitud tan enorme que, en comparación, el legado que le había dejado a Isabel el señor Touchett quedaba apenas por encima del nivel de la ofrenda de la viuda. La princesa sobrellevaba con liviandad su riqueza, y era conocida por su generosidad en general, y en particular por la suntuosidad de sus habituales «celebraciones». A Isabel, después de apearse del coche, la recibió en la esplendorosa entrada con pilastras un imponente personaje con librea de escarlata y oro y una peluca empolvada, que con paso regio la condujo hasta una enorme *salle de dessin* con espejos, que a primera vista daba la impresión de estar en llamas, tan cegadora era la iluminación —había no menos de tres arañas majestuosas y deslumbrantes, colgadas en fila— y tan intenso el crepitar y el zumbido de las voces entremezcladas del grupo reunido debajo de un magnífico techo abovedado con escenas clásicas de desenfrenado esparcimiento obra del luminoso, tal vez demasiado luminoso, pincel de Le Brun. Mientras recorría la sala, vislumbrando a su paso ocasionales y apenas reconocibles reflejos de sí misma en las paredes cubiertas de espejos, vio numerosas caras que conocía, o había conocido en otra época, aunque no muy bien, ni para bien, y que no la obligaron más que a ofrecer un educado y silencioso saludo y pasar de largo. El señor Rosier estaba en un rincón, ligeramente inclinado hacia delante, en una pose tan habitual en él que Isabel temió por el estado de su columna vertebral cuando fuese mayor, examinando con la ayuda del monóculo un gabinete con figuritas de mayólica. Cuando alzó la mirada y la vio reflejada en el espejo, donde se había detenido detrás de él, se estremeció como una liebre sobresaltada y por un momento Isabel pensó que se agacharía y saldría corriendo entre la gente para no tener que hablar con ella por segunda vez ese día. De todos modos, le ahorró una huida humillante al dar media vuelta con apenas una vaga sonrisa y un movimiento de cabeza.

Casi al instante se abalanzó sobre ella su amiga la princesa, cuya amplia figura iba envuelta en un vestido imperio de seda de color verde claro, con una falda muy voluminosa y un corpiño demasiado ajustado. Lorelei era famosa por su descuido en el vestir, una reputación de la que era consciente y de la que se burlaba a menudo. Esa noche su atuendo lo remataba un imponente tocado con un erizado manojito de plumas de colores vivos —un adorno que no habría avergonzado a un jefe piel roja— bien encajado sobre su rostro ancho, amable e insulso como si brotara de él. Las dos se besaron e hicieron tantos aspavientos como requería la ocasión, pero luego la princesa cogió a Isabel con firmeza de los hombros mientras echaba atrás la cabeza y observaba a la joven con mirada severa y escrutadora.

—Amiga mía —dijo con su característica voz grave y nasal—, parece que has visto un cementerio lleno de fantasmas. ¿Qué te ocurre?

Isabel bajó la mirada para escapar al escrutinio bienintencionado pero implacable de su amiga. Le alegró una cosa: si Lorelei, cuyo oído estaba siempre atento, no se había enterado de la naturaleza y el motivo de su brusca partida de Roma, era probable que no se hubiese enterado nadie.

—Tienes razón —dijo con una sonrisa—, pero solo he tenido que vérmelas con un fantasma. He estado en Inglaterra, para acompañar a mi primo agonizante, que ha muerto.

—Ah, sí —respondió la princesa—. Pobre chico, el hijo de Lydia Touchett. Vi la noticia en el periódico. Es muy triste. Pero vamos, busquemos un rincón donde podamos hablar.

Encontraron, después de dar casi la vuelta completa a la sala, un hueco oculto por una cortina de terciopelo rojo, recogida por la mitad y atada con un cordel de seda. Allí se sentaron.

—¿Cómo se ha tomado Lydia la muerte de su hijo? —preguntó la princesa, agitando el abanico y observando a la multitud de invitados, que parecía mucho más numerosa de lo que era gracias a los abundantes y altos espejos—. Igual que se toma todo en la vida, sea bueno o malo, ¿no?

—No —respondió Isabel—, esta vez ha sido diferente. La pérdida le ha afectado mucho.

—Lamento oírlo. Siempre la he admirado... *admirado*, fíjate en lo que te digo, pues ahí pongo el límite. No es fácil querer a Lydia Touchett, ni siquiera tolerarla, si me apuras.

—Si la hubieses visto como la vi yo, te habrías conmovido hasta el punto de abrazarla.

—Lo dices en sentido metafórico, ¿cierto? No me imagino a Lydia dejando que nadie la abrace, por muy tristes que sean las circunstancias. He oído que hace poco insistió en partir a Estados Unidos para su visita anual a sus bonos y acciones, a pesar de que su hijo estaba a las puertas de la muerte.

—Sí, está muy apegada a sus costumbres —respondió con amabilidad Isabel.

—¡Ja! ¡Es una anciana testaruda que nunca se ha molestado en aprender a comportarse con la gente!

Isabel miró un momento a su amiga con aguda concentración. No era típico de la jovial Lorelei responder en un tono tan duro, ni mostrar tanta ira en su mirada; debía de haber, decidió, alguna disputa secreta entre ella y la señora Touchett. Habría preferido cambiar de asunto —sin duda, era lo más prudente—, pero se creyó obligada a interceder una vez más por su tía.

—Es una mujer a quien la vida ha decepcionado —dijo—. Eso endurece a cualquiera.

Ahora fue el turno de su amiga de mirarla con una mirada aguda y penetrante.

—Lo dices, amiga mía, como si supieras muy bien de lo que hablas. ¿Es que a ti te ha decepcionado la vida?

—¡Ay!, ¿qué vida no tiene rincones en sombra? —respondió con frivolidad Isabel, y bajó la mirada y se quitó un hilillo suelto de la pechera del vestido.

La princesa siguió observándola sin sonreír.

—Siempre me has inspirado sentimientos maternos —dijo—. No nos vemos tan a menudo como quisiera, pero pienso en ti con frecuencia y con cariño —hizo una pausa—. Y dime —prosiguió, con un cambio de actitud, afable en la superficie y veleidoso en el fondo—, ¿cómo le va al señor Gilbert Osmond?

Isabel no quiso mirarla.

—Está muy bien —contestó en un tono que era tanto una mezcla de afabilidad y volubilidad como el de su amiga.

La princesa asintió con los labios apretados.

—Me atrevería a decir que él no está decepcionado, en todo caso.

—No, no lo creo —respondió con calma Isabel, que decidió pasar por alto la agudeza del afilado sarcasmo de su acompañante—. Vive igual que siempre, muy callado y complacido.

—Bueno, tiene muchas cosas que callar.

Se hizo un silencio, como cuando cae al suelo algo frágil y se hace añicos. Esta observación de Lorelei era demasiado osada, demasiado atrevida, incluso para ella, y tuvo la elegancia de ruborizarse un poco y de colocarse los hombros debajo de la seda tensa de su vestido. ¿Qué había querido decir con eso?, se preguntó Isabel con un profundo desasosiego. ¿Había sido solo una alusión torpe, y de un atípico mal gusto para tratarse de la princesa, al hecho de que Osmond se había casado con una mujer rica, a consecuencia de lo cual podía dedicarse a contar su dinero en paz, o habría, tal vez, una implicación más sombría? ¿Habrían llegado, después de todo, rumores desde Roma, rumores de cosas que su marido habría hecho mejor en callar, y que no tenían que ver con su buena fortuna? Era una cuestión que Isabel no tenía la menor intención de dilucidar y sintió una punzada de resentimiento contra su amiga por haberla obligado a plantearse la si quiera.

Fue una suerte que en ese momento el marido de la princesa se topara con ellas en el rincón oculto en parte por la cortina. El aristócrata, que le llevaba muchos años a su mujer, le pareció a Isabel mucho más frágil y encogido que la última vez que lo había visto. Tenía un aspecto fascinante y reptiliano, sobre todo la cabeza, con la frente suave y huesuda, y los ojos viejos y protuberantes a los lados, igual que los de una venerable tortuga. Estaba hecho con una delicadeza maravillosa, con la piel tan pálida y traslúcida como el papel cebolla y unas piernas tan increíblemente delgadas que, incluso cuando estaba de pie, parecía vacilar y tambalearse. Llevaba levita y calzones con unas medias de seda justo por debajo de la rodilla; la pechera de la levita estaba engalanada sobre el corazón con una panoplia de cuadraditos de cintas de colores, pedacitos de metal y galones, que simbolizaban una sin duda temeraria sucesión de muestras de valor en los campos de batalla del pasado. Hizo una profunda aunque no muy estable reverencia a Isabel, sonrió y murmuró unas cuantas palabras educadas; estaba claro que no tenía ni idea de su identidad exacta, a pesar de que se habían visto muchas veces. Luego se volvió hacia su mujer.

—*Ma chère*— dijo, en voz tan baja que apenas flotó en el aire—, *le duc d'Orléans a demandé sa voiture*.

La princesa se puso en pie en el acto con un gesto suave y apresurado, con las plumas del tocado temblorosas, y pidió a Isabel que la excusara, pues debía despedirse de su ilustre invitado. Luego se marchó con más urgencia y premura, pensó Isabel, de lo que parecía requerir la ocasión. El anciano príncipe hizo otra reverencia, murmurando más palabras incomprensibles y siguió a su mujer. Isabel se preguntó si no se habría convertido en una de esas personas misteriosamente señaladas, portadoras de una herida tenebrosa, cuya compañía les resulta difícil soportar a los demás.

Se quedó un rato a solas, con la mirada perdida, con las manos cruzadas sobre el regazo, con sus pensamientos girando en círculos sin un propósito fijo, igual que un soplo de viento atrapado en un callejón sin salida. Volvió a plantearse una vez más qué habría motivado la observación de Lorelei a propósito de Osmond y lo mucho que tenía que callar, pero fue un interrogatorio infructuoso y no tardó en desistir. Había llegado a una etapa de su vida —se había visto arrastrada a ella, como un condenado a la guillotina— en la que más valía no hacerse esas preguntas, pues las respuestas eran al mismo tiempo demasiado oscuras y potencialmente destructivas. Le bastaba con pensar en Roma para saber la sentencia que habían dictado contra ella, y allí sentada en el rincón pintado de amarillo detrás de la cortina roja, le pareció oír cómo alzaban la enorme cuchilla de acero más y más arriba.

Poco después, como era evidente que la princesa no iba a volver, se levantó y deambuló entre los invitados; era, pensó, como moverse entre una bandada de flamencos, ya que la charla a su alrededor lo mismo podrían haber sido los gritos y chillidos de esas exóticas criaturas. Nadie la detuvo para charlar, nadie la llamó y ella tampoco se detuvo ni habló con nadie. Le habían concedido un plácido anonimato y

se sintió agradecida. Había reparado ya en estas últimas semanas en que estar en sitios donde no la conocían le proporcionaba una peculiar sensación de seguridad e incluso le aportaba un poco de solaz; era como si sus secretas dificultades, que clamaban en su interior por la atención de sus amigos íntimos —aunque ¿quiénes eran?—, se acallaran en un hosco silencio cuando solo había desconocidos a su alrededor. Pero ¿significaba eso, a la manera contradictoria y furtiva en que funciona la imaginación, que no se contentaba con ser una desconocida la mayor parte del tiempo y, tenía, sin saberlo, la esperanza de encontrar a alguien a quien conociera mucho y hacia quien su corazón turbado y angustiado pudiera saltar, jadeante y deseoso de ser reconocido, igual que un perro descuidado mucho tiempo? En tal caso, su deseo secreto estaba a punto de serle concedido, pero de un modo que incluso a sus más ardientes anhelos les parecería excesivo, por no decir grotesco, y que no arrancaría felices ladridos ni movimientos de cola.

XVIII

En su deambular llegó a un saloncito extrañamente encajado en un rincón entre otros dos salones mucho más grandes, con los que se comunicaba a través de dos puertas de roble idénticas muy altas y ornamentadas que formaban ángulo recto. Isabel se detuvo en uno de los umbrales con un paso tan silencioso como el de un gato. Las paredes del precioso espacio que se abría ante ella estaban decoradas desde el suelo hasta el techo con frescos, delicadamente desvaídos, en los que cortesés caballeros retozaban con señoritas de mejillas sonrosadas en escenarios silvestres. En cuanto al mobiliario, solo había dos sillas con un extraño aspecto inocente tapizadas de brocado, también descolorido, y una mesa muy alta con patas ahusadas y tablero de mármol, sobre el que descansaba un reloj decorado en exceso, que marcaba, con complaciente falta de exactitud, las tres y diez. Los ocupantes del saloncito eran dos jóvenes galanes con levita negra y pantalones estrechos con bandas de satén negro a lo largo de la pierna. Isabel creyó ver que uno llevaba espuelas, aunque al recordarla después la escena le pareció demasiado borrosa para confiar en su exactitud. La identidad de la tercera persona, una mujer, a quienes los jóvenes parecían dedicar más interés de lo normal, al principio se le ocultó a Isabel, y estaba a punto de darse la vuelta y dejar a los tres con su conversación —eran un grupo tan pintoresco que parecían sacados de la *fête galante* reproducida en la pared, salvo que ellos eran mucho más vívidos de lo que jamás podían haberlo sido las figuras pintadas, incluso en los tonos más frescos y vivos de los buenos tiempos—, pero en ese momento uno de los caballeros se rio de algo que habían dicho, inclinó la cabeza a un lado, y en el espacio que quedó apareció, como servida en una bandeja, que fue como al instante pensó en ella Isabel, la hermosa cabeza de Serena Merle, en apariencia más grande de lo normal.

Al recordar después la escena, como se sorprendería haciendo a menudo, Isabel no acertó a explicarse la desaparición de los dos caballeros. Estaban allí y un segundo después desaparecieron, como si se hubiesen derretido allí mismo. Era un fallo de la memoria, claro, pero aun así le parecía notable. Madame Merle llevaba un vestido de satén azul plateado pálido, el tono que más le favorecía —resaltaba muy bien la blancura de su cutis y su pelo, que era del color del trigo mojado por la lluvia— y sujetaba un abanico pintado completamente abierto que reposaba contra su pecho. Era alta y ancha de hombros, más impresionante que guapa, y se conservaba bien —llevaba un tiempo exagerado instalada en los «cuarenta y tantos»—. Cuando vio a Isabel de pie en el umbral, no modificó lo más mínimo el gesto de agradable tolerancia dedicado a los dos jóvenes que seguían allí aunque se hubiesen ido; solo pareció recorrerla una especie de rápido temblor, como si fuese una estatua de alguna

deidad y registrara, sobre su plinto, la profunda y terrible reverberación de un terremoto lejano. Por un momento, también, Isabel vio con claridad que la mujer que tenía delante resistía la tentación de apresurarse a subir el abanico a la cara para ocultarse. En vez de eso se las arregló nada menos que para esbozar una sonrisa, alzando, como siempre, un poco la comisura izquierda.

—¡Vaya, señora Osmond! —exclamó—. Tengo que admitir que es usted la última persona a quien esperaba ver esta noche. ¿Es amiga de nuestra querida y temible Lorelei? No puedo imaginar que el príncipe la tenga entre su círculo de conocidos.

Isabel tuvo que admitirlo: la frialdad y el dominio de sí misma de esa mujer eran admirables. El único indicio apreciable de agitación fue un tono de voz ligeramente más alto, unido a cierta precipitación al hablar.

—Pensaba que se había ido usted a Estados Unidos —dijo Isabel, dejando a un lado, como si careciese de importancia, la pregunta que le había hecho con tanta labia madame Merle—. Fue lo que dijo.

—Lo dije, y no mentía. Estoy de camino; he reservado pasaje desde Southampton dentro de una semana. No todos nos movemos con sus envidiables decisión y velocidad.

—Habría preferido no verla.

—Mi querida señora, el sentimiento es mutuo, si puedo decirlo así.

—Es más, esperaba no volver a verla.

—Y sin embargo, henos aquí, por desdicha. ¿Quiere que me vaya?

—Si una de las dos tiene que marcharse, debería ser yo.

—¿Y por qué, por favor? No acabo de entender su lógica.

Tampoco la entendió Isabel, cuando se paró a pensarlo. Quería marcharse, y no obstante se quedó. Algo se había encendido en su imaginación, como un minúsculo punto de luz que brillara en la distancia de una noche oscura. ¿Era la llama de un farol que la guiaba adelante? De momento no pudo decir con exactitud de qué se trataba —el resplandor era muy débil y la oscuridad muy grande— pero si era una luz que la guiara, había sido este encuentro en el saloncito pintado con la mujer que había hecho tanto por perjudicarla lo que había aplicado la chispa a la mecha. Madame Merle, que había recobrado su habitual compostura, la observaba con ojos inquisitivos. Parecía casi divertida por lo improbable de que se hubiesen encontrado de esa forma tan grotesca y accidental. Aunque, claro, reflexionó Isabel, esa mujer había vivido muchos años entre cosas grotescas, ¿cómo si no calificar sus fingimientos, sus subterfugios, sus mentiras calculadas con tanta calma?, tal vez una especie de risa infernal fuese ahora su única defensa contra las arremetidas de su conciencia, si es que podía decirse que tuviese esa facultad.

—Bueno, puesto que no quiere que me marche y parece usted inclinada a quedarse, ¿por qué no aprovechamos esas sillas tan sospechosamente convenientes y al menos estaremos cómodas? Debo de estar envejeciendo, pues cada vez me resultan más difíciles de soportar las exigencias que imponen estas ocasiones a los pies.

Isabel comprendió entonces que esa era su última oportunidad de salir de ese salón, de marcharse del propio Château Vivier y de perder de vista la presencia imponente, calmada y ya totalmente dueña de sí misma de la impostora, una presencia que declaraba con inconfundible complacencia que de las dos, ella, madame Merle, con toda la autoridad de su bien engrasada y bruñida armadura social, era quien tenía más derecho a estar allí, por mucho que la princesa d'Attrait fuese la mejor amiga de Isabel en París. Pero esa luz que ardía al fondo de la imaginación de Isabel estaba avanzando y volviéndose más brillante, hasta el punto de que ella se quedó inmóvil contemplando su brillo; no era un resplandor que le ofreciese consuelo ni apoyo, pero iluminaba, aunque con tonos chillones, un camino que había tenido delante desde que partió de Gardencourt y de la tumba en la que acababan de enterrar a su primo. Fue hacia una de las sillas y se sentó a toda prisa, como una alumna obediente ocupando su sitio en una clase que iba a empezar en ese momento. Madame Merle también se sentó, con una deliberación mucho más majestuosa, y después de una brevísima duda —no parecía del todo convencida de que Isabel no fuese a cambiar de opinión, levantarse de un salto y salir corriendo del salón aterrorizada— plegó el abanico y se colocó la susurrante falda del vestido azul alrededor de las rodillas.

—Supongo que no me equivoco al dar por sentado que me odia —dijo, en el tono educado y desapasionado de quien inicia lo que va a ser una *conversazione* escrupulosamente anodina—. Desde luego, sé que si estuviese en su lugar sin duda yo la odiaría a usted, es más, tengo la sospecha de que aborrecerla sería mi obligación.

Isabel se quedó pensando un momento, luego alzó los ojos hasta encontrar los de su interlocutora.

—Me dijo, la última vez que nos vimos, que le constaba que yo debía de ser muy desdichada, pero que usted lo era aún más. Creo que es cierto, así que no puedo odiarla.

—Aun así, piensa que no tengo corazón. Pero deje que le diga que, si lo tuviese, se me habría roto y me habrían arrancado los pedazos del pecho los... en fin, ya sabe usted qué, sin necesidad de decirlo —las dos guardaron silencio un rato y se quedaron con la mirada fija, como si contemplaran la escena de una reciente catástrofe en la que hubiesen perdido lo que más querían. Luego madame Merle continuó, con la voz suavizada con una especie de fatigosa curiosidad—. ¿De verdad no lo supo usted todo el tiempo? Debía de saberlo, aunque fuese a un nivel inconfesable. Haga memoria; dígame la verdad.

Isabel se volvió y la miró con serenidad.

—¿Usted pensaba que lo sabía?

—¡Ay, mujer! —exclamó madame Merle, con una risita fría—, está claro que ha llevado usted una vida inocente. Ignora la facilidad, la atormentada facilidad, con que el pecador puede evitar hacerse preguntas incómodas —ahora fue ella quien volvió la cabeza y miró a su desventurada *compagnon de douleur*—. Dígame —repitió, una

vez más con ese aire de quien solo quiere que le hagan una aclaración—, ¿qué hace sentada aquí conmigo? ¿Espera verme llorar, quiere que me hinque de rodillas y le implore perdón? ¿Es venganza lo que busca? Si es así, no la culpo... aunque sería vulgar por su parte, y si algo no ha sido usted es vulgar.

Una vez más, Isabel recapacitó un instante la pregunta.

—Venganza no —replicó por fin—. Lo que quiero es una explicación, aunque no espero obtenerla —hizo una pausa y miró un momento agitada a su alrededor sin ningún propósito—. He escrito a... a mi marido —dijo, y por un segundo pareció una niña confesando una acción adulta, imposible y precipitada.

—¿Ah, sí? ¿Y puedo atreverme a preguntar a propósito de qué en particular? Supongo que, puesto que me ha contado que le ha escrito, no le importa que lo sepa.

—Se lo diré en otra ocasión —murmuró Isabel, negando con la cabeza.

—¿En otra ocasión? —dijo madame Merle, con un gesto muy sorprendido—. ¿Es que habrá otra ocasión?

En lugar de responder, Isabel le preguntó algo a su vez.

—Dígame —dijo—, ¿qué piensa hacer en Estados Unidos?

Esta pregunta, tan inesperada y tan en desacuerdo con las circunstancias, hizo que madame Merle de nuevo abriera aún más los ya de por sí grandes ojos grises.

—¿Qué haré? Confieso que ahora mismo lo ignoro. Tengo familia allí, en Brooklyn; primos y una tía muy anciana —encogió los anchos hombros y soltó una especie de risa—. Tal vez me ponga a su merced. Al fin y al cabo son mi familia, por muy lejano que sea el parentesco... el decoro más elemental les obliga a aceptarme.

Isabel se giró en el asiento para mirar de frente a su vecina.

—No se vaya —dijo, con voz clara y sonora, como si gritara a través de un abismo.

Una vez más, madame Merle tuvo motivos para quedarse con la mirada fija.

—¿Que no me vaya? —respondió—. Y, dígame, ¿qué otra cosa puedo hacer?

—Vuelva.

—¿Que vuelva? ¿Y adónde, si puedo preguntarlo?

—Vuelva, regrese, a Roma —dijo Isabel con una precipitación sin aliento—. Dispóngalo todo para llegar dentro de una semana... no, de dos semanas. Yo estaré allí; la veré.

—No entiendo... ¿qué quiere decir?

—Quiero decir que quiero que vuelva y se quede a vivir a Roma.

—¿Y cómo? No tengo casa.

—La tendrá, y una asignación para mantenerla. Yo le ayudaré. Se lo prometo.

Madame Merle la miró fijamente.

—Pero...

Sin embargo, la pregunta que quería hacerle quedó sin formular, pues Isabel se levantó de pronto de la silla y salió a toda prisa del saloncito, como si sus talones tuviesen alas.

Segunda parte

XIX

El valle estaba inmerso en una gasa de luz solar dorada y resplandeciente, en la que la ciudad, vista desde la posición ventajosa de la vieja y conocida colina, era solo una acumulación imprecisa de cúpulas, torres y tejados rojizos con aleros, mientras el río y sus meandros parecían una veta brillante de mineral amarillo fundido. El canto de los pájaros, si es que lo había, quedaba amortiguado por el palpitante dosel de sonido que lanzaba al aire una invisible multitud de cigarras dedicadas a su incesante, monótona y vibrante labor. En lo alto de la colina, en una terraza enmarañada de rosas, un hombre de mediana edad, con un sombrero de paja de ala ancha, estaba de pie con la palma de las manos apoyada en un antepecho musgoso, reparando con placer abstraído en el amistoso calor de la piedra antigua. Ante él, la ladera en pendiente era un descuidado pero pintoresco manto de olivares y viñedos, y había una fuerte fragancia a rosas viejas, cipreses y polvo. Estaba observando el camino que ascendía desde la Puerta Romana de la ciudad. Siempre se había considerado una persona desubicada en el tiempo; la suya era una sensibilidad más acorde, estaba convencido, con una época más engalanada y grandiosa, una época en la que su talento habría brillado con una llama más vívida de lo que jamás podrían avivar las insípidas brisas del prosaico presente. No se imaginaba entre los césares: ese mundo de conquista y crueldad era demasiado grosero y primitivo para su gusto; el suyo era un espíritu que habría estado más en consonancia, eso pensaba él, con las cortesías y exquisitas sutilezas del Quattrocento. Hoy se sentía emparentado en cierto modo con uno de los más nobles *condottieri* de esos tiempos, aunque por desgracia corriera peligro: sitiado, expulsado del santuario de su castillo de negra piedra romana y empujado desde la capital hacia el norte hasta esta colina toscana, convertido en su propio centinela, un vigilante solitario, amenazado por todas partes, aunque sin dejarse amedrentar, escrutaba las neblinosas tierras bajas que se extendían a su alrededor y preparaba sus estrategias, aguardaba su momento.

La realidad, tal como él mismo no tenía más remedio que reconocer, era mucho más prosaica que la fantasía que había tenido a bien forjar esa tarde, como una reluciente cota de malla. Había dejado el Palazzo Roccanera, su principal residencia, por necesidad y por elección, para escapar de los rigores de un verano romano especialmente tórrido, y se había trasladado al norte, a Florencia, su amada Florencia, para instalar sus cuarteles en la vieja casa de la colina de Bellosguardo donde en otro tiempo había pasado muchos años después de la muerte de su primera mujer. Cuando volvió a casarse y se instaló en Roma siguió pagando el contrato de arrendamiento — que por desgracia expiraría pronto— de las grandes, oscuras y descuidadas habitaciones que ocupaban casi la mitad de la edificación baja y alargada con el

tejado en voladizo, las imponentes ventanas y las paredes de color amarillo fangoso que ahora tenía a su espalda. La mayoría de sus cosas, sus cuadros y otros objetos preciosos se los había llevado consigo a Roma, de manera que su antigua morada, despojada de sus tesoros, tenía un aire de abandono e incluso, en ocasiones, triste y agraviado. Nada, no obstante, podía estropear la magnificencia de la situación y la vista de la casa, encajada como estaba en su colina sobre los suaves esplendores del ancho Val d'Arno.

Estaba esperando, el señor Osmond, sí, observando y esperando una u otra de las dos llegadas previstas, y ahora vio, a lo lejos, a lo largo del tortuoso camino ascendente, una columna de polvo que anunciaba, eso supuso, el avance de un carruaje tirado por dos caballos. Había mandado llamar a su hermana, la condesa Gemini, y estaba seguro de que más tarde o más temprano obedecería su orden; tal vez se demorase, por miedo a lo que imaginaba que le aguardaba al llegar al nido de águilas de su hermano en lo alto de la colina, pero acudiría sin duda, y esa nube deshilachada de color miel que giraba a lo lejos era muy probablemente un indicio de su llegada. El viajero, no obstante, podía ser otro muy distinto. El señor Osmond llevaba semanas esperando el regreso de su mujer de su viaje a Inglaterra a ver a su primo agonizante, un viaje que le había reprochado de forma tan implacable y con una nota admonitoria tan clara que, de haberse tratado de cualquier otra, tal vez habría dudado de que regresara con él y a su hogar italiano. Pero confiaba en que el inflexible sentido del deber de Isabel, esa aflicción espiritual heredada de sus antepasados puritanos, que cada vez le resultaba más fatigosa y que le había irritado con especial agudeza en los últimos años de su matrimonio, no le permitiría abandonarlo, a él y a todo lo que representaba en su vida y en su destino. Le había escrito diciendo que estaba de regreso.

Lo que le intrigaba desde hacía un tiempo no era tanto su vuelta como saber qué la estaba entreteniéndolo tanto. Su primo había expirado por fin poco después de que ella llegara junto a su lecho de muerte, ¿así que por qué se había quedado tanto tiempo, y dónde?, ni siquiera estaba seguro de su paradero exacto. Había calculado que se quedaría en Inglaterra, en Gardencourt, donde Ralph Touchett estaba dedicado al rápido proceso de su muerte, o con su amiga la inefable señorita Stackpole en Londres; pero luego había llegado su carta con un matasellos de París, escrita en un papel con el membrete de ese hotel de mala muerte en el que siempre insistía en alojarse cuando se encontraba en la capital francesa. ¿Qué se le habría perdido a ella en París, se preguntaba con amargura, cuando podía estar en Gardencourt dedicada a enredar e incluso frustrar la inminente boda de su antiguo pretendiente lord Warburton? La extraordinaria noticia del repentino compromiso de su señoría con una dama noble y notable parecía haber llegado a Italia antes de anunciarse, había soltado la lengua a muchos expatriados y había hecho que muchos lánguidos corazones femeninos abandonasen finalmente la esperanza de cazar a uno de los solteros más cotizados de Inglaterra, si no de Europa. Y, si a Isabel no la había

entretenido Warburton, el premio incomparable que había despreciado pero que nunca había soltado del todo, ¿no estaba aquel tipo de Boston, Caspar Goodwood, el Tweedledum del Tweedledee Warburton todavía en Londres? Gilbert Osmond era incapaz de concebir que Isabel no se hubiese dedicado a coquetear con uno u otro de estos obstinados pretendientes a la menor oportunidad, y a apoyar la mejilla contra el pecho del uno o del otro con el pretexto de su pesar por la muerte de su primo. Y comparados con esos dos paladines, ¿quién había en París capaz de atraer a su mujer al otro lado del canal de la Mancha? Lo más probable, en opinión de Osmond, era que hubiese ido a conspirar con su amiga, ese espantajo de Lorelei Bird, con quien el príncipe d'Attrait, un nada lejano heredero al trono de Francia, había sido tan idiota de casarse: por su dinero, claro, aunque ni siquiera su fabulosa fortuna podía justificar una elección que lo había convertido en el hazmerreír de medio continente. Gilbert Osmond no dudó ni un instante que su mujer estaría conspirando contra él, dados los secretos que había descubierto en los días previos a su terca y precipitada marcha de Roma para acompañar en su lecho de muerte a ese condenado primo suyo que había hecho de su partida de este mundo un asunto tan notable.

—¡El diablo se la lleve! —murmuró ahora Osmond, moviendo furioso la cabeza.

No soltó este juramento al pensar en su mujer, sino en la pesada y latosa de su hermana. Un pequeño músculo de la mandíbula izquierda le tembló rápidamente mientras observaba en el camino la columna de polvo parduzco, que ahora parecía estar moviéndose más deprisa, y al frente de la cual podía verse un par de caballos que corcoveaban y el carruaje abierto que arrastraban tras su estela. El ocupante del carruaje todavía estaba demasiado borroso para identificarlo, aunque a esas alturas Osmond estaba convencido de que debía de ser la condesa Gemini, esa hermana suya que un momento antes había enviado al infierno. De niño le habría gustado ser hijo único, todavía deploraba la existencia de su hermana y no la habría mandado llamar de no ser porque la necesitaba.

No le preocupaba demasiado que su mujer se hubiese enterado de sus insignificantes secretos. La verdad era que no los consideraba tanto secretos como... ¿qué? ¿Silencios discretos? ¿Supresiones pragmáticas? Con los años casi se había convencido de que lo que le había ocultado a Isabel se lo había ocultado por su propio bien, por su propia tranquilidad de espíritu. ¿Qué importaba ahora el error que había cometido con Serena Merle hacía tantos años, por muy egregio que hubiese sido ese error? El tiempo no solo cura sino que al final exonera, aunque sea mediante un proceso de desensibilización. Y además, ¿acaso no había pagado el precio debido por su descuido? ¿No había, como dirían los curas, expiado su pecado? Sin embargo, era una lástima, por decirlo suavemente, que se hubiese roto el sello del confesionario y que Isabel se hubiera enterado de lo que por decoro le habían ocultado tanto tiempo. Osmond estaba convencido de que guardar los secretos tenía un efecto regenerador similar al que trae consigo el paso del tiempo. Este caballero era uno de esos seres afortunados que son más que capaces de creer que una fechoría oculta el

tiempo suficiente —en este caso casi dos décadas— no es una fechoría; que, gracias a la lenta acción de la erosión, se iba limpiando y neutralizando hasta volverse inofensiva. Igual que un trozo de cristal en el fondo marino se vuelve suave por los tumbos y vueltas de las mareas. ¿O no era cierto que su mujer habría sido más feliz, o al menos no tan infeliz, de lo que sin duda era, si la hubiesen dejado seguir ignorando ciertos hechos ocultos hasta entonces, en vez de sacarlos de su escondrijo y ponérselos de pronto en las manos? En opinión de Osmond, la verdad, si es que existía tal cosa, casi siempre era cruel y perjudicial. Además, ¿qué había de los sacrificios que él había hecho, de los riesgos que había corrido y de todo lo que había osado hacer para arreglar las cosas y salvaguardar las numerosas y necesarias apariencias? Lo que su mujer había averiguado en los últimos tiempos no era nada comparado con otras cosas que ignoraba y que nunca sabría, si de él dependía.

Su carta le había confundido y, sí, también le había alarmado un poco; lo desconcertante siempre era motivo de alarma para un hombre como él, que valoraba la claridad y el control por encima de todo. Su mujer nunca le había parecido enigmática —si acaso, la había despreciado, casi desde el principio, por su transparencia— pero la Isabel que le había escrito hacía unos días desde el Hôtel des Étoiles era una persona a quien apenas conocía. La carta estaba escrita en un tono tan seco, rígido y formal que parecía redactada por un notario. También era peculiar por su parquedad, tan solo le comunicaba su intención de volver a Roma, aunque no especificaba fecha alguna, y le anunciaba que había ciertas propuestas —¿o había usado la palabra *proposiciones*?— que quería hacerle. Se interesaba por la salud y la felicidad de Pansy, pero no utilizaba ninguna forma de saludo personal, ni siquiera el formulario «Querido», lo cual no era muy sorprendente, teniendo en cuenta cómo había sido su último encuentro antes de su partida a Inglaterra. Sus palabras en esa ocasión, breves pero extremadamente mordaces, habían equivalido casi a una declaración de guerra, y el silencio que había reinado las semanas de su ausencia —por supuesto, él no le había escrito, ni una línea, y la misiva de ella solo podía considerarse una carta porque estaba escrita en una hoja de papel y metida en un sobre— recordaba de una forma que no presagiaba nada bueno a las tropas que avanzaban sin ruido hacia el frente, al cañón arrastrado sobre un lecho de paja, a los francotiradores ocupando sus escondrijos. Así que debía estar en guardia; no debía permitir que lo rodeasen por una arrogante falta de vigilancia y preparación.

Entornó los ojos para protegerse de la cálida y resplandeciente neblina e, inclinándose en el antepecho de piedra, identificó por fin al ocupante del carruaje: era, como había anticipado con desánimo, su hermana, la condesa Gemini. Se volvió, se quitó el sombrero de paja, entró en la casa, atravesó su sombría frescura y salió por el otro lado a la angosta y herbosa *piazza* que se extendía sobre esta parte de la ladera. El carruaje de la condesa se había detenido ya, y la señora se apeó enseguida, igual que un pájaro vivaz y lastimero, y empezó a quejarse del polvo y el calor del camino, evitando todo el tiempo la mirada firme e impasible de su hermano.

—Pensaba que estabas en Roma —dijo, mientras pasaba de largo y aleteaba en dirección a la casa—. Podías haberme dicho al menos que estabas aquí.

Estas últimas palabras llegaron desde la negrura del umbral por el que había entrado, después de plegar la sombrilla con un golpe seco, como el de un cazador al despachar a un animal herido y medio muerto. Esperó un momento antes de seguirla. Ella se había detenido en mitad de la sala alta y adusta, y ahora se volvió y lo miró por fin.

—Supongo que me has hecho venir para gritarme —dijo.

Osmond dejó el sombrero en el asiento de un venerable sillón de roble con los reposabrazos tallados y el respaldo en forma de lira —se decía que en él se había sentado Savonarola—, se metió las manos en los estrechos bolsillos de los pantalones y contempló a su hermana con una deliberada falta de entusiasmo.

—¿Cuándo, mi querida Amy, me has oído gritar?

—Tus susurros más suaves son una especie de chillido —respondió animada la condesa, levantando la barbilla, o al menos el lugar donde debería haber estado la barbilla, pues era un rasgo del que carecía la parte inferior de su rostro, una falta que junto con la nariz curva y los ojillos agudos y un poco protuberantes contribuían a darle aún más aspecto de pájaro.

Osmond esbozó una leve sonrisa. Estaba visto que su hermana quería mostrarse desafiante; no le sería difícil poner fin a esa actitud, si era necesario. De niños había perfeccionado una forma de sujetar a su hermana por la muñeca con los dedos largos y finos, en un gesto en apariencia amistoso, y apretar hasta que los huesos y los tendones empezaban a crujir, lo cual siempre causaba que se formasen en la comisura de los ojos de Amy unas lágrimas gruesas y fascinantes que caían sobre su corpiño y lo salpicaban al azar de manchas del tamaño de una moneda. Así, desde muy pronto, ella había aprendido a temerle y a guardar las distancias si podía, aunque cuando la llamaba, acudía siempre, y de prisa. Hoy, no obstante, se disponía a tratarla con amabilidad, pues tenía en mente una idea que requeriría al menos un simulacro de indulgencia fraterna. Por su parte, ella no alcanzaba a entender por qué le seguía temiendo; después de todo, era una mujer adulta; tenía una especie de marido, a quien le había dado hijos que por desgracia había perdido enseguida, uno después del otro, con una inevitabilidad desazonadora; era una figura en sociedad —aunque risible en ocasiones, debía reconocerlo—, mientras que él, por muchos humos que se diese, no era más que un hermano cazadotes, al que probablemente había abandonado su mujer, llevándose con ella su fortuna, si era lista. No tenía ninguna duda de que la había llamado para hacerla sufrir; le extrañaba que la temida llamada no hubiese llegado antes, y había dado por sentado que el retraso se debía tan solo a que ella estaba en Florencia mientras él seguía en Roma, suposición que, como era más que evidente, había sido errónea. Su hermano llevaba en Bellosguardo varias semanas, ¿por qué entonces no la había llamado antes? ¿Por qué había retrasado el castigo?

Se apartó de la burla silenciosa de su mirada, y contempló las paredes desnudas y los numerosos rectángulos pálidos donde antes colgaban sus cuadros. Le alegró reparar en lo empequeñecido que parecía su hermano en ausencia de tantos de sus «objetos» preciosos; su estampa, pensó con rencorosa alegría, era como la de un árbol de Navidad despojado de los adornos y campanillas cuando pasan los días de fiesta.

—¿Por qué te ríes, se puede saber? —preguntó él en tono amable, como si quisiera participar de su broma privada. Ella no se dejó engañar por la naturalidad de sus modales: cuanto más afable parecía más temible era. Al no recibir respuesta, y al ver cómo su hermana se mordía el labio para contener su diversión, ladeó un poco la cabeza y sonrió, mostrando las puntas relucientes de los dientes, pequeños, cuadrados, bonitos y ligeramente sucios—. Tal vez —sugirió, hablando en el mismo tono frívolo de antes—, estuvieses pensando en el daño que nos has infligido a mí y a mi matrimonio, al hablar con mi mujer, antes de su partida a Inglaterra. No me cabe duda de que para ti esa vileza sigue siendo una fuente de placer vengativo.

La condesa, como si no le hubiera oído, siguió con su lenta inspección de las paredes desnudas y despojadas. Sabía, por supuesto, quién le había contado a su hermano lo de sus indiscreciones. La habilidad de Serena Merle para saber qué pasaba —qué confidencias se intercambiaban, qué secretos se divulgaban— incluso en habitaciones expresamente selladas para ella, era tan misteriosa como impresionante. Desde ese día en el Palazzo Roccanera cuando la condesa, agotada su paciencia, había llevado aparte a su cuñada y le había revelado la conspiración que Osmond y madame Merle habían urdido y mantenido contra ella a lo largo de los años, se había sorprendido a menudo considerando, sobre todo de noche, o despierta en la cama en las horas previas al alba, mientras esperaba la llegada de la doncella, qué la había animado a desvelar de forma tan descarada el pérfido secreto de su hermano. No le tenía mucho aprecio a su cuñada, a quien consideraba insufriblemente vanidosa y lastimosamente ingenua, y que además estaba segura de que la miraba con suficiencia por su falta de intelecto —o de lo que ella consideraba intelecto— y por la notoriedad de sus amoríos; sin embargo, ese día, cuando el primo de la joven estaba agonizando y era evidente que Osmond se había portado de forma espantosa con ella, había sentido algo por la sufrida criatura, una especie de compasión irritada, su corazón, como suele decirse, se había compadecido de ella, cosa que ese órgano tan templado y contenido rara vez se permitía hacer, ni aun en las ocasiones más trágicas. ¿Lamentaba ahora haber hablado? Si no lo lamentaba, su sensación era que su hermano pronto le haría lamentarlo.

—Espero —dijo Osmond, todavía sonriente y con la cabeza ladeada— que no tengas el descaro de negar tu intromisión.

Pese a lo amenazante de sus palabras, la suavidad y urbanidad con que las pronunció dieron la impresión de que había decidido perdonar o al menos disculpar la ofensa de la que la acusaba. Pero ¿sería posible? El temor de la condesa aumentó un punto más.

—No creo —respondió ella, en un intento de afectar despreocupación que nunca le salía bien en presencia de su hermano— que contar unas cuantas verdades hogareñas pueda tildarse de, ¿cómo lo has llamado?, vileza.

—¡Verdades hogareñas! —exclamó sonriente Osmond—. ¿Y qué, si puede saberse, sabes tú de verdades, o de la verdad en sí misma, o, si me apuras, del hogar? Tu vida no es exactamente una prueba de honradez y devoción hogareña —abandonando por fin, su pose de indiferencia, la condesa se volvió con una especie de graznido ahogado y lo miró. No obstante, antes de que pudiera decir una palabra, él levantó la mano para hacerla callar, todavía muy tranquilo, e incluso riéndose un poco—. ¡Oh, cálmate, hermanita! —dijo—. Permite que te ofrezca un poco de té. Diré que nos pongan la mesa fuera, a la sombra. Hay un asunto que quiero hablar contigo.

Ella se quedó donde estaba, con los labios entreabiertos todavía por la respuesta que él no le había dejado dar. Luego dio un paso atrás y entornó los ojos con suspicacia.

—¿Qué asunto es ese? —preguntó; por lo visto, lo de que hubiese traicionado su secreto iba a ser descartado por entero, al menos de momento.

Con todo, se sintió aún más inquieta que antes. La idea de que su hermano se dignase hablar con ella de cualquier asunto de importancia era tan novedosa que le produjo auténtica agitación. ¿Qué nueva maniobra estaba tramando... a qué nuevo ataque tendría que enfrentarse, ella que rehuía cualquier aspecto desagradable de la vida? Bueno, aún habría estado más acobardada de no haber tenido su propia arma secreta, y es que había algo que sabía y que estaba segura de que Osmond ignoraba, algo que estaba segura de que haría temblar de pánico y perplejidad incluso a alguien tan seguro de sí mismo como él.

XX

El día había refrescado un poco. La neblina iluminada por el sol en el valle se había suavizado y había pasado de ser un resplandor a una luz difusa, e incluso las cigarras parecían menos desesperadas por lanzar sus vibrantes redes de ruido chirriante y ensordecedor. A la sombra del tejado de la casa habían instalado una mesita redonda de hierro forjado sobre la grava al lado de los coloridos lechos de rosas; estaba cubierta con un mantel de lino y con todos los adminículos necesarios para tomar un té vespertino. Esta deliciosa ceremonia, tan típicamente inglesa, aunque un tanto anacrónica aquí, con esa luz y esa temperatura tan vehementemente meridionales, era una de las afectaciones más novedosas de Osmond; de hecho, había instituido la costumbre, y a la condesa no se le había pasado por alto, más o menos en la época de la aparición de lord Warburton en Roma. Una aparición que había resultado ser —por mucho que Osmond disimulara su amarga decepción— lamentablemente fugaz, y la razón era el deseo frustrado del padre afectuoso de casar a su única hija con el gran hombre. Otro motivo de disputa entre marido y mujer era la inquebrantable convicción de Osmond de que había sido Isabel quien, con una sutileza y falsedad muy notables, había impedido el casamiento de lord Warburton y Pansy, debido a sus celos constantes y a su determinación de frustrar en todo momento y lugar los planes y deseos de su marido.

El té lo sirvió Giancarlo, el mayordomo de levita polvorienta cuya autoridad aquí en la Villa Castellani se había establecido mucho antes de que el señor Osmond empezara a vivir en la casa; tal era el aspecto venerable de su persona que se podía haber disculpado a cualquiera por pensar que no era mucho más joven que la propia casa *di campagna*, que, como podía comprobar el visitante curioso en un legajo de pergaminos amarillentos, llevaba en pie casi un milenio. Mientras atendía al señor y a su invitada, farfulló para sus adentros —llamó «signora Osmond» a la condesa, confundiéndola a todas luces con Isabel—, manejó la tetera con una mano nudosa, atezada y temblorosa y se las arregló para derramar en ambos platillos una considerable cantidad de té pálido como la paja. Osmond era sorprendentemente tolerante e incluso solícito con el anciano criado: la complejidad y las contradicciones del temperamento de su hermano eran una constante fuente de confusión para la condesa. En general pensaba que Osmond era malvado, no a la espléndida manera de una de esas figuras históricas que le constaba que él admiraba tanto y con las que le gustaba compararse como un Maquiavelo o un Lorenzo de Médici —estaba segura de que había ejemplos mejores cuyos nombres no conocía, pues había vastas lagunas en su conocimiento de la historia de este país tan histórico—, sino de modo cauto y mezquino, sin aventurarse nunca más allá de los límites de su poder. Podía atormentar

a su mujer, como sin duda había hecho mucho tiempo detrás de los postigos cerrados, o arreglárselas para frustrar los anhelos y aspiraciones infantiles de su hija encerrándola bajo una campana de cristal, como un lecho de espárragos blanqueados, pero con gente como lord Warburton, por tomar un ejemplo reciente, ponía especial cuidado en exhibir una vena blanda y meliflua; incluso ese propietario de fábricas textiles de Massachusetts, Caspar Goodwood, que había cortejado a la cuñada de la condesa en su país cuando era una cría —y que todo el mundo sabía que no había renunciado a sus esperanzas amorosas ni aun ahora que, muchos años después, era una mujer casada—, había sido bien recibido en el Palazzo Roccanera, donde Osmond lo había tratado con una amabilidad e interés tan convincentes que el pobre hombre no se había dado cuenta de con qué sutileza se estaba burlando de él. Sí, una de las muchas habilidades de Osmond consistía en ser capaz de calibrar hasta el último punto decimal cuán lejos podía permitirse exhibir su inmenso desprecio por el mundo y lo que consideraba su nutrida dotación de bobos y bárbaros.

Mientras tomaban el té la conversación entre los dos hermanos giró en torno a la ciudad que refulgía a sus pies bajo la espléndida luz de la tarde declinante. La condesa, después de más de veinte años de decidida aplicación, se había convertido en una especialista en la *alta società* florentina, en particular de su faceta más sórdida. Como un mirlo atareado, daba saltitos en la maleza social, apartaba a un lado las ramitas caídas y picoteaba las hojas muertas —no pocas caídas de la higuera— para escarbar por debajo de ellas en el oscuro mantillo y extraer los sabrosos bocados que allí se ocultaban. Los cotilleos que encontraba siempre eran muy apetitosos. Sabía qué matrimonios habían fracasado y cuáles empezaban a ir mal, qué señora hasta entonces virtuosa había sucumbido a los halagos operísticos de uno de los muchos donjuanes de la ciudad; sabía qué marido estaba siendo engañado y cuál se dejaba engañar por conveniencia, qué hija estaba comprometida y qué hijo se estaba convirtiendo en un disoluto, o lo era ya. Aunque Osmond fingía desaprobación la cháchara escabrosa y brillante de su hermana, y cerraba los ojos, fruncía los labios y en ocasiones llegaba a hacer como si se tapara los oídos con las manos, la condesa sabía lo mucho que le gustaba enterarse de las bajezas de la gente de postín: su predilección por intercambiar calumnias selectas era el único punto en el que coincidían las sensibilidades de estos dos hermanos tan mal avenidos. Mientras se dedicaban a este pasatiempo, Osmond echaba atrás la cabeza con las ventanas de la nariz dilatadas, como para aspirar y saborear un olor almizcleño y prohibido, fruncía las comisuras de los labios y se acariciaba complacido el cuello por debajo de la barba, con el dorso de los dedos, riéndose en voz tan baja que apenas se le oía. Y no solo recibía, sino que también daba, y en abundancia, aunque sacaba cada pepita mancillada de su reserva de oro con aparente desgana y gran aborrecimiento moral, moviendo la cabeza y suspirando con fingida tristeza por la maldad de este mundo. La condesa se maravillaba de que estuviese al corriente de tantos secretos teniendo en cuenta lo poquísimos que salía.

—Ah, sí, la gente es muy mala —dijo ahora, reclinándose en el asiento con un suspiro complacido, tenía los codos apoyados en los reposabrazos de la silla y sus dedos huesudos y atezados formaban un alto campanario, cuya cúspide rozaba la punta afilada de la barba cuidadosamente recortada en forma de pala—. Incluso los que parecen más virtuosos, y a los que se toma por modelo de virtud, están dispuestos a descender a las más sorprendentes simas de depravación a la menor tentación. Pero supongo que las cosas son así, siempre han sido así y siempre lo serán —hizo una pausa, asintió con la cabeza y contempló el valle con los ojos medio entornados—. Es más, hace tiempo que dudo de si habrá sido inteligente por mi parte proteger tanto a mi hija del espectáculo de los pecados de la sociedad y de sus consecuencias. Quise educarla a la antigua, como sabes, de acuerdo con las viejas tradiciones, pero tal vez la haya dejado desprotegida ante las pruebas morales a las que de forma inevitable tendrá que enfrentarse cuando se abra camino en la vida, y sobre todo cuando llegue el momento de hacerlo sin el cuidado y el consejo de su padre.

La condesa, que se había quedado muy quieta, lo observó con la mirada anhelante. ¿Qué tenía preparado, le habría gustado saber, qué plan o conjura estaba tramando? Era en momentos como ese, cuando se ponía más locuaz e ilustrativo y demostraba al mismo tiempo una estudiada vaguedad en los modales, cuando en su interior estaba más concentrado en algún propósito concreto; ella lo sabía de antiguo.

—La has convertido en la hija que querías que fuese, eso está claro —dijo ella con una insipidez impropia de ella: no quería interrumpirle sus cálculos—: Lo único que le falta para ser una monja es el griñón.

Él volvió despacio la cabeza apuesta, aunque ligeramente canosa, y le echó una mirada inquisitiva y penetrante.

—¿Tan exagerado es? No es lo que yo pretendía. ¿No crees —por un segundo, sus ojos traicionaron lo que podría haber sido una duda sincera— que tal vez ella piense que tiene «vocación», como suele decirse, por la vida religiosa? —volvió a apartar la mirada con un gesto, no tan preocupado como ominoso; ni por un instante dudó de su poder para frustrar con un levísimo esfuerzo cualquier pía ilusión que su hija pudiera ser tan temeraria de albergar en secreto sobre su vida futura.

La condesa soltó una de sus risitas como un gorjeo agudo y penetrante.

—¿Temes que pueda tomar los hábitos? ¡Al contrario! —exclamó—. ¿Cuántos años la has tenido al cuidado de las monjas? Después de semejante condena, hasta una chica tan sumisa y obediente como lo que finge ser Pansy se habrá curado de la idea de pasar de rodillas el resto de sus días, incluso aunque creyese que eso es lo que esperas de ella.

Osmond guardó silencio un instante, todavía contemplando la vista con el ceño fruncido.

—¿De lo que finge? —dijo—. ¿Crees que mi hija está siendo hipócrita? ¿Crees que no es sincera en la devoción que siente por su padre y en su disposición a cumplir mis deseos?

—¡Oh, vamos, Osmond! —replicó con impaciencia la condesa: era el único nombre por el que lo llamaba—. Tiene veinte años, no es ninguna niña. ¡Sé que esta vez la has enviado al convento para castigarla por preferir al pobre y pequeño Ned Rosier frente al mucho más deseable lord Warburton (deseable para ti, claro), pero hay un límite a lo que incluso una Pansy Osmond puede tolerar sin rebelarse o al menos intentar defenderse!

Se contuvo, llevándose dos dedos al labio inferior. ¿Se había pasado de la raya? Su hermano, no menos que su hija, tenían sus límites, que en ciertas cuestiones eran peligrosos y estrechos y demasiado fáciles de cruzar accidentalmente con una palabra descontrolada o una broma irreflexiva. Era un hombre a quien convenía acercarse con la mayor precaución y dejando la retirada siempre expedita y libre de obstáculos. Observó su perfil barbado y apuesto, aunque un poco envejecido, con una preocupación renovada, mientras él continuaba a su lado sin decir palabra. No obstante, para gran alivio de su hermana, se limitó a suspirar otra vez, y volvió a asentir con la cabeza.

—Sí —dijo, en tono casi fatigado—, me temo que he cometido un error. ¡Oh, no muy grave!, no creo que deba reprocharme haber ejercido mi deber paterno de instruir y educar a mi hija de una manera correcta. Pero tal vez haya llegado la hora de, ¿cómo decirlo?, mostrarle un poco el mundo, y de que el mundo la vea a su vez.

En ese punto, la condesa empezó a hacerse, aunque de forma muy imprecisa, cierta idea de lo que tramaba su hermano. Recordó cómo, para tratarse de alguien por lo general tan circunspecto, había sido incapaz de ocultar su sorpresa y su alegría, de hecho su evidente placer, cuando lord Warburton, en una serie de visitas al Palazzo Roccanera en primavera, había dado muestras inconfundibles de querer cortejar a su hija. Como toda la alta sociedad romana, Osmond no podía creer que nada menos que un hombre como Warburton, dueño de inmensas propiedades y una eminencia ante quien se inclinaban los hombres de estado y los parlamentarios de su país, se fijara en alguien tan poquita cosa como la pobre Pansy, de quien lo más que podía decirse es que era siempre obediente y educada. Su padre, como todo el mundo sabía, había molido a lo largo de los años a la niña en el mortero de su voluntad hasta que su espíritu, el poco que tenía, había quedado reducido a la consistencia de una pasta suave y blanda. No, dijo el mundo, su señoría no se había fijado en la chica, sino en su madrastra, a quien había querido acercarse con astucia por medio de la pálida y núbil hija de su marido. El inglés, según el consenso general, no se había resignado y aún no había aceptado del todo el rechazo, unos años antes, de su propuesta de matrimonio a Isabel Archer, como se llamaba entonces, y al oír los rumores sobre las desavenencias conyugales que emanaban del Palazzo Roccanera se había apresurado a viajar a la capital italiana con la intención de ganar, en esta ocasión mediante un subterfugio, lo que había perdido antes en justa lid: se casaría con la joven y así se aseguraría a la mujer, el verdadero y continuado objeto de su inquebrantable pasión: así, después de todo, eran los ingleses, supuestamente tan sensatos y flemáticos, pero

en realidad muy sentimentales. Que el engañado lord no pareciera darse cuenta de que estaba poniéndose en ridículo al perseguir a Pansy no hizo más que aumentar la discreta diversión de quienes observaban con avidez todos los giros del patético amorío. Cuando el entusiasmo de Warburton por el casamiento que él mismo había sugerido se evaporó de pronto, por una u otra razón —su marido no fue el único que pensó que Isabel se había entrometido, por sus propios fines—, y se retiró con mucha discreción y volvió a Inglaterra, Osmond se sintió tan defraudado como molesto. No obstante, encontró consuelo en la idea de que, si Pansy había estado una vez a punto de pescar un pez tan gordo, nada impedía que lo consiguiera a la segunda, tercera, o si hacía falta, décima ocasión. Si algo tenía Osmond, era la capacidad de ser paciente e imponer un calmado control sobre sus impulsos más apremiantes. Así que se contentó con informar a su mujer de que sabía que había frustrado sus planes al ejercer su influencia sobre Warburton —ella, claro, lo había negado— y luego envió a Pansy a pasar otra larga temporada al convento, para que se pensara mejor lo de su obstinado encaprichamiento por el nada justificable Edward Rosier.

Después de una larga pausa, Osmond volvió a hablar.

—¿He mencionado que me ha escrito mi mujer? Sí, recibí una carta suya hace unos días —se inclinó hacia delante, cogió la tetera y procedió, con estudiada deliberación, a rellenar sus tazas—. Una misiva extraña, con un peculiar olor mohoso, como el del bufete de un abogado.

—¿Qué...? ¿Te ha pedido el divorcio? —exclamó la condesa, incapaz de contener el placer ante lo que sin duda sería una trifulca de lo más entretenida.

Él la miró con una sonrisa irónica y condescendiente.

—Pues claro que no. ¡Hay que ver cómo tu imaginación se inclina siempre por lo más sórdido!

—¿Entonces qué quería decirte?

Osmond se quedó pensando, con la taza y el platillo a la altura de la barbilla.

—Muy poco, si hemos de atenernos a sus palabras —respondió—. La verdadera trascendencia de su significado, según veo, yace entre líneas. Ha desarrollado una sutileza, o al menos una opacidad, de expresión de la que no la creía capaz —se interrumpió y se rascó la mejilla con el dedo índice doblado haciendo un ruido seco—. Vete a saber si no habrá encontrado quien la aconseje —murmuró pensativo.

La condesa no osó hacer ningún comentario. Si se hubiese tratado de cualquier otra mujer, de ella misma, por ejemplo, habría sabido con exactitud quién podría ser ese consejero, pero su cuñada era tan decidida, aburrida y virtuosa que la posibilidad de que tuviese un amante, aunque solo fuese para vengarse de su marido, era tan remota que solo podía formar parte del reino del absurdo.

—Alude a Pansy —prosiguió Osmond, dejando la taza y quitándose unas migas invisibles del regazo—. Eso sí.

—¿Ah, sí? ¿Y a santo de qué?

—Pues verás, también en eso es difícil saber lo que quiere decir, o lo que cree querer decir. Pese a la claridad de sus palabras, sospecho que está en un estado de cierta confusión, lo cual no es raro —volvió a mirar a su hermana de reojo a la vez que arqueaba una ceja— dadas las recientes turbulencias a las que se ha visto sometida.

Se levantó de la silla y estiró las piernas que, incluso debajo de la áspera tela de los pantalones, se notaba que eran delgadas hasta el punto de la emaciación, como si fuesen las de un hombre mucho mucho más viejo. Esas piernas tan escuálidas, una desafortunada herencia de su estirpe por parte masculina, habían sido la maldición de su infancia, cuando fueron objeto de burla y se vio obligado a mostrarlas con más frecuencia; su hermana se alegraba de tener por su parte unas hermosas extremidades inferiores, en particular unas pantorrillas muy bellas, como le habían dicho con galantería en más de una ocasión y en más de un dormitorio. Ahora Osmond volvió a meterse las manos en los bolsillos —tenía una manera particular y extrañamente hastiada de hacer ese gesto tan normal— y, apartándose de la mesa, anduvo a lo largo del antepecho y se plantó a contemplar otra vez el valle, con una cadera apoyada contra las piedras musgosas y recalentadas por el sol, todavía sin sacar las manos de los bolsillos. Su hermana continuó sentada un tiempo, observándole, luego se levantó también y fue adonde él estaba. Observó con indiferencia la vista iluminada por el sol, hacía mucho que se había hartado de los supuestos deleites que ofrecía la campiña toscana, una región tan abundante, lánguida, exuberante y aun así, para ella, estridente e insufrible. Con frecuencia, tenía la tentación de dejarlo todo, también a su irremediabilmente letárgico marido y volver a su país, pero le bastaba con recordar los inviernos pasados en Baltimore en su niñez para reconciliarse, aunque fuese a regañadientes, con Europa y con el insistente sur blanqueado por el sol.

Volvió a contemplar el perfil relajado e inexpresivo de su hermano.

—Debo decir, Osmond, que estás siendo muy irritante y misterioso —dijo.

—¿Ah, sí? ¿Más de lo habitual, quieres decir? ¿No crees que siempre soy un misterio insoluble? Al menos eso dices. En realidad soy muy sencillo, muy claro y sencillo. Desde luego, en este caso, es mi mujer la que se comporta de forma misteriosa.

—¿Qué tenía que decir respecto a Pansy?

Osmond echó la cabeza un poco atrás y alzó la cara al sol, que, oscurecido en una deslumbrante neblina como una moneda de oro, se habría dicho sereno al final de su apenas perceptible declive.

—Parecía decidida a reclamarla de algún modo.

—¿A reclamarla?

—Sí. Confieso que no lo entiendo. Pansy, como sabes muy bien, no es hija suya más que en un sentido muy tenue y circunstancial. Después de todo, ¿qué otra cosa es una madrastra sino una especie de accidente, y no siempre afortunado, como testimonian los cuentos populares?

—¿Acaso quiere... intentar quitarte a la niña?

La condesa se sintió como si le hubiesen pedido pelar una capa tras otra de un integumento tan frágil y precioso en sí mismo que lo que había envuelto en el interior solo podía ser una decepción cuando por fin consiguiera dejarlo al descubierto.

Su hermano, que había estado meditando su pregunta apretando una de las comisuras de los labios, suspiró y movió la cabeza, para subrayar su perplejidad.

—Es casi como si —dijo— pretendiera llegar aquí como un marajá, comprar a mi hija por un *lakh* de rupias y llevársela a algún lugar lejano y extraño, para alimentarla solo de sorbetes y golosinas mientras la chica, ¡la princesa!, se entretiene metiendo ociosa los dedos en grandes tarros de cosas preciosas.

—Supongo que no lo expresaría con esas palabras —apuntó con ironía la condesa—. No parece propio de la señora Osmond que yo conozco.

Su hermano esbozó una tensa sonrisa y se encogió de hombros; para ser alguien tan comedido, resultaba llamativo lo mucho que en ocasiones le gustaba ponerse retórico; para él las palabras, el lenguaje mismo, eran una especie de juego, cuando no los dedicaba a cosas más serias como armas de guerra.

—Cualesquiera que sean sus intenciones —dijo—, pienso impedirselo. No se llevará a mi hija a ningún precio. ¡Vaya una idea!

—¿Y qué piensas hacer? —preguntó la condesa.

La emoción que había sentido un momento antes —por mucho que deplorase tantas cosas en él, ver a su hermano listo para el combate era un espectáculo emocionante— había dado paso a la simple curiosidad. No entendía la lucha que estaban librando Osmond y su mujer; que Isabel quisiera quedarse a Pansy y librarla de la férula implacable de su padre era tan novedoso e improbable como lo había sido el breve cortejo de lord Warburton; sin embargo, algo portentoso estaba en marcha, una lucha entre titanes, de eso estaba segura, y ella misma, al parecer, iba a participar en ella, pues de lo contrario, ¿qué hacía aquí, en la fortaleza de Osmond en lo alto de la colina, disfrutando con él de la pantomima de un «té vespertino»?

—¿Qué pienso hacer? —respondió él, repitiendo pensativo la pregunta que le había hecho. Se volvió hacia ella—. Creo que sería mejor preguntar a la persona en cuestión qué le gustaría que hiciese con ella.

Regresó a la mesa, cogió una campanilla con el mango de marfil de la bandeja de té, y la sacudió para producir un tañido argentino. Enseguida apareció Giancarlo, vacilante y murmurando para sus adentros, y Osmond, hablando despacio en voz alta, pues el criado era duro de oído, le pidió, *per favore*, que llevase a *la signorina* a su presencia.

XXI

Pansy llegó de la casa con la prontitud de una actriz cuando le dan la entrada. Llevaba un sencillo vestido negro con una tira de encaje blanco en el cuello. Faltaban pocas semanas para su mayoría de edad y se movía con un aura de abstraída melancolía, como si fuese a añorar siempre el cobijo y la seguridad de una infancia que al acabar esa temporada habría concluido oficialmente. Su vestido, de líneas tan severas y tan a todas luces discordante con la luz vespertina que la rodeaba, no le quedaba bien y colgaba un poco torcido sobre su esbelta figura. Aunque nada de lo que llevaba Pansy, reflexionó la condesa, parecía de su talla, consecuencia, o eso suponía su tía, de que, cuando era todavía adolescente y su padre no había adquirido aún la fortuna que le brindaría su segundo matrimonio, las pocas cosas que podía permitirse requirieron periódicos arreglos en las costuras y los dobladillos para adaptarlas a las sucesivas etapas del crecimiento de la niña. Se plantó ante su padre y su tía con su acostumbrada actitud de aquiescencia plácida y un tanto vacua, empujando distraída en semicírculo con el talón una zapatilla negra en la gravilla que había bajo sus pies. La condesa, al observarla, no pudo, como de costumbre, ver en ella nada de su madre, excepto, tal vez, cierta calculadora frialdad en su expresión, cuidadosamente velada, que quizá podría haber heredado de madame Merle, en cuya mirada esa serena gelidez nunca asomaba tanto como cuando sonreía. Tampoco, si vamos a eso, es que se pareciese mucho al padre; era, por así decirlo un capricho de la naturaleza, un ser que se sostenía a sí mismo, independiente del tronco del que había brotado. Sus rasgos, reparó su tía, habían perdido parte de su antigua delicadeza de porcelana; había empezado, por fin, a parecer una mujer, un proceso que por desgracia no podía decirse que, de momento, hubiese mejorado mucho su aspecto. La propia Pansy parecía ignorar la transformación que estaba sufriendo, o eso, o estaba decidida a resistir, o al menos a ocultar, las señales de la madurez, mostrando, con un convencimiento digno de su padre cuando más disimulaba, una apariencia de recatada blandura y docilidad infantil. A pesar de esos esfuerzos, la condesa, con su aguda intuición para estas cosas, estaba segura de que en alguna parte de su persona había una mecha esperando ansiosa la primera aplicación incandescente de una cerilla.

—Ven, cariño, acompáñanos y toma un poco de té —dijo su padre.

Pansy saludó al pasar a su tía con una sonrisa vaga y borrosa.

—¡Oh!, pero papá —respondió—, el té ya debe de estar frío... deja que prepare un poco más.

Alargó la mano hacia la tetera, pero Osmond la detuvo con una de las suyas.

—No, por favor —dijo muy amable—. Llamemos a Giancarlo y que se encargue él.

La joven, todavía con la mano extendida, lo miró indecisa: la preparación de esta inocente infusión era una de las cosas de las que se enorgullecía, y la única ceremonia social en el mundo de su padre en la que había conseguido convertirse en suma sacerdotisa: ¿acaso iban a expulsarla también de esta humilde esfera de autoridad? Obediente, se apartó de la mesa, bajó la mirada y su rostro adoptó la acostumbrada máscara de obediencia filial. No obstante, Osmond reparó en su desánimo y, todavía sin levantarse, la cogió de la muñeca y la llevó hasta una silla.

—Por favor, siéntate —dijo— y que los criados y las niñas se encarguen de preparar el té. ¿De acuerdo? —le sonrió, mientras asentía con la cabeza para consolarla, y, después de dudar un breve instante, ella hizo lo que le pedía y ocupó su sitio entre sus dos parientes.

La condesa había observado este curioso intercambio entre padre e hija con la mayor atención e interés; Osmond, pocas de cuyas acciones eran impremeditadas, había señalado el momento como si tuviese importancia ritual, y se había asegurado de que no solo lo notase su hija sino también su hermana. ¿Qué —se preguntó la hermana—, *qué* estaba tramando? Al principio había pensado, y temido, que la hubiesen hecho ir allí a la colina de Osmond —Bellosguardo siempre le había parecido el dominio exclusivo de su hermano— para que pudiera vengarse de ella por haberse atrevido a informar a su mujer, pero ahora saltaba a la vista, aunque solo fuese por su actitud ecuánime y sonriente, que no era así, y que iba a interpretarse algo mucho más sutil y fascinante, igual que en un escenario, en el vasto y elevado proscenio del cielo toscano.

Osmond volvió a coger y a sacudir la campanilla; una vez más, el mayordomo respondió a su tintineante tañido y lo enviaron a la cocina a por un recipiente con agua hirviendo y hojas frescas para la tetera.

—*Subito, signore barone* —dijo el anciano, utilizando el peculiar título honorífico por el que acostumbraba a dirigirse al personaje a quien, al igual que la condesa, consideraba el legítimo señor de Bellosguardo, sin tener en cuenta, o tal vez olvidando, que ese caballero hacía mucho que había dejado de vivir allí y tenía ahora su residencia permanente en Roma.

Osmond hizo un elegante gesto de despedida, y el criado partió, arrastrando los pies, haciendo reverencias y mascullando.

Un silencio tenso y breve cayó sobre la mesa, aunque la tensión afectó solo a las dos mujeres, pues Osmond siguió dando la impresión de estar muy a gusto; es más, parecía jovial, como si el programa que había establecido para esa tarde se estuviese desarrollando con precisión de acuerdo con su plan.

—¡Bueno, bueno! —dijo, con un alegre suspiro, y se dio una palmada en las rodillas y se levantó de la silla para ir hacia los rosales, plantarse una vez más delante

del antepecho y contemplar la vista del valle que se extendía en la quietud de aquel día abrasado por el sol.

La calurosa calima de antes se había dispersado en gran parte y la ciudad asomaba ahora con más claridad, con todos sus delicados matices de sombra y ámbar, de ocre y oro viejo. Débilmente, a través del aire denso e inmóvil llegó la vibración fuerte y temblorosa de los lentos tañidos del campanario de la catedral de María de la Flor, cuya cúpula de color terracota se elevaba por encima de todo lo que la rodeaba. Osmond alzó un brazo y lo movió en un gesto amplio, generoso y dominante, como un director al final de una actuación especialmente buena cuando pide a la orquesta que se ponga en pie.

—¡Ay, mirad esto: qué no haría un artista de genio con una vista tan pintoresca! —exclamó—, haría falta un Turner, digamos, o un Bonington, para hacer justicia a nuestros esplendores toscanos —llamó a su hija con un gesto—. Ven, cariño, ven a verlo como si fueses alguien así, e imagina con tus ojos una escena a partir del vasto espectáculo de la naturaleza. Para aprender el arte de la pintura no basta con ver cuadros.

La chica se levantó, fue al lado de su padre y contempló el paisaje y la ciudad resplandeciente con gesto serio y aplicado. Osmond le pasó despacio el brazo por encima de los hombros y ella se encogió: no estaba acostumbrada a que la abrazaran. Al volver a casa de su reciente encierro en el convento, que quería pensar que sería el último que debería soportar, había encontrado esperándola un bonito y supuso que costoso ejemplar de estampas del último artista que había nombrado su padre, que, como descubrió, con un sobresalto no del todo explicable, había muerto cuando era poco mayor que ella. Había ido a su cuarto, se había sentado al lado de la ventana con el enorme libro abierto sobre las rodillas y se dedicó a pasar una por una las páginas gruesas y rígidas. Las escenas representadas le parecieron muy hermosas, e incluso ella, que sabía tan poco de cuadros o de pintura, se dio cuenta de que habían sido ejecutadas con sorprendentes habilidad y sentido artístico —¿cómo podía alguien tan joven haber hecho tantísimo?— pero su contemplación de las mismas quedó oscurecida por una especie de vaga incomodidad. Los regalos de su padre eran tan raros como las caricias paternas, y tanto lo uno como lo otro hacían que se encogiera con aprensión, como un caracol en su delicado refugio. Tuvo la vaga pero indudable sensación de que aquel suntuoso volumen era a la vez algo más y algo menos que un regalo, y de que, con el tiempo, le pasarían una abultada factura, que con toda probabilidad debería pagar en especie, aunque ignoraba de qué género. A esas alturas conocía bien a su padre y sus manejos; le quería, o eso suponía, tal como el mundo y las monjas afirmaban que debía amarlo; era el único progenitor al que había conocido, hasta la llegada de la segunda señora Osmond, que parecía haberse ido, y para siempre, por desgracia, lo cual acrecentaba el pesar de la joven —su madrastra había prometido no abandonarla, aunque Pansy había dado tan poco crédito a ese compromiso que apenas podía decirse que existiera—, pero sabía que nada de lo que

hiciera o dijese su padre podía tomarse tal como lo ofrecía, con su ensayada ingenuidad y la fingida sencillez de sus modales y sus intenciones. Tratándose de su padre había siempre una extensión añadida, un elástico invisible mediante el cual lo dado podía serle arrebatado en un instante. Por eso, con los años, ella había aprendido a desconfiar, a no dar nada por sentado, a dudar del valor de todo lo que le regalaba. No creía que su padre fuese taimado o mentiroso: no mentía, no podía formularse así. Era solo que detrás de las atenciones que dedicaba a quienes consideraba digno de ellas —entre los cuales quería pensar que se encontraba ella también— siempre había un cálculo, otro asunto, otro motivo. No se lo reprochaba: él era así y así eran las cosas; además, una joven no debe reprochar nada a su padre, pues, como le habían enseñado las reverendas hermanas, lo contrario sería un grave pecado. Pero ¿qué tenía este pintor, este Richard Parkes Bonington, que pintaba tan habilidosamente y que había muerto tan joven, qué tenía que ver con ella, para que su padre quisiera de pronto que se familiarizase con él y con su obra?

Osmond, inclinado a su lado con el brazo sobre sus hombros, seguía hablando del pintor, ensalzando el encanto de sus escenas, la riqueza de sus tonos y texturas: «¡Esas sedas cerúleas, esos brocados rojos!», y lamentando que en Italia pudieran verse tan pocos productos de su genio, pues por supuesto los italianos, con su inveterada insistencia en los extremos, eran incapaces de apreciar con sinceridad un arte tan callado y desprovisto de efectos sensacionalistas como los que ofrecía este supremo pero siempre modesto maestro.

—¡Cuánto envidia a mi viejo amigo lord Lanchester —exclamó Osmond, con un suspiro—, que tiene en Fernley Hall una de las más selectas colecciones privadas de arte de Inglaterra, y entre otras cosas una docena, no, más, una veintena de Boningtons!

Se detuvo, retiró el brazo de encima de los hombros de Pansy —el modo en que la había abrazado le recordó a la condesa a un alguacil aprehendiendo a un delincuente o a un carcelero reduciendo a uno de sus presos—, regresó a la mesa y se sentó, justo cuando el mayordomo, como llamado por una secreta señal de su amo, llegó con una jarra de agua y unas cuantas hojas de té en una tetera de plata.

Resultó que ninguno tenía sed suficiente para tomar otra taza de té, y fue una suerte, pues el agua que había llevado el criado apenas estaba tibia, y las hojas eran una variedad de Assam, mientras que antes habían bebido Lapsang. Osmond volvió a reclinarsse en la silla, cruzó un delgado tobillo sobre una rodilla esquelética y una vez más juntó los dedos y los pulgares para formar una jaula triangular, tarareando y observando ocioso el cielo blanco y dorado. Siguió un rato en esta actitud de plácida vacuidad. Su hermana, muy quieta, con la boca fruncida y la escasa barbilla apoyada en el pecho, lo observó muy atenta, igual que lo había observado mientras duraba la pequeña actuación que acababa de hacer, ensalzando la belleza del paisaje y la ciudad en el centro, llamando a su hija a su lado y acercándosela en un ostentoso y estrecho abrazo, a la vez que se explayaba sobre ese pintor Donington o Bonington, o

comoquiera que se llamase ese tipo, mientras la intuición que había empezado a despertarse en ella seguía reforzándose, aunque aún no pudiera darle forma concreta. La condesa sabía que él era consciente de que lo estaba observando, y de que eso parecía divertirle. De niños le gustaba jugar al escondite, por muy cerca que estuviera siempre se las arreglaba para que no lo viese: se quedaba acurrucado en su escondrijo hasta que juzgaba que había llegado el momento de aparecer y hacerle gritar del susto.

No obstante, ahora frunció el ceño y dio un pequeño respingo, como si se le hubiese ocurrido algo de pronto, se puso las manos en el regazo y se inclinó hacia delante, con la vista fija en su hija. La joven seguía en el antepecho, dándoles la espalda, inmóvil en una postura rígida, extraña y antinatural, como un alumno rezagado a quien han castigado cara a la pared por su pereza y han advertido que no se mueva si no quiere sufrir un castigo peor. De todos modos, cuando su padre la llamó, y le pidió que volviera a la mesa, ella no dio ningún indicio de sentirse felizmente liberada, sino que al contrario volvió con aparente reticencia, sonriendo con el cuidadoso esfuerzo de un actor de una obra de teatro antigua a punto de empezar que se coloca la máscara de escayola correspondiente a su papel. Osmond le tendió una vez más la mano y ella se acercó y dejó que tomara las suyas en la jaula de sus dedos largos y esbeltos. Se quedó de pie a su lado, mirando muy seria el rostro iluminado y radiante de su padre. Entretanto, su tía observaba esa nueva pantomima con un *moue* de desagrado, consciente con una punzada de que estaba siendo excluida a propósito; era como si su presencia misma se hubiese cancelado, como si hubiese desaparecido de la acción, como un cadáver escénico, visible pero inconsecuente, de quien se pidiera tan solo que no se moviera y que intentase no respirar.

—Dime, ¿qué te parecería —le preguntó Osmond a su hija— si te enviase a Inglaterra a visitar a mi amigo y pasar tal vez una temporada en su casa de campo?

—¿Qué amigo, papá? —preguntó la chica en tono mecánico.

¡Ella lo sabe!, pensó la condesa con un lúgubre escalofrío. Conoce, o al menos ha adivinado, el astuto plan que Osmond lleva tramando todo este tiempo.

—Pues lord Lanchester... ¿quién si no? —exclamó riéndose Osmond—. Te propongo ir de visita a Fernley Hall, está en Kent, no sé si sabes dónde está, para que puedas ver los Boningtons. Creo que entre ellos están los originales de dos o tres que se reproducen en el volumen que te regalé —movió la cabeza de buen humor—. ¿No te apetece verlos, en carne y hueso, por así decirlo?

—¿Me llevarías tú? —la chica sonó al mismo tiempo esperanzada y temerosa.

—¡Oh, no, yo no! —dijo su padre, con otra risa alegre y desdeñosa.

—Pero, papá, nunca he ido a ninguna parte —se quejó la chica con espantosa sencillez.

—¡Ah, pero no estarías sola! —replicó Osmond—. No me cabe duda de que podríamos encontrar a alguien que te acompañara, alguna acompañante —ni siquiera

miró en dirección a su hermana, aunque ella lo observaba con los ojos entornados, con una mirada tan penetrante como el rayo de un cristal ardiente—. Seguro que te gustaría el viaje —dijo, dirigiéndose todavía a su hija— y además aprenderás mucho —ahora por fin se permitió volverse hacia la condesa—. ¿No opinas lo mismo, Amy? —preguntó. Ella notó el regodeo detrás de la insípida inocencia de su mirada. No pudo responder, y Osmond volvió una vez más el rostro hacia su hija, que seguía mirándolo con una expresión vidriosa y fascinada, inmóvil y al mismo tiempo casi temblorosa—. Incluso podrías hacer alguna visita más, Lanchester es un hombre poderoso en Inglaterra... —se produjo entonces una cesura, breve como cuando se toma aliento, mientras el nombre de otro aristócrata inglés flotaba un instante en el aire sobre la mesa— y no me cabe duda de que estaría encantado de presentarte en otras casas tan majestuosas como Fernley y con muchos cuadros maravillosos que contemplar.

La condesa, fascinada como estaba por la sinuosa y gradual exposición del sórdido plan de su hermano, no pudo sino admirar la sigilosa habilidad con que, para sus propios fines, estaba convirtiendo a Pansy en una antigua entusiasta del arte.

—Los hijos de los caballeros ingleses —siguió diciendo Osmond— acostumbran a hacer el Grand Tour por el extranjero, así que ¿por qué no corresponder enviándote a hacer un pequeño viaje por Inglaterra? Además, cariño, Inglaterra sería preferible al convento, ¿no crees? —sus dedos continuaban rodeándole las manos, y ahora se las apretó para animarla—. Muy muy preferible, estoy seguro de que opinas lo mismo.

La joven no dijo nada más, y por unos instantes Osmond mantuvo el *tableau* que formaban los dos, uno sonriendo hacia lo alto y la otra mirándolo muda y perpleja. Entonces despidió con amabilidad a su hija, y le pidió no se entretuviera mucho en pensar qué le haría falta para el inminente viaje, que con su típica desenvoltura parecía haber dado ya por sentado, como si lo único que faltase fuese llenar los baúles y llamar a una silla.

XXII

Después de que Pansy se marchara a su cuarto, se produjo un largo intervalo de silencio entre las dos personas que quedaron en la mesa, un silencio muy plácido para una de las partes y punzante como un chillido para la otra. La condesa se sentó con la espalda muy recta y la cabeza alta sobre el cuello pálido y delgado —otro de los atributos físicos que a menudo comentaban con aprobación sus admiradores— mirando hacia delante, sin ver nada más que la astucia insolente de su hermano. La broma que le había gastado era evidente: la había asustado llamándola cuando menos se lo esperaba, sabiendo que pensaría que iba a reñirla, luego la había tranquilizado para que se sintiera segura e incluso perdonada por su indiscreción, solo para saltar por fin sobre ella con uñas y dientes como un animal sonriente. ¡Qué inteligente, y qué despiadada y perversa su venganza! Su castigo por los pecados pasados sería tener que cuidar de su hija una larga temporada, cuya posible duración ella aún no había tenido el valor de pararse a considerar. La antipatía que le inspiraba su sobrina era muy leve —a la pobre apenas podía tenérsela en cuenta— pero podría verse alterada con una exposición prolongada a la personalidad vacua y apática de la joven. La condesa se imaginó recorriendo los salones de Inglaterra arrastrando a esa gris criatura tras ella como algo que se le hubiese pegado en el talón del zapato, o como cuando perdías en ese horrible juego al que jugaban en Inglaterra, cuyo objeto, por muy vacuo y deprimente que parezca, era enganchar una hoja de papel en la parte de atrás del vestido como si fuese una cola de burro. Sí, se burlarían de ella, la compadecerían y les molestaría su presencia en idéntica medida; los ingleses tenían un don para burlarse de cualquiera del modo más implacable sin cambiar de gesto. ¿Y qué haría Gemini, qué diría, cuando le contase que su hermano le había ordenado ir a Inglaterra, durante quién sabe cuántas semanas o meses, para ser la tutora y casamentera de su desventurada y, al parecer, de pronto superflua hija, mientras la joven completaba su tortuoso peregrinaje de una gran casa a otra? Estaba segura de que su marido no le daría dinero —Gemini nunca le daba dinero— e, incluso si arrojaba unas monedas a sus pies, ella no tenía intención de gastar ni un céntimo de su bolsillo en ese calculado capricho de su hermano. No: tenía que conseguir que Osmond pagara hasta el último gasto de ese viaje, desde dos o tres caros vestidos para ella hasta los imperdibles necesarios para que los trapos de su sobrina no acabaran cayéndose por fin.

Había sentido un toque de lástima, una levísima pulsación en las cuerdas de su alma, al oír el grito quejoso de Pansy —«¡Nunca he ido a ninguna parte!»—, pero, después de todo, ¿acaso no podría decir ella lo mismo? Los sitios donde había estado podían contarse con los dedos de su enguantada mano derecha —enguantada y

mugrienta, como comprobó con un suspiro irritado: la preciosa colina de Osmond era tan sucia y polvorienta como cualquier otro sitio en este país incorregiblemente sucio e inexplicablemente alabado—. Sin duda, en Estados Unidos la habrían tomado por la típica expatriada y por un «espécimen» internacional, pero ¿qué sabían en Estados Unidos? Hasta ahora había vivido confinada de un modo horrible. Lágrimas de rabia y resentimiento asomaban a sus ojos cuando pensaba en lo que podría haber hecho y en dónde podría haber ido... en dónde podría haber vivido, en el sentido más amplio y rico de lo que significaba *vivir*. Baltimore era su ciudad natal, pero no un «sitio» en el sentido en que lo había dicho Pansy cuando afirmó que no había ido a ninguna parte, y Nueva York, donde cuando todavía era Amy Osmond la habían enviado a «aprender», como había dicho en tono amenazador su padre, solo era en su recuerdo el estrépito de los tranvías, el olor a caballo, un aula fría en la calle Catorce, el brillo de las gafas de su profesora la señorita Sweeney y el movimiento de su nariz larga, fina y purpúrea, cuando esa solterona marchita, natural del condado de Cavan, levantaba la regla por encima del hombro antes de bajarla de pronto con un doloroso golpe sobre los nudillos llenos de sabañones de su alumna recalcitrante. En París había conocido a su conde, cuyo título la había cegado tanto como le había repelido su persona atezada, contrahecha y sudorosa. Estaba en la ciudad junto al Sena con una prima aburrída y el marido aún más aburrído de la prima, este último había hecho que Gemini, a pesar de su mirada furtiva, su labio superior brillante y sus manos extrañamente sebosas e infantiles —él se tenía por un auténtico Bonaparte— pareciera al menos aceptable por sus modales y su porte. La había cortejado una semana, con su inglés inexacto, cómico y serio, y un mes después se habían casado, para consternación de su familia, irritación de su hermano —en esa época vivía en Nápoles y no le gustó que su hermana se «abalanzara sobre él», como tuvo a bien expresarlo, casándose con un italiano y yéndose a vivir a Italia— y también para su propia intuición de que no había despertado a la callada realidad de la luz del día sino al cegador resplandor de una pesadilla consciente.

—¿Qué, Amy? —dijo su hermano, interrumpiendo su ensoñación—. ¿Es que no tienes ninguna palabra de gratitud por el espléndido panorama que acabo de exponer ante tus ojos? ¡Piensa en las oportunidades que te ofrecerá Inglaterra... en las aventuras que tendrás! Te gustan las aventuras, lo sé; eres famosa por eso. Admito que tal vez haya sido un poco brusco al exponerte el plan, pero te aseguro que llevaba un tiempo pensándolo, primero en Roma y luego aquí, en el viejo Bellosguardo...

—Donde has urdido tantos de tus siniestros planes —lo interrumpió su hermana con amargura.

—¡Oh, vamos! Te lo habría dicho antes, pero estaba en Roma, y luego aquí, mientras tú estabas... —hizo un gesto desdeñoso hacia el valle cubierto de calima— ahí abajo.

Enganchó los pulgares en los bolsillos del chaleco bordado —incluso él, el más tradicional de los caballeros, se permitía cierta relajación en el vestir en verano y

cuando estaba a salvo por encima de la ajetreada ciudad— y apoyó los pies con los tobillos cruzados sobre el reposapiés de la mesita; era, pensó indignada su hermana, la viva imagen de la tranquilidad y de la satisfacción consigo mismo.

—Mi marido pondrá objeciones —observó ella.

—¿Tu marido? Tu marido me trae sin cuidado... y a ti también, así que no finjas —posó los ojos en ella un momento con una fría sonrisa—. No intentes obstaculizarme en esto. No soy hombre al que convenga ponerle obstáculos.

La condesa apartó la mirada, tensando las ventanas de la nariz e inclinando la cabeza a un lado, como un niño en la mesa, rechazando la cuchara con gachas que le ofrece la niñera. Su vestido, de una tela pálida y vaporosa, tenía bordadas flores de batista rosa, que cuando se enfadaba aleteaban como mariposas en un arbusto.

—Ya está todo dispuesto —prosiguió Osmond, mirándose las botas polvorientas—. He telegrafiado a Lanchester, que ha contestado enseguida, diciendo que estará encantado de recibir a mi hija y a su tía en Fernley Hall; podéis quedaros todo el tiempo que queráis.

La condesa hizo un leve movimiento rígido y airado, sin dejar de apartar la mirada.

—¿Y qué, si puede saberse, hay en Fernley Hall —preguntó en tono distante y comedido—, aparte de la veintena de cuadros de este pintor que supuestamente admiras tanto?

—Hay —dijo Osmond— un hijo... un hijo en edad casadera.

La condesa tuvo el aplomo de responder a esto con una exclamación de protesta ante la arrogante jactancia de su hermano, tanto por pensar que lord Lanchester estaría dispuesto a poner a su heredero en las garras de Osmond —Pansy era la parte menos importante de la transacción— como por creer que ella se avendría a facilitar su sórdido plan haciendo de casamentera. Hizo una pausa, presa de una sensación que al principio no pudo identificar, aunque mezcladas en ella había sorpresa, perplejidad y un curioso desasosiego. Luego comprendió que era, sencillamente, vergüenza. No había hombre de mayor contención que su hermano; incluso de joven había acallado la natural impetuosidad de la juventud. Siempre se había enorgullecido de sus reservas, de su capacidad para ocultarle al mundo sus deseos y necesidades más íntimos. Se había convertido en la imagen de sí mismo que había creado hacía mucho tiempo: el hombre y la máscara se habían fundido, al menos hasta donde el mundo podía apreciarlo. ¿Qué había ocurrido ahora para que demostrara tanta transparencia? Un año, seis meses, seis semanas antes, no le habría revelado sus cartas con tanta... sí... con tanta desvergüenza como había hecho hoy. Su hermano tenía muchos atributos que a ella le habría gustado contener o suprimir, pero su calma y su reserva no eran uno de ellos, por muy siniestros que pudieran parecer a veces. Cuando lord Warburton puso los ojos en Pansy en el Palazzo Roccanera, su padre había sido un modelo de compostura y discreción, incluso cuando el lord se fue y dejó a la joven con su absurda e infructuosa pasión por Edward Rosier. En cambio, la cruda

impaciencia del padre por ver casada a su hija, con el hijo de lord Lanchester o con otro —con cualquier otro, por lo que parecía— era tan vulgar como sorprendente. ¡Osmond vulgar...! Nunca había creído ver a su hermano rebajarse a ese mal gusto. El espectáculo la inquietó y sintió no poca vergüenza por él. ¿Sería la carta de su mujer la que había obrado esta transformación? Sin duda sería algo temporal. ¿Habría en ella alguna amenaza que le había producido un ataque de pánico y le había hecho perder su temple por lo general tan imperturbable? Le había contado que le había reclamado a Pansy, pero ¿había amenazado con llevarse también el dinero que era de ella? A Osmond no le sería difícil hacer valer sus derechos con su hija e, incluso si le obligaran a dejarla al cuidado de su madrastra lo haría, siempre que pudiera sacar algún beneficio; pero el dinero, ¡ay!, el dinero era una cuestión muy distinta. Durante años, en una educada pobreza, había convencido al mundo, o a la mayor parte de él —la parte más importante— de su sublime indiferencia a Mammón y a todas las cosas supuestamente buenas que ese semidiós dorado podía ofrecer, pero su hermana sabía lo doloroso que era para él ser pobre, un dolor que su pose de hombre de gusto impecable que desdeñaba el dinero no podía ocultar del todo. Si su mujer lo abandonaba y se llevaba su fortuna, volvería a convertirse en el refinado don nadie que había sido antes de casarse con ella y con su dinero. Era, su hermana estaba convencida, esta espantosa e insoportable posibilidad la que lo hacía tan irreflexivo, tan transparente, tan temeroso.

Osmond estaba observando a la condesa con el rabillo del ojo; ¿habría adivinado que ella había adivinado el motivo oculto de su repentina inseguridad? Siempre había tenido una inquietante habilidad para leerle el pensamiento.

—Así que estás decidido a casar a tu hija con un lord —dijo—. No será tan fácil como imaginas.

—Tengo total confianza en tu habilidad en ese campo —respondió con frivolidad Osmond.

—Si con eso te refieres a mi reputación como mujer que sabe engatusar a los hombres —replicó ella con deliberada crudeza—, te diré, aunque es tan evidente que no debería ser necesario, que ni yo soy Pansy, ni desde luego ella es yo.

—Bueno, tendrás que esforzarte —dijo con enérgica animación—. Y te agradecería —prosiguió— que suavizases esa mirada amarga, y dejaras de fingir que no estás encantada con la idea de viajar al extranjero. No me cabe duda de que disfrutarás todo lo posible.

Ella apartó la mirada y se mordió el labio. Era cierto, no podía negarlo, ni a él ni a sí misma: la idea de pasar lo que quedaba del verano en Inglaterra, y tal vez prolongar su estancia hasta el otoño, le causaba una emoción y una ilusión irresistibles.

—Y no temas —continuó Osmond—, no hace falta que hables con ese mastuerzo de marido tuyo... yo te daré el dinero.

—¿Ah, sí? Pero ¿de quién será ese dinero?

Una vez más, se interrumpió, asustada por lo incauto y afilado de su lengua. Osmond, con el ceño apenas fruncido, se estaba mirando las botas, que seguían encajadas sobre el reposapiés de la mesa que tenía delante.

—Ahora quiero que vuelvas a casa —dijo—, informes a Gemini de mi generosidad al enviarte a lo que serán, después de todo, unas largas vacaciones, sin otra obligación que cuidar de mi hija, y que a continuación des instrucciones a tu doncella para que empiece a empaquetar las cosas para el viaje —ella hizo ademán de protestar, pero él levantó una mano—. Nos causaste un grave daño a mi matrimonio y a mí. Alégrate de que te permita salir tan bien librada... mejor que eso.

La condesa soltó un bufido nada femenino y levantó la cabeza.

—¡De verdad, Osmond, me tienes harta!

Osmond asintió con la cabeza como si lo hubiese dicho en broma.

—Mejor debería tenerte alerta —dijo, y sonrió complacido con su respuesta.

—¡Oh, eso también! —respondió su hermana, en un tono de cansada resignación.

Se puso en pie, cogió su sombrilla y tiró de una o dos de las flores del vestido, como para refrescarlas. Los dos volvieron en silencio a través de la casa. Osmond iba mirando al suelo y había vuelto a meterse las manos en los bolsillos. Al salir a la *piazzetta*, sorprendieron al cochero de la condesa, con su librea raída, haraganeando en el banco de piedra que había a lo largo de la tapia y fumando un cigarrillo, que, al ver la mirada airada de la condesa, tiró al suelo con aire culpable y pisó con la punta de una bota marrón muy rozada. Fue a toda prisa al carruaje y se colocó entre los dos caballos, sujetándolos del ronzal para tranquilizarlos, mientras su señora, con la ayuda nada entusiasta de su hermano, subía el escalón y se instalaba en el asiento de cuero negro a la sombra de la capota. Era el momento de soltar la sorpresa que había guardado todo ese tiempo.

—A propósito —le dijo a Osmond, poniéndose los sucios guantes de muselina, y mirándolo con una sonrisa que era más bien una mueca—, no eres el único que ha recibido una carta de una dama viajera.

—¿Ah, no? —respondió él, y una luz recelosa asomó a sus ojos.

—Sí... me ha escrito Serena Merle.

—¿Y cómo es posible? —se quedó mirándola con fijeza—. Tenía entendido que iba camino de Estados Unidos, si es que no se encuentra ya allí.

—No, no, ha cambiado de opinión, o le han hecho cambiar. Lo cierto es que va a volver a Italia y pronto llegará a Roma.

Osmond estaba decididamente ceñudo.

—¿Roma? Pensaba que nos habíamos librado de esa mujer.

—Pues no. Vuelve para quedarse... a vivir.

—¿A vivir en Roma?

—A vivir en Roma.

El cochero había ocupado su sitio en el pescante y tenía preparado el látigo.

—¿Cuál ha sido el motivo de tan extraordinario *volte-face*? —preguntó Osmond.

—No cuál, sino quién —respondió su hermana con frivolidad, mirándolo con una expresión dulce y vengativa.

—¿Quién entonces, quién la ha convencido? —preguntó Osmond en un tono que rebosaba ira y malos presagios.

—Pues tu mujer —dijo ella, luego se inclinó hacia delante y le dio un golpecito al cochero entre los omoplatos con la punta de la sombrilla—. *Andiamo!*

XXIII

El Palazzo Crescentini no guardaba proporción con el estrecho callejón —con el nombre de una famosa familia de guerreros del Quattrocento— y habría podido decirse que lo dominaba si su mole parda e imponente hubiera podido verse por entero. Sin embargo, encajado como estaba entre un montón de edificios casi igual de grandes y con un vecino enfrente que se hallaba a una distancia de casi dos brazos alargados —era inevitable pensar en unos amantes sentenciados cuyas familias estuviesen enfrentadas por rencillas inmemoriales, anhelándose en vano desde los balcones, con las puntas de los dedos destinadas a no tocarse nunca— se ofrecía a la vista del viandante empequeñecido como la fachada torcida y prominente de una fortaleza urbana, o incluso de una temible prisión. Gruesos barrotes negros, como otras tantas lanzas pulcramente alineadas, protegían las ventanas, mientras que la puerta principal estaba tachonada con puntas de hierro que podrían haber sido puntas de flechas de ballesta clavadas desde dentro en la madera. El interior de la mansión cumplía con las expectativas —o sería mejor decir con la seria amenaza— de su aspecto exterior. Los salones eran despiadadamente cuadrados, altos y oscuros, y daban la sensación de llevar siglos sumidos en una meditación altanera y malhumorada. No obstante, a medida que te adentrabas en la casa, ibas reparando en un creciente resplandor, como el de la legendaria luz al final del legendario túnel, hasta que por fin llegabas a ver, a través de una serie de ventanas altas y triunfales, un jardín en el que abundaban las plantas de numerosos matices de verde y oro, de azul e índigo, de rosa afelpado, blanco aterciopelado e incontables tonos de rojo rosáceo, donde ahora, en verano, la pura luz del día era un resplandor suave y constante e incluso las sombras parecían luminosas. Fue a estos deslumbrantes recintos donde el criado que le había abierto la puerta condujo a la señora Osmond. Ella se quedó un rato en silencio delante de los grandes ventanales, contemplando la suntuosa profusión del centro del jardín. Le alegró reconocer, colgada entre dos antiguas higueras en un rincón soleado al lado de una pared parda de cálidos ladrillos, la hamaca de lona donde a su primo Ralph le gustaba dormitar las tardes de verano, sin que le molestara el calor abrasador del sol romano golpeándole a través del moteado follaje. Con la mirada del recuerdo pudo verlo incluso ahora, con la camisa arremangada y desabotonada sobre el hueco oscuro de su pecho alarmantemente hundido. Aunque su madre había convertido más o menos el *palazzo* en su hogar permanente, Ralph nunca había querido pasar más de una semana o dos al año con ella. En uno de los numerosos pisos superiores había un apartamento —Isabel nunca había estado en él y ni siquiera estaba segura de su ubicación exacta— que siempre había estado reservado como cuarto del *signorino*; tan fúnebre era esta habitación,

según le había contado Ralph a Isabel, que cada noche, cuando se tumbaba a dormir en la cama con dosel, tenía la sensación que lo habían tendido allí y de que su camisa de noche se convertía en una fría mortaja encerada y la cama misma en un féretro.

Isabel suspiró ante estos tristes recuerdos de su difunto primo, se apartó de la ventana y se sentó en la que le pareció la menos incómoda de las numerosas sillas que había en la sala. Contando con que la tía Lydia, según la costumbre de toda una vida, la haría esperar hasta bien pasada la hora concertada para su visita, Isabel había llevado consigo un libro, un pulcro volumen de letra apretada de los ensayos del señor Emerson, que sacó y abrió por el lugar, señalado con una cinta, donde lo había dejado la última vez. No obstante, apenas llevaba leídos uno o dos párrafos de las meditaciones del sabio sobre la personalidad y el genio del poeta Goethe, cuando su imaginación se desvió irresistiblemente hacia sus propias preocupaciones. Recordó que ya había estado sentada así, en un lugar y unas circunstancias muy diferentes, aunque con un libro no menos ejemplar abierto sobre sus rodillas, la primera vez que se encontró con su tía, o, mejor dicho, que su tía se encontró con ella, en Albany aquella tarde lluviosa hacía poco más de media docena de años. Y de pronto, de manera inevitable, la antigua cuestión se esforzó por aflorar, de modo que tuvo que volver a empujarla hacia abajo con fuerza, como con el borde de la mano, la cuestión, esto es, de qué habría sucedido si su tía no la hubiese encontrado ese día y no le hubiese propuesto llevarla consigo a Europa a una vida nueva e infinitamente más rica de la que jamás podría haber tenido en Albany, pero no, se dijo, no, no volvería a someterse a sí misma a ese interrogatorio tan engañoso y desalentador con el que se había atormentado estas últimas semanas.

Se le hizo raro volver a estar en Florencia; la verdad es que su estado de ánimo esa mañana era tan vago e indeciso que se le hacía raro estar en cualquier sitio. Apenas hacía dos meses que se había ido de Italia, pero las pruebas y tribulaciones que había padecido eran tan numerosas y trascendentales que apenas se reconocía a sí misma, y parecía una especie de Rip van Winkle, alguien, esto es, que había envejecido mientras el mundo seguía tan joven como la última vez que lo había visto. Había retrasado su regreso tantas semanas como le había parecido aceptable, viajando en un amplio y lento bucle que se extendió hacia el este desde París para atravesar las tierras del sur de Alemania y luego desviarse hacia el sur rumbo a Ginebra y más allá de los pasos alpinos, hasta que un día reparó con un sobresalto en que su marido podía pensar que lo que la estaba demorando tanto tiempo en el extranjero era que le tenía miedo; eso bastó para avivar sus pasos y, en Milán, subió a bordo de un tren con destino a Roma. En Florencia, no obstante, cambió de idea, o algo la había hecho cambiar de opinión, no lo sabía, y a pesar de las protestas de su doncella —Staines desaprobaba hasta la menor alteración del más rudimentario de los planes—, salieron, en plena mañana, de la estación atronadora y reverberante de Santa Maria Novella a una ciudad que estaba ya cubierta de un palpitante y apenas respirable miasma de polvo y calor. Solo entonces pensó de verdad en preguntarse por qué, contra toda

lógica, había escogido detenerse aquí en lugar de seguir directa a Roma. No temía a su marido, ni la confrontación con él, que sin duda le aguardaba en el Palazzo Roccanera; al contrario, la idea le producía una penetrante y casi narcótica sensación de calma, que la intrigaba tanto como la complacía. Era como estuviese cayendo, igual que a menudo creía caer en sueños, despacio, y en cierto sentido con cuidado, empujada por vientos suaves y sostenida solo por una especie de sedoso vacío. No podía explicarse este extraño y mudable estado de tregua, excepto para considerarlo una suerte de recompensa que se estaba otorgando a sí misma, pero ¿qué había hecho para merecer que la recompensara nadie? ¿O sería que esta serenidad le había sido concedida como recompensa por algo que no había hecho, en concreto eso de lo que había desistido, es decir, de vengarse de madame Merle por las enormidades que esa señora había urdido contra ella? Podría haber anunciado al mundo la historia escabrosa de la vileza y la perfidia de esa mujer, pero no lo había hecho, y su espíritu, aunque solo fuese por ese acto de contención, estaba en paz.

No obstante, tenía que admitir que había varias cuestiones prácticas e inmediatas a las que debía enfrentarse. Había dado instrucciones a Staines de que depositara los baúles y las bolsas en la consigna de la estación, mientras ella iba a un café en la cercana Via della Scala y pedía un sencillo desayuno tardío a base de café y bollos; aquí podría al menos tener un poco de sitio para reflexionar y hacer planes para el día o los días siguientes. Sin embargo, no necesitó mucha reflexión para comprender que no se le iba a ocurrir ningún plan, pues toda su atención había estado centrada en Roma y en lo que la esperaba allí; al detenerse en Florencia había hecho una interrupción arbitraria en la que, si se regodeaba demasiado, disiparía sin duda sus energías y disminuiría la fuerza de su determinación de poner fin a la hasta ahora aparentemente insoluble crisis que se había producido en su vida. Había escrito a su marido desde París con sus propuestas e informándole de lo que consideraba las mínimas concesiones para firmar una tregua en la guerra no declarada en que había degenerado su matrimonio, ¿no debería ahora enfrentarse a él y ponerle la pluma y el pergamino en la mano para exigirle que estampara su firma y su sello en el tratado de paz? ¿O es que temía, después de todo, enfrentarse a él y no se atrevía a admitirlo ante sí misma? Pero, en ese caso, lo que la asustaba no era tanto su marido o lo que pudiera hacer o decir, sino algo mucho más horrible, una especie de masa informe e inmanejable, como una bola de fango coagulada, con ramitas, espinas y trozos de hojas pegadas, que había rodado por la ladera de una montaña y se había detenido, repulsiva e inevitable, a sus pies. Había pensado evitar lo peor de la suciedad del mundo, pero aquí estaba, esperando a que lo recogiera con sus propias manos y lo llevase consigo allí donde fuese.

Apenas había sido consciente de sus intenciones cuando se puso apresuradamente en pie, salió del café, llamó a un coche y se encontró de pronto, perpleja y aturdida, ante la imponente puerta de su tía Lydia en los vermiformes y estrechos confines del

vicolo degli Albizzi. ¿Para eso se había detenido en Florencia, para consultar a la única persona que sabía que le diría incluso las verdades más crudas?

Ahora, ensimismada en la brillantez de la sala del jardín, sus pensamientos, o lo que quedaba de ellos, se interrumpieron por el leve ruido de una puerta al abrirse detrás de ella. Cerró el ya olvidado volumen de ensayos, lo dejó a un lado, se levantó de la silla y se volvió para saludar a su tía. La señora Touchett llevaba un vestido de delicado satén negro sin adornos con el cuello alto y los puños abotonados. La severidad de su atuendo solo la aliviaba, y muy poco, un par de brillantes quevedos suspendidos de una cadena de oro en torno al cuello. Se le notaban menos los efectos del duelo que la última vez que Isabel la había visto, después de la muerte de Ralph, de pie, impávida en la puerta de Gardencourt, mientras el carruaje de Isabel se alejaba hacia la estación bajo un chubasco veraniego e incontables y minúsculos arco iris, un gesto de despedida y consuelo, quiso pensar Isabel, que le enviaba su querido y difunto primo.

—Así que has vuelto —dijo la señora Touchett—. He oído que toda Roma apostaba a que no lo harías.

Isabel siempre había sido incapaz de decidir si la habitual brusquedad de la anciana era intencional y deliberada, o solo el resultado de que el mundo o lo que pudiera opinar el mundo de ella le importaba un bledo. Quería creer que era lo segundo, pero en ocasiones como esta, cuando la primera observación de su tía era casi para compararla con un caballo de carreras o a la sucesión de todas sus desdichas con una carrera de obstáculos, dudaba de si también esta persona, como tantas, tantísimas otras, no guardaría en su interior una profunda sima de venganza y rencor, y su pose de indiferencia no sería más que una protección camuflada con mucha inteligencia.

—Buenos días, querida tía —dijo Isabel con irónica formalidad.

En su persona la señora Touchett parecía igual que siempre —para Isabel nunca cambiaba—, excepto que, en cierto modo, parecía hueca, como si la hubieran vaciado y no tuviera peso, igual que una réplica de sí misma hecha con un papel fino y traslúcido cuidadosamente recortado; además llevaba un bastón, aunque en su mano pálida y nudosa parecía no tanto una ayuda para andar como un utensilio amenazador.

—No te esperábamos —dijo—. Debo decir que está aparición tan repentina es una sorpresa.

—Agradable, espero.

—Eso está por ver.

Se observaron un momento, en guardia y sin decir nada —como dos esgrimistas, pensó Isabel, mirándose a través de la malla de las caretas—, luego la señora Touchett se adelantó, pasó de largo al lado de su sobrina y se detuvo ante una de las ventanas cuya altura y luminoso esplendor hizo que pareciese aún más incorpórea que cuando entró.

—Nunca he entendido la glorificación de la naturaleza —dijo—. Mira este jardín... tan desquiciado y dispendioso. El viejo Tonio, mi criado, se queja de que malgaste un terreno tan bueno, dice que debería arrancarlo y cultivar melones. Tal vez tenga razón. ¿Para qué sirven las flores, en todo caso?

Isabel fue a su lado.

—Sería una lástima, sin duda, renunciar a tanto color, tanto regocijo.

—¿Regocijo? —dijo la señora Touchett—. ¿Lo llamas regocijo? A mí me parece desenfreno —volvió la cabeza y escudriñó de cerca a su sobrina, levantando incluso los quevedos con la cadenita de oro para ayudarse en su escrutinio—. Estás pálida —dijo—, pálida y gastada. ¿Sufres?

—¿Por qué iba a sufrir? —preguntó Isabel, sonriendo con calma.

—Me temo que naciste para sufrir. No fue lo que pensé la primera vez que te vi, hace tanto tiempo en la espantosa casa de tu abuela en Albany.

—¿He sido una gran decepción para usted?

—No has sido grande en nada... eso es lo malo. Esperaba más de ti.

—Igual que todo el mundo, me temo.

—¿Incluida tú?

—¡Pues claro! —exclamó Isabel con una especie de triste alegría—. ¡Esperaba hacer prodigios, obrar milagros! Eso es lo malo, por eso sufro.

La señora Touchett se apartó, se sentó en el extremo de una *chaise-longue* tapizada con brocado dorado descolorido y apoyó el bastón en la rodilla. Dio unos golpecitos en el asiento.

—Ven —dijo—, ven y siéntate a mi lado.

Isabel, tras un segundo de duda, hizo lo que le pedía. Se le ocurrió que, sentadas así, la una al lado de la otra, parecían dos asistentes a un funeral, y por un momento la luz del sol que las iluminaba le pareció una burla despiadada. Su tía estaba sola en el mundo, después de perder a su marido y, tal vez de forma más lamentable, a su único hijo. El día que Ralph murió, ella le había dicho a Isabel, con toda la fuerza de su reseca vehemencia —no era de las que lloriqueaban—, que su sobrina podía considerarse afortunada por no tener hijos, olvidando, o prefiriendo ignorar, que Isabel también había perdido un hijo, aunque a una edad mucho más temprana. Isabel no pensaba a menudo en la pobre criatura, nacida débil y condenada a morir. Su padre se había tomado a mal su muerte, pero solo, sospechaba Isabel, porque le había parecido un abandono por parte del niño, y una afrenta a las legítimas expectativas de Osmond como padre. ¿O estaba siendo demasiado dura al pensarlo? Debía precaverse para que no se le endureciera el corazón como le había ocurrido a su tía con los años.

—¿Cuándo has llegado a Florencia? —preguntó la señora Touchett.

—Pues, ahora, esta mañana.

Su tía volvió la cabeza y la miró fijamente.

—¿Y has venido directa a verme? Ahora mi sorpresa es doble. Sabrás, claro, que tu marido está aquí, en Florencia —vio por el gesto de Isabel que, por el contrario, no

lo sabía—. ¡Ah, entonces no os habláis! Tan mal están las cosas entre los dos... Ya veo —Isabel asintió con la cabeza—. Bueno, ahora sabes que puedes volver tranquila a Roma y al Palazzo Roccanera. El señor Osmond ha venido a pasar el verano en Florencia y se ha instalado en su antigua morada, en esa horrible casa de Bellosguardo.

Isabel necesitó un momento para asimilar esta información.

—Es irónico —dijo, arreglándose las faldas para esbozar una sonrisa vacilante.

—¿Es esa la palabra que usarías para describir tu situación, la tuya y la de tu marido?

—Quiero decir que es irónico porque tenía pensado pedirle, con la mayor humildad imaginable, querida tía, si podía quedarme un día o dos con usted aquí en el Palazzo Crescentini.

—O sea que te has detenido en Florencia por miedo a tener que enfrentarte a tu marido en Roma, ¿es eso? —preguntó la señora Touchett, en tono astuto y complacido.

—No lo sé —respondió Isabel—. Miedo no es la palabra... No le temo. Pero pensar en él me desalienta —miró a su alrededor con el ceño fruncido—. En los últimos tiempos, todo parece desalentarme. A lo mejor es que estoy enferma.

—No estás enferma —respondió enseguida su tía—, tan solo eres desdichada.

Por un instante ninguna de las dos dijo nada, como para dejar que la afirmación de la anciana señora quedara clara. Isabel pensó en quejarse, pero para eso habría tenido que mentir; era desdichada... ¿cómo negarlo?

—Dice usted —comentó después Isabel— que toda Roma apuesta sobre mí y mis asuntos. ¿Es que me he convertido en un asunto de especulación general? ¿Qué sabe de mí la gente que tanto estimula su interés?

—Sabe que te fuiste a Inglaterra para pasar con mi hijo sus últimos días, aunque tu marido te lo había prohibido.

—Mi marido nunca prohíbe nada —respondió Isabel, sonriendo al pensar en lo prosaico que era todo. Luego preguntó—: ¿Es eso todo lo que se dice, que me fui contra la voluntad de mi marido?

—Oh, ¿cómo voy a saber todo o siquiera una parte de lo que se dice? —le espetó la señora Touchett—. Alterno en sociedad mucho menos de lo que solía. Además, se dicen tantas cosas que es un clamor ensordecedor. Y Florencia no es Roma: allí cotillean y se apuñalan por la espalda con una energía de la que ya no somos capaces aquí.

Isabel, con la mirada baja y pensativa, se alisó la tela del vestido en las rodillas.

—¿Se dice algo de madame Merle? —preguntó en voz baja.

—¿De madame Merle? ¿Qué iban a decir? Se ha ido... expulsada, eso he oído, por ti, por tu marido, o por los dos. No me interesa.

—Pues va a volver —dijo Isabel en el mismo tono callado y distante en que había formulado su pregunta—. ¿Nadie se ha enterado?

—¿Volver adónde? ¿A Roma? —los ojos de la señora Touchett centellearon como dos cuentas negras y relucientes—. ¿Por qué se molestó en marcharse, si pensaba volver? Dijeron que se había ido a Estados Unidos... que había vendido su casa aquí, ¿no lo hizo?

—Sí; cuando vuelva no vivirá aquí, sino en Roma.

Su tía miró a Isabel con una expresión de conjetura, como quien ve de pronto mañas y astucia donde hasta entonces solo había visto torpeza.

—¿Cómo lo sabes?

—Me la encontré por casualidad, en París —respondió Isabel, todavía con la mirada baja, todavía pasando la mano por la tensa seda de su vestido—. Estaba a punto de embarcarse para Nueva York, o Brooklyn, donde creo que viven aún algunos de sus familiares; sabrá que nació allí, su padre trabajaba en la marina. Hablamos. La animé a descartar sus planes y a volver a Italia para continuar con su antigua vida.

La señora Touchett pensaba que hacía mucho que nada podía sorprenderla, pero ahora por un instante se quedó boquiabierta.

—¿Que tú animaste a Serena Merle a...? —se interrumpió y tomó aliento—. ¿Puedo preguntarte cuáles fueron tus motivos para hacer algo tan extraordinario?

—¿Mis motivos? Tal como lo dice suena como si hubiese cometido un crimen.

—En Gardencourt me dijiste que madame Merle se había aprovechado de ti... esas fueron tus palabras. Las recuerdo porque me pareció que indicaban una grave ofensa. No te pregunté de qué forma te había ofendido, tengo por norma no entrometerme en los asuntos ajenos, pero supuse que tenía que ver con tu matrimonio y que la herida era profunda. Así que pensé que para ti sería un alivio verla marchar. ¿Por qué ibas a querer que volviese?

—También ella fue agraviada. No vi por qué iba a tener que sufrir ella sola.

—¡Bah! —exclamó la anciana—. Nadie es tan tolerante, ni siquiera tú —hizo una pausa—. Pero espera. Creo que lo entiendo —asintió despacio con la cabeza y entornó los ojos—. Quieres que se quede aquí para que sea una afrenta constante para tu marido... ¿es eso? ¿Lo he adivinado bien? —se reclinó un poco en el asiento—. Empiezo a dudar, señora Osmond, de si no te habré subestimado todo este tiempo.

XXIV

Durante muchas semanas, desde el día en que a Isabel le fueron revelados por fin los pérfidos secretos de su marido, una pregunta había acechado oculta, como un cepo de acero, entre los matorrales de su conciencia, una pregunta entre las muchas cuya respuesta no quería conocer y que habría preferido no plantearse siquiera. Era muy consciente —¿cómo no serlo?— del rijoso placer que la sociedad obtenía husmeando en las egregias fechorías que no tenía duda de que cualquiera que fuese humano podía cometer en cualquier momento; también sabía, no obstante, que su marido y Serena Merle eran incomparables por la inteligencia y la sutileza de su conspiración. Que la hubiesen engañado tanto y tanto tiempo no era raro —había sido la infeliz más tonta de este mundo— pero ¿a cuántos otros habían logrado ocultarles sus indiscreciones? En una de las veladas de los jueves que habían instituido Osmond y ella en los últimos tiempos —por no otra razón, como Isabel admitía con tristeza, que diluir con la presencia de otros, aunque fuese unas horas, la agobiante intimidad de su vida juntos—, había oído a alguien decir, con una áspera carcajada: «¡Oh, si lo sabe la condesa Gemini, entonces lo sabe todo el mundo!». No se había rebajado a especular a qué podía referirse el *lo* en aquel caso concreto, pues en aquel momento no le había interesado. Ahora, no obstante, la observación la obsesionaba; la oía repetida en sus sueños de noche, palabra por palabra, acompañada de la misma carcajada complacida. ¿Acaso debía creer que su cuñada había sido capaz de mantener oculto tanto tiempo —¡veinte años o más!— todo lo que sabía de los manejos de su hermano, de su antigua amante y de la verdadera paternidad de Pansy? Parecía inconcebible, excepto por un hecho muy significativo: el miedo que Osmond le inspiraba a su hermana y que era el principal componente del poder que ejercía sobre ella. Sin embargo, al final, la condesa había roto su silencio y había contado la verdad —y ese día Isabel no había dudado ni por un momento que lo que le estaba revelando era la verdad— y, lo que es más, se la había revelado justo a la persona a quien su hermano más habría querido ocultársela. Incapaz de dormir, muchas de esas noches de las últimas semanas que había pasado en Londres, en París, en Múnich y a orillas del lago Lemán, Isabel se había despertado acalorada y sudorosa, para descubrirse implorando en la oscuridad: «¿Y si, ¡ay!, y si todos lo sabían?».

¿Por eso se había levantado de la mesa del Caffè della Ferrovia y había corrido aquí, para saber por uno al menos de los espectadores de su desagradable y pequeña tragedia cuán numeroso era el público que se sentó, sin que ella lo viese, en la negrura detrás de las candilejas, observando con divertida avidez mientras ella se desgañitaba en el escenario, recitando los versos que le habían escrito, sin que ella lo supiera, dos inteligencias con un genio insuperable para el artificio creíble?

El interés de la señora Touchett por los asuntos ajenos era muy escaso. Después de aquel momento de lucidez sobre la naturaleza del inteligente golpe, como ella lo llamó, que Isabel había asestado al convencer a madame Merle de que volviera a Italia y fuese una espina envenenada en el costado de Gilbert Osmond, sus pensamientos divagaron hasta centrarse con una brusquedad que pasó de lo sublime a lo prosaico en el almuerzo. Afirmaba haber perdido el apetito en general hacía mucho tiempo, pero había una *osteria* que había descubierto hacía poco al otro lado del Arno —«De precios modestos, y donde los camareros son educados»— y adonde iba con frecuencia, y ahora sugirió que fuesen allí, aprovechando que todavía era temprano y que los turistas hambrientos no estarían aún en busca de *bistecca alla fiorentina*, que era, según la señora Touchett, lo único que pedían los visitantes a la ciudad para comer, para cenar y probablemente para desayunar si procedían de Texas, o de algún otro lugar de la frontera salvaje donde tuvieran buen apetito. Pidió que preparasen su carruaje, al que, como era demasiado ancho para pasar por el *vicolo*, tuvieron que llegar atravesando el jardín por un estrecho sendero que conducía a la cochera. A Isabel, que iba detrás de su tía, la afectaron la intensidad del calor del día y la variopinta multitud de olores que la rodearon, tuvo un vahído y por un momento temió desmayarse. Delante de ella, la señora Touchett, que tenía, a pesar de los años, la constitución y el paso seguro de un rebeco, no vaciló un instante, a pesar de que había dejado el bastón y llevaba en su lugar una sombrilla de encaje un tanto raída. Se había puesto un vestido de tul de color crema —«No sé por qué voy a molestar me en llevar luto, si la costumbre hoy en día es que cualquier mujer elegante de más de treinta años lo lleve»— y un enorme sombrero de paja, más bien viejo, con una cinta rosa descolorida y el ala caída al desgaire. Habló sin volverse e Isabel, distraída y mareada, apenas oyó lo que decía.

Isabel deseó entonces —y con la agitación del momento, fue un deseo ferviente— no haber sido tan caprichosa de detenerse en Florencia y haber continuado el viaje hasta Roma como había pensado al principio; en el restaurante pediría un horario de trenes, y buscaría uno que la llevara al sur. Luego recordó —¡se sorprendió de haberlo olvidado, siquiera por un instante!— que su marido estaba aquí en Florencia; él era el objeto hacia el que se dirigía, y por tanto no tenía necesidad de seguir hasta Roma. Sin embargo, la idea de encontrarse con él aquí en vez de en la capital era extrañamente desazonadora. Así que tal vez fuese mejor seguir viaje a Roma y esperar allí su regreso. Mas si se marchaba y él descubría que había estado aquí, daría por sentado que había huido porque le había faltado valor. No le cabía duda de que le encantaría pensarlo. Pero ¿quién podría contarle que había estado aquí y se había ido? Solo su tía sabría que se había detenido en Florencia, y la probabilidad de que la señora estuviese en contacto con alguien en Bellosguardo era muy pequeña. En cualquier caso, marcharse sería una cobardía: el Destino, que era más sabio que ella, había intervenido para ponerlos a ella y a su marido en la misma ciudad, ¿y quién era ella para burlar las astutas artimañas de la diosa?

En el carruaje, siguió sintiéndose febril y temblorosa: había un punto en la frente, entre los ojos, que le dolía con un dolor tan agudo como si le atravesaran con la punta de una aguja, y que le hizo anhelar un almohadón fresco y suave donde apoyar la frente. Una vez más dudó de si no estaría «pescando alguna cosa»: tal vez hubiese contraído una de las misteriosas enfermedades a las que era notoriamente proclive esta ciudad encajonada en su valle fluvial y que cada temporada acababan con suficientes visitantes consumidores de *bistecca* como para llenar una flota de charabanes. La señora Touchett, que consideraba todas las enfermedades que no fuesen mortales una simple falta de moderación, se sentó en el asiento del carruaje con los dedos ganchudos de ambas manos aferrados al mango de la sombrilla, viendo pasar la escena con acusado desdén; había vivido en Florencia muchos años, pero tenía pocos conocidos, y aún menos amigos, tanto en la población nativa de la ciudad como entre la amplia comunidad de expatriados anglófonos. En otro tiempo madame Merle había sido para ella el *non plus ultra* entre las mujeres, una persona con dotes, erudición y modales inigualables, capaz de interpretar a Scarlatti o de jugar a *scala quaranta* con idéntica habilidad y elegancia, la grandeza resplandeciente de cuya presencia bastaba para animar la *soirée* más aburrida, y cuyo ingenio destacaba con idéntico brillo que el del más brillante de los invitados. «Ha estado en todas partes y lo sabe todo», declaraba su admiradora y miraba a su alrededor con ojos penetrantes para ver si alguien osaba contradecirla. La puerta de Gardencourt siempre estaba abierta para Serena Merle —Ralph Touchett decía que una vez había estado enamorado de ella, aunque Isabel lo había tomado solo por otra de las bromas nómicas de su primo— y, una vez al año, las dos señoras pasaban un mes o seis semanas en mutua compañía en uno de los balnearios más exclusivos de Europa, donde los hoteleros, camareros y asistentes de baño daban por sentado que todas las cuentas debían anotarse sin hacer comentarios ni preguntas a nombre de la señora Touchett. No obstante, después de la precipitada partida de la favorita de Italia —o de su huida desesperada, como preferían llamarla algunos—, su estrella en el firmamento de la señora Touchett no se había apagado sino que había caído por el éter dejando una estela ardiente.

Las acaloradas explicaciones sobre la causa exacta de la marcha de madame Merle que sugerían los enterados en Florencia y Roma iban desde la inesperada adquisición de una mina legada por un tío buscador de oro en uno de los estados al oeste de su país natal, hasta una fuga vil, pero muy bien orquestada, de una muchedumbre de acreedores que blandían puñados de facturas impagadas y gritaban su nombre coléricos. Al mismo tiempo, quienes creían conocer mejor a la dama se contentaban con esbozar una sonrisa elocuente y darse un golpecito con el dedo en la nariz; entre ellos la palabra clave era: *Cherchez l'homme!*, pues Serena Merle, aunque no fuese muy guapa y ya hubiesen pasado sus años mejores, aún mantenía intacta la mayor parte de esa magnificencia suave y enigmática tan brillante y escarpada como el propio Cervino que todavía podía hacer que un *uomo suscettibile* pensara en enviar

al cuerno su matrimonio, e incluso su carrera, para seguir su cautivadora y fragante estela. A la señora Touchett, a quien jamás se le habría pasado por la cabeza rebajarse a tan vulgares especulaciones, le picó la curiosidad el hecho extraño de que madame Merle hubiese cambiado de idea a petición de una mujer a la que había ofendido, y hubiese aceptado volver, y no a Florencia sino a Roma, una ciudad que siempre había asegurado que le parecía fea, provinciana y zafia.

—Dime, si no te importa —le preguntó ahora la anciana a su sobrina—, de qué medios te has valido para convencerla de que vuelva... yo habría dicho que era imposible persuadir a una persona tan decidida.

Lo que se abstuvo de añadir, e Isabel lo sabía muy bien, era que no concebía cómo una persona como madame Merle se había dejado persuadir por alguien como ella.

Estaban cruzando un puente; debajo el río tenía el color y, al menos en apariencia, la textura de la mostaza rancia, una imagen que añadida al pegajoso calor de ese día y al espantoso olor parduzco de los caballos, hizo que nuestra heroína, que ya no se encontraba muy bien, se sintiera aún más mareada. Este río, tan lento y perezoso que daba la impresión de no moverse lo más mínimo, le había parecido a menudo el mejor símbolo, para ella, de la ciudad donde se había sellado su destino, y donde se había impreso en su vida la odiosa marca de agua que solo había descubierto hacía poco al mirarla contra el despiadado resplandor de la desagradable revelación de la condesa Gemini. Fue aquí en Florencia, en el Palazzo Crescentini, donde madame Merle le había presentado al hombre que, no por obra del destino, como ella había creído, sino merced a artimañas e infinitamente calculadas maniobras, acabó convirtiéndose en su marido. Sabía que era una tontería culpar a una ciudad de una desgracia que le había acontecido detrás de sus muros, pero no pudo sino arrepentirse del impulso que ese día la había llevado a interrumpir su viaje y apearse del tren en un sitio tan plagado de recuerdos morbosos. Aunque por otra parte, pensó, ¿qué era Roma, su destino original, sino el lugar donde se vería obligada a recordar la lenta y dolorosa disolución de sus ideas más queridas y sus expectativas más felices? Su hogar, el Palazzo Roccanera, tenía el nombre acertado, pues había sido allí donde se había estrellado contra la incommovible roca negra de su fracaso —el fracaso de su matrimonio, su propio fracaso, *su fracaso*— igual que la máquina de un tren de vapor que da una curva y se estrella a toda velocidad contra una roca caída en la vía.

Hasta que llegaron a la pequeña, humilde y ajetreada Osteria del Fiume, y el sonriente y orondo *padrone* las sentó en una sencilla mesa cuadrada con un mantel de cuadros blancos y rojos, Isabel no respondió por fin a la pregunta que le había hecho su tía en el carruaje un cuarto de hora antes.

—Con una amenaza y una propuesta —dijo.

A pesar del intervalo transcurrido, la señora Touchett no tuvo dificultad en saber a qué y a quién se refería su sobrina.

—Pues, si lo que cuentas es cierto y madame Merle va a volver con nosotros, sin duda fue una combinación eficaz —dijo en su acostumbrado tono prosaico—. ¿Puedo preguntarte por la dulzura de la zanahoria y la rigidez del palo? Lo último, supongo, fue un vástago de tu matrimonio.

Isabel, mirando con fijeza una jarra de agua sospechosamente turbia que habían colocado delante de ella en la mesa, tardó en responder.

—¿Mi matrimonio? —dijo en tono vago.

—Estoy dando por sentado que tu marido y Serena Merle se habían dedicado a, ¿cómo decirlo?, conspirar contra ti. ¿Me equivoco?

Isabel la miró con una expresión de profunda perplejidad, como si fuese incapaz de comprender no solo la pregunta, sino incluso el significado de las palabras con las que la había formulado.

—¿Cómo a conspirar? —preguntó.

La señora Touchett levantó los quevedos, se los puso en el puente de la nariz y escudriñó un buen rato a su sobrina. ¿De verdad sería tan obtusa, o fingía con inteligencia? Si fingía, la hija pequeña de su hermana poseía un don para el histrionismo que nadie de la familia, ni siquiera el irresponsable de su padre, había dado visos de poseer.

—A conspirar, mi querida sobrina —dijo la señora Touchett, subrayando sus palabras tanto como era posible en alguien tan austero y enjuto como ella—, como solo una mujer tan sutil y elocuente como Serena Merle y un hombre tan engreído y susceptible a los halagos como tu marido podrían hacerlo. ¿De verdad eres tan inocente? ¿Necesitas ver la letra escarlata del señor Hawthorne embadurnada sobre el hermoso pecho de Serena Merle antes de admitir de lo que es capaz? Y no vayas a pensar que eres la única; ha arruinado muchos matrimonios además del tuyo.

—Pensaba que era usted su amiga.

—La admiraba, la sigo admirando, y podría admirarla de nuevo, cuando vuelva a Italia... ¿y qué? Si eligiésemos a nuestros conocidos por su moralidad, llevaríamos una vida demasiado aislada. Debo decir —prosiguió con un gesto pensativo— que, si se instala en Roma, la veré muy poco, y tal vez sea mejor así. Pero ¿por qué a Roma?

—Esa fue la zanahoria, como usted la ha llamado, que le ofrecí —replicó sin más Isabel.

Su tía volvió a mirarla con una aguda suspicacia.

—No —dijo, por fin, negando con la cabeza—. No lo entiendo. ¿Qué hay de su conocida aversión a Roma?

—Se ha curado.

—¿Ah, sí? ¿Y con qué medicina?

—Le ofrecí una asignación... la soborné, si prefiere decirlo así.

La anciana no exteriorizó la menor sorpresa; uno de sus mayores placeres era ser inmovible y demostrarlo.

—¿La sobornaste? ¿Y con qué fin, si puede saberse?

—Con el fin de que aceptase vivir en Roma, donde su presencia será, como ha adivinado usted, un reproche permanente para mi marido y un constante recordatorio de sus viles acciones.

—¡Ah, sí!, ella será su letra escarlata para que todos la vean.

—Me da igual quién la vea o la deje de ver con tal de que él la vea.

—Dudo de que para él sea una gran penitencia.

—No quiero que piense que puede eliminar con tanta facilidad las molestias de su vida —dijo Isabel con solemne insistencia—. Además, hay detalles que usted desconoce, que desconoce todo el mundo excepto... —se interrumpió; no introduciría la ordinaria figura de la condesa Gemini en la conversación, aunque fuese solo pronunciando su nombre. Miró el mantel—. ¿Sabe si Pansy está en Bellosguardo con mi marido?

—No he oído lo contrario. ¿Por qué lo preguntas?

—La última vez que la vi, la había enviado de vuelta al convento.

La señora Touchett asintió con la cabeza.

—Se ha convertido en un auténtico padre italiano y encierra a su hija al menor pretexto. ¿Cuál fue esta vez su delito?

—Enamorarse de una persona a quien mi marido no aprobaba.

—¿Te refieres al señor Rosier? Sí, algo había oído. El caballero se dedicó a presionar a todo el mundo que pensaba que podía interceder por él. Creo que incluso lo intentó con Serena Merle. Igual que pedirle a la mujer de Herodes que intercediera por los Santos Inocentes —alzó extrañada una ceja—. Pero ¿qué te importa a ti Pansy? No te permitieron ser una especie de madre para ella, ¿no?

—Es una criatura desdichada, una criatura que sufre —dijo Isabel a su manera llana y sencilla.

Su tía se reclinó en la silla y la miró tanto rato y con tanta atención que Isabel se puso nerviosa; todavía se encontraba mal y tenía la frente caliente.

—¿Te has parado a pensar —preguntó la señora Touchett— que al lanzar así tus numerosos y compasivos dardos, alguna vez puedes errar el blanco?

Justo en ese momento apareció su anfitrión en toda la gloria de su jocosa redondez, blandiendo los menús igual que un samurái su espada. Isabel habría querido preguntarle a su tía por el significado de su curiosa pregunta —¿quién merecía más que Pansy Osmond una compasión sincera?—, pero la anciana señora había vuelto a ponerse los quevedos y estaba leyendo la *carta delle vivande* tan absorta como si se hallara al otro lado de un muro. La joven se puso la mano en la frente ardiente. No se le ocurría qué pedir —la idea misma de comer se le hacía casi insoportable— y las palabras del menú flotaron delante de sus ojos, incomprensibles como jeroglíficos. Entonces se presentó en su imaginación, como un espantoso objeto incrustado en el barro que se abriera paso hasta la superficie, un recuerdo de juventud que volvía con atroz e insistente frecuencia. Ella y sus hermanas habían ido con su padre a uno de los ruinosos y despilfarradores viajes a Europa que él hacía de forma

compulsiva siempre que se le venía en gana. Se habían detenido en una ciudad suiza o austríaca, Lucerna, tal vez, o Graz, no lo recordaba, habían ido a pasar el día a un castillo absurdamente pintoresco —pináculos, pendones, pinos— y estaban paseando por las afueras de noche de regreso a la pensión, cuando un carruaje, más pequeño que el suyo y pintado con un tono extrañamente desazonador de negro lacado y brillante salió escabulléndose como un insecto —con la tensa capota negra, era como un escarabajo que hubiese crecido de forma grotesca— de una carretera lateral y se cruzó en su camino. Los caballos se desbocaron, y por un peligroso momento dio la impresión de que el padre, las hijas y el cochero se saldrían de la carretera. El otro carruaje no redujo la marcha lo más mínimo, sino que pasó de largo rebotando sobre las ballestas. A pesar de la velocidad y la confusión del momento, Isabel pudo entrever al cochero con nitidez y, por así decirlo, en absoluta inmovilidad: fue como si el tiempo se detuviera un instante para proporcionarle una imagen muy clara de esa criatura, una imagen que se grabó para siempre en su joven conciencia. Era de talla menuda y llevaba un abrigo negro y un anticuado y rígido pañuelo blanco al cuello. Aunque se mostró con total claridad ante sus ojos, no habría podido adivinar su edad; podría haber sido un hombre de mediana edad envejecido antes de tiempo, o incluso un joven, una especie de muchacho anciano y marchito. Tenía las mejillas hundidas y la piel amarillenta y descolorida; el pelo, peinado hacia atrás para dejar la frente pálida y despejada, también tenía un tono sucio, áspero y amarillento, como unas gavillas de paja. No obstante, fueron sus ojos, negros y brillantes como el carbón mojado y encendidos con lo que a ella le pareció una alegría maligna, lo que le impresionó con más fuerza y espanto. Los dientes de abajo estaban muy expuestos, a ella le dio la impresión de haber visto el hueso en el que estaban encajados; de hecho, era como si la carne de la parte inferior de la cara hubiese desaparecido y dejara expuesta la estructura de la mandíbula que parecía tan seca y agujereada como la jibia de una sepia.

El encuentro apenas duró unos instantes, luego el carruaje siguió su camino a toda prisa igual que un insecto, y su padre maldijo al diabólico cochero y lo llamó canalla mientras los propios caballos resoplaban con la crin erizada y los ojos en blanco. Isabel estaba convencida de que la criatura le había mostrado solo a ella su rostro devastado, y que los demás no habían visto más que el abrigo, el pañuelo y el puño blanco y pequeño que blandía un látigo largo, fino y negro. Pero ella sí, ella lo había visto, y no lo olvidó, ni lo olvidaría jamás. ¿Por qué la había escogido a ella? ¿Qué había visto en ella que no tuvieran sus hermanas? ¿Y qué aterrador mensaje había querido transmitirle? Fue como si se hubiese levantado una esquina del tejido del mundo para que ella pudiera vislumbrar la oscuridad que había debajo, la oscuridad y las cosas oscuras que había siempre allí, esperando para arrastrarse afuera y aferrarse a ella, y de las que toda su luminosa complacencia no podía protegerla.

Había pedido sopa y enseguida se la sirvieron, pero de momento no se atrevió ni siquiera a probarla. Su tía la miró y le preguntó si se encontraba mal y cuando

respondió que no, que solo estaba cansada del viaje en tren, la anciana, cuyo apetito, a pesar de lo que aseguraba, era notable y constante, concentró su atención en el plato de *salume*, cuyo olor Isabel intentó no inhalar. Tenía la sensación de tener la parte posterior del cerebro rellena de lana caliente y mojada. Bebió un poco de agua, pero sabía rancia y además estaba tibia.

—¿Debo deducir por tu silencio —preguntó su tía en voz baja— que prefieres dejar la cuestión de tu matrimonio desdichado?

Isabel intentó sonreír.

—Es una cuestión, querida tía, sobre la que no hay mucho que decir. Es más, no sé si hay algo... quiero decir de mi matrimonio.

La anciana volvió a levantar la vista de la carne.

—¿Tan mal están las cosas? —preguntó, y, al no recibir respuesta, continuó—: En ese caso, ¿por qué has vuelto a Italia?

—Hay asuntos que... saldar.

—¿Incluyen esos asuntos a tu hijastra?

A Isabel le sorprendió que su tía aludiera tan pronto a Pansy, y con lo que le pareció cierta brusquedad.

—¿A Pansy? —preguntó—. ¿Por qué me pregunta por Pansy?

—¿Por qué has preguntado tú por ella y por su paradero hace un momento? —respondió enseguida la señora Touchett, igual que un gato viejo, todavía ágil a pesar de los años, saltando sobre su presa. Apoyó las muñecas contra el borde de la mesa, con el cuchillo y el tenedor en ángulo vertical. Se quedó un momento en esa postura, como si meditase, y cuando habló, su voz adquirió una pétrea frialdad—. Voy a contarte algo que no le he contado nunca a nadie. Cuando lo haga, tal vez lo lamente, y puede que tú también, pero dadas las circunstancias es un riesgo que hay que correr —hizo una pausa y volvió apenas la cabeza, frunciendo el ceño y moviendo un poco los labios, como si ensayara en su imaginación lo que estaba a punto de relatarle—. Una vez me hallé en una situación parecida a la que estás atravesando tú ahora... Al menos eso creo, a no ser que haya malinterpretado lo que me has dicho hoy, y también todo lo que no me has dicho.

XXV

Hay una verdad universal que a menudo sorprende mucho a los jóvenes y les produce la impresión de que los han frenado en seco con violencia, y es que, lo mismo que son ellos ahora, también lo fueron antes los viejos. Podemos formularla de otro modo diciendo que cada generación se considera única, y que cada nueva hornada que entra en la edad adulta cree estar disfrutando, o soportando, vivencias, descubrimientos y dificultades nuevas, singulares y exclusivas de ellos y de sus coetáneos. El mundo de los jóvenes es siempre un mundo nuevo y valeroso, poblado de gente joven y audaz como ellos. Están dispuestos a aceptar la posibilidad de que sus padres hayan vivido y amado, disfrutado y sufrido, igual que ellos, aunque de un modo más apático y desvaído, claro, y aunque a estas alturas hayan olvidado la mayor parte si no todo lo que sabían; los hijos de estos amnésicos los miran y sonríen o fruncen el ceño, según el grado de cordialidad que haya sobrevivido a los rigores de veintitantos años de vida íntima familiar, e igual que el acomodador en el descanso de la obra de teatro, les indican amables la dirección de la salida. A los viejos, a quienes los jóvenes consideran una especie prehistórica y totalmente separada, como los uros, pongamos, o las secuoyas de California, se los considera, en lo que se refiere a la experiencia, ajenos a los sucesos y tragedias de la vida diaria, mientras que su vida cuando eran jóvenes, en una época inmemorial y muy lejana, se cree que sin duda debía ser tan lenta, serena y plácida como parece serlo ahora; después de pasar de una juventud primordial a una vejez sin fricciones y carente de molestias y alteraciones, existen como inocentes periclitados, inofensivos, sin afectos, anticuados y virginales. Por esa razón, Isabel escuchó la vieja historia de traiciones, pasiones y dolor de su tía con la más profunda de las sorpresas.

La joven recordó el verano en que llegó por primera vez a Inglaterra, y las tardes tranquilas que había pasado en los grandes y cuidados jardines de Gardencourt en compañía de su anciano y, como pronto pudo comprobar con tristeza, agonizante tío Daniel, el marido de la señora Touchett. Había sido un verano muy largo y agradable, y al anciano le gustaba sentarse en la hierba en un sillón de mimbre, con una manta sobre las rodillas a pesar del calor del día, delante de la casa majestuosa y venerable de la que fingía no estar orgulloso, charlando tranquilamente con cualquier visitante esporádico que pasara por allí, o absorto con serenidad en sus propios recuerdos y pensamientos. Le había cogido afecto a Isabel desde el principio, y a menudo se les veía juntos en relajada e íntima conversación, el anciano sujetaba con las dos manos una taza grande de vivos colores que estaba reservada para él, y la joven se sentaba a sus pies sobre una manta extendida en la hierba. No recordaba mucho de lo que habían hablado, pero las horas que habían pasado juntos le habían dejado la

impresión de haber sido la beneficiaria de una profunda sabiduría donada con afecto, humor y una timidez entrañable. ¿Podía ser este el mismo hombre cuyos actos pasados, casi incomprensibles para la joven, le estaba describiendo ahora su tía?

—En esa época todavía no era banquero, solo el socio minoritario de una empresa de contabilidad en Manhattan —estaba diciendo la señora Touchett con su voz siempre adusta y mesurada—. No deshonro su recuerdo al decir que sin el dinero que yo aporté al matrimonio, y que había heredado de mi padre, que murió joven en el cénit de su éxito como inversor en el ferrocarril, la vida nos habría resultado considerablemente menos agradable. No llevábamos mucho tiempo casados, Ralph era poco más que un niño de pecho, y supongo que yo era culpable de esa complacencia a la que son proclives las jóvenes esposas.

Hizo una pausa para beber un poco de agua; para entonces ya le habían servido un plato de *ravioli del plin*, e Isabel se había obligado a tomar solo tres o cuatro cucharadas de sopa, dos veces había tenido que echar al enfadado *padrone*, que aún seguía pululando por allí, con los labios apretados y moviendo apesadumbrado la enorme cabezota calva. Pero ¿cómo iba a comer, con lo febril y acalorada que estaba y con la incredulidad que le estaba causando la increíble historia cuyos detalles le estaba exponiendo su tía?

—La mujer en cuestión le llevaba unos cuantos años —prosiguió ahora la señora Touchett al tiempo que ensartaba hábilmente uno de los saquitos de pasta con el tenedor—. Era la mujer de otro socio de la empresa. Los veíamos en sociedad de vez en cuando, a ella y al idiota de su marido... como digo, yo era joven y estaba muy absorbida con el cuidado de un niño enfermizo, pero él debería haber sido lo bastante experimentado y maduro para ver lo que estaba pasando delante de sus narices. Aunque, bueno, tal vez también tuviese sus propias preocupaciones: en esos días Nueva York era tan salvaje y sin ley como dicen que es todavía hoy el oeste de nuestro país. En cualquier caso el asunto llevaba en marcha un tiempo considerable cuando me enteré. Quizá no debería haberme enterado nunca y se habría quedado en nada, como pasa casi siempre en esos casos; creo que no era más que un encaprichamiento, un *amour fou*, aunque, claro, había de por medio un niño. ¡Oh, sí, un niño! Yo nunca lo vi, por supuesto, pero fue la causa de que Daniel me lo confesara por fin —se interrumpió, y con el tenedor en alto, se inclinó hacia delante para mirar de cerca a su sobrina—. ¿Seguro que no te encuentras mal? —preguntó—. Pareces claramente indispuesta.

—No es nada —respondió Isabel, aunque su voz sonó débil y deshilvanada—. Creo que debo de tener un poco de fiebre, solo eso.

La señora Touchett se encogió de hombros, alzó las cejas como hacía siempre que se hablaba de la salud de alguien que no fuese ella. Se había terminado la pasta y ahora estaba rebañando el aceite que quedaba en el plato con un trozo de pan sujeto entre dos dedos y el pulgar. Isabel la miró fascinada con los ojos casi cerrados como si estuviese presenciando un exótico y arcano ritual religioso.

—A esto lo llaman la *scarpetta*, la zapatilla —dijo su tía, mostrándole el trozo mojado de pan—. ¿Lo sabías? Tienen muchas palabras curiosas y elocuentes para hablar de la comida.

—El niño —la animó a seguir Isabel con un esfuerzo—, ¿qué fue de él? —Habían empezado a arderle los ojos detrás de los párpados caídos.

—¡Oh! Daniel quiso quedárselo, y criarlo como si fuese suyo. Ansiaba tener un hijo, y daba la impresión de que Ralph no sobreviviría. Ya sabes cómo son los hombres, quieren perpetuar su nombre y demás. Vanidad, vanidad y absurdo, un truco para convencerse a sí mismos de que no morirán nunca. Yo me negué a quedarme al niño, claro... ¡vaya una idea! La madre dejó a la pobre criatura en un orfanato, y se marchó con su desdichado marido a Manitoba. ¡Manitoba! No fue poco castigo, supongo, para una criatura como ella.

Apartó el plato a un lado y llamó al orondo camarero para pedirle una *tazza di cioccolata* y, para acompañar, una selección de *biscotti*. El hombre hizo una reverencia, sonrió y se marchó moviendo los dedos en un cómico gesto adulator y servil. Isabel, ante cuya febril mirada todo había adquirido un aspecto un tanto fantástico, lo observó con una especie de perplejo asombro. Su escaso pelo, con mucha pomada y de un llamativo color negro, parecía recorrer el enorme cráneo y formar un círculo perfecto pegado a la frente en la parte izquierda de la cabeza.

—Pero entonces —dijo Isabel, mirando otra vez a su tía— Ralph tiene un hermanastro, que casi seguro aún está vivo, en alguna parte.

Su tía volvió a levantar las cejas, en esta ocasión sorprendida y un poco desconcertada.

—Nunca me había parado a pensarlo de ese modo —dijo—. Y ahora que lo pienso, no me gusta la idea —en ese momento, llegaron el chocolate y las galletas que le sirvieron con mucha ceremonia a la que ella no hizo el menor caso. Estaba observando a su sobrina—. ¿No quieres saber por qué te he contado esta historia sórdida y deshonrosa?

—Me temo que lo sé —respondió Isabel en voz baja y desmayada, acallada por su desdicha. Al menos solo han metido a Pansy en un convento, pensó con una punzada de lástima y refiriéndose, claro, al padre de la joven y a su madre clandestina.

—Debes tener cuidado y actuar con cautela —dijo la señora Touchett—. A tu edad y en tus circunstancias sería muy fácil cometer un enorme error.

—Pero Pansy es... —empezó en tono implorante y plañidero, pero la anciana que tenía enfrente alzó la cucharilla con la que le había dado vueltas al chocolate y la blandió delante de su cara para silenciarla.

—Si no te importa, no quiero saber nada de la hija de tu marido... no quiero saber nada de tu marido. Una cosa es cotillear sobre alguien como Serena Merle, una persona sin la menor relevancia, por lo que he visto, pese que ella esté convencida de

lo contrario y yo misma lo creyese un día. Pero lo otro, habiendo una hija de por medio, es muy diferente.

—Pero, querida tía —estalló Isabel—, ¡no tengo a nadie, a nadie que me aconseje!

—¡Pues considérate afortunada! —replicó implacable la señora Touchett, con el gesto inexpresivo de una esfinge—. Aconsejar es sinónimo de hacer daño, y quien lo pida merece sufrir las consecuencias. Nadie puede decirnos cómo vivir, niña... ni nadie debería desearlo.

—Pero —dijo Isabel, con una sonrisita temblorosa y melancólica— ¿no habría sido mejor si hubiese hecho caso a las voces, entre ellas la suya, que hace años, cuando era poco más que una niña, me aconsejaron no hacer lo que había decidido y en contra del hombre al que había escogido como marido?

—Mezclas las palabras y confundes los términos. *Advertir* no es lo mismo que *aconsejar*. Yo te *advertí* de una persona que sabía indigna de ti... aunque, con franqueza, tampoco es que te considerase digna de gran cosa. Te advertí una vez y luego no dije más. De lo que sospecho que estás considerando ahora no tengo nada que decirte —hizo una pausa, todavía con el gesto inexpresivo—. Dices que amenazaste a Serena Merle; y, ya que lo has sacado a colación, creo tener libertad para preguntarte por la naturaleza de la amenaza. Y, antes de que respondas, permite que te recuerde que no es una mujer a quien sea fácil asustar.

Isabel se había quedado otra vez mirando un punto en el mantel y pasó un rato hasta que pudo dominarse y seguir hablando.

—Le recordé que hay cosas que, si yo quisiera, podría hacer públicas en el extranjero, en sociedad, y en aquellos sitios, incluso en Estados Unidos, donde ella podía contar con tener un refugio seguro...

—Donde puede contar con tener comida y alojamiento gratis, querrás decir —le interrumpió con brusquedad la anciana.

—... sitios donde, si yo hablase, u otros hablasen por mí...

—¡*Voilà* cierta condesa!

—... su reputación y la universal bienvenida que está acostumbrada a recibir podrían verse comprometidas.

La señora Touchett, que esperaba más y comprendió que no lo había, suspiró, movió la cabeza y encorvó los hombros delgados.

—Mi querida jovencita —dijo—. ¿En qué estás pensando? ¿Crees que Serena Merle se va a dejar intimidar por la posibilidad de ser el centro de las habladurías? ¿Crees que puedes decir algo sobre ella que no se haya dicho ya, una y otra vez?

Isabel levantó la cabeza casi con una sacudida y adoptó el aspecto de una niña a quien han presionado demasiado en el patio del colegio.

—¡Es la madre de Pansy Osmond! —estalló, y, como si no fuese solo una variación sobre el anuncio que acababa de hacer, sino una extensión del mismo, añadió—: ¡Pansy es su hija!

Si esperaba que esta revelación produjese un efecto tremendo, como así era sin duda, le sorprendió que por el contrario, y para su perpleja consternación, no causase ninguno, tan solo sirvió para que la señora Touchett la mirase con gesto compasivo.

—Y Mamie Winthrop —dijo entonces su tía— era la madre de lo que has llamado el hermanastro de mi hijo, y se marchó a Manitoba y, por lo que sé, vivió allí tan tranquila con el estúpido de su marido —hizo una pausa y miró la taza de chocolate, como si también ella, igual que su sobrina, fuese a decir algo fastidioso—. Dime una cosa —prosiguió—, ¿cuántos conocidos de Serena Merle, pues dudo que tenga verdaderos amigos, crees que se escandalizarán o siquiera se sorprenderán al saber que fue amante de tu marido y la madre de su hija? El mundo, nuestro mundo, toma lo que le interesa de la gente, compañía, diversión, entretenimiento, y pasa por alto lo demás. Creíste que Serena Merle era tu amiga y tu mentora, te la llevaste contigo en tus viajes por medio mundo, pagando hasta el último centavo, no me cabe duda. ¿Pretendes que me crea que, en todo ese tiempo y a lo largo de todos esos kilómetros, ni una sola vez entrevistaste una faceta suya menos pulida que la que presenta con extremada habilidad al público?

—¿Por qué no iba a tomarla por lo que parecía? —imploró la joven, retorciendo angustiada y agitada la servilleta—. Todo el mundo cantaba sus alabanzas y decía que era una maravilla. Incluso Ralph me confesó que había estado enamorado de ella una vez —aquí la señora Touchett soltó un despreciativo «¡Ja!»—, y usted misma decía que no había nada en el mundo que no supiera y que no fuese capaz de hacer.

—¿Y acaso no estaba en lo cierto? ¿Es que no has descubierto, a tu costa, que no hay nada de lo que no sea capaz?

—¡Ah, usted no lo decía en ese sentido! —gritó en voz baja la joven, pues a lo largo de la conversación la mujer casada había vuelto a convertirse en una muchachita no muy crecida, indefensa, perdida y sola—. No lo dijo para advertirme.

—En aquel entonces no sabía que necesitases advertencias. Ya te dije hace un tiempo que en esos días, cuando vi que te habías convertido en un destello en los ojos calculadores de Osmond, tu madame Merle me aseguró que, si hubiese el menor peligro de que el destello se convirtiera en un fuego, ella misma se encargaría de apagarlo.

Isabel saltó en el acto.

—¡Y usted la creyó! —casi chilló—. ¡Se dejó engañar con tanta facilidad como yo!

—¡Yo nunca me dejo engañar con facilidad! —dictaminó en tono magistral la señora Touchett—. Que me engañara de forma tan calculadora, en esa ocasión, solo prueba la habilidad de esa mujer...

—¿... para mentir?

—¡... para disponer las cosas en su propio beneficio, y en el de los pocos a quienes ella decide favorecer! —se interrumpió y dejó pasar unos instantes en los que contempló con frialdad a la desdichada criatura que tenía sentada delante—. Repito,

me dijiste que se aprovechó de ti. ¿Recuerdas mi respuesta? Te respondí que eso es lo que hace: aprovecharse de todo el mundo, de un modo u otro.

Despejaron la mesa de los restos de comida —la sopa de Isabel, apenas tocada y con feos coágulos flotando en la superficie, se la habían llevado un rato antes con silencioso reproche— y ahora la señora Touchett hizo un gesto para pedir la cuenta. Mientras esperaban, las dos mujeres contemplaron el comedor parduzco con aire abstraído como hace a menudo la gente cuando concluye la obra teatral de la comida y la tarde asoma vacía por delante. Luego Isabel espabiló y preguntó:

—Pero, si no teme al escándalo, si no me teme a mí, ¿por qué dejó que la convenciera de volver?

Una vez más, su tía le echó una mirada compasiva, y al mismo tiempo desdeñosa.

—Dudo que hiciese falta mucho esfuerzo para convencerla. Piensa en lo que le ofreciste.

—¿Quiere decir...?

—¡Quiero decir Roma! Dices que ha dejado de fingir que desprecia esa ciudad, algo que jamás he creído, dicho sea de paso, porque a menudo observaba, con ese aire melancólico que adopta cuando deja caer alguna insinuación significativa (siempre tuvo la esperanza de que le diese dinero) que preferiría con mucho vivir en una ciudad «de verdad», como ella dijo, que pudrirse en nuestra ciénaga toscana, si pudiera permitírselo. Y ahora puede, gracias a tu munificencia —les llevaron la cuenta en un platito de barro, y la anciana se inclinó y la escudriñó de cerca con la ayuda de los quevedos—. Así que ya ves, mi querida Isabel —murmuró, sin levantar la mirada y todavía haciendo cálculos—, se creía condenada a una degradación duradera, y tú has pagado su liberación.

XXVI

En cuanto volvieron al Palazzo Crescentini la fiebre de Isabel aumentó de manera alarmante: ella misma notó cómo subía en su interior, como el fino hilillo rojo en un termómetro. La señora Touchett, que no tenía ninguna intención de exponerse al riesgo de contagio, asignó a la paciente una gran habitación, luminosa y aireada, pero intimidante en sus dimensiones, al fondo de la casa, y fue allí donde, acalorada y temblorosa, enviaron enseguida a la joven. Por suerte tenía a Staines para cuidarla — lo primero que hizo la doncella fue echar, en el acto, con una de sus más terribles miradas de basilisco, al trío de criadas que habían ayudado a su señora a subir los muchos y fatigosos tramos de escaleras de mármol en zigzag— y mandarla a la cama inexplicablemente alta y con dosel, tan ancha y larga que ocupaba una tercera parte de la habitación. En ese lecho gigantesco Isabel pasaría muchos días arrastrada por un sueño febril e intermitente, igual que un tronco llevado por un río tropical entre selvas neblinosas. A veces deliraba e imaginaba estar de vuelta en Estados Unidos, en las Everglades, en la sabana o en algún otro lugar sureño y pantanoso que jamás había visitado y del que solo había leído descripciones. Tuvo también momentos de fabulosa clarividencia que dotaban del más profundo significado a cosas triviales e insignificantes: un hilo suelto en una de las sábanas húmedas y malolientes; la cabeza negra y picada de una cerilla en el plato de una palmatoria; una mosca que trepaba por las extensiones alpinas de su almohada y que de vez en cuando se detenía a lavarse la cara frotándose con fuerza las patas. Dos grandes ventanas a su izquierda daban a una pila de tejados de terracota y al *campanile* de una iglesia o catedral que no pudo identificar; en las horas centrales del día el sol abrasador que se colaba por la ventana hacía que se sintiera como un alma condenada en uno de los círculos de las regiones infernales del Dante, y llamaba con voz débil a Staines para que echara las cortinas y la dejara en una especie de bendita penumbra. Los ruidos de la ciudad llegaban hasta ella como el zumbido de un millar de colmenas lejanas, aunque en otras ocasiones lo que creía oír eran las voces mezcladas de un coro angélico, y tenía la sensación de ascender despacio a un empíreo de azul deslumbrante y oro reluciente; en una ocasión, que recordaría con turbadora viveza después de recuperarse, se vio a sí misma flotando en las alturas del Duomo, debajo de la prodigiosa cúpula de Brunelleschi, sostenida solo por el aire vacío, con el pelo suelto y agitado por las brisas azarosas y elevadas.

Su tía, por supuesto, no visitaba la habitación de la enferma, pero Staines subía con boletines de noticias. La criada y la señora Touchett al parecer habían forjado, con gran sorpresa e interés por parte de Isabel, un fuerte vínculo de aprecio mutuo, y más de una mañana la señora de la casa se quedaba en la mesa después de desayunar

y, antes de que subiera al cubículo del *piano nobile* que había designado como su despacho, las dos mujeres pasaban media hora conversando. Isabel se moría de ganas de saber de qué hablaban —de qué podían hablar— pero, cuando la interrogaba, Staines respondía con una fachada de tentadora vaguedad e incluso en ocasiones parecía insinuar que percibía cierta morbosidad en los intentos de su señora por husmear en lo que, después de todo, eran las conversaciones privadas de dos personas independientes. En el Palazzo Crescentini la doncella se sentía con libertad para exigir un grado de autonomía que no habría soñado reclamar en ningún otro sitio: ni en Italia, ni en Francia, ni desde luego en su país natal. Así que el misterio de esos *tête-à-têtes* matutinos siguió sellado, y se añadió a la lista cada vez más larga de los acertijos insolubles de la vida de Isabel.

Una tarde, cuando Isabel había empezado a mejorar y la fiebre había bajado mucho, la doncella dejó en la cabecera de la cama de su señora un rectángulo de cartón blanco en el que estaba impreso, con letras modestas y pequeñas, el nombre de un tal Myles Devenish, corresponsal, o eso anunciaba una línea aún más minúscula, del *London Clarion*. Un periódico del que ninguna de las dos había oído hablar. Las dos contemplaron el *biglietto*, igual que dos señoras en un baile sorprendidas por la apariencia de un carné con un nombre fascinante y desconocido. ¿Había dado alguna pista el señor Devenish acerca de sus circunstancias, o sobre el propósito de su visita a la señora Osmond?, quiso saber Isabel. No, respondió la doncella, aunque había citado un nombre que conocían tanto ella como su señora, y que no era otro que el de la señorita Florence Janeway, la señora en cuya casa tan difícil de encontrar en el lejano Fulham Isabel había disfrutado de una memorable, de hecho inolvidable, comida a base de verduras, una tarde soleada varias semanas atrás. Pero ¿cómo había sabido el apuesto joven —que era de aspecto presentable lo evidenciaba cierto tenso apresuramiento en los modales de Staines— dónde encontrar a Isabel? La doncella apuntó que, además de a la señorita Janeway, también había nombrado a Henrietta Stackpole, la amiga de Isabel a quien, según recordó ahora, la propia Isabel había teleografiado desde la estación de Florencia, el día en que de forma tan impulsiva decidió detenerse allí, para informar a su amiga de la interrupción de su itinerario y de su intención de buscar refugio temporal en el Palazzo Crescentini. Ahora Isabel le dio la vuelta a la tarjeta entre los dedos, pero estaba en blanco y no había ningún mensaje.

—No dice dónde se aloja —murmuró.

Y así las dos mujeres, la doncella inclinada detrás del hombro de su señora, que estaba apoyada en unos almohadones en la enorme cama —un observador con sensibilidad para esas cosas podría haber comentado el modo tan extraordinario en que recordaban a una escena de Metsu o del sublime Vermeer—, siguieron considerando la trivial pero al mismo tiempo fascinante y misteriosa tarjeta del señor Devenish. Tal vez volviese a pasar, aventuró Isabel, pero la doncella negó con la cabeza.

—Ha dicho que partiría en el tren nocturno a París esta noche, señora, camino de Londres.

—¡Ah!, en ese caso supongo que la visita ha sido solo una cortesía —respondió Isabel— y a petición de la señorita Janeway.

Dejó la tarjeta a un lado, apoyándola en la palmatoria que había en la cómoda al lado de la cama; allí se quedó, y, aunque siguió siendo un enigma, su mirada volvió a ella con frecuencia, con una vaga pero insistente conjetura.

Esa noche disfrutó, por primera vez en muchas noches, de un sueño profundo y sin sueños, y se despertó tarde por la mañana sintiéndose limpia y fresca, como si la hubiesen sacado de la sustancia viscosa en la que estaba sumergida y la hubieran dejado suspendida en el aire tranquilo y la luz limpia y clara: todavía era lo bastante joven para que una enfermedad menor como la que había pasado fuese menos una enfermedad que una curación disfrazada, un proceso de limpieza, refinado y vigorización. Apenas había abierto los ojos cuando decidió, como si se lo hubiese ordenado una voz autoritaria en su cabeza, que este era el día en que cogería el bastón de la seguridad en sí misma y, como un esforzado alpinista, ascendería la colina de Bellosguardo para enfrentarse con su marido. *Enfrentarse*, la palabra hizo que se parara a pensar. Gilbert Osmond no era un hombre con el que fuese fácil enfrentarse; no se rebajaría a algo de tan mal gusto como una disputa doméstica, y aborrecía la tediosa «partida de tenis», como le había oído describirlo una vez, del ataque y contraataque entre un marido obstinado y a la defensiva y una mujer astuta e implacable. En el refinado, pero brutal acecho mutuo y recíproco en que se había convertido su matrimonio, él siempre había tenido los andares seguros y silenciosos de una pantera, mientras que ella había sido como la cabra atada a un poste. Ahora que se había liberado de la cuerda, ¿cómo iba a defenderse de sus sinuosas estrategias? No podía vencerle en un enfrentamiento directo: era un maestro del giro inesperado, la finta de distracción y la maniobra, ejecutada a la perfección, de rodear al rival por el flanco. Si había un punto débil en su armadura era su lentitud en responder a la sorpresa; ante un ataque inesperado podía perder pie y correr el riesgo de ser derrotado, aunque de manera invariable necesitaba solo un momento para recuperarse y recobrar todas sus fuerzas. Aquí Isabel, atribulada y divertida, interrumpió la metáfora militar; si estaba marchando a la batalla, ¿no debería dejarse de cuentos y hacerse con un mosquete?

Poco más de media hora más tarde, renovada después de su baño, y con la sensación de ser un recipiente fabricado en cristal de la más frágil y mejor consistencia, se abrió paso por el laberinto de escaleras resonantes y pasillos vacíos —a Isabel el *palazzo* siempre le había dado la extraña impresión de haber sido abandonado con precipitación y en desorden— y después de una búsqueda encontró a su tía desayunando en una terraza soleada, enfrente de la cual, detrás de una balaustrada baja de mármol, se extendía el jardín con abundante esplendor y profundas manchas de sombra límpida y acechante. La anciana alzó la vista y casi

pareció encogerse alarmada. La señora Touchett no temía nada en la vida excepto la posibilidad de abandonar este mundo, y consideraba a quienes sufrían la más leve infección agentes potenciales y mal disfrazados de su extinción, por lo que solo los buenos modales, que apreciaba tanto como deploraba la muerte, la indujeron a pedirle a Isabel que compartiera su colación con ella. Isabel se sentó al lado de la balaustrada en una silla de hierro especialmente incómoda —a menudo sospechaba que su tía se enorgullecía de que solo un anacoreta hubiese podido considerar cómodos los muebles de su casa concebidos para sentarse, apoyarse o dormir en ellos— y dijo que tomaría solo una taza de té y una tostada de pan, pues se sentía débil como un gatito. La señora Touchett musitó que tal vez su sobrina debería haberse quedado en su cuarto hasta estar segura de estar recuperada del todo.

—¡Oh! En realidad estoy muy bien —insistió con frivolidad Isabel—. La fiebre ha desaparecido y la debilidad es sin duda el resultado de haber pasado tanto tiempo en cama —luego añadió, porque de vez en cuando, le gustaba hacer rabiar a la anciana señora—: ¿No cree que tengo un aspecto rozagante, mi querida tía Lydia?

La señora Touchett no respondió a esta broma, y enseguida le llevaron a Isabel su té y su tostada, que comió y bebió, y después las dos se quedaron unos minutos en silencio en el frescor matutino del jardín. Luego Isabel pidió que le permitiera usar un medio de transporte —«basta un carruaje ligero o un calesín»— pues quería hacer una excursión que la llevaría fuera de las puertas de la ciudad.

La señora Touchett le echó una de sus miradas rápidas y penetrantes.

—Así que vas a ir a Bellosguardo —dijo.

Isabel sonrió.

—Sí, tía, voy a ir a Bellosguardo. Ya va siendo hora.

La anciana siguió mirándola con un brillo divertido, o perverso, o tal vez ambas cosas a la vez.

—¿No sientes cierta aprensión?

—Al contrario, siento una gran aprensión —respondió Isabel en tono directo y sencillo—. Me temo que mis armas son inadecuadas para el encuentro que me espera: les falta alcance.

La anciana señora esbozó lo que ella consideraba una sonrisa.

—Entonces recuerda —dijo— lo que le dijo la madre espartana a su hijo cuando él se quejó de que su espada era demasiado corta: Acércate.

—¡Ah!, pero querida tía —respondió muy contenta Isabel—, sus palabras se parecen mucho a un consejo, de esos que se jacta usted de no dar nunca.

XXVII

El día era fresco, delicioso y despejado, bajo un cielo azul inmaculado que recordaba más al norte frío y lúcido que al barnizado sur. La señora Touchett había insistido en que Isabel se llevase un coche de dos caballos y a su cochero —«¿Te habías propuesto subir por ese camino imposible que pretende pasar por una carretera?»— y fue desde el cómodo asiento trasero de este elegante vehículo donde Isabel, a la sombra de su sombrilla, o más bien de la de la señorita Stackpole, y con un velo fino colocado sobre el rostro para protegerse del polvo, pudo contemplar con libertad a su alrededor las colinas cubiertas de inmóviles rebaños de ovejas y separadas por los hoyuelos de los valles en sombra, los caminos de color canela que parecían vagar de aquí para allá según su capricho y los esbeltos cipreses colocados en estrictas líneas rectas como centinelas embozados: todo el paisaje toscano, que en su inocencia no era consciente de su propio encanto, tan esquivo, sencillo y detallado como un fondo de Piero. Qué incongruente parecía este paisaje tranquilo con la misión y la ordalía que la esperaban. Pero bueno, pensó, sin duda el Louvre se alzaría tan en paz con el mundo para los que transportaran en una carreta bajo el sol de una mañana revolucionaria como estos esplendores tan apacibles se alzaban ante sus ojos.

El carruaje se detuvo en la parte de atrás de la casa que se comunicaba con la *piazzetta* pública por medio de un patio. Giancarlo, el mayordomo, le abrió la enorme puerta cuadrada de madera oscurecida por el tiempo, una entrada tan ancha que los dos caballos del carruaje de la señora Touchett podrían haber pasado uno al lado del otro al comedor de lo que en otro tiempo había sido el domicilio principal, de hecho el único, del señor Gilbert Osmond. Al principio, el anciano criado no la reconoció, confundido por el recuerdo de la reciente visita de la condesa Gemini, luego cayó en una efusividad murmurada y se dirigió a ella como *signora baronessa*, cerró los puños y los entrechocó delante de él en silencio en un gesto de sincera bienvenida. El *signor barone*, le informó, había ido a ver a su *amico americano*, el señor Boott, que ocupaba con su hija y el marido escultor otras habitaciones en la parte más alejada de la casa, pero se encargaría de que le advirtieran de su llegada *immediatamente*.

Al cruzar el umbral, Isabel sintió una vibración brusca y violenta en el pecho, como si una flecha hubiese llegado volando del pasado y la hubiese atravesado temblorosa. Inhaló, con una especie de jadeo silencioso, los olores entremezclados, enseguida familiares, de la madera barnizada y la piedra húmeda, el bronce pulido y los tapices descoloridos, del moho y el polvo de los viejos damascos y, al fondo, la nota más oscura de los cigarros, finos y retorcidos como ramas, que siempre le habían gustado a su marido. Reparó, como había hecho su cuñada, en los fantasmales huecos vacíos de las paredes donde antes habían colgado los cuadros de Gilbert, algunos de

ellos ejecutados por su propia mano; buscó —y encontró— al pie de la alta ventana del centro iluminada con la luz amarillenta que se derramaba desde el patio, las profundas marcas hechas en el suelo por las ruedas del sólido escritorio de roble inglés de su marido, que había requerido un día de trabajo de cuatro hombres fornidos para transportarlo colina abajo hasta el Palazzo Roccanera y su nueva ubicación en el centro de la estancia fresca y alta que había escogido como estudio. Isabel había vivido con su marido en Bellosguardo los primeros meses de su matrimonio, y para ella la vieja casa estaría siempre íntimamente asociada a la felicidad que había sentido entonces, esa felicidad un componente oculto de la cual, como llegó a pensar después, debió de haber sido su ignorancia de lo fugaz que iba a ser. No obstante, por muy breve que hubiese sido, esa época había sido también encantadora. Lo que más había valorado había sido la vida tranquila y aislada aquí arriba «en la colina», como la llamaban familiarmente sus habitantes. Contemplado desde esta plácida altura, el mundo parecía lejano y borroso, sus ángulos y bordes se desdibujaban bajo el polvoriento sol toscano. El formidable esfuerzo de unificación de Garibaldi solo había supuesto, para los afortunados de Bellosguardo, la huida de un criado que había escapado para unirse a la ofensiva prusiana contra los franceses, y de otro que había roto unas elegantes piezas de Limoges de la colección de Gilbert y al que se habían visto forzados a despedir bajo sospecha de tener tendencias revolucionarias. Incluso Isabel, cuyo corazón se había conmovido mucho de joven por la lucha de emancipación del presidente Lincoln contra el sur secesionista, se había alegrado de dejar en suspenso sus ideales radicales, lo cual, como enseguida le dieron a entender, era mejor para ella, pues si hubiese intentado mantenerlas, su marido se habría obstinado en derribarlas.

Aún no había indicios de que Gilbert fuese a volver de su visita —ella pensó que era probable que le hubiesen informado de su presencia, pues Giancarlo había dicho que se encargaría, y que quisiera que su retraso se interpretara como un desprecio consciente y deliberado—, así que empezó a andar despacio por las habitaciones de la casa. Al hacerlo revisitó en su imaginación escenas de esa época, escenas que para ella eran tan distantes como las batallas de Bull Run y la Espesura y, al igual que esos enfrentamientos titánicos y desesperados, concebibles para ella solo merced a un esfuerzo de la imaginación. Tan vacía y despojada parecía la casa, que Isabel se sintió como una presencia fantasmal en ella. Su marido, antes de su llegada, había sido feliz en la colina, pero la casa con la que había tenido que conformarse, por razones económicas —los alquileres en Bellosguardo, incluso para tratarse de Italia, eran modestísimos—, no era la alta torre de marfil a la que creía tener derecho por su buen gusto y su talento. Isabel recordó el perverso placer que había obtenido al enseñarle lo que había denominado, con irónico desdén, sus cuarteles. La había traído aquí arriba a la casa con la intención expresa de que conociera las penurias y privaciones que se había visto obligado a soportar antes del advenimiento de Isabel y su dinero; aún no estaban casados, pero la boda estaba programada para al cabo de pocos días y,

tal como supuso ella ahora, él se sentía lo bastante seguro para arriesgarse a mostrarle una faceta más áspera de su peculiar humor que las que había exhibido hasta entonces. «Es una casa vieja, y debes verla toda, por delante y por detrás, en toda su miseria y esplendor», le había dicho con férrea jocosidad, cogiéndola del codo y guiándola hacia delante. Al otro extremo de la casa, ella jamás había vuelto allí, habían entrado por una puerta baja a una celda oscura, húmeda y maloliente con una aspillerera por ventana, musgo húmedo en las paredes y unas formas negras y flácidas que colgaban del techo y que Isabel sospechó que eran sacos amnióticos de murciélagos. En un rincón había un canal tallado en la dura piedra inclinado hacia un agujero en la pared, y su prometido le hizo fijarse en él. «Como ves, cariño, tiene todas las comodidades que podía ofrecer una *casa signorile* medieval». Y había sonreído, apretando los labios grisáceos y moviéndolos un poco el uno contra el otro, como si estuviese haciendo rodar algo minúsculo entre ellos, como una semilla o un grano de arena. Ella le había mirado con turbada inseguridad; nunca su barba canosa le había parecido tan astuta e impecable, ni las puntas enceradas del bigote tan agudas y amenazadoras. A pesar de su devoción al decoro, a pesar de sus exquisitas discriminaciones y de sus dolidas reprobaciones, a pesar de sus genuflexiones ante el immaculado altar del arte, había una vena de grosería en su carácter a la que, como se había repetido Isabel en los últimos tiempos, debería haber prestado más atención. Era joven cuando conoció a Gilbert Osmond, pero no inocente, no era una flor de invernadero; no apartaba la mirada, ni la conciencia, de las circunstancias fundamentales del ser humano, de las necesidades tristes y básicas que la vida impone en las criaturas mortales; era una mujer de su tiempo; o tal vez de un tiempo mejor que aún estaba por venir; pero precisamente por eso no veía razón para sumergirse, y de hecho regodearse, en un fango asfixiante, en la oscuridad y el estiércol. La insistencia de su prometido en que descendiera a esa cloaca largo tiempo en desuso al otro extremo de la casa no fue más que uno de los varios indicios que le había dado de lo que él sin duda habría llamado una valerosa sinceridad, una franqueza admirable y decidida. Pero no era solo franco, no era solo sincero: sentía un placer perverso al darle la vuelta a la piedra del mundo para exponer a la luz del día las cosas repulsivas que reptaban y se retorcían debajo. A veces ella tenía la impresión que se regodeaba en lo repugnante tanto como en sus posesiones, como si su proximidad aumentara el valor de estas. En su caso, en tanto que posesión suya, había sucedido lo contrario: su cercanía la había mancillado.

Ahora no recordaba con exactitud qué esperaba al casarse con un hombre como Gilbert Osmond; suponía que la clave era que sus expectativas habían sido inexactas. Había dado por sentado que él juzgaría con exquisitez y calibraría con meticulosidad su propia pasión —aunque, dadas las circunstancias, *pasión* no le parecía una palabra apropiada—. Que se comportaría con tanta delicadeza, con una insistencia tan dulce, que para ella sería apenas una sensibilidad incorpórea, una inteligencia sostenida por la finura de su propia distinción. Tenía una vaga idea de sí misma rodeada de una

especie de niebla en cuyo interior un aspecto esencial de ella seguiría incólume, inviolable, intacto; en vez de eso había resultado ser no la niebla sino el mar mismo, un elemento violento que la rodeaba por todas partes y presionaba de forma irresistible contra el caparazón de su ser. Esta fue la gran sorpresa, el gran sobresalto. Había pensado que una parte profunda de sí misma, una parte esencial, una parte tan pulida e impenetrable como una perla, podría —debería— estar a salvo de él, y que él, por su naturaleza, lo aceptaría y permitiría; por el contrario, esa esencia, esa totalidad de sí misma, fue justo lo que le exigió que le entregara. Con un espantoso estremecimiento, descubrió que no podía ocultarle nada, que lo quería todo y la sorpresa y el sobresalto vinieron de la desfalleciente totalidad de su rendición, de la sumisión llorosa con que se postró ante él. Por supuesto, en cuanto él lo vio, supo también cómo utilizarlo en provecho propio. La cuestión era la pasión de ella, y el poder lo ejercería él. Entonces llegaron el juicio exquisito y la calibración meticulosa a la hora de dar y retener. Hubo ocasiones —amaneceres soñolientos, mediodías con los postigos echados— en los que, cuando ella se arrodillaba ante él, convertida en una forma pálida y suplicante, él la miraba un rato con los ojos entornados, como acostumbraba, y luego se levantaba con un suspiro y una sonrisa fría y, apartando su mano extendida e implorante, se iba con sus libros, o su porcelana, o su caballete y la dejaba temblando de frustración y vergüenza. Asaltada ahora por esos recuerdos y otros peores —intentó, ¡ay, cómo intentó apartarlos de su memoria!— se estremeció y cerró los ojos. Un momento después, volvió a abrirlos, giró la cabeza, miró por una puerta abierta hacia el jardín y vio a su marido.

Se había detenido en un sendero, debajo de una enredadera, y estaba palpándose los bolsillos con el ceño fruncido: debía de haber olvidado alguna cosa, la pitillera, casi seguro, pues la perdía y olvidaba a menudo. Llevaba un traje amplio de lino de color claro y una camisa de batista con el cuello sin almidonar; el chaleco estaba desabrochado y se había echado el sombrero para atrás en un ángulo muy poco serio que en cualquier otra persona habría resultado cómico, pero a él, con su rostro fino y su barba, le daba el aspecto de uno de los santos vestidos de blanco y rodeados de un halo de El Greco. Aunque apenas los separaban unos metros, él no la había visto, tan brillante era la luz que lo rodeaba y tan en sombras estaba el umbral donde se hallaba ella. No hizo ningún ruido ni movimiento, se limitó a quedarse inmóvil y observarlo. Por lo general era un hombre tan extremadamente consciente de sí mismo que, sorprendido allí, a plena luz de mediodía sin saberse observado, a Isabel le pareció una persona normal, distraída, agitada, irritada tanto por su olvido como por la manía que tienen las cosas supuestamente inanimadas y que solemos dar por descontadas de mostrarse irritantes y esquivas. Hacía un momento que estaba pensando en él y recordando sus despreciables crueldades con amargura, pero ahora, al verlo tan prosaico, un hombre al que había creído adorar, se ablandó y sintió una fatigosa resignación por el modo en que la había utilizado. Le había hecho daño, pero también él, a su manera, había sido engañado y decepcionado, no por ella, claro, sino por sus

propias figuraciones erróneas y por sus confiadas expectativas: ella no había sido la persona que él había imaginado, no había sido la mujer que creía necesitar, la esposa que creyó que le había encontrado madame Merle. Isabel, la real, la auténtica Isabel, le había desafiado, o eso creía él; había proclamado sus derechos y había exigido que se respetaran; sus ideas —sus puñeteras ideas, como él decía— le habían parecido una afrenta a su autoridad como marido; hacía poco, como sabemos, ella había decidido ir con su primo agonizante incluso después de que él le advirtiera, con inconfundible claridad, de las consecuencias que eso tendría para la armonía, o lo que quedaba de ella, de su matrimonio. Su marido daba mucha importancia a las apariencias —para él lo eran todo— y ella había rasgado el velo con violencia. Estaba convencido de que en Roma, en Florencia, en Londres, en Nueva York y en muchos otros sitios, que ella supiera, la gente hablaba con disimulo de su desertión: hablaba y se burlaba. Su marido pensaba que al desobedecerle y, sobre todo, al exponerlo al escarnio público, su mujer le había traicionado. Y ahora había vuelto, para añadir el insulto a la injuria, como sin duda pensaría él, y, de hecho, ella suponía que sería el caso. ¿Qué diría? ¿Qué haría? Se había dado la vuelta, como para volver por donde había venido, para buscar lo que hubiese perdido. No obstante, ella le detuvo, al salir a la luz del sol, y pronunciar su nombre.

XXVIII

Al principio la distrajo un curioso fenómeno óptico, que no pudo explicar más que pensando que debía de ser el efecto, para los ojos de alguien que acababa de recuperarse de la fiebre, de la brusca transición que había hecho de la oscuridad del umbral a la luz cegadora del día. Al oír su voz su marido se detuvo, se volvió y se quedó en una postura un tanto extraña, un poco torcido, enmarcado por la enredadera, como si un fotógrafo le hubiese pedido que posara y le hubiera indicado que se quedara inmóvil mientras tomaba su retrato. Lo raro fue, para los ojos consternados y al mismo tiempo extrañamente fascinados de Isabel, que su estatura parecía haberse reducido, que era casi una pulgada más bajo de lo que debería. En realidad fue incapaz de entender cómo podía haber sucedido: era como si hubiese encogido una talla, igual que antes, como recordamos, los vestidos de Pansy se alargaban a medida que ella crecía. ¿Sería posible que en solo unas semanas Isabel hubiese olvidado sus verdaderas proporciones? No era solo que pareciera más bajo de lo que ella recordaba; no, la reducción, si de eso se trataba, había afectado al conjunto, de modo que su rostro, su barba, sus brazos, sus piernas, sus manos y sus pies, eran todos, al menos para ella, una versión perceptiblemente miniaturizada de lo que habían sido la última vez que lo vio. Parpadeó varias veces para eliminar la ilusión, pues debía ser una ilusión. No obstante, ¿acaso no la estaba mirando él con idéntica perplejidad, como si para sus ojos estuviese tan cambiada como lo estaba él para ella? Y, en tal caso, ¿la veía disminuida o aumentada?

—Podías haber avisado de que vendrías hoy —dijo, quitándose el sombrero y mirando irritado la copa—. Ya sabes lo mucho que me disgusta tener que vérmelas con imprevistos.

—Sí, perdóname —replicó ella y enseguida lamentó haber usado unas palabras tan sumisas: no debería haber empezado disculpándose, ya que no era como pensaba seguir.

—Recibí tu carta —dijo él después de una pausa—. Confieso que no supe a qué atenerme. Por lo general no eres tan confusa.

Ella sonrió.

—No sé cómo podrías saberlo, pues no recuerdo la última vez que te escribí, fíjate si habrá pasado tiempo, aunque está visto que tú sí lo recuerdas.

—¡Oh!, recuerdo muy bien tus cartas, rebosantes como estaban de sentimentalismo de colegiala. De todos modos no me refería a tu estilo epistolar. En conjunto, lo dejas todo muy claro. Espero que sea eso lo que has venido a hacer.

Todavía con una vaga sonrisa, Isabel se apartó de él, fue hasta el antepecho de piedra y se quedó contemplando el valle alargado y el río y sus meandros de metal

fundido.

—¿Hace mucho que te fuiste de Roma? —preguntó—. No sabía que estuvieses aquí.

—Será la última vez... van a vender la casa y las tierras en el mismo lote.

—¡Ah! Estarás triste.

—¿Cómo me has encontrado, si no sabías que estaba aquí? —preguntó él con frialdad, todavía a la sombra de la enredadera y dirigiéndose a su espalda.

—Supe de tu presencia por la tía Lydia.

—¡Ah!, la inmortal madame Touchett —dijo Osmond con violento desprecio—. Supongo que le habrás contado todo. Últimamente no me recibe.

Ella se volvió para mirarle.

—Me sorprende. No juzga a la gente más que por sus propios patrones excéntricos.

—¿Juzgar? —respondió él con un resoplido—. ¿Y qué derecho tiene a juzgarme... ella o cualquier otra persona?

—He empleado una palabra equivocada —murmuró Isabel, y se volvió hacia el paisaje, que por mucho que miraba no llegaba a ver. De pronto se sintió cansada; se le había ocurrido una idea, un pensamiento tan serio que le costó concebirlo, pues le pareció que tenía fuerza suficiente para ser de aplicación universal. Lo que vio fue que no era de Osmond de quien se había enamorado de joven, sino de sí misma, a través de él. Por eso, para ella, él ahora no era más que un espejo, del que se había desprendido en parte el azogue y que proporcionaba solo fragmentos de un reflejo confuso e inconexo.

Se dio la vuelta, fue hasta donde había estado antes, y se plantó delante de él en el sendero de gravilla. Osmond tenía el sombrero en la mano y estaba toqueteando el ala. Aún tenía la extraña apariencia de haberse reducido de tamaño, pero el efecto ahora no le pareció de disminución, sino más bien de concentración, como si se hubiese apretado las correas y las hebillas de la armadura para poder pelear mejor con ella.

—El sol es muy fuerte —dijo Isabel—. ¿Te importa si pasamos dentro?

Vio cómo él sopesaba la pregunta y consideraba si no sería más ventajoso dejarla fuera bajo el sol deslumbrante y cegador de mediodía. No obstante, accedió y haciendo un gesto con el sombrero la invitó a atravesar el umbral y la siguió. Una vez en el interior de la casa, necesitada de la comodidad y del apoyo de la madera venerable, Isabel se sentó al lado de la mesa en una silla de respaldo recto, mientras Osmond ocupaba un enorme y mullido sofá debajo de una de las tres ventanas que daban al patio y se sentaba un poco inclinado, con el sombrero a su lado y las piernas alargadas con los finos, casi escuálidos, tobillos cruzados. En otra habitación un reloj dio la hora con un carillón rápido y metálico, como si creyera conveniente señalar el inicio del combate. Fue Isabel quien empezó.

—Vi al señor Rosier en París —dijo—. Nos encontramos por casualidad en el Louvre un día a la misma hora.

Osmond enarcó una ceja desdeñosa.

—No puede decirse que sea un encuentro afortunado. ¿Cómo le va a ese mequetrefe? Supongo que aún sigue suspirando por mi hija.

—No, la verdad es que la ha olvidado, o eso dice. Va a casarse.

—¿Ah, sí? —dijo su marido arrastrando las palabras y fingiendo reprimir un suspiro—. ¿Y quién es la afortunada doncella en quien ha fijado sus ojos de cordero degollado esta vez?

—Una tal señorita Rothstein, de París.

—¡Así que va a emparentar con los judíos! No sabía que fuesen de ninguna parte, como no sea de una madriguera debajo de una escarpa en Palestina. ¿Quién es? ¿A qué se dedica su padre: es banquero o comerciante? Apuesto a que es una cosa o la otra.

—Es subastador, uno de lo más importantes, según tengo entendido, del Hôtel Drouot.

—Sí, subastador, y de éxito, sin duda... creo que he oído hablar de él. Los tipos como Rosier no quieren por suegro a nadie que no tenga dinero.

—Te quiso a ti —dijo Isabel, con una rapidez y una brusquedad que no había pretendido, o no había sido consciente de pretender. En su trato con Osmond siempre tenía la sensación de que había dos versiones de sí misma: ella, y otra persona temible a quien apenas reconocía y a quien procuraba tener a raya, pero que a veces estallaba fuera de control. Su marido, inclinándose a un lado sobre el codo y con los dedos de ambas manos enganchados en los bolsillos del chaleco de satén pálido, echó la cabeza atrás y la miró un buen rato con los párpados entornados—. Quiero decir —puntualizó apresuradamente Isabel— que se habría casado con Pansy, aunque ella hubiese sido pobre.

—¡Oh!, ya sé lo que quieres decir —dijo Osmond con sedosa suavidad.

Luego los dos se quedaron en silencio, y los ruidos de fuera, distantes y cercanos, hicieron valer su presencia en el aire de la sala. Isabel se miró la mano que descansaba sobre la mesa y por un momento le pareció un objeto extraño y reptante que se le había enganchado a la muñeca sin que ella se diera cuenta. De pronto todo le pareció horrible y espantoso. ¿Por qué había venido aquí, a este lugar abarrotado de un ayer desaparecido y mancillado?

—¿Sigue Pansy en el convento? —preguntó.

—No.

—¿Entonces está aquí, contigo?

—No, aquí tampoco está.

En la oscuridad de la sala, el rectángulo alargado de la puerta que daba al jardín parecía una vívida descripción enmarcada de un enfrentamiento y un desorden inmóvil. Isabel no acertó a distinguir la expresión de su marido, repantigado entre las

sombras del otro lado de la sala. Ahora se movió y, levantándose del sofá, fue hasta una alta vitrina de roble, cogió una jarra de cuello largo y se sirvió vino de color ámbar en un vaso de cristal veneciano tallado. Ella había reparado a menudo, cuando se enfrentaban en una de estas refriegas —aunque esta no se pareciese a ninguna de las que habían librado antes—, en lo deliberados y cuidadosamente calculados que eran todos sus gestos y cada una de sus palabras. A pesar de su seguridad en sí mismo, en esta ocasión no resultaba del todo convincente. A pesar de todos los engaños de los que ella le sabía culpable, fingir ser lo que no era no encajaba con él, pues consideraba lo bastante poderoso su verdadero ser. Era lo único que salvaba a Lucifer: el Señor de las Mentiras era siempre la autenticidad misma. Mientras que Osmond, el Osmond que tenía delante hoy, inseguro de ella y de sus intenciones, y, en consecuencia, inseguro de todo, afectaba una jactancia excesiva, como un actor que no sirve para el papel y se oculta detrás de un estilo exagerado.

—No acerté a entender el sentido de las líneas acerca de mi hija en tu carta —dijo por encima del hombro, alzando el vaso hasta la altura de los ojos y escrutando el color y la textura del vino—. Doy por sentado que tenían algún sentido y que no eran simplemente inconexas —le dedicó una sonrisa astuta—, pues, cuando se te mete en la cabeza coger la pluma y el papel, hay ocasiones, por suerte no muy frecuentes, en las que tiendes a ser inconexa.

Isabel reflexionó que a ella debería parecerle más extraordinario, incluso más perverso, que desde el primer momento hubiesen pasado por alto lo único verdaderamente importante que había sucedido desde la última vez que tuvieron ocasión de conversar, es decir la revelación que le había hecho la condesa Gemini del secreto que él y madame Merle le habían ocultado con tanto cuidado, y al mismo tiempo tanto descaro, y durante tanto tiempo. No tenía ninguna duda de que él sabía lo que ella sabía, porque así se lo indicaba la lánguida insolencia de sus modales. Madame Merle había reconocido enseguida en el gesto de Isabel las pruebas de su recién adquirido conocimiento, aquel día en Roma en que se habían encontrado por casualidad, cuando Isabel, camino de Inglaterra y del lecho de muerte de su primo, había parado en el convento de la triste callejuela cerca de la Piazza Navona para su triste despedida de Pansy. Resultaba difícil imaginar que su antigua amante, y no por casualidad la madre de Pansy, no hubiese enviado una nota a Osmond para informarle y advertirle de lo que había adivinado que sabía Isabel. Osmond ni siquiera habría tenido que acusar a la condesa Gemini de haberlo traicionado al revelar sus secretos a su mujer. Ahora Isabel no podía sino maravillarse de su teatral dominio de sí mismo, por muy mala que fuese la actuación; en la carta que le había enviado desde el Hôtel des Étoiles había sido imprecisa a propósito respecto a lo que sabía de la telaraña de ficción que él había tejido en torno a ella y aún más imprecisa a propósito de cómo pensaba actuar ahora que lo sabía; Osmond debía de estar sobre ascuas por oír los detalles de las famosas «propuestas» que ella apenas había esbozado en su carta. Pero ahí estaba, apoyado en la vitrina, levantando el vino con una mano y con la otra en el

hueco del codo, mirándola desafiante y divertido, y retándola a iniciar el ataque como mejor quisiera, el ataque que sin duda pensaba que había ido a lanzar contra él. ¿Qué otra opción le quedaba a ella más que enfrentarse a él según sus propias reglas del juego?

—Por supuesto, tienes razón en que no fui muy clara en lo que escribí —dijo Isabel, arreglándoselas para esbozar una sonrisa que juzgó tan audaz como la de él—. No pretendía serlo. Quería que especularas y conjeturases.

En respuesta él soltó una sonora carcajada pasablemente convincente, en cuyo eco, no obstante, se notaba una vacilación que encajaba bastante bien con el leve brillo de inquietud de sus ojos; era obvio que no le gustaba la osadía de su sonrisa y menos aún el tono casi burlón en que le había hablado.

—Aun así, sospecho que no estás siendo sincera —dijo con amabilidad—. Estoy seguro de que no te costó mucho esfuerzo hacer que la carta fuese tan confusa.

Ella pasó esto por alto; sus insultos eran menos efectivos cuando los profería abiertamente; podía ser muchas cosas, pero no era un simple grosero. Siempre era sutil, y sutilmente persuasivo, como recordaba de cuando empezó a cortejarla. Ahora Isabel se levantó de la silla y fue al refulgente umbral, no para contemplar el magnífico desenfreno del jardín —el sustantivo, que no el adjetivo, era de su tía Lydia— sino para no tener que mirar a su marido. Era un poco, pensó, como el verdugo que le pone la capucha al condenado, para ahorrarle no a su víctima sino a sí mismo una imagen espantosa. Estaba a punto de someter sin duda a la peor hora de su vida a una persona a quien en otro tiempo había considerado el más honorable, el más admirable y el más bello de los hombres. El Día del Desafío, como lo imaginaba en términos bíblicos, no del todo irónicos, el día en que, a pesar de la advertencia más seria que le había hecho jamás su marido, había dejado la casa que ambos compartían y había huido a Inglaterra, y a Gardencourt, con su primo agonizante, había vivido el mayor momento de vacilación y debilidad cuando Osmond, palpitante con la fuerza de su convencimiento, había afirmado que Isabel estaba quebrantando de manera vergonzosa y escandalosa las normas del buen comportamiento, esas normas por las que él, y también ella, o eso había creído hasta ese instante, habían decidido que debían regir su vida si es que querían vivirla con un mínimo de decoro. No intentó negar el estado en que se encontraba su unión —había niveles de hipocresía hasta los que ni siquiera él se rebajaría— ni fingir que el daño hecho podía repararse. Pero habían firmado un contrato de matrimonio, y el matrimonio era mucho, aseguró, era mucho más incluso que la suma de sus mutuas infelicidades combinadas y no podía descartarse a la ligera. Sí, habían sufrido, estaban sufriendo y probablemente seguirían sufriendo... pero lo que no puede curarse debe soportarse, y aceptarse con valentía y sin queja. Era imperativo, declaró, aceptar las consecuencias de nuestros actos, incluso aquellos en los que nos equivocamos de forma grotesca, pues solo así —y al decirlo se puso aún más pálido y vehemente—, solo así podemos valorar lo más valioso que poseemos, que es *el honor de una cosa*. En aquel momento, mientras

lo escuchaba y lo miraba, ella misma pálida y temblorosa, había vuelto a ver un destello de esa magnificencia, ese esplendor del ánimo, que había distinguido una vez en él y que había hecho que pareciese el objeto más digno de su amor que había encontrado hasta entonces. E incluso cuando, apenas cinco minutos más tarde, salía a trompicones de la casa demasiado angustiada para llorar, y la hermana de Osmond la llevó aparte y «se lo contó todo», como les gusta decirlo a los que escriben melodramas, aún quedó algo del magnífico resplandor que había vislumbrado en las palabras apasionadas de su marido. Después de todo, se preguntó, ¿qué habían hecho esos dos, su marido y madame Merle? Se habían garantizado el uno los medios necesarios para vivir la vida adinerada a la que creía tener derecho —lo de adquirir esposa a fin de conseguirlo debió de ser lo de menos— y la otra la seguridad de que su hija «tendría algo» y parecería así un poco más deseable para un *prétendant* falto de dinero, a ser posible dueño de un título. El reconocimiento de la mundanidad de los delitos de la pareja no había sido el menor de los factores que la habían decidido a volver a Italia. ¿Tenía derecho ahora de hacer de ángel vengador y expulsar con la espada flamígera de su propia mojigatería a la desdichada pareja de pecadores, no desnudos al mundo caído, sino bien provistos a un infierno que ellos mismos habían planeado? Tan conmovida estaba por la lógica contraria y revisionista del riguroso aunque breve examen de conciencia que acababa de hacer que estuvo a punto de volverse, con un gemido ahogado, mirar a su marido y verter un confuso batiburrillo de contrición, justificación y negación, y solo se lo impidió que él hablase primero.

—Y, a propósito —dijo con exasperada frivolidad—, lo que estoy deseando oír, lo cierto es que no sé por qué no te lo he sacado antes, es qué has hecho con esa enorme cantidad de nuestro dinero, *nuestro* dinero, que retiraste del banco en Londres y te llevaste contigo.

XXIX

Le habían escrito del banco, claro —era de esperar—, primero un confuso y escueto telegrama, y luego una carta mucho más extensa y llena de minuciosos circunloquios. La suma que había sacado la señora Osmond era sin duda muy cuantiosa y, para un banquero, muy arriesgada; como tal no debería haber sido difícil seguirle el rastro, si hubiese ido por los canales acostumbrados. Se habían hecho discretas averiguaciones entre la fraternidad financiera —podría creerse improbable que exista semejante alianza en un mercado tan competitivo e inflexible, y sin embargo, sí, así es—, pero esa cantidad tan considerable no se había depositado en ninguna de las casas de cambio de la ciudad, o del país, y desde luego no en un maletín de cuero de manos de una señora sin más compañía. En el último párrafo de su carta, el señor Grimes, o tal vez fuese el señor Goresby, Osmond no se había molestado en mirar el nombre del firmante, se había permitido preguntar con tanta cautela y ligereza como si estuviera levitando en el aire si el señor Osmond sabía a qué posible propósito o propósitos podía haber dedicado la señora Osmond la cantidad en cuestión. El banquero relató debidamente la manida historia que había improvisado Isabel de que necesitaba con urgencia los fondos para comprar una casa, y que él no había creído ni siquiera mientras se lo contaba. Luego, al final de la misiva, había una conjetura expresada de forma oscura y apenas comprensible, que Osmond, cuando logró descifrarla, creyó en el acto.

—El hombre cree que te están chantajeando; y me inclino a pensar que no le falta razón.

Isabel tomó aliento con esfuerzo. Su mirada abstraída, concentrada a través del umbral en el jardín, se había posado en ese momento sobre una rosa, la flor más grande de un arbusto que se extendía en una enmarañada y nudosa confusión de ramas retorcidas y hojas apelonadas contra la base del antepecho musgoso de enfrente, y que ahora pareció transformarse ante sus ojos, igual que había hecho su mano poco antes cuando la dejó sobre la mesa, de modo que ya no pareció una flor sino un racimo de abultadas lenguas rojas que la apuntaban en una burla obscena. Se apartó a toda prisa y regresó a la sala. Su marido había vuelto al sofá con el vaso de vino, y estaba sentado a sus anchas, apoyado otra vez en el codo.

—Ay, Gilbert —exclamó, con una especie de jadeo afligido—, ¡y pensar que una vez pensé que tenías una inteligencia tan fina!

—Y yo pensé que, al menos, eras de fiar.

—¿Al menos?

—¿Qué otra cosa es el matrimonio sino confianza?

Suspiró, dejó el vaso a un lado y se sentó inclinado hacia delante, con los pies separados sobre el suelo de piedra y las manos en las rodillas, un poco receloso y con la cabeza ladeada como si esperase alguna señal; era una pose desenfadada y característica, y al verlo allí, con su traje bien cortado y sus finos zapatos de verano cubiertos de albero, con la cinta de no sé qué orden en la solapa, casi lo compadeció, no al anticipar el daño que había ido a infligirle, sino por lo que era, un hombre decepcionado y rencoroso, extraviado en la arrogancia de sus delirios. Siguió largo rato en silencio, reflexionando y calculando. Luego, sin volver la cabeza, la miró de soslayo con los ojos entornados y habló.

—Dime, ¿qué debo pensar? Te hice una advertencia, la última vez que hablamos, pero tú la rechazaste desafiante, por no decir insultante, y dejaste mi casa...

—¿Tu casa? —le interrumpió con osadía Isabel.

—Te fuiste y viajaste a Inglaterra contra mi expreso deseo y mi consejo —insistió su marido, cuya voz bajó de tono, aunque su fuerza aumentó—. Incluso después de la tan anunciada y tantas veces postergada muerte de tu primo, te quedaste en el extranjero durante, ¿cuánto hace ya, dos meses?, sin una sola palabra de explicación o excusa; la siguiente vez que tuve noticia de ti fue cuando el banco dio la voz de alarma por la cantidad enorme e inexplicable que habías sacado del banco; por fin me enviaste una carta con el membrete de un turbio hotel parisino, y escrita con tu acostumbrada y peculiar aproximación a la lengua inglesa, en la que había una mezcla de vagas amenazas y proposiciones formuladas de manera incomprensible a propósito, entre otras cosas, de mi hija. Y ahora hete aquí, con los ojos encendidos y unos andares amenazantes que, si yo fuese de ánimo más débil y tú un oponente más formidable, harían que me echara a temblar. Así que vuelvo a preguntarte: ¿qué debo pensar?

—No soy tu oponente —objetó cansada Isabel. Había vuelto a sentarse al lado de la mesa, que a esas alturas había adoptado para ella la solidez impersonal pero firme de un humilde ser viviente, digamos un burro venerable, o un perro fiel.

—Lo eres, sí, claro que lo eres. Desde el primer instante de nuestro matrimonio el espíritu de oposición ha movido todos tus actos. ¿Te atreves a negarlo?

Ella movió la cabeza, no para negar la acusación, sino como muestra de cansancio y para indicar su rechazo a participar en la disputa que él intentaba fomentar; no discutiría más con él. Contempló la sala; su aspecto desnudo y empequeñecido le pareció tristemente alegórico de la esencia de la ocasión, cuando por fin iba a dismantelarse el edificio agrietado y tambaleante de su matrimonio, igual que un edificio condenado.

—¿Por qué le odiabas tanto? —preguntó, recorriendo todavía la sala con mirada melancólica.

Su marido se dio la vuelta para mirarla a la cara.

—¿Qué? —preguntó.

—A mi primo... ¿por qué le odiabas? Siempre lo odiaste.

—Te equivocas; no era lo bastante hombre para que lo odiara.

—Qué bajeza hablar así de los muertos —se quejó ella en voz baja.

—¡Cómo...! ¿Debería disimular porque por fin ha alcanzado el estado al que apuntaba toda su vida lamentable? ¿Quieres que suspire, lo compadezca y diga unas palabras de duelo? ¡Eso sí que sería una bajeza!

Ella apartó rápidamente el rostro con una mueca, como si la hubiera golpeado y quisiera evitar un segundo golpe. Isabel había declarado una vez, no recordaba con exactitud a quién —debió de ser a lord Warburton, o a Caspar Goodwood, daba igual—, su disposición a ser desdichada y sufrir dolor si ese era el precio de vivir una vida plena. La idea, ahora que la revisitaba en la memoria, le pareció un intento de poner a mal tiempo buena cara ante la derrota de su ser. Lo que a Osmond le había parecido una oposición obstinada y caprichosa era, de hecho, la necesaria afirmación de su ser independiente; él había intentado aniquilar en ella cualquier idea que fuese contra su concepción del orden correcto de las cosas: su inteligencia debía acallarse y neutralizarse, para que sus propias opiniones y pronunciamientos pudieran brillar más. Caspar Goodwood se había escandalizado porque, a su entender, Isabel había jurado lealtad a Europa «casándose con ella» —tal vez se consolara de haberla perdido, responsabilizando a todo un continente y pasando por alto el hecho de que el hombre con quien se había casado era, al menos de origen, norteamericano—, pero por mucho que Isabel lo negara, había un amargo rincón en su corazón en el que estaba en parte de acuerdo con él. Como hemos señalado ya, haber sido traicionada por unos compatriotas que llevaban mucho tiempo viviendo en Europa hizo que el Viejo Continente le pareciese cómplice de la traición, como si hubiese preparado de antemano su caída. Sabía que al pensarlo estaba siendo tan irracional como Caspar Goodwood; tal vez más. Hacía mucho que había admitido que Europa había sido su destino desde el momento en que su tía Lydia dio con ella aquel día en Albany. Cuando se paraba a contemplar el camino recorrido le parecía tan recto y liso como cuando aún lo tenía por delante; el Destino, había llegado a comprender dolorosamente, no permite desvíos, sino que nos empuja inexorable hacia delante, con anteojeas, entre los arreos.

Su marido se había levantado del sofá y, después de palparse otra vez en vano los bolsillos, empezó a buscar irritado un cigarro aquí y allá; como no encontró ninguno, se sirvió otro vaso de vino: que no le ofreciera uno a ella, comprendió Isabel, era una prueba no tanto de grosería como de su turbación. Luego se plantó delante de la chimenea, que era tan alta como él, con el vino en una mano y la otra en la espalda, y miró a su mujer con franco desagrado.

—¿Vas a decirme qué hiciste con el dinero? —preguntó—. Disculpa la crudeza de la pregunta, pero tu inescrutabilidad no me deja otra elección que ser directo.

—Lo dediqué a un buen fin —replicó ella, en un tono plácido que sabía que aumentaría su irritación; no podía evitarlo.

—¿Y puede saberse la naturaleza de ese fin? ¿Descubrió ese estirado de Boston con el que estuviste a punto de casarte, el adusto señor Goodwood, un agujero en sus finanzas que había que tapar? O tal vez hiciste una absurda apuesta en una de las carreras de caballos de lord Warburton; aunque reconozco que sería difícil considerar eso una buena causa. Por favor, dime que no lo donaste a un asilo para gatos y perros... sé que eres capaz de hacer cualquier locura que entibie tu corazón puritano.

Isabel recibió sus pullas airadas con una larga mirada inexpresiva.

—No me preguntes más —dijo con calma—. Te he dicho que el fin era bueno, y tendrás que contentarte con eso.

Él casi apuró el vaso con violencia de un trago; su mano, tal como pudo comprobar ella, no estaba del todo firme.

—Me contentaría —dijo con una voz tan contenida que casi pareció un ronroneo — si me dijese que el dinero está a salvo en alguna parte, y que tienes la intención de devolverlo, mejor pronto que tarde, a su sitio en las bóvedas de los señores Touchett y Teddington —la miró con fijeza y esperó—. ¿No puedes ofrecerme esa garantía? En ese caso las llamas de mis sospechas vuelven a encenderse, con más furia que nunca. Creo que no tenías intención de informarme de tu extraordinario comportamiento porque no caíste en que me escribirían del banco, ¿cómo no se te ocurrió?, y por tanto supongo lo peor. Y no, por favor, no me insultes con más palabrería sobre buenas obras y donativos piadosos.

Una vez más, esperó a que ella hablase; una vez más, en vano. Negó con la cabeza, golpeó tres veces la puntera del zapato derecho contra la chimenea, una acción que, aunque pareciese pura petulancia, era reveladora de su rabia.

—Creo que tienes un amante —dijo con brusquedad incontenida—. O que lo has tenido. Por eso has pasado tanto tiempo fuera. Creo que lo has dejado, o perjudicado de algún modo; que amenazó con traicionarte en público; y que necesitabas el dinero para... ¿cómo se dice?, para cerrarle la boca.

—Gilbert, Gilbert —murmuró su mujer, cerrando los ojos para no verle—. Por favor, basta, te lo ruego. Te estás deshonrando y cuando recuperes la calma lamentarás tus palabras.

Lo que más le sorprendió no fue lo descabellado de las acusaciones que él le estaba lanzando como si fuesen puñados de porquería goteante, sino su descaro. El hombre que tenía delante, temblando con la fuerza de una rabia apenas reprimida, era casi irreconocible. ¿Qué había sido de la delicadeza de juicio, del sutil equilibrio de tono y de la elegante contención, que se contaban entre las cualidades por las que lo había amado? Le causaba casi un dolor físico verlo caer tan hondo. Ahora Osmond se volvió sobre sus talones y empezó a ir y venir delante de la chimenea con paso rápido y tenso, haciendo gestos con el vaso casi vacío.

—O tal vez sea algo más sutil, e incluso más escandaloso —la miró de soslayo un momento, mostrando la afilada punta del colmillo; a ella le pareció una especie de animal, con el pelo erizado, encerrado en una jaula demasiado estrecha—. Esos

garabatos que tu amiga la señorita Stackpole gusta de llamar sus «escritos» no tienen alturas sáficas, pero tal vez haya otras formas en las que sus inclinaciones señalen en dirección a Lesbos. ¿Te ha seducido para que entres a formar parte de su *cénacle* y te ha exigido una elevada cuota de entrada?

Isabel se puso en pie de un salto.

—¡Qué vergüenza! —exclamó y se quedó tambaleante, apoyando la punta de los dedos contra la mesa para sostenerse—. ¿Es que no hay nada tan sucio que no puedas decirlo? —desfalleció y se llevó una mano a la frente; cuando volvió a hablar, su voz sonó tensa y desmayada—. Es como si no te conociera. Te regodeas en lo desagradable y lo llamas sofisticación.

—¡Ah, sí, y tú eres tan pura! —replicó él, con mordaz desdén. Había dejado de andar y ahora se plantó delante de ella, de espaldas a la chimenea—. Crees que tu dinero te compra la santidad. Pero ¿alguna vez te has parado a pensar de dónde procede esa famosa fortuna tuya? Dirás que te la dejó en herencia tu tío, a petición del idiota de su hijo, que estaba enamorado de ti de modo tan risible. Pero ¿de dónde la sacó el viejo Touchett? Del banco, sí, claro. ¿Y cómo llegaron a estar en el banco esas montañas y montañas de oro reluciente? ¿Crees que cayó flotando desde lo alto como el maná para llenar las bóvedas de Touchett y Teddington? No, mi querida esposa, no cayó del cielo: fue difícil de ganar y difícil de defender, y costó mucha sangre inocente. El banco se fundó con lo que heredó tu tía de la fortuna del ferrocarril de su padre. El ferrocarril... ¡ah! Piensa en los cientos, los miles de culis chinos que se partieron la espalda tendiendo esos raíles; piensa en los braceros que huyeron del hambre en Irlanda solo para morir de malnutrición en los abrasadores desiertos del oeste, piensa en las tribus de pieles rojas a las que masacraron, después de robarles las tierras, para dejar paso al camino de hierro. ¿Crees que tu fortuna es pura? Tu dinero es sucio, como todo el lucro. El banco es el templo del que Cristo expulsó a los prestamistas con un látigo.

—¿Y tú? —preguntó Isabel, haciendo acopio de valor y de rebeldía—. Nunca te oí decir nada de esto cuando hacías planes para casarte conmigo. Y, cuando el plan funcionó, te alegró disponer de mi «sucias fortuna» para jugar al inversor astuto.

—¿Jugar? Te recuerdo que con mis juegos de inversor dupliqué tu fortuna para ti.

—¿Para mí? Ay, Gilbert, hace mucho que he dejado de creer en tus mitologías.

Osmond todavía estaba preparando una réplica cuando de pronto ella se volvió y salió al jardín, pues tuvo la impresión de que si pasaba un instante más en esa sala, se ahogaría. Sin embargo, fuera el calor era tan sofocante que se le hizo un nudo en la garganta y tuvo que huir a la sombra de una antigua higuera, y allí se quedó, un poco jadeante, y notando la humedad pegajosa que empezaba a formarse debajo de la cinta del sombrero de paja. Miró a su alrededor, un tanto desesperada. Por encima de los lechos de flores el aire temblaba. Se sintió desfallecer; dudó de si no habría vuelto la fiebre. Tocó una de las grandes hojas del árbol; la parte de abajo le pareció maravillosamente fresca y lozana al tacto. Recordó que por allí cerca había un viejo

asiento de madera, pero había desaparecido. En los primeros días de su matrimonio, cuando ella y Osmond vivían aquí, en Bellosguardo, mientras preparaban el Palazzo Roccanera para acogerlos, Pansy y ella se sentaban a la amistosa sombra del árbol, leyéndose la una a la otra o entretenidas con su labor. Había sido tan feliz... o eso había creído, pues ¿acaso no había intuido, ya entonces, un vago eco del sufrimiento venidero?

Oyó el ruido de unos pasos leves a su espalda, se volvió y vio a un chico descalzo que llegaba por el jardín. Llevaba pantalones cortos y una camisa de calicó que le quedaba demasiado grande, por lo que al andar tenía que apartarse constantemente el cuello y las mangas. Su piel suave estaba bronceada por el sol hasta adquirir la textura de la madera engrasada y sobre la frente le caían unos rizos negros y brillantes. La saludó con una amplia y centellante sonrisa y sacó del bolsillo de los pantalones un pequeño estuche de cuero desgastado por el uso —ella reconoció el receptáculo en que su marido guardaba los cigarros— y le preguntó si podía dárselo al *signore* que lo había olvidado en su reciente visita a la casa Boott. Este modo de formularlo, que obligó al muchacho a hinchar las mejillas de manera muy cómica, sonó tan inocente y encantadora que ella sonrió, a pesar de su agitación, y, cuando el *ragazzo* dio media vuelta para marcharse, Isabel le pidió que esperase mientras buscaba una moneda con la que recompensarle por el recado. Luego el chico se fue dando saltitos con la moneda de cobre apretada en el puño moreno, y al mirarlo sintió una punzada de anhelo y arrepentimiento. No todo era vil y corrupto, como creía Osmond; su versión del mundo era un lugar donde ella no podría vivir.

Su marido salió de la casa y, después de detenerse en el umbral y mirar hacia el jardín para buscarla, se acercó con paso lento y pensativo, con las manos en los bolsillos de los pantalones y la vista en el suelo. Cuando se detuvo delante de ella parecía un visitante ocioso en un museo que se hubiera detenido a contemplar un cuadro no demasiado interesante.

—Pareces una alegoría de algo —dijo con desprecio—, en la pose de Eva delante del árbol cargado de fruta y anticipando la aparición de la serpiente.

Isabel le devolvió imperturbable la mirada, después de recobrar, o reafirmar, su compostura, y decidió no ser tan tonta de seguirle en los traicioneros enredos de su metáfora.

—¿Vas a decirme dónde está Pansy? —preguntó.

Él volvió a mirarla, con una especie de sonrisa, y hurgó un poco en la gravilla con la puntera de uno de sus zapatos claros.

—Está en Inglaterra —respondió.

—En Inglaterra —Isabel habló sin vehemencia, en tono neutro, sin mostrar sorpresa ni desde luego consternación, porque no estaba ni sorprendida ni consternada. Hacía mucho que había desarrollado un caparazón lo bastante resistente para protegerla de los pequeños obuses que su marido preparaba y soltaba sobre ella con un cálculo exquisito y una puntería infalible.

—Sí, en Inglaterra... en Kent, para ser exactos —dijo—. Me pareció un bonito ejemplo de simetría que viajase a ese agradable pero enigmático país justo cuando tú estabas abandonándolo.

—¿Te importa decirme por qué las has enviado al extranjero?

—No me gustaron las insinuaciones acerca de ella que había en la carta que me escribiste. Me pareció que... no sé, que necesitaba protección, y ¿dónde recluirla mejor que en un país lejano, verde y ameno?

—¿De quién o qué juzgaste que necesitabas protegerla?

—¿De quién va a ser?, de ti, cariño. Y, a propósito, ¿es mi petaca eso que aprietas con tanta fuerza contra tu regazo? Supongo que debe de haberla enviado el señor Boott, pues me cuesta imaginar que hayas ido tú a buscarla.

Ella le dio la petaca y él escogió un cigarro y lo encendió; la llama de la cerilla era pálida e irreal a la luz del sol, y mientras la miraba, en el momento en que ardió, Isabel sintió un nuevo e inexplicable desasosiego. Osmond la observó mientras se disipaba la nube de humo de color azul pálido.

—¿No crees que va siendo hora de que pongas las cartas sobre la mesa? —dijo en un tono en apariencia cordial—. Me preocupa la baza que puedas tener, temo que sea una jugada ganadora, si se me permite expresarlo así.

—¿Qué cartas? —preguntó ella—. ¿Qué quieres que te diga?

—Háblame del dinero, cariño —dijo, acercando el rostro al de ella y moviendo la cabeza en un gesto al mismo tiempo amenazador y de una comicidad espantosa—. Lo tienes todo tú, y yo no puedo ni apostar ni apuntarme un farol. Dime, ¿cuánto apuestas?

Ella dudó apenas un instante, lo suficiente para tomar aliento.

—Quiero mi libertad —dijo—, la mía y también la de Pansy.

XXX

Lo que después recordaría con más claridad no era lo desagradable de la conversación, aunque sin duda hubo mucho de eso, sino el modo tan extraño y callado en que transcurrió. Fue como si asistieran a la lectura de un testamento, o a una vista del tribunal de cuentas para cerrar un negocio fracasado hacía mucho tiempo. Volvieron dentro, Osmond arrojó la colilla a la chimenea y se sentaron el uno enfrente del otro a la mesa: lo único que faltaba sobre el tablero vacío eran unos cuantos documentos con cintas y lacre, un tintero y una pluma. Isabel había repasado con tanta exactitud sus condiciones en la profundidad de incontables noches en vela, que las expuso con la premura de un consejero de la reina deseoso de ir a comer. Hubo una palabra que no pronunció ninguno de los dos, la palabra más trascendental —cuya inicial es una enorme D, odiosa e hinchada— que una pareja infelizmente casada puede oír, aunque pendió sobre la mesa con el espantoso potencial de un juicio aplazado. El acuerdo que le propuso era tan sencillo como crudo y no le dejó lugar a dudas, si no por escrito al menos por su tono —Isabel no se habría creído capaz de esa dureza tan calculada—, de que contaba con que lo aceptara sin la menor objeción, puesto que no pensaba alterarlo o revisarlo en lo más mínimo. Se despedirían, para no volver a verse jamás, al menos a propósito, y le permitiría seguir residiendo en el Palazzo Roccanera —aunque Osmond era quien lo había encontrado y quien lo había amueblado y decorado según su gusto exquisito, el único nombre que figuraba en la escritura era el de Isabel, gracias al insistente, de hecho irresistible, consejo de su abogado inglés en Roma, el cauto señor Pettigrew—, mientras que ella, en compañía de Pansy, fijaría su residencia en algún otro sitio, en Francia, tal vez, o en Inglaterra; en cuanto al dinero, Isabel le entregaría la parte obtenida de sus astutas y provechosas inversiones de su fortuna. Al oír este último punto, Osmond, que estaba escuchándola muy estirado en su silla, se movió y dio una seca palmada en la mesa con la mano izquierda.

—¡Cuánta munificencia! —exclamó con una especie de risa aguda—. Supongo que debes de creerte el sumun de la generosidad al concederme lo que, se mire como se mire, es mi propio dinero.

—No sé cómo lo mirarás tú —respondió Isabel con calmada contención—. Ganaste eso que llamas «tu propio dinero» con el mío, sin el respaldo de mi fortuna jamás habrías podido poner a prueba tus habilidades financieras. Estrictamente, se mire como se mire, y aunque tú no quieras verlo así, los beneficios que conseguiste me pertenecen.

Él irguió los hombros, echó la cabeza atrás y la miró con frialdad un largo rato durante el que ella esperó, sinceramente interesada por saber qué diría. Tenía que

admitir que sentía cierta espantosa fascinación por la extraordinaria conversación que estaban teniendo, y cuando Osmond habló por fin quedó claro que él sentía el mismo interés desapasionado.

—Mi querida Isabel, no creía que tuvieses tantos redaños —dijo con cierta sorpresa y una admiración atribulada—. Si hubieses demostrado tanto ánimo desde el principio, ¿quién sabe qué podría haber pasado entre nosotros?

Sacó la petaca de cuero del bolsillo del abrigo y escogió otro cigarro. Isabel, frunciendo el ceño, le rogó que no fumase, pues el olor acre del tabaco le produciría dolor de cabeza; no obstante, él hizo caso omiso y encendió la cerilla con un pequeño gesto vengativo. Luego se recostó en su silla, cruzó un tobillo sobre la rodilla, volvió a meter el pulgar en el bolsillo del chaleco de color crema y, echando atrás la cabeza una vez más, la miró de soslayo.

—Y ahora que hemos dejado de lado, por el momento, la desagradable cuestión del dinero, ¿puedo preguntarte qué interés tienes en Pansy que te empuja a apartar de mí a mi única hija? No sabía que le tuvieses tanto afecto.

—No, no lo sabías —replicó Isabel con gesto inexpresivo—. Hay muchas cosas de mí que no sabes y también muchas que no sabes de ella —desplazó la silla un poco, para apartarse de la nube de tabaco azul que él había dejado girando sobre la mesa—. Me parece mejor alejar a «tu hija», como jamás te he oído llamarla, alejarla, a Pansy, cuanto sea posible de tu influencia y de la de su... su madre.

—¡Ah!, su madre —repitió Osmond, asintiendo con la cabeza—. No sabía si te atreverías a decirlo de una vez.

—¿Cómo querías que lo dijera, de una vez o de ninguna otra manera, si no sabía que existía esa relación?

—¿Habrías preferido saberlo? ¿Lo prefieres ahora?

—Me mentiste.

—Cariño, te mentiste a ti misma... ¿quién de los dos es más culpable?

A Isabel le sorprendió, como le había ocurrido a menudo en el pasado, el modo tan persuasivo en que podía modelar la lógica retorcida de su visión del mundo; lo lograba, según creía ella, formulando las proposiciones más dudosas sin el menor énfasis, con suavidad y un cierto hastío, como si estuviese tanteando verdades que nadie pensaría ni osaría cuestionar jamás.

—Lo más raro es —dijo ella, sorprendida al notar un curioso deje de tristeza en su propia voz— que casi admiro la habilidad con que me ocultasteis vuestros secretos, tú y... y esa mujer.

Osmond se levantó de la silla, fue a la chimenea, sacudió la ceniza del cigarro y se quedó allí, mirándola, con un codo apoyado en la repisa y el talón del zapato encajado en la rejilla del guardafuego.

—Me han dicho que persuadiste a «esa mujer» para que desistiera de su penitente huida de pecadora a Estados Unidos y volviese a Italia. ¿Puedo preguntarte tus

motivos para ese acto tan extraño y quijotesco? ¿Pensaste que era una Magdalena arrepentida y tú un Cristo misericordioso?

—Creo que solo tú, Gilbert —dijo su mujer, de nuevo con una leve y amarga admiración—, serías capaz de encontrar divertido el trance en que nos encontramos.

—Sí, sí, tienes razón —dijo, con un suspiro, mientras alzaba el cigarro y lo contemplaba—. Me divierten las cosas más extrañas, incluso me resultan cómicas. Aunque tengo mis límites. El dinero, por ejemplo, no me hace sonreír cuando voy a perderlo —sopló despacio la punta del cigarro y le impartió así un resplandor breve y sordo—. ¿Cómo crees que voy a vivir con la miseria que propones dejarme?

—Yo no lo llamaría una miseria. Recuerdo lo orgulloso que estabas cuando me informaste de tus logros, dijiste que era «una enorme ganancia». Además, ni Pansy ni yo te supondremos ningún gasto. Creo que te las arreglarás de maravilla, y si las cosas se ponen mal, siempre puedes vender un cuadro o una vasija etrusca: no te reclamaré mi parte de los tesoros que has amasado haciendo uso de mi fortuna.

Él la miró un buen rato.

—Y tú me acusas de encontrar la situación divertida —dijo en voz baja con el leve y sibilante ceceo que imprimía a su voz cuando estaba más enfadado.

Isabel se puso en pie.

—Te casaste conmigo por mi dinero —dijo en tono prosaico—. Ahora que nuestro matrimonio ha terminado, me dispongo a llevármelo.

—Llévatelo. Espero que lo disfrutes. En cuanto a la ruptura en la que tanto insistes, te lo advierto: no te lo voy a poner fácil. Pondré todos los obstáculos que pueda... y como tú muy bien sabes, mi querida esposa, no conviene subestimarme.

—He dado instrucciones al señor Pettigrew de que redacte los documentos —dijo ella—. Sabe a qué atenerse contigo y confío en que tú sepas a qué atenerte con él. No te dejes engañar por su levita polvorienta y por sus hombros encorvados... está acostumbrado a despejar obstáculos.

Isabel notó la dureza del gesto con que lo estaba mirando; con más dureza que nunca en toda su vida, con más dureza incluso que cuando supo la verdad de labios de la condesa Gemini; con más dureza de la que jamás tendría que volver a mostrarle, o eso esperaba con fervor, aunque sin demasiada convicción.

Osmond se volvió hacia la chimenea y sacudió otra media pulgada de ceniza sobre la piedra pulida del hogar.

—Si es así, te deseo muy buen día —dijo con sequedad.

Ella esperó en silencio y al final él no tuvo más remedio que volverse para mirarla. Se quedaron el uno enfrente del otro, ella al lado de la mesa y él con el negro hueco de la chimenea a su espalda; solo los separaban unos metros, pero podría haber sido el más profundo de los abismos, en cuyo fondo le pareció oír, lejos, ¡muy lejos!, cómo se hacía pedazos una cosa pequeña y frágil a la que había renunciado y que en otra época le había parecido preciosa.

XXXI

Toda esa tarde larga y caliginosa, el calor del sol amortajado golpeó el aire sin cesar, hasta que más de la mitad del cielo congestionado se condensó en una nube de color azul plomo con forma de yunque, teñida a lo largo del borde inferior de una delicada rojez parecida a una irritación, como un incipiente sarpullido. Isabel, en consonancia con el día, bajó la pendiente de Bellosguardo sintiéndose otra vez febril, con el polvo del camino en los labios y un dolor pulsátil detrás de las sienes. Cuando llegó al Palazzo Crescentini lo encontró desierto, como si los habitantes de la casa hubiesen sucumbido a la sofocante languidez del ambiente y se hubieran retirado a las sombras y el frescor; los salones del piso de abajo, mientras los recorría, tenían el aspecto de desazón vigilante que domina una casa en esos momentos en los que el acostumbrado bullicio humano se sume en la quietud. Subió los muchos tramos de escaleras hasta su cuarto, donde agradeció encontrar los postigos echados contra la incendiaria intensidad del cielo. Se quitó las prendas exteriores y se tumbó a descansar en la cama, con el ánimo sosegado y el espíritu bañado en un grato bálsamo de vacuidad. Le extrañó lo poco que le angustiaba el reciente encuentro con su marido. Era como un alpinista, que al volver a las tierras bajas, recuerda las cumbres como poco más que una quimera de cielo azul y nieve arrastrada por el viento.

Cayó en una especie de sueño breve, luego despertó y miró a su alrededor en la cálida negrura, presa de un temor innombrable, sin saber dónde se encontraba. Se levantó de la cama, vertió agua en una jofaina, se mojó los dedos y se los puso en los párpados y las sienes doloridas. El agua, aunque hizo un ruido refrescante al salpicar contra el esmalte blanco azulado de la palangana, estaba tibia y un poco espesa y no le supuso un gran alivio. Fue a la ventana y abrió las persianas; la nube con forma de yunque se había hinchado hasta el punto de llenar del todo el cielo, que se cernía sobre los tejados como un mar invertido, a punto de desbordarse y con una quietud de mal agüero. Notó que el aire pegajoso se movía un poco y le daba en la cara —fue como si la ciudad misma hubiese soltado un jadeo exhausto— y luego volvieron el calor y la pesadez. Tenía mucho que hacer, y muchos asuntos requerían su atención, pero la lasitud la envolvía como un húmedo sudario de tela de saco. Su vida, le pareció, se había parado en seco. Llevaba mucho tiempo avanzando a todo vapor, empujada por la fuerte determinación de poner fin a la crisis en que se había sumido su matrimonio, pero ahora se habían agotado sus energías. ¿Qué sería de ella? El porvenir del que había alardeado delante de Osmond, con ella y Pansy como dos aventureras embozadas en sus capas rumbo al Cuerno de Oro, ¿qué era sino una fantasía urdida para tener algo en lo que apoyarse en su confrontación con su marido y, a través de él, con su destino? Se le ocurrió que, al trazar sus planes y sus

proyectos, ni una sola vez se había detenido a pensar si Pansy no tendría también sus propios designios, si la chica —¡era ya una mujer joven!— no se estaría preparando, en ese mismo instante, en algún majestuoso salón inglés, entre nobles señores y elegantes damas, para enfrentarse a su propio destino. ¡Pobre Isabel! ¿Es que después de escalar las cumbres de Bellosguardo y de plantar allí la insignia de su independencia iba a caer ahora dando tumbos por culpa de la inercia y de su debilidad de propósito? Justo en ese momento, como en una gargantuesca afirmación de sus dudas, retumbó en el cielo lívido y colgante el estruendo, el estallido y el colosal estrépito de un largo trueno, al mismo tiempo portentoso y absurdo, seguido del suave, susurrante son de la lluvia.

Se vistió a toda prisa, intentó en vano arreglarse el pelo —de pronto muchas cosas parecieron carecer de importancia— y atravesó la casa para ir abajo. El aire, por lo general estancado, estaba cargado de los perfumes del jardín liberados por la lluvia. Al pasar por el *piccolo salone*, oyó unas voces, se detuvo, llamó despacio a la puerta, y la voz de su tía la invitó a entrar. Esta salita oscura y algo desordenada, abarrotada y extrañamente imponente la reservaba la señora Touchett para recibir a las visitas y por tanto estaba muy descuidada. El visitante de la señora Touchett esa noche era un joven, aunque tal vez no fuese tan joven como daba a entender su aspecto juvenil. Era menudo, con el pelo de un llamativo color rojo oscuro, la frente arrugada y despejada, y ojos verdes y vivos, que a Isabel le recordaron a los de un gato amistoso. Llevaba pantalones grises y levita negra, y había dejado en equilibrio sobre la rodilla una chistera rozada y muy raída. No se podía decir que fuese apuesto, pero desprendía tanta desenvoltura y energía que la cuestión de si lo era o no parecía irrelevante. Isabel supuso enseguida que debía de ser el señor Devenish, corresponsal del *London Clarion*, que había pasado a verla el día anterior y había dejado su tarjeta. Él demostró que su conjetura era correcta cuando se levantó enseguida, tirando sin darse cuenta la chistera al suelo, y procedió a presentarse. Tenía una voz inglesa suave y agradable, a pesar de una leve tartamudez que, lejos de parecer un defecto, aumentaba curiosamente su encanto. Isabel le tendió la mano y sonrió; notó que los ojillos negros de su tía se fijaban en ella con acusadora mordacidad.

—Le he dicho al señor Cavendish que estabas descansando —dijo la anciana—. Pensábamos que bajarías antes.

—Sí, estaba a punto de rendirme y marcharme —dijo con cordialidad el joven, sin apartar de ella los ojos verdes—. Me alegro de no haberlo hecho.

—No dejó usted dirección en Florencia —replicó Isabel, sin dejar de sonreír.

—¿Ah, no? Es típico de mí... me temo que tengo muy poca cabeza.

—Es usted pariente de la señorita Janeway, ¿no?

—Sí, soy su sobrino. Me hizo jurarle que no dejaría de pasar a verla. Nuestra amiga la señorita Stackpole me informó de su paradero. ¡Pensaba buscarla en Roma, pero por suerte aquí está!

—¿Trabaja usted en Florencia? —preguntó Isabel—. Quiero decir, ¿es usted el corresponsal del periódico en Florencia?

Eso hizo que el señor Devenish soltara un ululato alegre y agudo.

—¡Ay, mi querida señora Osmond, ojalá pudiéramos llegar a tanto! Me temo que somos un órgano muy humilde, y apenas podemos permitirnos mantener una oficina en Londres... digo «oficina», pero en realidad no es más que un sótano sin luz en Gray's Inn Road.

—¿Entonces está aquí por asueto?

—¿Quiere decir de vacaciones? Supongo que podría decirse así. Llevo aquí una semana, en lo alto de una buhardilla, en un establecimiento que se llama a sí mismo una *pensione*, detrás de la estación del ferrocarril, alimentándome de pan y agua igual que un presidiario.

—Vaya, en ese caso tendremos que ofrecerle algún sustento —dijo riéndose Isabel—. La señorita Janeway nunca me perdonaría si pereciera usted de inanición.

—He pedido que traigan el té —observó con aspereza la señora Touchett—. Si somos pacientes, puede que nos lo sirvan dentro de una hora.

Isabel se volvió hacia su tía, sintiéndose culpable por haberla pasado por alto hasta ese momento para atender al señor Devenish. La frágil anciana estaba acurrucada en las profundidades de su sillón, como si la hubiesen plegado con mucho cuidado y la hubiesen dejado aparte, donde no molestara. Sostenía el bastón delante de ella, con las manos finas como el papel una sobre la otra en la empuñadura de marfil.

—¿Quiere que vaya a ver qué pasa, querida tía? —preguntó solícita. Volvió a mirar al señor Devenish—. Aquí no saben lo que es el té y se persignan antes de prepararlo, como si les pidieran que participasen en un acto de brujería.

—Bueno, yo se lo perdonaría por la calidad de su café —respondió respetuoso el caballero.

Isabel le sonrió de nuevo; de hecho, reparó en que llevaba sonriendo casi sin parar desde que entró en la salita: el buen humor del señor Devenish era contagioso. Había perdido el hábito de que la trataran con amabilidad y de ser amable en correspondencia, como acostumbra la gente; llevaba mucho tiempo, años y años, replegada sobre sí misma, conteniendo el aliento y siempre atenta, como una niña ocultándose de un padre caprichoso y cruel en un armario. ¿Qué había hecho, qué había hecho para merecer la vida de cautela, precaución y temor a la que se había visto condenada estos últimos años? Sí, había sido orgullosa; sí había valorado más su propia opinión que la de los demás; sí, había dejado que se casaran con ella por su dinero; pero ¿merecían estos pecados, por muy graves que fuesen, el precio que había tenido que pagar? No obstante, se dijo, era una tontería ocultarse y acobardarse. Hoy, al enfrentarse por fin a su marido, había abierto un poco la puerta del armario; fuera la habitación estaba iluminada, el suelo barrido, la vajilla a salvo en su estante, y no

había nadie esperando con una vara a que asomase. Había llegado la hora de salir, de erguirse y vivir... y vivir. Oyó a lo lejos el estruendo del trueno.

Les llevaron el té, con pan, galletas y unos trozos de pastel. El señor Devenish demostró tener muy buen apetito y probó sin complejos todo lo que le ofrecían, hablando al mismo tiempo sobre asuntos muy diversos, a veces con la boca casi llena. El *Clarion*, ese «pobre harapo viejo», como lo llamaba con cariño, estaba decididamente comprometido con las causas más polémicas del momento, entre ellas la reforma de la ley electoral, la autonomía de Irlanda, el liberalismo, los sindicatos, la eliminación de los vínculos entre la Iglesia de Inglaterra y el Estado —de hecho, aludió a tantos «ismos» que dieron la impresión de descender en picado sobre la salita como golondrinas— y, por supuesto, el sufragio femenino universal. Al citar este último dirigió una mirada muy cálida y elocuente a Isabel.

—Mi tía, como sin duda ya sabe, señora Osmond, es una de las principales defensoras de la causa —volvió su atención a la señora Touchett que, encorvada en su sillón, estaba observándole con unos ojos tan brillantes que Isabel temió que él pudiera confundirlo con su aprobación de las opiniones que acababa de exponer con tanto desparpajo—. En los últimos tiempos mi tía no ha estado bien —dijo, dirigiéndose a la anciana, frunciendo el ceño y bajando la voz—, pero aun así continúa con la lucha, aunque hay ocasiones en que se ve obligada a dirigir las operaciones desde la cama.

La tía de Isabel, sin conmoverse, lo miró con los ojos encendidos.

—¡Ah, sí! —le interrumpió atropelladamente Isabel, con el aire apremiante de quien anticipa una inminente andanada y se esfuerza por impedirlo—. Hábleme de su salud, aunque debo decir que cuando nos vimos y comimos juntas, a principios de verano, me pareció muy animosa.

—Bueno —respondió el señor Devenish—, en lo que respecta al espíritu no hay quien la detenga, pero me temo que su cuerpo declina rápidamente —bajó la mirada y se fijó un momento en el ya maltrecho sombrero, que para más seguridad había dejado en el suelo junto a la pata de la silla—. Los médicos le dan solo un mes o dos.

Todos guardaron silencio. De fondo se oía el golpear constante de la lluvia y también los truenos que seguían refunfuñando detrás de las montañas. Luego la señora Touchett reaccionó.

—Tal vez esa señora de la que hablan haría mejor dedicando sus energías a la causa de su propia salud —declaró con frialdad— y dejando los grandes asuntos mundanos a quienes están preparados para abordarlos.

Se levantó despacio y con mucho esfuerzo del sillón, apoyando su leve peso con tanta fuerza en el bastón que vibró visiblemente en toda su longitud. Por muy penoso que resultara, Isabel sabía que no debía ofrecerse a ayudarla, y también, por instinto, lo supo el señor Devenish. Una vez se incorporó, la señora paseó la mirada de uno al otro con gesto de airado desafío.

—Tengo cuestiones domésticas que atender —dijo con sequedad—. Joven, le deseo buenas tardes.

—Buenas tardes a usted también, señora —respondió Devenish con su característico afán de ser educado—. Gracias por recibirme; ha sido un honor conocerla.

Se quedaron los tres de pie un momento y se hizo el silencio entre ellos. Isabel comprendió que el joven esperaba que la señora Touchett se marcharía y le dejaría a solas con su sobrina, y no supo cómo desengañarle. Entonces la señora Touchett habló y fue directa al grano, aunque las palabras que utilizó parecieron inocuas.

—Espero, señor Devenish, que haya traído consigo un paraguas, de lo contrario me temo que se va a empapar usted.

—¡Oh!, tengo mi sombrero —replicó él—. Con eso bastará para protegerme de los elementos —se volvió hacia Isabel, no sin un destello de diversión arrepentida en los ojos notablemente verdosos—. Ha sido un placer, señora Osmond —murmuró, tendiéndole la mano—. Espero que tengamos ocasión de volver a vernos, si no aquí en Florencia, en alguna otra parte... en Londres, incluso, me consta que a mi tía le encantaría volver a recibirla en Fulham. Recuerda con agrado el día que comieron juntas.

—Yo también —replicó Isabel. Notó que la mirada de su tía la atravesaba igual que la punta reluciente de un instrumento metálico—. Si la ve usted antes que yo, por favor, envíele un amistoso saludo y mi preocupación por su triste estado de salud.

Lo acompañó hasta la puerta principal, donde él se detuvo con el sombrero entre las manos.

—Me temo que su tía desaprueba que haya venido —dijo en voz baja.

—No se lo tome como algo personal —respondió Isabel con una sonrisa—. Desaprueba todo en general. El mundo, tal y como está constituido, no llega a sus expectativas, que me temo que son muy altas.

—Es una señora formidable, desde luego —dijo el señor Devenish, riéndose y moviendo la cabeza. Luego hizo una pausa y volvió a contemplar su sombrero—. ¿Sabe? —dijo con tímidas dudas—. Mi intención era partir de Florencia el día que vine a verla y dejé mi tarjeta.

—Pero se quedó.

—Sí —alzó la vista para mirarla a los ojos—. No quería irme sin haberla visto.

—En ese caso, me alegro de que esperase —dijo en tono neutro y decidido; sabía que un hombre puede tomar el brazo cuando le ofreces el codo.

Él siguió demorándose, con el ceño fruncido y los labios apretados. Ella esperó interesada, incluso con cierto suspense. Supuso que debía de saber algo de sus recientes dificultades —Henrietta Stackpole siempre había considerado su deber denunciar la injusticia y señalar a quienes la perpetraban, aun a costa, si era necesario, de desvelar el dolor personal de un amigo— y si hubiese demostrado la menor compasión o conmiseración, se habría despedido de él con brusquedad, le

habría dado con la puerta en las narices, habría buscado su tarjeta y la habría hecho pedazos. En sus presentes circunstancias prefería que se burlaran de ella a que la compadecieran. No obstante, él siguió por otros derroteros.

—Mi tía me habló de su generoso acto de patronazgo —dijo.

Por un momento, Isabel se quedó confundida y luego lo entendió.

—Ah, sí... los billetes. Creo que fui un poco tonta.

Myles Devenish la miró con intensidad.

—Pero ¿cómo? Hizo usted una gran contribución a la causa.

—¿A la causa?

—Bueno, la del sufragio... de la libertad.

—¡Ah!, la libertad —murmuró Isabel—. Esa palabra ha estado a menudo en mi imaginación estas semanas. Me alegro mucho de haber podido ayudar a su tía. Es una mujer admirable.

—Cierto, cierto —declaró el joven. Parecía tener más, mucho más que decir, pero se limitó a un rápido adiós, hizo una leve y cortés reverencia y se marchó.

XXXII

La tormenta seguía merodeando hosca por las montañas que rodeaban la ciudad, e Isabel se sentía tensa y febril, como si minúsculas cargas de electricidad corrieran por sus venas en todas las direcciones y fuese incapaz de concentrarse en nada. Deambuló sin rumbo por la enorme, hueca y adusta mansión, enfadada consigo misma y con las cosas que veía, por mucho que llamaran su atención. Era como una niña aburrída, cuyos mejores juguetes han perdido su brillo, desperdigados en las horas vacías de una tarde de domingo. La señora Touchett se había retirado a sus habitaciones del piso de arriba y había dejado dicho que cenaría allí sola; era evidente que había concentrado en su sobrina parte de la desaprobación que le había inspirado el señor Devenish. De ser así, Isabel se alegraba. Su tía sabía que había ido a Bellosguardo, y sin duda, a su manera fría y desapasionada, habría querido saber parte de lo sucedido entre la señora Osmond y su marido, después de la larga y —según le habían contado— tensa separación de la mal avenida pareja. Lo último que habría podido soportar Isabel esa noche era uno de los interrogatorios de su tía, que siempre eran tan incisivos y cortantes como un instrumento quirúrgico.

Fue a la sala del jardín y escogió un libro de una estantería —un volumen de poemas de Browning, que juzgó adecuado para su estado de ánimo— y se sentó en una silla de mimbre al lado de la ventana. Enseguida la distrajerón el aspecto alicaído del jardín —la lluvia lo había dejado todo humillado y en desorden— y la luz chillona que hacía que los cristales brillaran amenazadores. En casa, y con eso nos referimos a Albany y sus alrededores, pues en ese momento no había ningún otro sitio que mereciese para ella ese nombre, le encantaba la hora del crepúsculo, impregnada como estaba para ella de una vaga, melancólica y siempre emocionante promesa; aquí en el sur, todos los días tenían un final brusco y sin ceremonias, la oscuridad caía casi con estrépito como la verja metálica del puesto de un tendero. Dejó el libro, tiró de la campanilla para llamar a Staines y le informó de que ella también cenaría sola, en su cuarto.

—Con unos huevos será suficiente —murmuró, volviendo otra vez la mirada hacia el deprimente jardín, donde apenas relucía ya con un leve resplandor la luz del día.

—¿Le enciendo las velas, señora, o va a subir ya? —preguntó la doncella.

—Sí, enciéndelas, por favor, pero solo una o dos —le respondió Isabel. En otra época le habría encantado quedarse allí al caer la noche, después de la lluvia, pero ahora la oscuridad se había vuelto más densa y había cosas que se movían en ella, formas vagas pero inconfundibles, como animales salvajes a la entrada de una cueva,

y que solo podían alejar las llamas—. Y tráeme algo de beber... una copa de moscato, tal vez.

—Muy bien, señora.

—Y, Staines...

—¿Sí, señora?

—Gracias por cuidar de mí.

La doncella se ruborizó un poco.

—Bueno, para eso estoy, ¿no, señora?

—Gracias de todos modos.

Le extrañó lo poco alterada que estaba después de un día como ese. Solo entonces comprendió el largo tiempo que llevaba armándose, en un profundo rincón de su imaginación, sin darse cuenta pero con frialdad, meticulosidad y diligencia, para el combate que había librado esa mañana con su marido. ¿Y no iba a tener sensación de victoria, no iba a experimentar placer alguno? ¿Ni siquiera dudas? ¿Ni remordimiento? ¿Iban a ser esas todas las consecuencias? ¿Por qué no estaba arriba postrada en su cama, llorando, aunque fuese solo por el amargo alivio de haberse alzado con el triunfo, de haber salido victoriosa? Pues no había duda de que había vencido. Osmond, como había amenazado, pondría todas las dificultades posibles, y era capaz de mucho —¡era capaz de todo!—, pero no le serviría de nada. Isabel había leído a Maistre, y sabía, por ese sombrío sabio, del momento en la batalla en el que a un bando, incluso aunque tenga más hombres y pertrechos, le fallan las fuerzas, o el valor, o la voluntad, o las tres cosas a la vez, y se hunde y capitula. Hoy había visto en los ojos de Osmond que había comprendido su derrota. No era algo que hubiese contado con ver algún día. Aunque no había sido una desbandada: no habría una huida desordenada, no daría media vuelta y echaría a correr. No era su estilo caer en la indignidad; ni el de ella humillarlo al someterle de ese modo. Haría, tal como le había advertido, cuanto estuviera en su mano por obstaculizarla —tenía contactos en la burocracia, los tribunales, incluso en el Vaticano—, mientras que ella, por el contrario, le daría facilidades siempre que pudiera. Recordó otra vez que le había dicho, de manera tan memorable, que valoraba el honor por encima de cualquier otra cosa, un precepto que, tal como Isabel había descubierto, no observaba de forma muy rigurosa; pero incluso si estaba dispuesto a rebajarse, no había razón para que ella se arrastrara con él. Fuesen cuales fuesen los medios que pudiera utilizar para desbaratar sus planes, Isabel haría honor —sí, honor— a los términos que le había impuesto hoy cuando se enfrentaron cada uno a un lado de la mesa en esa sala de techos altos en Bellosguardo, un lugar que ya estaba revestido en su memoria de los rasgos de un monumento al enfrentamiento decisivo en una larga lucha por la libertad.

La doncella había encendido las velas, cuyas llamas habían extinguido al instante el último resplandor del crepúsculo en la ventana, y a Isabel le habían llevado su copa de vino —estaba en una bandejita a su lado—, pero aun así la doncella se quedó, pese a que Isabel la había liberado de sus obligaciones hasta que volviese a necesitarla una

última vez, en el cuarto de su señora, para llevarle una *tisane* antes de dormir. Isabel la observó con curiosidad mientras enderezaba una vela en el candelero, alisaba las arrugas de la alfombra y mullía otro cojín. Era evidente que a la bondadosa criatura le rondaba algo por la cabeza. Se detuvo al lado de la silla de Isabel y expresó su preocupación de que la señora hubiese pasado un día largo y demasiado fatigoso, sobre todo teniendo en cuenta que la noche anterior aún «estaba ardiendo por culpa de esa fiebre tan espantosa». Isabel admitió que estaba cansada, y prometió irse a la cama nada más terminar la cena, que tal vez tomaría aquí, en una bandeja, y no, como había pensado, en su cuarto, cuya oscuridad nocturna se había intensificado por el recuerdo de los días y las noches de enfermedad que había tenido que soportar en él. Siguió un silencio, o habría seguido, de no ser por el peculiar zumbido, semejante a la vibración que queda en el aire después del tañido de la campana de una iglesia, que Staines emitía, al parecer sin darse cuenta, cuando tenía que vérselas con algún dilema interior.

—¿Ocurre algo? —preguntó Isabel—. Pareces agitada... espero no haberte contagiado.

—Oh, no, señora, no, estoy muy bien. Es solo... —le falló la voz. A la luz trémula de las velas, era una figura austera, toda codos y hombros huesudos con la mandíbula larga y puntiaguda, retorciéndose las manos y todavía zumbando angustiada.

—¿Qué ocurre? —insistió con amabilidad Isabel—. ¿Hay algo que quieras decirme? Y, por favor, siéntate, trae una silla, vamos. Estamos solas. Mi tía se ha ido a dormir, no volveremos a saber de ella hasta por la mañana.

—Es solo que, verá, señora —volvió a empezar Staines, sin hacer el menor movimiento para aceptar la invitación de sentarse de su señora—, sé que esta mañana ha ido a visitar al señor —así era como estaba acostumbrada a referirse al señor Osmond—, y cuando ha vuelto he notado que estaba usted disgustada —hizo una pausa y se retorció los dedos con tanta fuerza que le crujieron los nudillos—. Perdóneme, señora, por ser tan directa y hablarle así —le rogó atropellada—. Nunca se me habría ocurrido, es solo...

Una vez más se detuvo en esa palabra, *solo*, como si fuese un santo y seña que no pudiese sobrepasar. Isabel cogió un candelabro, condujo a su acompañante a una mesa de mármol grande y fea que había en el centro de la sala y las dos se sentaron con el candelabro delante.

—Vamos, habla —dijo Isabel, en voz baja y tranquilizadora, aunque el corazón se le encogió con fríos presagios.

La historia que Staines tenía que contarle era de tiempo atrás y, cuando terminó de relatarla, Isabel se sorprendió de no haberse desmayado mientras hablaba. Al principio intentó descartarla como los cotilleos fantasiosos de los criados, una de esas cosas que les gusta inventar a las doncellas para escandalizarse unas a otras y a sí mismas. Pero, como recordó Isabel, los criados lo sabían todo y no tenían necesidad

de inventar nada; lo que no se decía delante de ellos siempre acababan averiguándolo de todos modos, por detrás, por así decirlo. ¿Cuántas veces no habría oído, de niña, a su niñera hablarle al ama de llaves, o al ama de llaves a su niñera, del último «aprieto» en que se había metido su padre con sus alegres derroches; de los acreedores que se habían presentado a su puerta y a quienes habían tenido que echar; de las mujeres jóvenes y guapas que se habían cruzado en su camino y de los maridos ultrajados que habían sembrado ese mismo camino de improperios? También había intentado no prestar crédito a esas historias —¡cuánto se había esforzado, apretando los ojos para contener las lágrimas!—, pero en el fondo había sabido, por mucho que lo negara, que eran ciertas, al menos en esencia, si no en los detalles sospechosamente pintorescos con los que las contaban. Entonces, igual que ahora, lo que acabó convenciéndola fue lo espantoso del hecho en sí, aunque su pobre y difunto padre, por muy sinvergüenza que fuese, jamás se habría rebajado a perpetrar un acto de tanta maldad como el que le contó la doncella a su señora, allí en la mesa, en la casa silenciosa, bajo una cúpula de oscuridad que ni velas de un altar mayor habrían podido iluminar lo suficiente.

Isabel pudo encontrar algún consuelo, aunque fuesen apenas unas migajas, en que se hubiese cometido antes de que Gilbert Osmond y Serena Merle hubieran oído hablar de ella, en una época en la que apenas tenía edad para que la conociese nadie fuera de su reducida familia y de su reducido círculo de amigos. En aquel entonces Osmond estaba viviendo en Nápoles y era un hombre joven casado con una mujer a quien llevaba muy pocos años. La primera señora Osmond era hija de la numerosa aristocracia de esa ciudad, aunque el título de su familia no se remontaba más allá de Napoleón, y su fortuna, obtenida con el pillaje en la guerra de la Independencia española —el abuelo de la señora había servido como mariscal en la Grande Armée—, había encallado en el rocoso canal que discurre entre los peligros gemelos de la especulación y la malversación, y apenas quedaba de ella ni un penique. Cuando Serena Merle llegó en triunfo por la costa de la Campania desde Roma —en su morbosa agitación, Isabel la imaginaba en un carro, como una valquiria de Brooklyn, con una trenza rubia y un leopardo encadenado a su lado—, ya estaba distanciada de su marido, el caballero suizo de oscuros orígenes a quien aludía tan poco como lo permitía el decoro. Enseguida había fijado sus ojos grises y calculadores en el cultivado Gilbert Osmond, con la idea equivocada —era un error que esa mujer con fama de astuta no se perdonaría jamás— de que aquel adorno de la comunidad de estadounidenses expatriados en Nápoles era una figura no solo de una erudición prodigiosa y un gusto exquisito, sino también con posibles. Se conocieron, se comprendieron mutuamente y encajaron a la perfección; lo que siguió fue, como ocurre en estos casos, inevitable, aunque no tanto por la fuerza del destino como por el encanto persuasivo y la decisión inquebrantable de la señora.

Los dos amantes fueron discretos —la discreción personificada—, pero la naturaleza, con sus costumbres munificas y despreocupadas, puede sorprender a la

más cuidadosa de las parejas. A su debido tiempo, se hizo necesario que madame Merle se retirase una temporada, pues su estado «interesante», que cada vez era más evidente, habría sido difícil de explicar, en vista de que a monsieur Merle no se le había visto en ninguna parte en los meses transcurridos desde que su mujer acudiera a la ciudad al pie del Vesubio; de hecho, en esa época el caballero estaba en Norteamérica, dedicado a un proyecto comercial que, como muchas otras de sus aventuras especulativas, resultaría ser no solo inútil sino ruinoso. Los amantes buscaron un lugar al que la futura madre pudiera retirarse con seguridad ante su cada vez más obvio embarazo, se decidieron por la península salentina por estar convenientemente distante de Nápoles —no tan lejos como para que la fugitiva estuviese aislada del todo, pero sí más allá de los límites adonde podía esperarse que llegara la espumosa marea de los cotilleos— y le buscaron, y encontraron, alojamiento en la agradable ciudad de Lecce, conocida con cariño por sus habitantes como la Florencia del sur, una idea, deberíamos añadir, que los nada generosos florentinos consideran, en el mejor de los casos, un delirio risible. En Lecce la señora se instaló el medio año que le faltaba para dar a luz en un pequeño pero agradable apartamento de un viejo y elegante *palazzo* cerca de las pintorescas ruinas del Teatro Romano: Gilbert Osmond conocía al propietario, un coleccionista especializado en loza, un *gentiluomo* tan elegante, y al parecer tan viejo, como el propio edificio, a quien le habían dado a entender que su inquilina era la esposa del señor Osmond, y que su marido la había enviado al sur para que disfrutase del vigorizante aire de la península y diese a luz a su hijo rodeada de una paz y tranquilidad que Nápoles, con su acostumbrada y tumultuosa vida social, no podía proporcionar.

Mientras madame Merle estaba en el exilio, el señor Osmond se ausentó también unos meses de su ciudad adoptiva e instaló sus reales, en compañía de la primera señora Osmond, en la recóndita ciudad piamontesa de Alba, por razones que no consideró conveniente explicar a las personas de su círculo; no obstante, mediante ciertas insinuaciones hechas en los sitios apropiados, dio a entender en Florencia que su familia de dos iba a aumentar a tres, con el añadido de un bebé Osmond. Alba era, y es, famosa por sus trufas, su vino y sus melocotones, y sin duda la pareja debió de probarlos en su interludio en el remoto noroeste, al principio placentero, aunque luego resultase ser trágico. La señora Osmond nunca había tenido una salud de hierro —su familia por el lado materno sufría desde tiempo inmemorial una inevitable y enervante enfermedad de la sangre— y hete aquí que en Alba, y en la provincia de Cuneo en general, hacía tiempo que campaba a sus anchas una fiebre de una virulencia sin precedentes. Fue ante este cruel depredador ante quien, indefensa por su debilidad hereditaria, acabó sucumbiendo sin remedio la señora Osmond. Durante muchos días dolorosos y noches atormentadas luchó por su vida, atendida por su más que afligido consorte —se dijo que apenas se apartaba de su lado y que no dormía ni comía más que lo imprescindible para mantenerse él mismo con vida—, hasta que al final el atacante invisible fue más fuerte, y la valiente señora, bañada en las copiosas

lágrimas de su marido, cruzó las manos sobre el pecho y consignó su alma a un lugar mejor. Todo Alba supo de su fallecimiento —se la conocía, con afectuosa inexactitud, como *la signora inglese*— y las campanas del Duomo doblaron en señal de luto cuando colocaron sus restos sin vida en el coche fúnebre antes del largo y lúgubre viaje de vuelta a su ciudad natal.

Este fue el relato del fallecimiento de su mujer que Osmond le hizo a Isabel cuando tan triste asunto salió a colación por primera vez, en uno de sus paseos por los jardines Boboli en los deliciosos primeros días de su compromiso: o, más bien, una versión de este relato, un elaborado bosquejo, digamos, ejecutado con delicadeza y levemente barnizado, como uno de los propios ejercicios aficionados de Osmond en el arte de la pintura. Habló de su duelo como un suceso de su vida cuyo recuerdo el honor le obligaba a conservar y reverenciar, aunque por razones evidentes prefiriera no referirse a él en público —su naturaleza estoica le impedía caer en cualquier sentimentalismo morboso o sentir compasión por sí mismo—, sobre todo en una época de alegre renovación, cuando su soledad, que había llegado a aceptar como permanente, iba a transformarse de un modo tan feliz e inesperado. Isabel había demostrado idéntico respeto por su pérdida y por el recipiente discretamente sellado en el que había enterrado su recuerdo, con el resultado de que la pareja no volvió a aludir a «la primera señora Osmond» —parecía el título de una elegante obra de teatro actual— ni en el tiempo que duró su felicidad ni en los años que siguieron. Por eso la segunda señora Osmond se sintió cohibida, casi incómoda, al oír bajo el resplandor crepuscular de las velas cómo nada menos que su doncella resucitaba para ella esta historia de una lejana pérdida y su consecuente pesar. Lo más extraordinario de todo era que Staines pareciese tan familiarizada con los detalles de la conspiración que Osmond y madame Merle habían urdido para ocultar la concepción y el nacimiento de su hija. Por supuesto, la doncella no le relató la triste historia con las palabras con que la hemos expuesto aquí, sino a trompicones, mediante evasivas y torpes eufemismos; pero aun así había sido lo bastante clara para darle a entender que sabía todo lo que había que saber y, lo que es más, que hacía mucho tiempo que lo sabía. Cuando Isabel le preguntó por qué no había hablado antes, la doncella la miró perpleja y respondió: «¡Ay, señora, nunca pensé que me correspondiera hablar de estas cosas!». Pero ¿por qué lo hacía ahora? ¿Acaso pensaba que su señora ignoraba la triste argucia a la que habían recurrido Osmond y su amante para ocultar los orígenes de Pansy? Isabel esperó que así fuese, pero era una esperanza muy tenue, y el tono y la actitud de la doncella no hacían nada por apoyarla. Si Staines lo sabía todo —y a juzgar por lo que le había contado era evidente que así era—, sin duda debía de saber que su señora también lo sabía.

La situación era, para Isabel, tan difícil como delicada. ¿Cómo debía comportarse, cómo iba a responder, sentada allí mientras una criada descorría los cerrojos y abría ante ella la cámara ensangrentada donde su marido guardaba sus secretos bajo llave? ¿Cómo, cómo podía imaginar Staines que ahora era el momento apropiado, aunque

antes no lo hubiese sido, para hablarle a su señora de estas cosas tan terribles? Y, si sabía tanto, ¿cuánto más podía saber? A Isabel se le encogió el corazón al plantearse esta pregunta. Todo el tiempo, las últimas semanas, había acechado en su interior, relegada lo más hondo posible, la temible de idea de que, a pesar de todo lo que había averiguado de los manejos clandestinos de su marido y madame Merle, todavía faltaran por llegar más revelaciones, más horrores a los que antes o después se vería obligada a enfrentarse: ¿había llegado ese momento? Un trueno retumbó a lo lejos; el ruido le recordó a un niño enfadado dando patadas en una de las habitaciones del piso de arriba.

Isabel se puso en pie, irguió los hombros y carraspeó.

—¿Cuánto tiempo hace que sabes todo esto, Elsie? —preguntó, un poco sobresaltada al oírse interpelar a la doncella, sin pararse a pensarlo, por su nombre de pila.

—¡Oh!, desde el principio, señora —replicó en el acto la doncella.

—Pero ¿desde qué principio?

—Pues desde que usted y yo vinimos aquí por primera vez de Gardencourt hace tantísimos años —Staines había sido liberada del servicio en casa de los Touchett a petición de Isabel para convertirse en su doncella personal— y el señor, el señor Osmond, empezó a cortejarla. Yo conocí a una doncella que la señora Merle tenía aquí en Florencia, se llamaba Gabriella, aunque yo la llamaba Gabby. Le di lástima porque vio que estaba hecha un auténtico lío, que para mí todo era un galimatías y que no sabía una palabra del idioma. Ella hablaba un poco de inglés y decidí ayudarme a cogerle el tranquillo, con los comerciantes y demás —la doncella hizo una pausa y bajó la vista con gesto afligido—. Pobre Gabby —murmuró—, era muy buena y sencilla. Tenía un novio sin que nadie, ni siquiera yo, lo supiese, que la puso en una situación comprometida y por supuesto la echaron y fue a esconderse no sé dónde. La eché mucho de menos cuando se marchó. Luego, más tarde, oí que había muerto al traer al mundo al crío. Arturo, el novio, la había abandonado, claro —una vez más guardó silencio, luego se estremeció y miró a su señora con los ojos muy abiertos a modo de disculpa—. Fue Gabby quien me contó lo de la mujer, quiero decir la primera mujer, del señor y que no había tenido ningún niño antes de morir. Usted lo sabía, ¿no, señora?

—Sí —respondió Isabel, bajando la mirada y mirando la mesa—. Sé de quién es hija Pansy. No lo supe durante mucho tiempo, hasta que... hasta que me lo dijeron hace unas semanas.

—Sí, y cuando la pobrecita nació, el señor la trajo consigo a Florencia al volver del norte y dio a entender que era... en fin, que era la hija de su difunta esposa —una vez más hizo una pausa y se quedó un instante mirando tensa a su señora, que seguía con la cabeza gacha—. Supongo que fue mejor así —se aventuró a decir—, me refiero a que el señor criase a la señorita Pansy sin madre. En fin, si piensa que... —pero le volvió a faltar el valor, aunque las dos mujeres supieron qué era lo que no se

había atrevido a pensar, y por un momento se quedaron considerando la idea de que hubiese llamado a Serena Merle para cumplir con su deber maternal en la crianza de la hija de Gilbert Osmond.

De pronto, volvió la lluvia, apresurada y torrencial, y en breve estaba golpeando el jardín invisible.

—Creo que cenaré ahora —dijo Isabel, con cierta tensa severidad, como quien intenta dominarse después de un cataclismo al que ha sobrevivido de milagro. Había alzado la cabeza, solo para presenciar cómo la doncella bajaba la suya—. ¿Hay algo más? —preguntó la señora, con renovado temor—. Dime, por favor, de qué se trata.

La doncella alzó despacio la mirada, con un gesto tan angustioso que Isabel pensó en saltar de la silla y huir corriendo de la sala —¡de la casa, de la propia ciudad!— para no tener que oír lo que temía oír, aunque sabía que era necesario oírlo.

—¡Oh, señora, es lo peor de todo —susurró Staines con un suspiro horrorizado—, lo peor de todo!

—Y por eso lo has reservado para el final —dijo Isabel con una fría contención de la que no se habría creído capaz.

—Sí, señora —respondió la doncella—, por eso lo he reservado hasta el final.

XXXIII

Un día sofocante, menos de una semana después de esa noche de revelaciones y tormenta en la sala del jardín del Palazzo Crescentini, la señora Osmond pidió que la llevaran en coche a la estación central de ferrocarril de Santa Maria Novella, donde subió a bordo del tren expreso a Roma. Viajaba sola y no llevaba consigo más que una pequeña maleta que le dio el mozo de cuerda, después de ayudarla a subir los escalones de su compartimento y que ella dejó en el portaequipajes antes de sentarse. No esperaba que sus asuntos en la Ciudad Eterna la demorasen mucho, y de hecho tenía planeado volver a Florencia al día siguiente. Estaba mucho más tranquila de lo que se creía con derecho a estar, teniendo en cuenta lo que le había contado Staines en la sala del jardín, mientras el trueno paseaba sus rabietas por el cielo sobre el *palazzo*, haciendo que temblaran las llamas de las velas y las vigas de la vieja y enorme mansión. A Isabel solo se le ocurría atribuir su calma, incluso su frialdad, al alivio que sentía por haberse librado de lo que sin duda era la última de una larga serie de golpes del sombrío pasado. Mientras escuchaba lo que Staines se había obligado a contarle esa noche —¡después de un silencio tan largo!— comprendió que era justo lo que había estado esperando. Al rompecabezas que la condesa Gemini había montado con impaciencia y expuesto a su mirada atónita le faltaba la última pieza, y ahora estaba en su sitio. No sabía cómo se había dado cuenta de que había un hueco en el molde, un espacio en blanco que había que llenar, pero así era: un hueco se hace notar por la simple fuerza de su vacío.

De hecho, así era como imaginaba su estado actual, un vacío tenso y expectante, un hueco equilibrado y cargado de potencial. Volvía a sentirse como hacía mucho tiempo en Albany, sentada inmóvil, con las manos sobre el regazo, esperando que la máquina del mundo se pusiera en marcha, hiciese sonar el silbato y se lanzara con ella entre el humo y las chispas hacia el futuro. Por supuesto, sabía que no era más que una idea: nunca podría volver a ser como había sido; los años no podían retroceder; el daño causado no podía deshacerse. Y, no obstante, ¿no había una vida que vivir, un destino que cumplir? La habían empujado y arrojado a la vía del tren, pero se las había arreglado para levantarse y ponerse a salvo; había sobrevivido.

Ahora el tren, el tren verdadero en el que estaba sentada, se puso en marcha como cuando ondea una bandera, como serpentinadas lanzadas al viento. En el compartimento hacía mucho calor; Isabel apenas lo notó.

Llegó a Roma a la hora del almuerzo, ese momento del día en el que la ciudad interrumpe brevemente su frenético estrépito y se deja dominar por un torpor inquieto y lánguido. Al salir de la estación, llamó a un coche e indicó al cochero que la llevara al Hotel d'Inghilterra. En las calles sinuosas, divididas por cuñas de sombras

purpúreas, reinaba un siniestro silencio, y los cascos de los caballos arrancaban ecos resonantes de las paredes de las casas de ambos lados. La fuerte luz del sol atravesó las mangas del fino vestido de Isabel y la hizo estremecer —reparó, como hacía con frecuencia, en el extraño fenómeno de que, aquí en el sur, el calor intenso causaba en su persona los mismos efectos que el frío extremo— y se alegró cuando el coche se detuvo con un tintineo debajo del tenso toldo blanco y azul del hotel. El vestíbulo embaldosado de mármol ofrecía un bálsamo de bendita penumbra. Fue al mostrador, le dio un nombre al recepcionista, que era alto, esbelto y con el pelo plateado, y le entregó su tarjeta, que él sostuvo por una esquina entre un dedo atezado y un pulgar aún más atezado mientras escrutaba con aire altivo e inquisitivo la información impresa en ella.

—*Sì, sì, la signora è nella sua stanza* —dijo, con una sonrisa leve y glacial—. *Le dirò che sei arrivata... un momento.*

Chasqueó los dedos y un joven con un chaleco de satén azul apareció igual que un muñeco de resorte, recibió instrucciones en tono rápido y confidencial, dedicó una luminosa sonrisa a *l'ospite* para ganarse su confianza, y se puso la tarjeta en la palma de la mano enguantada de blanco. El recepcionista dejó de fijarse en la señora, con la presteza inexpresiva de quien apaga la llama de una vela y empezó a organizar, en apariencia muy concentrado, esas finas y misteriosas hojas de papel que los miembros de su cofradía manipulan siempre detrás del mostrador. Isabel se apartó, sonriendo para sus adentros por los perennes y disimuladamente vengativos rituales de las personas encargadas de atender al público, y se alejó despacio, deteniéndose para contemplar ociosa un plano enmarcado de la ciudad, un imaginativo grabado romántico de las ruinas del capitolio y una colección de pedazos de cerámica, de dudosa cosecha, que había distribuidos sobre los estantes de una vitrina con puertas de cristal. ¿De dónde procederían estos rancios adornos, le habría gustado saber, y por decisión de quién los habían instalado aquí, en virtud de qué directiva se mantenían y limpiaban diligentemente? A veces le daba la impresión de que el principal objetivo de los objetos inanimados era ocultarse aunque estuviesen a la vista de todos y pasar desapercibidos; también era el suyo. Ahora reparó, aunque llevaba un rato intentando no prestar atención, en que su corazón estaba cada vez más inquieto en su jaula amortajada. Tenía una difícil tarea por delante.

—¡Ah, amiga mía, así que ha venido! —dijo una voz profunda y meliflua a su espalda.

—Sí, he venido —respondió Isabel, volviéndose con deliberada lentitud hacia las escaleras, donde madame Merle se había detenido en el último escalón, con una mano apoyada en el poste y la otra sujetando la falda del vestido azul pálido para que el dobladillo quedara unos centímetros por encima de la alfombra.

—Empezaba a dudar de si vendría —dijo esta señora con una sonrisa—, ha tardado usted tanto... Por mi parte, llevo aquí casi una semana, esperándola...

—Pero ¿recibió mi telegrama anoche?

—Sí, con alivio... me preocupaba que hubiese podido sufrir un contratiempo, después de la última vez que hablamos.

—Tenía negocios que atender. Me ocuparon más tiempo del que había previsto.

—Ah, sí, negocios —dijo madame Merle con su susurro felino—. Supongo que deben de ocupar gran parte del tiempo de una persona adinerada.

Tenía un aspecto tan espléndido como de costumbre, con el pelo rubio y la tez clara, el rostro agraciado y los impresionantes hombros, tal vez un poco más anchos de la cuenta; con sus ojos grises y sinceros y con esa sonrisa perezosa y elegante, muy característica, que le curvaba un poco la boca por la comisura izquierda; en suma, con toda su imponente, por no decir intimidatoria, presencia, ante la cual hasta los grabados de las paredes parecían inclinarse un poco con respetuoso reconocimiento. Hizo un gesto hacia la *sala da tè*.

—¿Quiere tomar algún refrigerio?

—No, gracias. He almorzado en el tren.

—¡En el tren! Qué intrépido por su parte. Tengo la sensación de que debería ofrecerle un antídoto en lugar de comida.

La mirada de Isabel se agudizó al instante —los antídotos y sus opuestos eran uno de los asuntos más sombríos de los que había ido a hablar— pero la insipidez de los modales de madame Merle le confirmó que no había adivinado su propósito.

—Preferiría un sitio donde podamos hablar en privado —murmuró.

—Claro... en mis habitaciones hay un elegante saloncito donde nadie nos molestará. A no ser, claro... —hizo una pausa, y su sonrisa volvió a curvarle los labios por la comisura—, ¿teme que yo pueda ser la araña y usted la mosca?

—Oh, confío en que mis alas tengan fuerza suficiente para escapar de cualquier telaraña que pueda usted tejer para atraparme.

Madame Merle respondió a esta andanada sin dejar de sonreír, limitándose a levantar una ceja sardónica y apreciativa.

—Vayamos, pues —dijo con voz suave, y una al lado de la otra las dos señoras subieron por la ancha escalera.

El saloncito en el que entraron no era tan modesto como podría haberse deducido de las palabras de madame Merle. Tenía un sofá y un par de sillones, una mesa baja circular con el tablero de cristal, y dos bonitas ventanas, una al lado de la otra, que daban hacia la Piazza di Spagna. El sofá, tapizado de satén de color verde mar, tenía el aspecto digno y distante de una gran señora anciana de épocas pasadas, y daba la impresión de que lo último que esperase fuera que se sentasen en él; las sillas, en cambio, sabían muy bien cuál era su sitio, y extendieron humildemente los brazos en un gesto mullido y cómodo.

—¡Ay, estos veranos romanos! —exclamó madame Merle mientras iba a las ventanas delicadamente divididas por un parteluz y las abría de par en par: el aire en el saloncito tenía la textura de una niebla tibia. Miró hacia Isabel—. ¿Mejor así, o peor? Nunca se sabe, pues a menudo el aire de la calle es más sofocante que el de

dentro —se contuvo—. Pero hablo como si fuese usted una desconocida recién llegada a este lugar infernal... así lo llamo en verano, ya sabe, la Ciudad Infernal.

—Sí, Gilbert también —dijo Isabel—. Supongo que no le sería fácil decir a quién de los dos se le ocurrió primero.

Madame Merle recibió este leve desafío con otra de sus sonrisas distantes e inexpresivas.

—¿Está segura de que no quiere tomar nada? —preguntó—. ¿Una bebida fría, o un helado, tal vez? Puedo pedir que nos traigan unos sorbetes, los hacen muy buenos, sobre todo los de limón. ¿No? Bueno, pues al menos sentémonos. Con este calor es cansado hasta estar de pie.

Se sentaron en los sillones, que estaban uno enfrente del otro a ambos lados del imponente sofá, de manera que las dos mujeres se encontraron cara a cara separadas solo por la mesa con el tablero de cristal. Era una disposición que a las dos les pareció enseguida muy teatral, y la cuestión, ya que estaban tan histriónicamente predispuestas, era cuál de las dos, si nadie les daba pie, hablaría antes. Por las ventanas abiertas entraba sin filtrar el clamor confuso de la calle de abajo, donde idénticas concurrencias de turistas fluían y se mezclaban en ambas direcciones, y donde se oían los gritos de los vendedores de *souvenirs*, y el ruido hueco y fatigado de los cascos de los caballos que tiraban de sus dotaciones de turistas mientras iban y venían de la escalinata de la plaza de España al río. Madame Merle había abierto un abanico pintado y lo agitaba delante de la cara con rápidos movimientos de mariposa; de las dos mujeres ella era sin duda la más gruesa, y la temperatura del saloncito le incomodaba más que a Isabel.

—Tiene usted un aire muy severo y decidido —dijo la de más edad, aparentando frivolidad, pero incapaz de disimular el tono irritado de su voz—. ¿Ha cambiado de opinión y ha venido a hacerme reproches, en lugar de contenerse como hizo cuando nos vimos por casualidad en París?

—¡Ah, no! —replicó Isabel—. Ya no necesito hacerle reproches a nadie, excepto, tal vez, a mí misma. Como le dije en esa ocasión en casa de la princesa d'Attrait, lo que busco no es venganza sino saldar cuentas.

—Entre vengarse y saldar cuentas no hay tanta diferencia, ¿no cree? De todos modos, creo más bien que la palabra que usó esa noche fue «una explicación»; de hecho, estoy segura, porque me llamó la atención y lo he pensado mucho después. Me da la impresión —la señora se pasó el abanico a la mano izquierda, pues la derecha se le había fatigado por el esfuerzo— de que ya ha tenido suficientes explicaciones, u ocasiones de saldar cuentas, llámelo como quiera, gracias a la condesa Gemini y a quién sabe cuántos otros.

—¿Tanta gente hay que sepa lo bastante para poder revelarme sus planes, suyos y de mi marido?

—¡Oh, por el amor de Dios, mujer! ¿Cómo quiere que le diga quién sabía qué y quién no? ¿Cree que llevaba un registro? ¿Piensa que tenía una brigada de

informantes que venían a verme cada noche para contarme lo que habían oído durante el día? Estaba por encima de tales minucias... Estábamos por encima, ¡los dos!

A Isabel le sorprendió la ecuanimidad, el entumecimiento protector, con que había absorbido el golpe de «a los dos», pensado para golpearle en plena cara con toda la fuerza de una cachiporra. Hacía mucho que conocía a madame Merle: aunque hubiese nacido en Brooklyn, había sido una de las primeras europeas de pura cepa a las que había conocido, nada más pisar suelo inglés, cuando todavía era Isabel Archer, de Albany, en el estado de Nueva York; se habían alojado en Gardencourt, en lo que ahora podían llamarse «los viejos tiempos»; habían hecho juntas el Grand Tour, sin cruzar jamás una palabra de enfado; habían sido confidentes y *les plus grandes amies* durante años —¡años!— pero cayó en que nunca había visto a Serena Merle con tan poco dominio de sí misma y tan tensa como era evidente que estaba ahora, aquí sentada, acalorada, furiosa y abanicándose en vano, en ese lugar tan absurdo y elegante —¡el sofá!, ¡los cojines!— en el centro de un imperio arruinado e invadido por nuevos bárbaros armados con sus guías turísticas Baedeker y sus billeteras. ¿Había conseguido, ella, Isabel Archer, como volvió a verse de nuevo en su imaginación, había conseguido, por fin, su segundo momento de triunfo, su segunda ocasión, sí, de saldar cuentas? Una semana antes se había enfrentado a su marido, aquella tarde en Bellosguardo, y le había vencido; ¿iba a hacer lo mismo ahora con la antigua amante de su marido? Eso debía de ser, de lo contrario ¿cómo explicar el sabor amargo que tenía en la boca y la oscuridad de su corazón? En ese instante, casi se odió a sí misma.

—Cuando Osmond sacó a su mujer de Nápoles y la llevó al Piamonte, hace muchos años —dijo con un tono de voz que le sorprendió por su notable firmeza—, sabía que moriría allí, ¿verdad?

No era una pregunta, pero tampoco, de una manera peculiar, era una afirmación; le pareció más bien, una especie de hipótesis, cuya veracidad ella no ponía en duda, pero que había que exponer en público para autentificarla ante todo el mundo. En cuanto a madame Merle, su respuesta inmediata fue detener en el acto el abanico que había estado manipulando de forma tan vigorosa, mientras fijaba la mirada en un punto a media distancia. No dijo nada durante un instante, e Isabel se contentó con esperar sin demostrar el menor indicio de impaciencia. De hecho, nuestra heroína —y en ese momento fue heroica— se permitió sentir un poco de orgullo por el control que estaba consiguiendo ejercer sobre sus propios impulsos y emociones. Era consciente de haber superado con espantosa facilidad un obstáculo que antes le había parecido tan alto que solo habría podido escalarlo rompiéndose las uñas y pelándose las rodillas; aquí, ahora, al otro lado, se hallaba en un nuevo reino, desconocido y sin rasgos, un lugar reseco, donde un viento frío levantaba remolinos de polvo y arrastraba trozos sucios de papel por el suelo seco y llano; era, comprendió, la región arrasada donde habitaban madame Merle y quienes eran como ella. Y la propia Isabel, ¿acaso no la habían obligado a vivir también aquí, años y años, sin darse

cuenta, o al menos admitirlo? Eso que había creído sobrepasar ¿era un verdadero obstáculo, o una barrera erigida por su imaginación para que no reconociera el mundo muerto en el que le habían hecho entrar de un modo tan sutil y disimulado? Si así era, hoy escaparía, por muy real o difícil de escalar que fuese el obstáculo, y regresaría, arañada y sangrante, por así decirlo, de esa región muerta al país de los vivos.

Cuando madame Merle salió por fin de su inmovilidad fue como si un monumento de piedra cobrara vida rígidamente y volviera la cabeza con gran esfuerzo sobre el pivote de su cuello mármoleo.

—Mi querida Isabel, he de decir que en estos días con usted no faltan las sorpresas. ¿Librarse Gilbert Osmond de su mujer? ¿De dónde ha sacado esa idea tan perversa?

—No he dicho que se «librase» de ella —replicó sin inmutarse Isabel—. Pero creo que la puso en peligro mortal con la misma deliberación con que, por ejemplo, me puso usted a mí en su camino.

Madame Merle respondió a esto con una risa fría y seca.

—¿Cree que su matrimonio ha sido una forma de morir?

—No diría tanto —observó con calma Isabel—. No tanto. Además, lo que mi matrimonio haya sido o dejado de ser no es asunto suyo, por más que usted contribuyera de forma decisiva a que se produjese.

—¿A que se produjese? Parece verse a sí misma como un agente sorprendentemente poco activo de su propio destino. Sin embargo, llegó aquí enarbolando la bandera de la independencia y alardeando de su reputación de joven a quien nadie podía obligar a nada que no hubiese decidido hacer ella misma.

—Vio usted exactamente cuáles eran mis fuerzas y mis debilidades —murmuró Isabel—, y las sopesó con cuidado en la balanza.

Apenas sabía lo que estaba diciendo y no le importaba: había sacado a relucir un asunto de crucial importancia, y cada paso de cangrejo que madame Merle daba para apartarse de él la convencía con mayor firmeza, y con mayor pesar, de que la espantosa historia que le había contado Staines, quien la sabía nada más y nada menos que de la propia doncella personal de madame Merle, no era más que la verdad. Se sentía igual que alguien que, de pie al lado de una ventana, hubiese presenciado cómo cometían una atrocidad en la calle, y a quien el cómplice de quien la había perpetrado estuviese apartando, cogiéndola con fuerza del brazo y hablando con mucha seriedad y locuacidad de todo menos del cadáver tendido en la acera y de la sangre que goteaba en el arroyo. Lo que Staines le había contado era que el hombre que quince años después se convertiría en el marido de Isabel Archer había llevado a su primera mujer al Piamonte después de enterarse de que había un brote de fiebre tifoidea en la región y de que lo peor de la epidemia estaba concentrado en Alba y sus alrededores. La engañada señora Osmond había ido de buena gana, confiando en la opinión de su marido de que el aire del norte sería un alivio de los perniciosos vapores del sur —el tiempo inusualmente caluroso del verano se había prolongado

todo el otoño y no daba muestras de ir a disminuir— y un tónico muy beneficioso para su delicado estado de salud. Los prohombres de la ciudad albanesa habían hecho todo lo posible para ocultar que la enfermedad campaba por sus calles: si los turistas dejaban de acudir, ¿qué sería de la cosecha de fragantes trufas y succulentos melocotones, y de la añada de esas viñas opulentas por las que el paladar del mundo entero conoce la región?, pero Osmond sabía la verdad del asunto, gracias a esa red con la que se comunica discretamente la cofradía de los verdaderos coleccionistas. Un conocido le había contado lo que ocurría en Alba; madame Merle se encontraba en Lecce, a punto de dar a luz a un hijo no deseado; en Alba estaba la posibilidad de una solución a su problema, o al menos de mejorarla.

Con los años Isabel había averiguado muchas cosas de su marido que no habría imaginado antes de casarse con él. Eso era lógico, claro; de hecho, los descubrimientos sucesivos que llevaban a una profundización del conocimiento y una intensificación de la intimidad era lo que ella más deseaba cuando aceptó compartir su vida con Gilbert Osmond, cuyo vasto conocimiento del mundo y de sus maravillas tanto la había impresionado y cuya sutileza y variedad de imaginación había esperado no ver agotadas jamás. Pronto había aprendido que en todos los aspectos tenía sus límites, y que estaban demarcados con precisión y rigidez; es más, reparar en su estrechez de miras, de pensamiento y, por encima de todo, de emoción fue lo que más amargamente la decepcionó y mortificó. Creía que habría podido soportar casi cualquier otra cosa; podría haber sido un mujeriego, un timador desvergonzado, un transgresor byroniano, cualquier cosa menos el espíritu retorcido y vengativo que había resultado ser, y ella había encontrado el modo de reconciliarse con su vida con él. Pero era lo que era, y lo que era no podía aceptarlo, por mucho que lo intentara; no obstante ahora, de pronto, sorprendentemente, aparecía, en la historia que le había contado Staines, una faceta suya que jamás había visto. Era un jugador. Sí, un jugador; no uno arriesgado, capaz de poner su último puñado de monedas en un cuadrado de la ruleta y afrontar el desastre con la emoción embriagadora del momento; pero sí un jugador. Había apostado a que su mujer moriría en Alba, y había ganado. La apuesta era alta: corría el riesgo de perder su reputación de caballero, de persona de gran probidad y de modelo de honor si su amante volvía de su retiro en el sur y mostraba al mundo, o al menos a la pequeña parte del mundo cuya opinión él valoraba, la prueba incontrovertible de su deplorable descuido al permitirse caer víctima de una pasión... ¡una pasión, el afecto entre todos los afectos, del que, cuando era evidente en los demás, Gilbert Osmond no perdía la oportunidad de burlarse! No, habría sido intolerable; el desprestigio habría sido insoportable para él, pues ¿qué otra cosa tenía más que la apariencia de ser lo que no era?

Por supuesto, pensó Isabel ahora, mientras seguía bajo la irreprimible mirada de antipatía de madame Merle —intensificada, como estaba, por la preocupación de esa señora por su propia seguridad e intereses—, tendría que admitir, muy a su pesar, que sentía cierta admiración por Osmond, pues por muy deplorables que fuesen sus

acciones, él mismo se había puesto en peligro mortal, igual que su mujer, al aventurarse a viajar al norte a esa provincia afligida. Pero no; no era cierto, los dados estaban cargados a su favor.

Se oyeron unos discretos golpes en la puerta, y a una palabra de madame Merle entró, no el efebo de los rizos brillantes y el chaleco azul, sino el plateado guardián del mostrador de recepción en persona con una tarjeta, que madame Merle cogió de sus dedos y leyó, sacando un par de quevedos, que Isabel no sabía que necesitase; y al ver el nombre impreso en ella sus ojos se abrieron con complacida, aunque —eso le pareció a Isabel— exagerada y no muy creíble sorpresa.

—*Sì, certo, fai entrare il signore* —dijo y, cuando el empleado se retiró muy obsequioso, se quitó los quevedos y se quedó un momento en silencio, contemplando a Isabel con una expresión de tranquila y al mismo tiempo exuberante satisfacción—. Vaya, este es un día de visitas —dijo—. ¡Justo cuando empezaba a disfrutar del placer de su compañía, hete aquí que viene también su marido!

XXXIV

En sus años de Albany Isabel había leído mucho, aunque no con demasiada profundidad, sobre la historia de Roma, debemos admitir que tanto por gusto como por instruirse. Sorprendentemente recordaba muy poco de lo que había leído, y había supuesto entristecida que su memoria debía de ser defectuosa, hasta que de pronto cayó en el consuelo de que la mayoría de la gente, cuando alcanza la edad adulta, ha olvidado casi todo lo que aprendió de joven. Con la proximidad de su matrimonio, y la intención de su marido de que viviesen no en Florencia sino en Roma —por supuesto se había creído en su perfecto derecho de tomar esa decisión él solo—, ella consideró la idea de residir en la capital una oportunidad para repasar las glorias que había leído y olvidado después: profundas reservas de conocimiento encerradas desde hacía tiempo en su interior se abrirían sin duda, igual que tantas tumbas selladas durante siglos por el tiempo; sin duda la ciudad daría vida al pasado al ofrecer a su ávida mirada las calles, las plazas y los palacios mismos en los que el *Imperium Romanum* se había desarrollado en toda su magnificencia. ¡Ay!, aunque muchas cosas antiguas seguían intactas, la ciudad actual era muy diferente de la Roma que ella había concebido en su imaginación juvenil, una imaginación encendida por numerosos volúmenes de letra apretada de los que había sacado gran parte de su educación y que ella había creído poder leer a toda prisa, como si no fuesen más exigentes que las obras más frívolas del señor Dickens o la señora Oliphant. Nunca le habían puesto restricciones sobre las obras a las que podía tener acceso —su madre, de quien podría haberse esperado que impusiera cierto grado de censura protectora, había muerto, y a su padre, como él mismo tuvo a bien expresarlo con generosidad, le importaba un bledo lo que leyera la niña—, así que dispuso de libertad para buscar en la limitada biblioteca de la casa. Era en Gibbon, según creía, o en uno de los escritores de la época clásica, Tácito, tal vez, o Plutarco, donde había encontrado un pasaje, en un capítulo dedicado al reinado del emperador Nerón, que describía, con una contención que solo servía para subrayar aún más el espanto, las diversiones vespertinas en el Coliseo. Las crueldades que ocurrían en la arena habrían sido imposibles de considerar de no haber transcurrido tanto tiempo; no obstante, había un detalle que impresionó a nuestra joven erudita con una fuerza atroz, y que recordaría tiempo después de haber olvidado casi todo lo demás, y es que a menudo uno de los animales salvajes, un león, un tigre o algo parecido, hacía, para indignación de los vociferantes espectadores, una pausa mientras despedazaba y devoraba a algún mártir cristiano o a una esclava nubia y se sentaba tan tranquilo, una vez saciadas las primeras punzadas del hambre, y parecía acariciar a la víctima medio muerta con delicados golpecitos y empujones con el hocico, con lametones e incluso con una

especie de torpe abrazo. Estas muestras de afecto aparente, no eran, por supuesto, tal cosa, y se parecían más bien al gato jugando con el ratón atrapado. Pero si ese día hubiese habido público presente en el Hotel d'Inghilterra, cuando la señora Osmond quedó a merced de su marido recién llegado y de su antigua amante, también habrían expresado una violenta protesta por la engañosa delicadeza y consideración con que la pareja de depredadores empezó a describir círculos en torno a su presa cautiva.

De hecho, fue Osmond quien dio vueltas, mientras madame Merle se quedaba en su sillón a un lado del sofá, tan tranquila y bella como siempre, con su fascinante sonrisa torcida, la cabeza alta y los anchos hombros erguidos, en la actitud no de alguien que es parte del juicio sino, más bien, de un observador desinteresado y cómodamente instalado en la galería del tribunal.

—Tu mujer, Gilbert, cree que dejaste morir a tu primera esposa —dijo sin modificar un ápice su majestuosa postura—. ¿Qué dices a eso?

Isabel reparó en que nunca había oído a esa mujer dirigirse a Osmond con tanta familiaridad; le pareció intencionada, como una brusca bofetada propinada en la mejilla con un guante de seda. Osmond, que llevaba un traje de color crema claro y una corbata azul con un alfiler plateado, no había dicho nada por ahora, sino que se había quedado al lado de la puerta, con la mano todavía en el picaporte, mirando a su mujer con una mirada carente de expresión a no ser por cierta leve decepción, decepción no por encontrarla allí, pensó Isabel, sino por ella en general, porque estuviese en alguna parte, en cualquier momento; había pensado que no volvería a verla, y sin embargo ahí la tenía. O, más bien, ahí lo tenía a él. Le dio la impresión de que acababa de llegar, como ella, a la ciudad, tal vez hasta hubiesen viajado en el mismo tren. Lo imaginó al llegar, demorándose en el andén ajetreado, oculto detrás de una columna ennegrecida por la carbonilla y observando hasta que ella hubiese salido de la estación. Madame Merle, que la noche anterior había recibido el telegrama de Isabel anunciando que llegaría a Roma por la mañana, habría telegrafiado a su vez a Osmond, pidiéndole que acudiera a su lado, y aquí estaban ahora, los dos, en la arena; ella, una leona, parda y lustrosa; y él, el leopardo gris que había sido siempre. Empezó a ir sin ruido de aquí para allá por la parte del saloncito que quedaba detrás del sillón de madame Merle, cogiendo algunas cosas y examinándolas con interés, incluso con concentración, divertido —según le pareció a Isabel— de que en una sala como esa pudiese haber algo que mereciese su atención.

—Siempre he sido consciente de la vulgaridad de tu imaginación —dijo ahora con voz tranquila y controlada, dirigiéndose a Isabel sin mirarla—, pero confieso que ni siquiera a ti te habría creído capaz de rebajarte a ese nivel de crueldad y de mal gusto y decir semejante *canard* sobre mí y mi difunta esposa —se había detenido al lado de la ventana y estaba dando vueltas entre las manos a un jarrón de cristal de Murano de color púrpura y una notable fealdad—. ¿Cómo te atreves —dijo en voz baja y casi con una especie de dulzura—, cómo te atreves a aludir a ella, aunque solo sea pronunciando su nombre?

Madame Merle estaba observando a Isabel, con un gesto de aguda atención — estaba disfrutando sin el menor disimulo del espectáculo del conflicto entre marido y mujer— e Isabel la miró con franqueza, sin rastro de apocamiento o temor. No tenía miedo; el leopardo y su compañera intentarían atacarla y malherirla, incluso es posible que quisieran devorarla, a su manera lenta y zalamera; tal vez lo consiguiesen y le arrancasen hasta la última tira de carne de los huesos, le daba igual. Lo de menos era su seguridad, incluso su supervivencia; su espíritu, como el del mártir, se alzaría de la sangre y el fango de la arena quemada por el sol y se salvaría. Se alegró de que Osmond estuviese allí: su repentina llegada, que por supuesto era el pequeño *coup de théâtre* de madame Merle, le había dado un momento de pausa, nada más; luego había comprendido que era justo que los dos estuviesen allí, enfrente de ella, y ella enfrente de ellos.

Osmond se había vuelto por fin para mirarla, todavía acunando el jarrón entre las manos.

—¿Puedo preguntar cómo has llegado a la idea absurda, absurda, vergonzosa, repugnante, no tengo palabras para describirla, cómo has llegado a la idea de que, cómo era, dejé morir a mi mujer? ¿Qué sabes tú de eso? ¿Qué puedes saber? Mi mujer falleció hace mucho tiempo, muy lejos de aquí, por culpa de una fiebre maligna. Tú y yo teníamos un acuerdo, tácito, lo reconozco, de no hablar de ella ni de su trágico final. Yo siempre respeté ese acuerdo, aunque el cielo sabe que podría haber usado mi pérdida para ganarme tu compasión cuando me hacía falta.

Al oírlo, Isabel se permitió mirarlo con intensidad; ¿cuándo podía haber creído que necesitaba su compasión? Una admiración pura, el respeto debido, un poco de temor: esos eran algunos de los tributos que había pedido o exigido de ella, pero ¿compasión? ¿O es que no estaba siendo justa con él? ¿Era acaso más vulnerable de lo que había pensado? La idea la dejó helada, sobre todo porque se le había ocurrido demasiado tarde.

—¿Has decidido romper ahora ese pacto sagrado —prosiguió Osmond— como parte de tu venganza, por alguna mala acción que solo tú conoces? Al menos para mí era sagrado.

A Isabel le interesó reparar ahora en las maneras indirectas, pero inevitables, en las que la culpa acababa traicionándose y en que a menudo la prueba inconfundible de su culpabilidad era el cuidado que los culpables ponían en evitar admitir o aludir siquiera a sus fechorías. Ni a madame Merle ni a Gilbert Osmond se les había ocurrido negar sin más la acusación que ella había lanzado contra ellos —pues la había lanzado contra los dos— sino que habían dedicado todos sus esfuerzos a apartarse de la cuestión principal; era como si un acusado en el banquillo se limitara a criticar el modo en que se había formulado la descripción del hecho del que se le acusaba. Si cualquiera de los dos hubiese dado muestras, no ya de ofenderse, sino de sorprenderse, por la enormidad de lo que estaba acusando a uno de haber cometido y a la otra de haber aceptado, se habría detenido un momento y se habría obligado a

dudar. ¡Cómo había presionado a Staines, esa noche en casa de la señora Touchett, mientras iban creciendo las sombras, la tormenta gruñía en lo alto y la lluvia golpeaba el jardín y se enturbiaba en los desagües! ¡Oh, cómo la había presionado, hasta que grandes lágrimas temblaron en el borde del párpado de la doncella, la voz se le quebró y se dio golpes en el pecho! A ella se lo había contado la doncella personal de madame Merle, la pobre Gabriella, una sencilla *ragazza* florentina, «que tenía miedo de su propia sombra», que había oído a su señora y a Osmond, en una de sus raras visitas clandestinas a Lecce, discutir la cuestión en lo que, para esa pareja tan circunspecta, debieron ser términos muy directos y abiertos. La señora había intentado disuadir a su amante de lo que tenía planeado hacer en Alba, por el riesgo al que se expondría él mismo, pero él había descartado sus temores por una razón, que tanto si madame Merle conocía entonces como si no, Isabel pudo recordar al instante. Una vez, cuando Osmond empezaba a cortejarla, una mañana de primavera muy húmeda para la época del año, ella y su cortés pretendiente tuvieron que refugiarse de la ilógica pero decididamente molesta lluvia italiana en una de las innumerables y, para Isabel, confusamente similares iglesias de Florencia. Habían recorrido una de las naves y, después de detenerse para echar un vistazo superficial a un altar a todas luces mediocre, estaban volviendo por la otra, cuando Osmond le puso la mano en el brazo a la joven y le hizo reparar en un mural —¿era de Giotto?— en el que ajetreados escuadrones de ángeles y demonios estaban acompañando, por grupos, a las almas de una multitud de cadáveres de color tierra, bien hacia abajo, hacia las puertas de un llamativo pozo de perdición, o hacia arriba a la gloria de un firmamento revestido de pan de oro. Isabel, con su impetuosidad habitual, se había admirado de la majestuosidad y de la fuerza espantosa de la visión del artista, pues todavía faltaba mucho hasta que aprendiera que era recomendable esperar a oír la opinión de Osmond sobre esta o aquella obra de arte antes de emitir la suya propia. Y de hecho, en esta ocasión, después de soltar una tosecilla y de dejar pasar un momento de silencio, Osmond, tras una nada convincente exhibición de falta de confianza en sí mismo, había opinado de aquella pieza que sin duda poseía cierta fuerza adusta y aspiraba solemnemente a ser majestuosa, pero en general estaba ejecutada con torpeza. «Solo quería que lo vieras por el asunto del que trata —dijo, sonriendo y pellizcándose la punta de la barba entre un dedo y el pulgar—. Ya que te he insistido tanto en esos aspectos y atributos de mi personalidad que, en mi opinión, me convierten en el candidato ideal para pedir tu mano en matrimonio —en la época ella había tomado esa ironía por un raro ingenio e incluso había encontrado encantadora la elaborada superioridad de su tono—. Creo que vale la pena añadir a mi lista el feliz detalle de que, si consistieses en ser mi esposa y en convertirte sencillamente en la señora Osmond, podrías estar segura de que no ibas a perderme por cierta forma de pestilencia, puesto que sobreviví a un brote en la infancia y por lo tanto estoy inmunizado contra ella». No obstante, ella apenas había tenido tiempo de preguntarle por el nombre de la enfermedad a la que se refería y de adoptar un tono burlón y

solemne en consonancia con lo que le pareció la frivolidad de sus palabras, cuando la expresión de él se ensombreció, se apartó de pronto y se encaminó dando sombríos pasos hacia la puerta de la iglesia y la enorme cortina de cuero negro que colgaba delante. Isabel pensó enseguida que la «pestilencia» de la que le había hablado debía de ser la misma a la que había sucumbido su esposa, y atribuyó a eso su repentino cambio de humor. Lo encontró esperándola fuera, con el cuello de la chaqueta levantado contra la lluvia gris y racheada, y en lugar de preguntarle más —algo que, por supuesto, no se le habría pasado por la cabeza— le dio el brazo y los dos bajaron juntos las escaleras de mármol pulidas como el cristal por los pies de incontables generaciones de devotos y volvieron a la calle y a su vida, y había sido como salir de una sombra opresiva al bálsamo de la brillante luz del sol. ¿Eran imaginaciones suyas, o había sido entonces cuando había decidido aceptar su proposición y convertirse «sencillamente en la señora Osmond»?

Su marido seguía mirándola, esperando su respuesta; ella no recordaba qué le había preguntado. Sintió, de pronto, la fatiga de tantos años abatirse sobre sus hombros. ¿Qué más daba? ¿Qué más le daba a ella si su marido —le sorprendió que siguiera llamándolo así— se había llevado a su mujer al Piamonte con la clara esperanza de que contrajese una fiebre a la que él sabía ser casi con seguridad inmune? ¿Qué importaba? No podía seguir actuando, se dijo Isabel, como si fuese la encargada de vigilar la maldad del mundo.

Fue madame Merle quien interrumpió el silencio expectante de Osmond.

—Apuesto a que se lo han contado los cotillas que escuchan detrás de las puertas —aunque estaba mirando a Isabel, se había dirigido a Osmond que se hallaba detrás de ella al lado de la ventana—. ¿Cómo si no iba a saber algo que solo tú y yo conocíamos?

Osmond se quedó pensando.

—La tal Touchett —dijo—. Es lo bastante bruja para oír a través de las paredes.

Madame Merle, mirando todavía a Isabel con una especie de sonrisa ceñuda, negó despacio con la cabeza rubia.

—No, creo que la fuente no es esa. Detecto con claridad las murmuraciones de un criado. Esa doncella que tuve... ¿te acuerdas? ¿La que me llevé a Lecce?

—¿Que si me acuerdo? —le espetó Osmond—. ¿Quieres que me acuerde de una campesina de hace veinte años? No soy un elefante, y no tengo memoria de elefante como tú.

Isabel los había estado observando, absorbida y horrorizada, mientras se lanzaban el uno al otro la pelota de sus disgustadas y preocupadas especulaciones: resultaba muy desagradable que uno de ellos estuviese de espaldas al otro, como siguiendo una norma de un juego espantoso. Se sintió una de esas... ¿cómo lo había expresado madame Merle?, una cotilla que escucha detrás de las puertas, sin que nadie repare en su presencia. Así era como habían hablado de ella desde el principio: notó en sus voces un eco de desprecio divertido, lo notó con claridad cuando madame Merle

afirmó haber detectado en sus palabras un eco de las revelaciones murmuradas hacía tanto tiempo por la doncella florentina a su desgarbada *controparte inglese*. Qué vil era todo, qué vil, qué sucio y qué descorazonador. No pudo soportarlo ni un minuto más. Se levantó de su silla, como alguien que, luchando contra el peligro de ahogarse, asoma a la superficie del agua y da grandes bocanadas de aire.

—Tengo que irme —dijo, tartamudeando con disgusto y precipitación—. Debo... tengo que... —se interrumpió; se vio a sí misma, no como el nadador que ha conseguido salvarse, sino como un pez al que han sacado y tirado a la orilla del río, donde se retuerce boquiabierto.

Las dos personas que estaban con ella en el saloncito habían dejado de hablar de pronto y la miraban sorprendidos. Osmond, con gesto indeciso, se adelantó y se puso al lado de madame Merle; solo habría tenido que ponerle una mano en el hombro y habrían parecido una pareja posando para que les hiciese un retrato un fotógrafo agachado y con la cabeza cubierta. Cuando Isabel volvió a hablar, se dirigió a madame Merle.

—El propósito que me ha traído a Roma era informarle de una decisión que he tomado y que le concierne —dijo—. En París, cuando nos vimos por casualidad aquella noche, se sorprendió usted de que la animase a volver a Italia. Yo también me sorprendí. No me había parado a pensarlo... creía que ya estaba usted en Norteamérica y que no volvería a verla.

—No fuiste la única en pensarlo —la interrumpió cortante Osmond.

Madame Merle pasó por alto lo ofensivo de su observación y no dio muestras de haberlo oído, aunque sus mejillas se ruborizaron un poco. Isabel también hizo caso omiso de su marido: estaba concentrada y agitada y parecía de pronto muy joven: era como una niña en clase a quien el profesor ha pedido que recite una lección que ha pasado la tarde anterior intentando aprender de memoria con gran esfuerzo y angustia.

—Me preguntó entonces —prosiguió, sin apartar la vista de madame Merle—, dónde viviría, puesto que había vendido su casa en Florencia. Le aseguré que tendría un sitio en Roma, si aceptaba usted vivir allí, y una modesta asignación para mantenerse.

—Sí, y fue muy generoso por su parte, desde luego —concedió con frialdad madame Merle, aunque con un movimiento de los hermosos hombros que desmentía cualquier sentimiento de gratitud que sus palabras hubiesen podido transmitir—. Es más —prosiguió subrayando sus palabras—, sus condiciones fueron tan generosas que no pude sino sospechar —esbozó una gélida sonrisa, con los labios curvados por la comisura izquierda y la ceja de ese mismo lado muy inclinada a modo de respuesta—. Dice que ha tomado una decisión, ¿va a confirmarme que hice bien al ser escéptica?

Isabel prefirió pasar por alto esta interrupción, como si no la hubiese oído, y prosiguió.

—Esta semana he quedado con mi abogado, el señor Pettigrew; tiene el bufete en Roma, pero ha aceptado amablemente venir en persona a Florencia para verme.

—¡Oh, sí!, ese viejo sinvergüenza sabe muy bien lo que le conviene —observó con desprecio Osmond. Isabel se limitó a cerrar los ojos para no verlo y mover un poco la cabeza: no dejaría que la interrumpiera, tenía que terminar antes de marcharse.

—Le he dado instrucciones de que traiga las escrituras del Palazzo Roccanera y todos los documentos relativos a su titularidad —abrió los ojos y se volvió hacia su marido, levantando la cabeza y preparándose para asestar un golpe que sabía que no solo le dolería a él, sino también a ella misma—. Te dije, Gilbert, cuando hablamos en Bellosguardo la semana pasada, que podrías seguir viviendo allí. Es tu casa, es donde tienes tu vida, y así debe continuar siendo. No obstante, las condiciones de arriendo cambiarán.

Osmond también había echado la cabeza atrás y la miró con la cabeza ladeada, con los párpados entornados.

—¡Qué demonios —exclamó—, has vendido la casa sin avisarme!

—No, no lo he hecho —respondió Isabel—. Pero he transferido la escritura.

—¿Transferido? ¿A quién? ¿A Pansy? Dime que se la has dado a Pansy.

Isabel negó despacio con la cabeza. Qué tranquila se sintió de pronto, qué tranquila y despejada, qué serena. Fue como si estuviese en lo alto de la cumbre más alta de una cordillera, contemplando una inmensidad de cielo azul e ilimitado.

—No, a Pansy no —dijo—, sino a alguien a quien quisiste tanto o más que a ella —bajó la mirada y la posó en madame Merle—. Se equivocó usted al sospechar de mí —continuó, dirigiéndose a esta señora—. Tendrá, *tiene* su casa en Roma como le prometí —sonrió, asintió una vez con la cabeza y se volvió para buscar su sombrilla. Era la misma sombrilla de color rosa que se había llevado sin darse cuenta después de compartir confidencias con Henrietta Stackpole aquel día en Cavendish Square. La encontró enseguida, se apoyó en un escritorio en el que había dejado el sombrero y los guantes y cogiendo las tres cosas fue hacia la puerta—. Adiós —dijo, con la mayor despreocupación imaginable—. Parto para Londres esta noche.

Se detuvo en el umbral, y volvió a contemplar el saloncito, al hombre que había de pie, que una vez había sido su marido, y a la mujer sentada a su lado, a quien una vez había creído su amiga. Los dos se estaban mirando, cara a cara —*a quattr'occhi*, como dicen los italianos, recordó Isabel con incomparable futilidad— y en su mirada había tantos significados, emociones y cálculos que sería osado intentar enumerarlos aquí.

XXXV

Fue su fiel amiga, la señorita Stackpole, quien recibió a Isabel la tarde siguiente a su llegada a la estación de Charing Cross. Había viajado vía Turín y París, y la travesía del Canal había sido tan dulce y plácida que el mar, bajo un cielo sin luna, podría haber sido un espejo oscuro sobre el que hubiesen vertido una capa de aceite infinitesimalmente fina. Había pasado mucho tiempo de pie en cubierta, viendo alejarse primero la borrosa costa de Francia y luego acercarse los resplandecientes acantilados de Inglaterra. La distancia le pareció mayor de lo que en realidad era, como si estuviese cruzando no de un país a otro sino de un continente a otro. Sus antepasados habían sido de los primeros en viajar del Viejo Mundo al Nuevo, y ahora se sintió como uno de ellos, mirando atrás con una especie de distante melancolía, lamentando tener tan pocas cosas que lamentar y mirando hacia delante con una mezcla de preocupación y esperanza. Esperanza: la palabra hizo que se parase a pensar. ¿Aún había algo que esperar? Tuvo la impresión de que dedicarse a esperar lo que estaba por llegar equivalía en cierto sentido a menospreciar lo que ya tenía. ¿Qué era un futuro bello e incierto comparado con el viejo, querido, polvoriento y palpable presente? Viviría su vida en el aquí y el ahora; después de todo, ¿no eran el aquí y el ahora quienes conformaban lo que estaba por venir?

—¡Así que le has dejado! —fueron las primeras palabras lúgubrementemente alegres que se le ocurrió pronunciar a la señorita Stackpole, después de que las dos señoras intercambiaran alegres saludos y abrazos entre el humo y la carbonilla del andén de la estación—. Sabía que acabarías haciéndolo.

—¡Henrietta, amiga mía, eres incorregible! —exclamó, riéndose, Isabel para luego añadir con desánimo—: ¡Oh, mira, Staines se va a pelear otra vez con los mozos de cuerda! Vamos, tenemos que impedirlo.

Enseguida se restauró la paz, o más bien se impuso, gracias a la severa intervención de Isabel y a la juiciosa distribución entre un grupo de indignados y fornidos empleados de la estación de varias monedas de seis peniques, que Isabel, que solo llevaba dinero francés e italiano en el monedero, tuvo que pedir prestadas a la señorita Stackpole, y por fin enviaron a la doncella, con el equipaje apilado tras ella en un espacioso coche, al hotel Pratt. Cuando se marchó, y tras un momento de tensa espera para asegurarse de que no volvía —Staines tenía una marcada inclinación por pensarse dos veces las cosas—, Isabel declaró que necesitaba beber y comer algo dulce, así que Henrietta y ella fueron al bufé de la estación y pidieron el té y un plato de bollos calientes con mantequilla, miel y mermelada. Nada más sentarse, Henrietta volvió al ataque.

—Se habrá portado de un modo horrendo, ¿verdad? —con el aire complacido e imposible de disimular de alguien que «ya te lo había dicho».

—¡Cómo te gusta dramatizar! —dijo Isabel de buen humor—. No ha sido nada horrendo... conoces a mi marido y sabes la contención e impasibilidad con que se comporta siempre.

—Pero ¿lo has dejado... quiero decir para siempre? —insistió Henrietta.

—Dices para siempre, pero ¿qué significa para ti «para siempre»?

—¡Pues que le has dicho que tu matrimonio, el tuyo y el suyo, ha terminado!

Les llevaron el té, y las operaciones del camarero le proporcionaron a Isabel una bienvenida tregua de su implacable amiga. Cuando no estaba con Henrietta tendía a olvidar la estridencia de sus modales, su manera tan americana de decir «a pleno pulmón» cosas que otras almas más prudentes habrían dudado formular siquiera de pensamiento, y que se habrían asegurado de meditar mucho tiempo, antes de atreverse a pronunciarlas en voz alta. ¿Qué pensaría lady Pensil, la hermana del señor Bantling, de la joven que pronto sería su cuñada? Henrietta podía haber aprendido a usar palabras como *horrendo*, y cómo untar de mantequilla un bollo caliente sin manchar el mantel, pero sin duda su franqueza revolvería el palomar de Pensil Magna y muchas otras casas inglesas.

—Bueno, ¿vas a contarme algo de lo que has hecho estas últimas semanas? —preguntó ahora Henrietta en tono agraviado y petulante—. ¿O es que tu deplorable sentido de la discreción va a sellar tus labios para siempre sobre el asunto de tu escapatoria de la esclavitud?

—¡Esclavitud! —suspiró Isabel— Si así es como imaginas el matrimonio, no entiendo tu intención de entrar en ese estado de servidumbre y sufrimiento. Y, a propósito, ¿cómo está el señor Bantling?

—Está muy bien —le espetó su amiga—, y no intentes cambiar de asunto.

Isabel inclinó la cara sobre su taza, para ocultarse un momento de la feroz mirada de su amiga. El té, preparado a la manera inglesa, era tan pardo como los helechos en invierno, y también tenía algo de lo que supuso que sería el sabor de esa resistente planta. Añadió dos terrones de azúcar a la infusión, igual que un devoto haciendo una ofrenda a su deidad.

—Me detuve en Florencia —dijo—. Camino de Roma, quiero decir.

—¡Qué...! ¿Entonces no viste a tu marido? —exclamó Henrietta.

—No, no, se encontraba allí, en Bellosguardo, pasando el verano en su antigua casa.

—¿Y su hija, dónde estaba? Seguro que enclaustrada en algún convento.

Isabel suspiró: se sentía fatigada por el viaje, pero aún más por las preguntas en apariencia interminables de su amiga.

—Pues lo cierto es que Pansy está aquí, en Inglaterra. Su padre la ha enviado a visitar a un noble conocido suyo, en un castillo no sé dónde... creo que en Kent.

Henrietta, pese a lo brusca que era, sabía ser punzante como un alfiler, y esta vez su intuición fue directa al corazón de los motivos de Osmond.

—Supongo que el noble conocido tendrá un hijo, o hijos, casaderos —dijo, con una especie de risita desdeñosa que a Isabel le pareció irritante y ligeramente ofensiva. Su amiga continuó—: Me consta que tu marido no ha superado la pérdida de un cuñado como lord Warburton.

Isabel cogió enseguida su taza y volvió a dejarla despacio.

—Vas demasiado lejos —murmuró.

Henrietta se volvió atrás en el acto —el efecto fue parecido al escape repentino del aire de un tubo neumático—, alargó impulsiva el brazo al otro lado de la mesa y cogió a su amiga de la mano con un gesto de pena y arrepentimiento.

—Perdona, querida —dijo en voz baja—. Lo sé, lo sé, voy demasiado lejos y hablo demasiado. El pobre Edward, el señor Bantling, hace lo que puede por dominar mis excesos, y llevarme por un camino más educado, con el éxito que acabas de ver. ¿Podrás perdonarme?

—Claro, claro —dijo Isabel, esforzándose por disimular su impaciencia—, pues claro que te perdono —no añadió «como tengo que hacer siempre»—. Fui a Florencia, vi a mi marido, le dije que no teníamos ningún futuro posible juntos... ¡y aquí estoy! —se obligó a esbozar una brillante sonrisa—. ¿Qué más quieres que diga? ¿Qué más quieres saber? Se acabó. *Factum est*.

Henrietta soltó la mano de su amiga, se reclinó en su silla y la miró solemnemente un largo rato.

—Me alegro —dijo por fin—. El fracaso de un matrimonio no debería alegrarme, pero en este caso, confieso que me alegra. Lo siento por ti, porque debes de estar sufriendo, pero también me alegro. Eres libre.

—¡Sí, soy libre! —replicó Isabel, con una sonrisa más luminosa, más frágil y quebradiza que nunca. Se puso en pie—. Y ahora debo ir al hotel. Staines estará nerviosa y, además, estoy cansada, necesito irme a la cama.

Cuando salieron de la estación a Isabel le sorprendió encontrar un denso resplandor dorado en el cielo vespertino —entre una visita y otra, siempre olvidaba lo mucho que duraba el crepúsculo aquí en el norte—, y cuando su amiga la dejó para asistir a una conferencia sobre teosofía en High Holborn, ella echó a andar por el Strand en dirección a Trafalgar Square. No obstante, el sol poniente le cegó los ojos y apenas había recorrido unos metros cuando se notó mareada, así que volvió a la estación y a la parada y le rogó a uno de los encargados que le pidiera un coche. Una vez instalada en su asiento echó la cabeza atrás y cerró los párpados, con la esperanza de calmar su imaginación y descansar un poco, pero fue en vano. Las palabras de Henrietta —«Eres libre, eres libre»— se repitieron, una y otra vez, en su cabeza, insistentes y monótonas como el ritmo circular de las ruedas del coche rechinando contra el suelo a sus pies. No se sentía libre; aunque claro, pensó, en realidad no sabía qué se sentía al serlo. Supuso que debía de ser una sensación negativa, no positiva,

cuestión más de no tener que de tener: no tener que esforzarse, no tener que resistirse, no tener que proteger tu rincón, tu refugio; sobre todo no tener que insistir, contra la voluntad ajena, en la soberanía de una misma. Una vez, hacía mucho tiempo, había pensado, en secreto, avergonzada, que el dinero sería una forma de libertad y el impulsor de su destino. No tardó en comprender que solo era cierto en parte: su fortuna había sellado su destino, pero a la vez la había privado de su libertad.

Esa noche durmió mal, y se despertó tarde, medio aturdida, con el sol en la cara. Después de bañarse y de ponerse el vestido de lino fino que Staines le había preparado, bajó y desayunó sola y en silencio, los demás huéspedes hacía tiempo que habían salido a ocuparse de sus asuntos matutinos. Acababa de pedir una segunda taza de café cuando el señor Pratt en persona, el dueño del establecimiento, tan grueso y jovial como siempre, llegó para informarle de que había una visita —en realidad dos— esperándola en el salón. Ella canceló la taza suplementaria, se levantó y salió de la sala del desayuno, curiosa por saber —y consciente de un vago e inexplicable presagio— quién habría ido a verla a las diez y media de una soñolienta mañana londinense en un día laborable. Al entrar en el salón, se detuvo un momento al ver lo que, confundida, tomó por la bella, erguida e inconfundible espalda de madame Merle apoyada en los barrotes de una sillita dorada que había al lado de la chimenea. Todavía estaba mirándola cuando una segunda señora que estaba de pie al lado de una de las ventanas que daban a Dover Street se volvió de pronto y resultó ser la condesa Gemini.

—¡Ajá!, pensabas que no te encontraríamos, ¿eh? —preguntó esa señora con pícaro descaro—. ¡Pues ya ves, te hemos seguido hasta tu madriguera!

La persona que estaba sentada se volvió también, pero antes de que lo hiciera Isabel ya había comprendido su error: no era madame Merle, sino su hija; era Pansy, en toda su pálida realidad.

—No era consciente de estar escondiéndome, de ti ni de nadie —le dijo Isabel a su cuñada con una sonrisa—, y me alegro mucho de que me hayáis encontrado... aunque no habría pensado que un sitio tan público como el hotel Pratt pudiera describirse como una madriguera —desvió la mirada hacia Pansy y sintió un alivio instantáneo—. Querida, qué buen aspecto tienes... ¡y qué elegante!

En realidad no era su elegancia ni su buen aspecto lo que le pareció más notable a Isabel, sino el cambio que había experimentado, un cambio mucho más sustancial de lo que habría cabido esperar por el breve tiempo transcurrido desde la última vez que Isabel la había visto, en el convento del Sacro Cuore di Gesù, en Florencia. En aquel entonces era una niña de veinte años: ahora era una mujer de veintiuno. No era que hubiese cambiado mucho de apariencia, aunque su rostro, incluso en el breve lapso transcurrido desde que Isabel viese a su hijastra, se había alargado y sus hombros se habían ensanchado, pero tenía un aire de determinación, de dominio de sí misma, de —y aquí Isabel se detuvo, como si no quisiera pensar en esa palabra— una insólita dureza. Saludó a su madrastra con un seco *Buon giorno*, y luego, al recordar dónde

estaba, cambió, como si tal cosa, a un todavía más frío «Buenos días». Isabel, abrumada por una especie de feliz preocupación, se adelantó, tomó a la chica —¡a la mujer!— entre sus brazos y la apretó contra su pecho. Pansy soportó el abrazo envarada, luego se soltó y retrocedió, ante lo cual Isabel bajó los brazos y supo, en ese instante, que la habían abandonado.

—Pensaba —balbució, dirigiéndose tanto a Pansy como a la condesa—. Pensaba que estabais en... en Kent, ¿no?

—Oh, sí —respondió con desdén la condesa—. En Fernley Hall, la casa, o la mansión, supongo que debería decir, de lord Lanchester y sus numerosos hijos... numerosos y aburridos. Todo el lugar era un aburrimiento, ¿verdad, Pansy? —Pansy respondió solo con un leve encogimiento de hombros, y la condesa volvió a concentrar su atención en Isabel—. Hemos estado en otros sitios, claro. En Fawns, una mansión enorme y feísima, propiedad de un norteamericano muy rico..., ¿cómo se llamaba? Lo he olvidado; era un conocido de Lanchester con quien nos envió su señoría, no hace falta que me mires así, Pansy, en Fernley estaban deseando librarse de nosotras, y cuando dejamos de ser bien recibidas también allí, no nos quedó otra elección que buscar refugio en Gardencourt... Sí, mi querida Isabel, en Gardencourt, que no se parecía en nada a lo que imaginaba, después de lo mucho que había oído contar, muy tétrico, y con unos cuartos de baño que echarían atrás incluso a un italiano, aunque tuvo una cosa buena, que fue la ausencia de la señora Touchett, dicen que no va a volver a Inglaterra y que piensa poner Gardencourt a la venta. Mientras estábamos allí, en Gardencourt, fue cuando nos telegrafió Osmond para decirnos que no seguiría sufragando nuestros gastos aquí, y que debíamos regresar cuanto antes a Florencia... Está enfadado conmigo por haber fracasado en la misión que me había encomendado —echó una mirada elocuente en dirección a Pansy—, así que aquí estamos, ocupando el tiempo como mejor podemos antes de tomar esta noche el tren a París... a París y luego a... —hizo una mueca— ¡a casa!

Isabel había esperado con paciencia esa explicación —que fue más extensa y detallada que la versión que hemos proporcionado aquí— y ahora preguntó cómo habían sabido que se encontraba en Londres, y aquí en el hotel Pratt.

—La señora Touchett me envió uno de sus famosos telegramas a Gardencourt... Lo tengo aquí, mira.

Sacó un sobrecito verde y extrajo un papel, sobre el que estaba impresa la escueta orden:

MI SOBRINA ESTÁ EN PRATT STOP LLEVE A LA SUYA A VISITARLA STOP LYDIA
TOUCHETT

—¡Ah, sí! —dijo Isabel, sonriendo y asintiendo con la cabeza—, es el sello inconfundible de mi tía. Me alegro de que te escribiera; y me alegro... —miró a Pansy— ¡oh, cuánto me alegro de que hayáis venido!

Cayó entonces en ofrecerles algo de beber. La condesa declaró que «mataría» por una copa de champán, a pesar de lo pronto que era.

—¡En Inglaterra a lo más que se puede aspirar es a un dedal lleno de jerez pegajoso a la hora de la cena!

No obstante, añadió que Pansy quería hacer una última visita a las tiendas de Burlington Arcade.

—¡Oh, Pansy! ¿Tienes que ir? —exclamó Isabel—. Me gustaría mucho saber tu opinión sobre Inglaterra y... qué te parecen los ingleses —sonrió a modo de disculpa por la tibieza con que había expresado su súplica; se había apartado un poco de la condesa y de su ávida mirada—. ¿Recuerdas lo que me dijiste, lo que me pediste, la última vez que hablamos, en el convento? —Pansy continuó impávida, con las manos cruzadas delante de ella, y no dijo nada—. Me pediste —prosiguió Isabel— que te prometiera que volvería contigo. ¿Recuerdas ese momento... recuerdas haberme dicho: «Dime que volverás»?

—Sí lo recuerdo —respondió Pansy, con su nueva actitud fría y seca—. Pero no lo hiciste, ¿verdad? No volviste.

Al oír estas palabras Isabel tuvo la sensación de que algo rechazado en su interior abría las alas y se lanzaba con tristeza por la desolación del cielo.

—Bueno, bueno, todos hacemos promesas y las rompemos —dijo enérgica la condesa, con una mirada hacia Isabel que no carecía del todo de compasión. Luego se volvió hacia Pansy—. Deberías darte prisa si quieres ir a esas tiendas, antes de que llegue la gente a mediodía —hurgó en su monedero y sacó un soberano—. Aquí tienes un poco de dinero para gastar... no tengo más.

Pansy aceptó con indiferencia la moneda que le ofrecía y se dispuso a marcharse, haciendo caso omiso de la mirada implorante y angustiada que le echó Isabel. Al llegar a la puerta, la joven se detuvo, se volvió y miró un momento, con los ojos entornados, a la madrastra que era evidente que estaba a punto de rechazar para siempre.

—Y a mi padre —dijo—, ¿también lo has abandonado?

Y luego, sin dignarse esperar una respuesta, se marchó.

Isabel fue a toda prisa hacia la ventana y se quedó allí, apretándose los nudillos contra la boca y escudriñando la calle con la esperanza, que iba a resultar vana, de vislumbrar, se temía que por última vez, a su hijastra. La condesa, detrás de ella, siguió mirándola, con cierta impaciencia y enarcando las cejas con escepticismo. Por lo general, le divertía cuando alguien se portaba mal con otra persona, por las muchas veces que la gente se había portado mal con ella; aun así, no pudo sino sentir cierta lástima por Isabel, que a la hora de regir su vida era en realidad muy tonta, pese a su cacareada inteligencia en las cuestiones del espíritu.

—No dejes que te afecte la brusquedad de sus palabras —dijo—. Es como se ha vuelto ahora.

—¡Está muy cambiada! —casi gimió Isabel todavía mirando por la ventana—. Se parece tanto a...

—¿A su padre? Sí, y a su madre también.

—Pero ¡era tan dulce y buena! —se giró, y cuando volvió a hablar, su voz sonó más áspera, con la aspereza de una acusación—. ¿Qué le ha pasado?

La condesa le devolvió una mirada indignada.

—Espero que no estés pensando en culparme a mí —respondió desafiante—. El cambio ha sido solo obra suya... suya y de sus padres. No podemos escapar a lo que heredamos, ni siquiera tú.

Isabel, demasiado conmovida para responder a esa última pulla, cruzó la sala hasta la chimenea y se quedó viendo con la mirada vacía el hogar vacío.

—Su padre la envió contigo para que la casaras con alguien. No le gustará ver que le has fallado.

—¿Fallado? ¡Ja! Osmond no conoce este país, y, lo que es más, no conoce a su hija. Pensaba casarla con una de las grandes familias de Inglaterra sin una *dot* que la ayudara, convencido de que era él quien le hacía un favor al reino al enriquecerlo con una hija suya. Pero se ha equivocado de medio a medio. Te aseguro que, para que uno de esos bobalicones de los hijos de lord Lanchester se hubiese fijado en ella, habría tenido que ser de naturaleza mucho más sumisa que un inglés normal.

—¿Sumisa? —preguntó Isabel, a quien le llamó la atención esa palabra—. ¿Qué quieres decir?

La condesa con una especie de gesto de impaciencia, echó una rápida mirada al techo y luego volvió a mirar a su cuñada.

—¿Es que no entiendes nada? —preguntó despacio, como si hablara con una niña pequeña—. ¿No lo ves? Nunca deberías haber dejado que ese animal de mi hermano enviase a la niña a un convento.

—¿Por qué no?

La condesa soltó un gemido exasperado.

—Amiga mía, todo el mundo sabe cómo son y lo que pasa en esos sitios.

Isabel había vuelto la cabeza y la estaba mirando con gesto ceñudo, perplejo e inquisitivo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó desfallecida—. No te entiendo.

Una vez más la condesa volvió la mirada hacia el techo, luego movió la cabeza y suspiró. Isabel, aunque le sacaba varios centímetros a su cuñada, tuvo la clara impresión de que ella la estaba mirando por encima del hombro.

—Esa criatura jamás habría encontrado un marido —dijo la condesa—, por la sencilla razón de que lo último que quería era un marido.

—Pero el señor Rosier —murmuró Isabel—, a él sí lo quería.

—¿Al señor Rosier? —se mofó la condesa—. Oh, te admito que pudo quererlo, en cierto sentido, pero solo porque no era lo bastante hombre para... en fin, para ser un *hombre* —se adelantó a toda prisa y puso las dos manos sobre los hombros de su

aturdida cuñada—. ¿No lo ves, querida? —dijo con desacostumbrada suavidad—, ¿no ves cómo es? Casi seguro se le pasará, con el tiempo, ya sabes cómo son las jóvenes, pero ahora los hombres no le interesan, ¿no le interesan lo más mínimo!

Isabel asintió, con la desapasionada regularidad de una figura en un reloj. Sí, lo veía, lo veía.

XXXVI

Tenía una visita que hacer ese día, y lo había tenido muy presente todo el tiempo, aunque los acontecimientos de la mañana que acabamos de relatar le habían hecho olvidarlo momentáneamente. En cualquier caso, cuando la condesa Gemini se marchó —Pansy no regresó de su visita a los generosos y brillantes comercios y su tía se sintió obligada a ir a buscarla, diciendo con marcado sarcasmo que Osmond nunca se lo perdonaría si perdía a su hija del todo—, se arregló, para lo cual solo tuvo que ponerse el sombrero y asegurarse de que llevaba dinero inglés en la cartera, y le indicó al portero que le pidiera un coche. El día se había nublado, aunque hacía un calor espantoso, el aire tenía un brillo opaco y gris, como de peltre deslustrado, y las hojas colgaban lacias en los árboles de Green Park. Isabel apenas prestó atención a estos efectos meteorológicos; estaba pensando en Pansy. ¿Estaba en lo cierto la condesa Gemini al acusarla de haber juzgado mal a su hijastra desde el primer momento? ¿Era la niña dulce y dócil a quien había creído conocer no dulce ni dócil sino una intrigante que esperaba con astucia y en silencio la ocasión de borrar sus huellas y ser ella misma? No podía creerlo, la verdad. La sospecha que la condesa le había recriminado a Isabel, es decir, la insinuación de que había sido la influencia frívola e irresponsable de su tía lo que había causado en pocas semanas una transformación tan sorprendente en la chica, no era una sospecha sino una convicción. La condesa le había reprochado haber dejado que su marido metiera a Pansy en un convento, pero en qué, podía preguntarse, estaba pensando Osmond al poner a su hija nada menos que al cuidado de su hermana. ¿Es que quería que se volviese dura, despreocupada y cruel? Desde que nació la niña, él siempre había sido inflexible —hasta rozar la tiranía— en su determinación de alejarla de la influencia del mundo; bajo su despótica autoridad apenas había conocido otra cosa que coros y claustros. Cuando llegó a una edad en la que lo natural era dejar el convento, la había enclaustrado en los límites de su férrea vigilancia, con la intención de tenerla allí hasta que él juzgara llegado el momento oportuno cuando apareciese un candidato adecuado y digno —adecuado y digno, desde su punto de vista— de casarse con ella. Lord Warburton había sido su ideal, su sueño como yerno, pero Warburton se había retirado prudentemente cuando le dejaron claro que Pansy había volcado sus afectos en otra parte, en el pobre Ned Rosier —Isabel no podía pensar en el señor Rosier, ni siquiera ahora, sin añadir a su nombre ese triste epíteto—, por lo que Osmond había sentenciado a la joven a otra temporada de custodia correctiva en casa de las monjas. Luego, de pronto, asombrosa, pasmosamente, los años de instrucción y disciplina habían quedado en nada y habían enviado a la hija de Osmond —al cuidado, si es que podía llamarse así, de su famosa tía— para ir y venir por las casas nobles de

Inglaterra en busca de un marido, cualquier marido, con título. ¿Habría revelado la condesa a Osmond, igual que se lo había revelado hacía poco a Isabel, su convencimiento sobre la verdadera naturaleza secreta de Pansy, con el resultado de que él le había ordenado llevar a su hija a Inglaterra a la caza de un buen partido, con la idea de que allí a nadie se le pasaría por la cabeza que algo así pudiese ser cierto — Osmond, como sabía Isabel, tenía una opinión muy pobre de la perspicacia del juicio de los anglosajones— o de que incluso si reparaban en la verdad de las predilecciones de Pansy a nadie de esa raza impávida y neurasténica le importaría un bledo?

¿Y qué ocurriría ahora? Pansy se disponía a volver a Florencia sin marido; ¿viviría con su madre? ¿Viviría con sus padres? ¿Formarían una especie de familia? Sin duda era imposible. ¿Cómo iba Gilbert Osmond, acérrimo defensor de las apariencias, y fanático de las convenciones, a exhibir ante los ojos complacidos de la sociedad la prueba de sus pecados pasados y de sus intolerables aprietos actuales? No, no podía ser. Aun así, Pansy tenía que vivir en alguna parte, tenía que tener un hogar. Isabel consideró ahora, con una especie de distante compasión por sí misma, lo patético de su plan —que esa mañana se había ido definitivamente al traste— de cuidar y proteger a Pansy, de convertirse sin más en su salvadora.

¿Y si la condesa tomaba a la joven bajo sus antes coloridas y ahora polvorientas alas? Era una idea que Isabel no podía soportar.

Su cuñada era la única confidente, si es que podía llamarse así, a quien Isabel había revelado que había dejado la titularidad del Palazzo Roccanera en manos de Serena Merle. No estaba muy segura de por qué no se lo había contado a nadie más, por ejemplo, a su amiga la señorita Stackpole, salvo, claro, que sabía que la señorita Stackpole le habría dicho que era una tonta sin remedio y que era una irresponsabilidad y una deshonra, mientras que los demás, si hubiese tenido alguien más a quien contárselo, se habrían burlado de ella. La condesa, que, aunque no fuese muy inteligente, era una mujer de mundo, había visto la razón de los motivos de Isabel antes y con más claridad que la propia Isabel.

—¡Osmond y la Merle son dos almas condenadas —dijo— y tú les has dado un infierno en el que atormentarse mutuamente! ¡Qué jugada tan astuta...! ¿Quién lo habría dicho de ti?

—Si se han condenado, es por culpa suya —protestó Isabel, pero la condesa no la estaba escuchando, deleitada en la contemplación de las enmarañadas implicaciones de lo que había tramado Isabel.

—He de decir, querida, que ha sido una venganza muy cara. Pero puedes permitírtelo, y supongo que para ti el *palazzo* debe de ser un sitio envenenado. Ella lo venderá, claro, y a él lo echarán a la calle. Hasta es posible que tenga que venir a pedirme ayuda —soltó una de sus risitas alegres—. Eso será digno de ver.

Isabel salió de su inquieta ensoñación cuando el coche se detuvo delante de la pulcra casita de Cedar Street. Las malvarrosas del pequeño jardincito de la parte delantera estaban en flor, pero las lilas habían perdido su lustre; por lo demás todo

seguía como ella lo recordaba, también los leves efluvios que llegaban del río. El tirón de la cuerda de la campanilla no produjo ningún ruido en el interior, pero al cabo de un momento Daisy, la doncella apareció tan alegre y encantadora como siempre. Saludó con afecto en voz baja a la visitante, y le explicó que habían amortiguado la campanilla para no molestar a la señora de la casa.

—Duerme mucho —le contó la doncella—, de hecho ahora mismo está descansando. Pero ha venido el señor Devenish.

Llevó a Isabel al comedor soleado, donde efectivamente encontró al señor Devenish, el de los ojos verdes y el pelo rojizo, que dejó a un lado el periódico que estaba leyendo y se levantó del austero silloncito donde estaba instalado en una postura extraña —la casa, como sabía Isabel, no ofrecía muchas comodidades— y se adelantó, sonriente y con la mano extendida.

—Señora Osmond, ¡qué alegría verla!

Daisy cogió el sombrero de paja y la duradera sombrilla rosa de la señorita Stackpole —que el señor Devenish observó con mirada extrañada— y preguntó si la señora y el caballero querían tomar alguna cosa.

—¿Una copa de licor de saúco, tal vez? —preguntó a Isabel, con un discreto, pero claro guiño, en referencia, sin duda, a la magra comida que le habían ofrecido a Isabel en su última visita, y a la entereza con que la había soportado.

—¿Quizá un poco de té? —propuso Isabel.

Cuando la joven se marchó, el señor Devenish y la señora Osmond se quedaron de pie sonriéndose, hasta que por fin el señor Devenish, tartamudeando un poco sugirió que podían sentarse, fue a la mesa que había en el centro de la sala y acercó una silla para la señora. Se sentaron. Volvieron a sonreírse. El señor Devenish no paraba de mover las manos. Sus ojos eran de un intenso color verde, brillante y transparente, que recordaba un poco al mar, pensó Isabel, en ciertos días luminosos de primavera.

—Cuénteme cómo se encuentra la señorita Janeway —dijo ahora, prescindiendo de la sonrisa, que se había vuelto demasiado tensa y difícil de mantener.

—Me temo que muy mal —replicó el señor Devenish, y adoptó él también un aire serio—. Se pasa el día en cama y solo baja una hora o así, normalmente por la tarde.

—¿Tan mal está?

—Tan mal está. Me temo que el final no puede estar lejos. Los médicos... —levantó las manos de la mesa y volvió a apoyarlas en un gesto de triste impotencia.

Daisy la doncella volvió con el té en una bandeja de plata con un plato de galletas de arruruz. El buen humor de la joven era tan natural y contagioso que Isabel se alegraba solo con mirarla.

—Tal vez pueda volver, esta tarde —dijo Isabel, cuando se fue la doncella—. ¿Cree que sería posible? Me gustaría mucho hablar con su tía, antes de... —dejó la frase sin acabar.

—Puede quedarse ahora —replicó el señor Devenish, y enseguida se ruborizó, era de esos pelirrojos que se ruborizan con facilidad—. Me refiero a que puede quedarse hasta que mi tía haya terminado de descansar.

Isabel sonrió por encima del borde de la taza de té.

—Podría ser mucho tiempo, si la señorita Janeway está tan débil como dice.

—Bueno, en ese caso, podríamos... —empezó el señor Devenish, pero se interrumpió con su tartamudeo— podríamos... podríamos... —y tuvo que interrumpirse y tragar saliva.

—¿Quiere decir que podríamos salir y volver después? —le ayudó Isabel—. Lo cierto es que hay un sitio que llevo queriendo visitar desde que volví... Llegué antes de ayer de Italia —hizo una pausa, maravillada al pensar en todo lo que le había ocurrido a su vida en período de tiempo tan corto—. No es un lugar relevante —continuó—, como tendrá ocasión de comprobar si me acompaña. De hecho, estoy segura de que se reirá usted de mí por ser tan caprichosa.

El señor Devenish se estaba levantando ya de la silla.

—Siempre estoy dispuesto a ir en pos de un capricho —declaró con valentía—. Deje que suba un momento para comprobar que la paciente está descansando.

Salió casi corriendo de la sala y volvió un instante después, jadeante y sonriente, para anunciar que la enferma dormía profundamente y en apariencia sin dolor ni angustia.

—Bueno —dijo Isabel—. ¡En marcha!

Salieron de la casa, después de que el señor Devenish informara a Daisy de su, para él, misteriosa excursión, y anduvieron juntos hasta la parada de coches cercana. El día seguía siendo sofocante y nublado. Isabel le preguntó a su acompañante por su trabajo de periodista, a lo cual él respondió con un suspiro y con una chistosa enumeración de los pesares que aguardaban a cualquiera que fuese tan loco de embarcarse en una causa y en una carrera al mismo tiempo.

—El camino hacia el socialismo es largo y sinuoso, eso puedo garantizárselo...

En algunos momentos de su letanía, ella se oyó riendo en voz alta, y se preguntó cuándo había sido la última vez que le habían dado motivos para expresar una alegría tan sencilla y franca. Una vez en el coche pasaron de los asuntos del señor Devenish a la cuestión relacionada de los numerosos proyectos y protestas de la señorita Janeway, y eso dio ocasión a que el señor Devenish expresara la sentida gratitud de esa señora por la espléndida generosidad de la señora Osmond —se refería al famoso maletín lleno de billetes que había olvidado Isabel— pero ella negó con la cabeza para hacerle callar. El señor Devenish miró a un lado, sorprendido por la súbita seriedad de su gesto.

—No creo que sea tan espléndida, ni me considero una persona generosa —dijo—. En su momento me avergonzó, y todavía me avergüenza hoy, el impulso infantil que me llevó a sacar esa absurda suma de dinero del banco. Y aún me da más vergüenza confesar que dejé ese ridículo maletín en casa de su tía por olvido, y que

solo después se me ocurrió donarlo a lo que supongo que en adelante tendré que acostumbrarme a llamar «la causa».

El señor Devenish había escuchado esta franca confesión más divertido que otra cosa; no obstante, las últimas palabras de la joven llamaron su atención.

—Dice que tendrá que acostumbrarse a la palabra —observó pensativo—. Hay quien podría pensar, sin duda es lo que haría la señorita Janeway, que reconoce usted haber dado el primer paso para comprometerse con la causa —se volvió y la miró directamente, y cuando habló borró cualquier vestigio de comicidad de su voz—. ¿Sería un error que la señorita Janeway u otros, yo, por ejemplo, pensáramos que, con o sin intención, era eso a lo que se refería?

Isabel apartó la mirada y se asomó a las aceras grises y recalentadas y a los transeúntes azarosos que iban de aquí para allá.

—En mi vida han ocurrido muchas cosas en los últimos tiempos, cosas inesperadas y a menudo desagradables... de hecho, algunas casi insoportables. Tal vez se lo cuente algún día, si nuestra amistad se prolonga lo suficiente —se volvió para mirarle—. Tengo fortuna propia; no muy grande, pero aun así es una fortuna; y soy... —hizo una pausa y sus labios se curvaron en una sonrisilla irónica— supongo que la palabra es *libre*. Y, puesto que así es, alguna cosa debe de haber a cuyo servicio pueda consagrar mi libertad y mi fortuna. Antes creía que mi obligación primera y más sagrada era conmigo misma y con el cumplimiento de mi «destino», otra de esas palabras cuyo significado ya no estoy segura de conocer, aunque no tiene mayor importancia, porque solo las empleo para mis adentros y siempre con signos de interrogación —una vez más, apartó la vista y en esta ocasión miró hacia delante, por encima del lomo del caballo, hacia la luz de la tarde—. Me quedaré en Londres, y, si usted me lo permite, ayudaré a cuidar de su tía hasta el final. Su final, será, para mí, un principio —le echó una rápida mirada, casi con temor—, ¿o cree que es mi viejo egoísmo que vuelve a asomar?

El señor Devenish no dijo nada en un rato. Su expresión, seria, tensa y pensativa, era la de alguien que no está acostumbrado a vuelos tan trascendentes como el que había emprendido su acompañante, y que necesita un momento para ajustar su propio plumaje para ascender y alcanzarla en tan vertiginosas alturas. Por fin habló.

—Esta es, y voy a emplear un término que hoy el mundo pondría entre signos de interrogación, aunque yo no, una oferta muy noble y la acepto encantado y se lo agradezco.

—Veo que duda usted de si podré estar a la altura. He cuidado de otras personas en su lecho de muerte, he presenciado otras muertes. Mi hijo pequeño murió... eso sí que fue un fuego para templar un alma. Puede confiar en mí. No desfalleceré. No le fallaré... quiero decir a su tía.

—La creo, mi querida señora Osmond —respondió él, casi con un exceso de convicción—. La creo —frunció el ceño y se puso aún más serio, lo que hizo que pareciera de pronto muy joven—. ¿Cree que si le pidiera que me tuteara, podría

permitirme que la tuteara yo a usted? Ya sé —se apresuró a añadir— que solo nos hemos visto dos veces.

Isabel apartó la mirada.

—No sé si sería demasiado *tutoyer* por un día —murmuró, aunque con voz amable.

—Sí, claro, lo comprendo —dijo el señor Devenish, ruborizándose y frunciendo aún más el ceño.

—Pero tal vez sea posible más adelante —prosiguió Isabel, para consolarle—. ¿Quién sabe? Estas cosas deben ocurrir de manera natural, ¿no le parece?

—Claro que sí. Pero ¿permitirá que, aunque solo sea en mi interior, piense en usted como Isabel? Para ir practicando, ya me entiende —la ligereza de sus palabras solo la enturbió el hecho de que se atascara un poco en la oclusiva del principio de la palabra *practicando*.

De pronto llegaron a su destino, e Isabel dio unos golpes en el techo del coche para indicarle al cochero sentado muy alto detrás de ellos, que se detuviera. El señor Devenish —Myles— se asomó para ver dónde se encontraban.

—Pero ¡si estamos en Paddington! —declaró, y se volvió hacia la mujer que tenía a su lado—. ¿Es que va a llevarme de viaje?

Se apearon del coche y siguieron andando, hasta la esquina de la ancha calle que conducía a las oscuras profundidades de la estación, impenetrables a la vista desde aquí, e Isabel le puso una mano en el brazo a su acompañante para que se detuviera. Era el mismo sitio donde había estado el hombre que lloraba, la mañana en que llegó de Gardencourt tras la muerte de su primo; ahora le describió al señor Devenish lo perdido y desolado que le había parecido aquel pobre desdichado, como un niño al que han separado de sus padres.

—No esperaré que siguiese aquí, ¿verdad? —preguntó el señor Devenish, con una sonrisa incrédula.

—No, claro que no —respondió Isabel—. Solo quería volver a ver el sitio, y que usted también lo viera. No hice nada por ayudar a ese pobre hombre en su aflicción, y no me lo he perdonado —se volvió para mirarle, con una animación repentina e inexplicable, o eso le pareció a él—. Dígame, señor Devenish, ¿qué habría hecho usted en mi lugar? —le preguntó muy seria—. No me cabe duda de que algo habría hecho.

El joven miró de aquí para allá, pasándose la lengua por el labio inferior. Plantado allí, mientras Isabel le miraba seria y con intensidad, fue consciente de la importancia del momento, aunque no habría sabido decir con exactitud qué justificaba esa importancia.

—No sé qué se habría podido hacer —dijo, esforzándose en no tartamudear—. Nuestra labor, a mi entender, es ir más allá de cada caso individual e intentar construir un mundo que no permita la desdicha que presencié usted en la aflicción de ese pobre hombre —se interrumpió, indeciso, y vio, por el modo en que se apagó el

brillo en los ojos de Isabel, que no había dado la respuesta correcta—. Quiero decir —prosiguió, dispuesto a probar suerte otra vez—. Quiero decir que... —pero era demasiado tarde.

Dieron la vuelta y se alejaron de la entrada de la estación. Él pensó en cogerla del brazo, pero luego decidió no hacerlo. Le contó, mientras andaban, que su tía quería fundar un periódico radical en Nueva York del que él fuese director, y, como entendió Isabel sin necesidad de que lo dijese con palabras, que estuviese respaldado por su fortuna, la fortuna de la señora Osmond.

—Me gustaría ver el Nuevo Mundo; me gustaría enfrentarme a ese reto —dijo el joven.

Por tímidas y cautas que fuesen sus palabras, las dijo a modo de tentativa, incluso de invitación, con la esperanza de que ella la reconociera, y respondiese; pero Isabel no dijo nada, nada de nada.